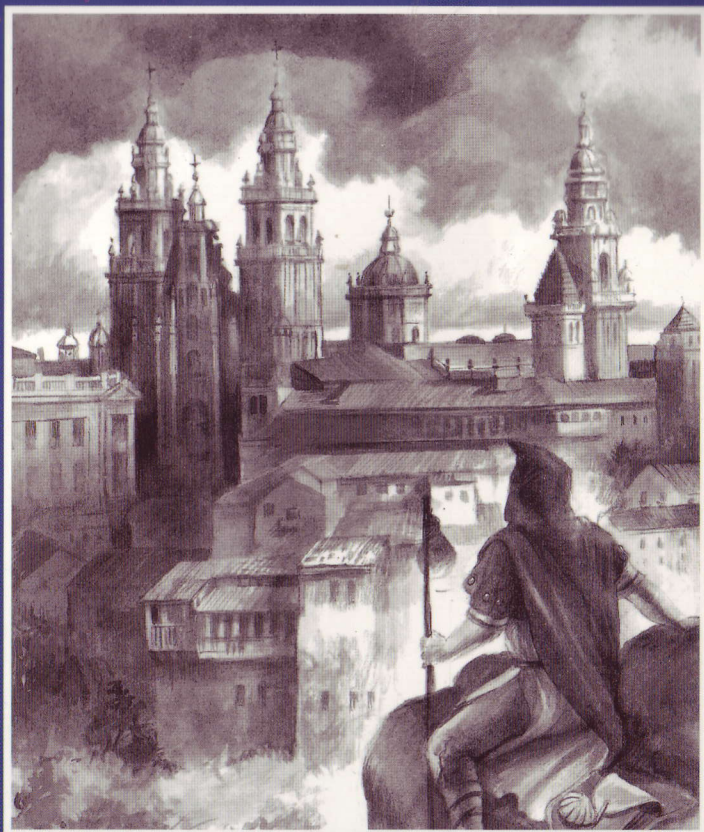


LEYENDAS *del* CAMINO DE SANTIAGO



La ruta Jacobea a través
de sus ritos, mitos y leyendas

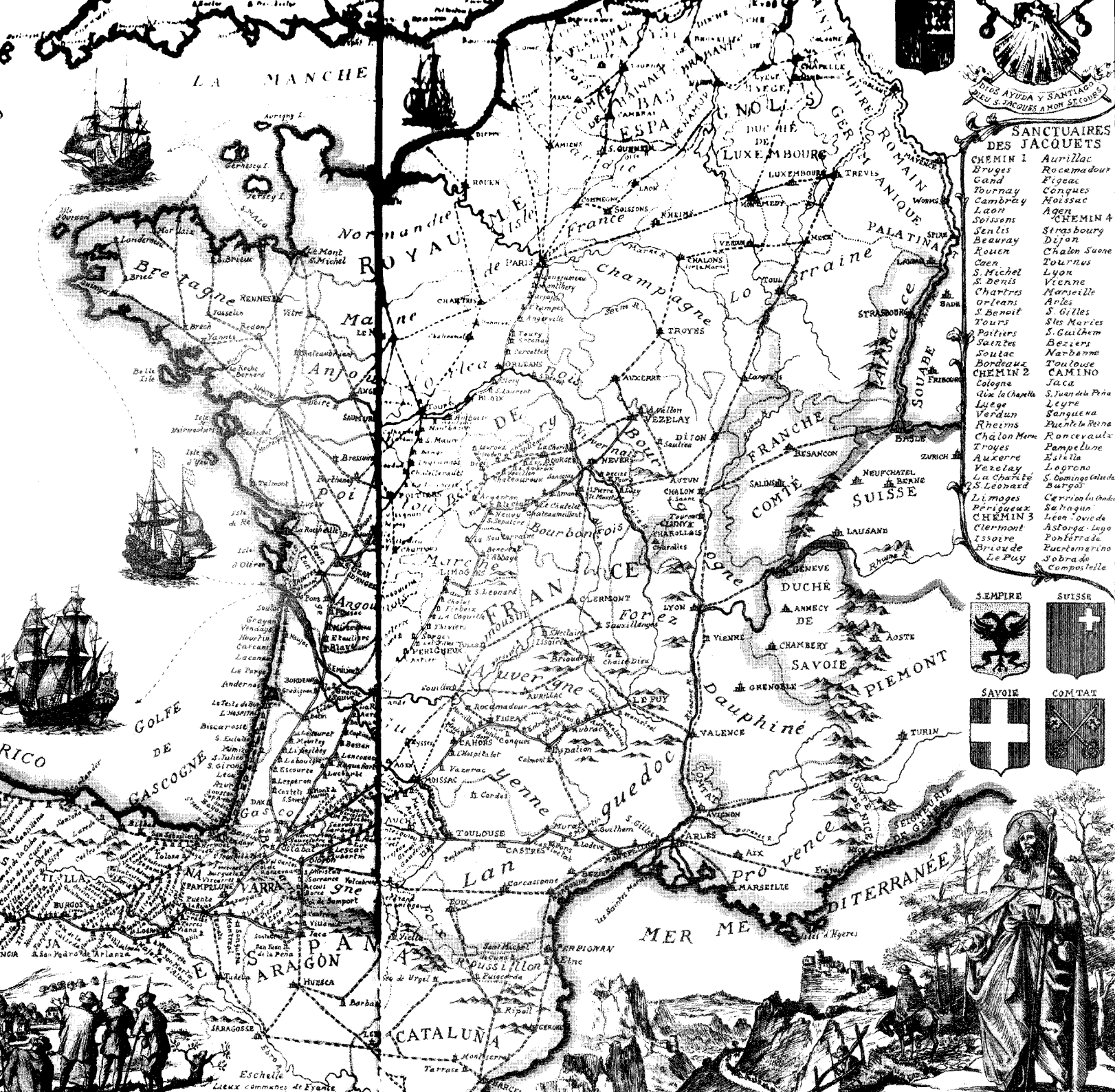
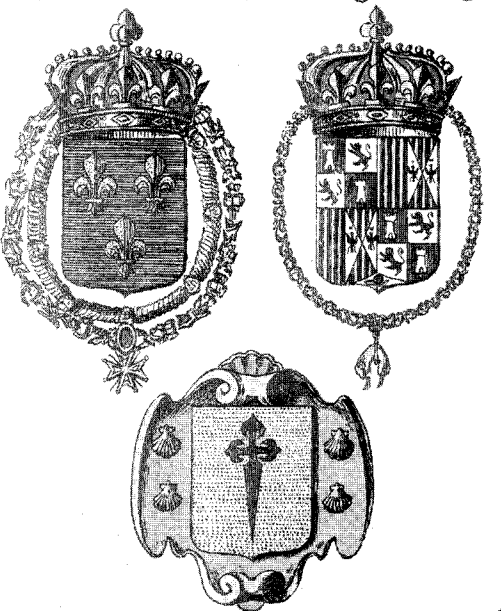


Recopilación y comentarios
JUAN G. ATIENZA

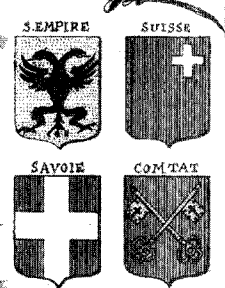


EDAF

CARTE DES
CHEMINS DE S. JACQUES
DE COMPOSTELLE
1648
CAMINO FRANCÉS
DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
===== Chemins de Lévaison
----- Chemin d'antiquité



- SANCTUAIRES
DES JACQUETS**
- | | |
|-----------------------|-----------------------|
| CHEMIN 1 | Aurillac |
| Bruges | Rocamadour |
| Gand | Figueras |
| Tournay | Congres |
| Cambrey | Moissac |
| Laon | Agén |
| Soissons | CHEMIN 4 |
| Senlis | Strasbourg |
| Beauvais | Dijon |
| Rouen | Chalon Suone |
| Chen | Toulous |
| S. Michel | Lyon |
| S. Denis | Vienne |
| Chartres | Mariette |
| Orléans | Arles |
| S. Benoît | S. Gilles |
| Tours | S. Maries |
| Poitiers | S. Guilhem |
| Saintes | Beziers |
| Soulac | Narbonne |
| Bordeaux | Toulouse |
| CHEMIN 2 | CAMINO |
| Cologne | Jaca |
| St. J. de la Chapelle | S. J. de la Peña |
| St. J. de Lys | St. J. de Lys |
| Verdun | Sanguera |
| Rheims | Puente de Reina |
| Chalon Mar. | Roncevaux |
| Troyes | Pampelune |
| Auxerre | Estella |
| Vezelay | Lagron |
| La Charité | S. Domingo de Calanda |
| S. Leonard | Burgos |
| Li. mages | Cervin de la Peña |
| Perigaux | S. J. de la Peña |
| CHEMIN 3 | Leon - Oviedo |
| Clermont | Astorga - Lago |
| Issoudun | Ponferrada |
| Brioude | Euzkumirino |
| Le Puy | Sobrado |
| Compostelle | |



JUAN G. ATIENZA

Leyendas del Camino de Santiago

**La ruta Jacobea a través de sus
ritos, mitos y leyendas**



Ilustraciones de Ricardo Sánchez

ESPAÑA MÁGICA Y HETERODOXA

© 1998, Juan G. Atienza

© 1998, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30, 28001 Madrid.

Dirección en Internet: <http://www.arrakis.es/~edaf>

Correo electrónico: edaf@arrakis.es

Edaf y Morales, S. A.

Oriente, 180, n.º 279, Colonia Moctezuma, 2da. Sec.

Delegación Venustiano Carranza, C. P. 15530, México, D. F.

Edaf y Albatros, S. A.

San Martín, 969, 3.ª, Oficina 5.

Buenos Aires, Argentina

Ilustraciones de Ricardo Sánchez

6.ª edición

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito legal: M. 26.338-1999

ISBN: 84-114-0465-8

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas Gólas, S.A. - Pol. Ind. Prado de Regordano - Móstoles (Madrid)

Índice



	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	15
I. EL CAMINO ARAGONÉS	21
Las santas ejemplares	23
El hospital de Santa Cristina	23
La leyenda de San Adrián y Santa Natalia	26
La leyenda de Santa Orosia	29
El mito griálico	33
Historia y leyenda del grial aragonés	35
El origen de San Juan de la Peña	40
Los huesos de San Indalecio	42
II. LOS ITINERARIOS NAVARROS	45
Un tranco repleto de asombrosos descubrimientos	47
El monje que visitó la Eternidad	48
El Maestro de todos	53
Las princesas mártires	55
Las llagas de Pedro de Tolosa	56
La revelación de Nicolás Flamel	59
El bordón de San Francisco	60
Los pórticos gemelos	61

	<i>Págs.</i>
La antesala de la Gloria	195
El sepulcro de Prisciliano	196
Las Vírgenes hermanas	199
La ermita de San José	200
San Fructuoso o la soledad compartida	203
Las hoces votivas de la Virgen de las Angustias	205
La Virgen de la Encina	207
Los nueve hermanos mineros	209
El lago de Carucedo	211
Los conejos de San Froilán	214
VI. LA CARRERA A COMPOSTELA	217
De griales y transmutaciones	219
El milagro griálico del Cebreiro	219
El sueño de fray Anselmo	225
La fuente de las Nereidas	227
Las dos hermanas del castillo de Pambre	228
La aparición de Santa María de Leboeiro	231
La ciudad sagrada	233
De los 30 loreneses y del difunto que el Apóstol transportó en una noche desde los puertos de Ciza a su Iglesia	236
Del niño que el Apóstol resucitó en el bosque de los montes de Oca	239
El ruego de Juan Tourón	241
La confesión borrada	243
Del caballero que fue liberado por el Apóstol en la hora de su muerte	244
Cotolay	246
El peregrino tentado por el Diablo	248
El peregrino catalán liberado por el Apóstol	251
El obispo brujo	253

VII. — MAS ALLA DE COMPOSTELA	255
Bucco en los orígenes	257
Una celeste lluvia de estrellas	259
La llegada a Galicia del Cuerpo Santo	261
Los desembarcos del patriarca Noé	264
Una barca de piedra y un pilar de mármol	265
El estricto valor del símbolo	271
El origen de la venera jacobea	271
La leyenda del Pico Sacro	275
La leyenda de Ponte Nafonso	277
El oro y el pedernal	278
La leyenda de San Andrés de Teixido	280
La historia de San Amaro	283

Introducción



SEGUIR UNA RUTA DE PEREGRINACIÓN supone emprender un camino a la vez exterior e interior. Supone la marcha dura y probática hacia una meta, convertida en un proceso iniciático durante el cual el peregrino podrá llegar a adquirir plena conciencia de su propia trascendencia. A lo largo de ella acumulará experiencias y saberes, pero, sobre todo, preparará su ánimo para hacerse merecedor de los dones espirituales que supuestamente habrá de recibir cuando alcance el destino sagrado que se ha marcado como final de su viaje.

El peregrinaje ofrece toda una serie de factores de Conocimiento que lo transforman en una suerte de operación alquímica para quien lo lleva a cabo. Pues del alquimista se supone que, con su trabajo, acelera en el crisol el interminable proceso de purificación de la Materia; y del peregrino se espera que, a lo largo de su ruta, acumule las experiencias trascendentes que habrán de permitirle avanzar en su camino interior tanto, al menos, como progresaría a lo largo de toda una vida de búsqueda en lo cotidiano.

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre la experiencia peregrina que se adquiere en las distintas formas de espiritualidad que se practican en el mundo. En la peregrinación a La Meca, o a Roma, o a muchos de los grandes santuarios de la Humanidad, el peregrino suele encaminarse a su meta por el camino más corto, según el lugar desde donde lo emprenda. Y en alcanzar esa meta se concentra todo el sentido que

habrá de dar a su viaje. En la peregrinación jacobea, por el contrario, quien la emprende se dirige hacia esa meta; pero a lo largo de todo el Camino que ha de seguir—sea éste la Ruta tradicional o las distintas vías que constituyeron anteriormente los múltiples Caminos compostelanos— deberá ir acumulando experiencias complementarias que le permitirán abordar bien preparado el enfrentamiento definitivo con la espiritualidad, como colofón de todas las enseñanzas adquiridas anteriormente.

Las experiencias progresivas las acumula el peregrino jacobeo atendiendo a las múltiples señales sembradas a lo largo de la Ruta. Unas fueron establecidas haciendo que el sendero discurriera por determinados puntos donde la tierra deja sentir sus poderes: ejes telúricos donde se entrecruzan corrientes de energía capaces de actuar sobre el cuerpo y el espíritu del caminante. Otras veces se trata de monumentos y construcciones que fueron concebidos para transmitir mensajes que revelaran determinadas reacciones ante lo numinoso. Unidas a estos factores, el Camino se pobló de leyendas a lo largo de los siglos; unas leyendas que, a través de su discurso dramático y de sus implicaciones pedagógicas, de carácter sobrenatural en su mayor parte, se encargarían de tejer el entramado de relaciones simbólicas que el peregrino tendría que establecer para justificar su propia búsqueda de la trascendencia. Al mismo tiempo, casi todas esas leyendas estarían destinadas a configurar la ilustración inmediata de una enseñanza específica, transmitida en el trecho de la Ruta donde cada una de ellas echó raíces.

Por eso, muy a menudo, la leyenda jacobea no puede desligarse de las demás señales de reconocimiento que aparecen en el lugar donde nació o donde se instaló. Casi siempre, dichas leyendas aclaran, definen y dan sentido al lugar donde se cuentan y a la circunstancia prodigiosa que las envuelve. justifican la presencia de un templo, complementan la biografía simbólica de un santo de veneración local, advierten sobre la necesidad de practicar un determinado rito precisamente allí; y hasta, en ocasiones, preparan al oyente para comprender algo que habrá de dar su sentido exacto al factor determinante que conferirá la sacralidad del siguiente trecho del Camino.

Pero pongamos atención. Todas estas circunstancias de carácter decididamente esotérico, precisamente por serlo, habrán de obligar al peregrino a un esfuerzo interior por desvelar lo que allí únicamente le habrá sido revelado. Es decir, que las señales que surjan a través del mensaje legendario tendrán que ser entendidas, aclaradas y justificadas por el mismo peregrino, sin que sirva de nada que otro —el narrador, en este caso— deba esforzarse por allanarle el camino del entendimiento a través de su propia interpretación. En todo proceso iniciático sucede siempre exactamente así: la experiencia adquirida tendrá que ser, por necesidad, la consecuencia directa del esfuerzo del que la asume, sin que el magisterio de quien en cada caso dirige el proceso pueda sobrepasar los límites del guía, teniendo que limitarse a señalar el punto donde el peregrino neófito deba fijar su mirada y entrenar su querencia.

Con referencia a las leyendas jacobeanas, se ha insistido en que vienen a ser como la ilustración que acompaña a la letra y la música del Camino. Y así, resulta incluso insólito encontrar un solo lugar que no tenga la suya que lo defina y lo justifique. Por mi parte, me atrevería a dar un paso más en este sentido. Y así, sirviéndome de la propia experiencia adquirida recorriéndolo, diría que la leyenda supone, más que la ilustración en sí misma, el pie que la aclara y le da sentido. Por eso no puede recorrerse la Ruta Jacobea sin atender a las leyendas que la acompañan, aunque muchas de ellas hayan sido importadas de otros ámbitos y de contextos aparentemente muy alejados entre sí.

Los estudiosos que han abordado esta Ruta Jacobea desde ángulos estrictamente intelectuales han dado, en este sentido, explicaciones que sitúan estas leyendas en sus límites geográficos o históricos, dando cuenta cabal de sus antecedentes y de sus procedencias. Sin embargo, casi nunca se han preocupado por estudiar el por qué de que se fijasen en un determinado lugar del Camino para dar sentido a una concreta imagen local o a un elemento simbólico que definía una circunstancia propia del lugar donde enraizó. Abí se encuentra, sin embargo, el

motivo de que nos la encontremos donde luego se ha fijado. Pues es allí donde adquiere su pleno sentido, donde establece su relación con los elementos que la definen y donde nos puede servir para entender y asumir lo que de verdad representa, por breve e intrascendente que a veces pueda parecernos cuando la escuchamos o la leemos.

A lo largo de estas páginas vamos a enfrentarnos a la lectura de muchas leyendas jacobeanas. Las hay cuya asunción por parte del pueblo y de los peregrinos es relativamente reciente. Y no faltan las que aluden a historias que ni siquiera sucedieron en el Camino, sino en ambientes muy alejados e incluso, en apariencia, ajenos a su instalación en el lugar de la Ruta donde prendieron. Son, en general, relatos de corte hagiográfico, cuyos protagonistas vivieron y murieron tal vez en otras latitudes, pero fueron prohibidos por peregrinos que vieron en ellos seres dignos de ser asimilados a la aventura caminera, porque representaban una imagen digna de ser incluida en el mosaico numinoso de aquel recorrido total que habían emprendido. Así, lo mismo que se rindió allí culto a Vírgenes de importación y a Crucificados procedentes de lejanas devociones en tierras de las que procedían otros peregrinos, también muchas leyendas venidas de lejos se universalizaron gracias a la Ruta Compostelana donde tomaron cuerpo y fijaron su sentido definitivo.

Me gustaría, además, convencer al lector de estas páginas para que se esforzase por no ver en los relatos que van a seguir una serie de historias sueltas nacidas al amor de las noches en los albergues peregrinos. Por el contrario, debería abordarlas como episodios de una única Leyenda Dorada donde todo parece tener cabida, lo ortodoxo y lo herético, lo alegre y lo macabro, lo dulce y lo cruel, lo posible y lo impensable, todo con un solo sentido y con una única intención: la de poner en evidencia la universalidad del espíritu humano, sea cual sea su procedencia y sus hábitos. Los peregrinos que recorrieron (y siguen recorriendo) la Ruta Jacobea procedían de todos los rincones de la Tierra. Incluso se tiene noticia cierta de que ese mismo camino lo hollaron en su día musulmanes, berejes y hasta judíos que

iban en busca de otra Realidad que nada tenía que ver con un determinado Credo ni con unas devociones puntuales. Buscaban algo que el Camino contiene, a pesar de los esfuerzos de la autoridad cristiana por imponer en él los principios de su propia y exclusiva verdad: una pauta de espiritualidad universal común a todas las doctrinas.

Por eso, sería necesario hacer abstracción de la letra estricta de la mayoría de estas leyendas y ver en ellas el esquema de un contenido que supera las intenciones teológicas de un determinado grupo para elevarse, desde él, al sentimiento propio de toda la Humanidad que trata de alcanzar el sentido de su propia trascendencia. No es ésta, por lo demás, una llamada que suponga para nadie el abandono de sus propias convicciones. Es, más bien, un esfuerzo por ampliar las canijas verdades que constituyen el cañamazo sobre el que se han instituido las diversas creencias, ampliando el campo de visión espiritual que contribuye a que todos los humanos lleguen a sentir lo que les une, más allá de lo que les separa. De hecho, escarbando en los orígenes más remotos, la mayor parte de los mitos sobre los que se estructura el Cristianismo, bajo cuya autoridad discurre la Ruta Jacobea, proceden de creencias que el mismo Cristianismo se ocupó en defenestrar, ayudado por la paciencia de sus misioneros o por la violencia de sus inquisidores. Recuperar el sentido de esos orígenes, si aún cabe, significa asumir la universalidad de los sentimientos que dieron origen a todas las creencias y reconocer la existencia de un núcleo de numinosidad común a toda la Humanidad, sea cual sea el desarrollo que dicho núcleo haya sufrido según las distintas fuentes de poder espiritual que se hayan impuesto en los diferentes colectivos unidos por un destino común.



I

El camino aragonés



Las santas ejemplares



EL HOSPITAL DE SANTA CRISTINA

DOS CABALLEROS FRANCESES cuyo nombre ya se ha olvidado, si bien se recuerda su alta alcurnia, decidieron emprender el Camino de Santiago en pleno invierno, precisamente la época en que todos los peregrinos rehuían arriesgarse a seguir la Ruta, tanto por las condiciones meteorológicas adversas como, sobre todo, por los graves peligros que entrañaba el paso a pie de los puertos pirenaicos. Sin embargo, para los dos caballeros el reto invernal formaba parte de la misma devoción que los guiaba. Y el enorme sacrificio que suponía, era para ellos una prueba más que querían afrontar en honor al Apóstol al que habían prometido visitar.

Así alcanzaron a duras penas el *Summus Portus*, el actual **Somport**, azotado por una terrible ventisca que los obligaba a caminar con nieve hasta la cintura. Apenas sobrepasada la cumbre, se dieron cuenta de que las fuerzas comenzaban a fallarles y que no podrían resistir el descenso, totalmente solitario y sin posibilidad de encontrar refugio alguno. De pronto, misteriosamente, atisbaron una luz a poco trecho y al acercarse, en el límite de su resistencia, distinguieron una cabaña iluminada. La cabaña estaba desierta, pero tenía el fuego encendido en el hogar y la tosca mesa se encontraba bien provista de alimentos y bebidas, de modo que saciaron su hambre y calentaron sus ateridos cuerpos.

Convencidos de haber sido objeto de un milagro, los dos caballeros se encomendaron al Apóstol y, devotos como eran de Santa Cristina, prometieron la construcción allí mismo de un refugio para peregrinos que llevaría su nombre. Apenas formularon su voto, surgió de no se supo nunca dónde un pajarillo llevando en el pico una cruz de oro, con la que fue marcando con pasmosa precisión los límites exactos del contorno del que, en poco tiempo, se habría de convertir en el primer hospital de peregrinos de aquel paraje por donde se iniciaba el Camino Jacobeo Aragonés.



He aquí, recién iniciado el Camino, una leyenda repleta de signos de reconocimiento. Para los peregrinos que la escucharan con la mente lúcida, tuvo que significar un buen inicio de su periplo iniciático, puesto que contenía multitud de claves capaces de dar sentido a su presencia. En primer lugar, la festividad de Santa Cristina se celebraba el día anterior a la del Apóstol, el 24 de julio, lo que la aproximaba a la presencia del cuerpo santo en cuyo recuerdo se emprendía la peregrinación. En segundo lugar, la santa, que no fue mártir, sino que murió en olor a santidad en torno al año 330, fue originaria de Armenia y tuvo justa fama de constructora, puesto que se sabe de ella, a través de la Leyenda Dorada de Santiago de la Vorágine, que colaboró con sus oraciones al levantamiento de un hermosísimo templo, cuyas columnas se desplazaban solas al son de sus rezos, para ocupar el lugar que habría de corresponderles en la nave. Su nombre, además, se asocia con el de otra santa, ésta sí romana y mártir en tiempos de Diocleciano, que sufrió el suplicio de la amputación de la lengua —a pesar de lo cual, siguió proclamando a voces su fe en Cristo— y de los pechos, que comenzaron a manar leche a través de sus muñones.

*Santa Cristina fue santa de devoción jacobea también en la primitiva ruta que se dirigía a Compostela por Asturias, donde aún se puede admirar una maravillosa iglesilla de estilo ramirense que lleva su nombre en las proximidades de **Pola de***



.. Así alcanzaron a duras penas el *Summus Portus*, el actual Somport...

Lena. Pero no tuvo la misma suerte el hospital que se levanta en las cercanías del puerto pirenaico. De él apenas quedan hoy unas pocas ruinas que ni siquiera nos transmiten una idea aproximada de la enorme importancia que tuvo en tiempos pasados. Sin embargo, las memorias escritas por Domenico Laffi y algunos peregrinos de otras épocas destacan la gran función que cumplió mientras se mantuvo en pie.

Un trecho más adelante, bajado ya el puerto y dejado atrás el pueblo de **Villanúa**, hay una desviación que tomaban antaño muchos peregrinos y que, pasada la localidad de **Borau**, donde estuvo durante algún tiempo custodiado el Santo Grial —de ahí tal vez el interés de los viajeros por acercarse al recuerdo—, se encuentra medio perdida entre los montes la iglesuela románica de San Adrián de Sasabe. Hasta hace pocos años, en que se decidieron a restaurarla, era una ruina apenas reconocible, medio enterrada entre aluviones que habían convertido su interior en una charca maloliente. En el ábside, la parte mejor conservada, surgen unas pequeñas tallas, las únicas figurativas labradas en relieve sobre la piedra. Una representa un rostro femenino, la otra una mano que sostiene una cruz. Según se asegura, la mujer representada es Santa Natalia, y la mano con la cruz es la de su esposo martirizado, San Adrián. La historia de este matrimonio es objeto de una curiosa leyenda.

LA LEYENDA DE SAN ADRIÁN Y SANTA NATALIA

ADRIÁN ERA UN CENTURIÓN de la milicia imperial en tiempos del Emperador Maximiano; estaba casado con la noble Natalia y, siendo pagano, su conversión se produjo mientras custodiaba a treinta y tres cautivos cristianos a los que conducía camino del martirio. Les preguntó por la recompensa que pensaban obtener a cambio del martirio que iban a recibir y ellos le contestaron que sólo esperaban alcanzar la gloria que su dios les había prometi-

do. Naturalmente, lo convencieron inmediatamente y, abrazando entusiasta la fe de aquellos valientes, los puso en libertad, pero él fue prendido a continuación por orden directa del emperador y presionado a revelar dónde los había escondido, algo a lo que se negó el neófito. Para que confesara, no sólo fue sometido a los más atroces tormentos, sino que los sicarios trajeron a su esposa, que también era cristiana, aunque lo había mantenido en secreto, para que los presenciara e intercediera en favor de su confesión.

Pero los planes de las autoridades paganas se vieron destrozados cuando Natalia, lejos de intentar convencer a su marido para que abandonase su obcecación, comenzó a darle ánimos para que resistiera a toda costa los suplicios a los que lo sometían, exhortándolo llena de alegría a que despreciara la gloria terrena y pensara sólo en los bienes celestiales que le esperaban. Los verdugos, finalmente, cortaron las manos de Adrián y el mártir murió desangrado, mientras Natalia tomaba una de ellas y la escondía disimuladamente entre su ropa.

Al poco tiempo, la esposa viuda tuvo que huir con otros cristianos para evitar su prendimiento. Con la mano de su difunto marido como único equipaje, se embarcó en una nave que pronto tuvo que enfrentarse a una espantosa tormenta. Fue entonces cuando la mano de San Adrián tomó el mando de la nave y, con sus movimientos, guió a los marineros hasta dejarlos en lugar seguro. Natalia regresó donde había depositado el cuerpo de su esposo, puso la mano cortada junto al cadáver y, despidiéndose de los que la acompañaban, se abrazó al muerto y entregó en silencio su alma a Dios. Sus compañeros los enterraron juntos y la Iglesia proclamó también mártir a la esposa fiel.



La figura de la mujer animosa capaz de sostener muy en alto la fe y los ánimos del marido surge en la leyenda hagiográfica como expresión cristianizada de un símbolo que aparece igualmente en el ámbito de la Gran Tradición, representando, más que a la esposa real, a la fuerza que permitirá al hombre alcan-

zar la Gloria, expresión del estado superior de conciencia al que desea acceder. En este sentido, Santa Natalia no está lejos de la figura de la shekiná cabalística, expresión de la Sabiduría, o de la esposa que surge en los tratados de alquimia, como en el Liber Mutus, o en la vida de los grandes maestros, junto a los cuales, dándoles ánimos y ayudándolos en sus trabajos, nos tropezamos casi siempre con la esposa abnegada. La fiel Perrenelle de Nicolás Flamel, es una fiel personalización de los mismos saberes que él persigue.

Ya en **Jaca**, el primer encuentro mítico del peregrino tenía lugar ante el Árbol de la Salud, definitivamente desaparecido incluso del recuerdo, pero que marcaba un significativo hito entre los prodigios del Camino. El tal Árbol, un enorme olmo, se encontraba frente al también desaparecido hospital que regía la Orden del Temple y tenía fama de devolver, con su sombra, la salud y las fuerzas que el peregrino había gastado desde que atravesara los puertos que daban acceso a la Ruta. Lo más probable era que el olmo en cuestión fuera una reminiscencia de aquellos árboles sagrados que formaron parte de la sacralidad de la Tierra venerada por los antiguos montañeses. Y es más que seguro que los caballeros templarios, sempiternos buscadores de lo que se escondía detrás de las viejas creencias anteriores al cristianismo, fomentaran su culto y sus virtudes como una recuperación secreta de los primitivos cultos a la Madre Tierra.

Pero, sin duda, era la Catedral el lugar que ejercía mayor atracción sobre el peregrino, la visita obligada que se debía cumplir como rito imprescindible para todo el que marchaba hacia Compostela. Construida en el siglo xi, sigue conteniendo el conjunto simbólico más completo de la iconografía románica de la comarca, aunque perdió muy pronto el papel para el que fue levantada: el de albergar la Copa Griállica, el Cáliz de la Cena que enviara a su patria el mártir San Lorenzo. La sagrada reliquia sería pronto trasladada al monasterio de San Juan de la Peña, y allí incidiremos sobre las circunstancias legendarias de su presencia, pero la catedral la sustituyó pronto por el cuerpo de Santa Orosia, que atrajo inmediatamente la devoción de los

creyentes y se convirtió muy pronto en objeto de culto para los numerosos peregrinos que se dirigían a Compostela.

LA LEYENDA DE SANTA OROSIA

OROSIA ERA, SEGÚN DICEN, una princesa procedente de Aquitania que llegó a aquellas montañas acompañada de un numeroso séquito camino de Toledo, donde estaba destinada a contraer matrimonio con un príncipe godo. Su largo viaje coincidió, sin embargo, con la invasión agarena, de la que ni siquiera tuvieron noticias al emprender su andadura. Así, la comitiva principesca, al pasar por los montes cercanos a la localidad de **Yebra**, tuvo la desgracia de tropezarse con una numerosa partida de musulmanes que los hizo prisioneros.

El cabecilla de aquella partida, Aben Lupo, se sintió inmediatamente enamorado de la princesa cristiana y la requirió de amor, pero fue rechazado una y otra vez por Orosia, que sentía sobre todo la incompatibilidad de su fe con las creencias de aquel moro que pretendía convertirla a islamismo y casarse con ella según sus creencias religiosas. El enamorado caudillo echó mano de todos los trucos imaginables para convencer a la cristiana y, ante sus firmes negativas, no encontró otra solución que intentar convencerla recurriendo al miedo. Así, en presencia de la virtuosa princesa, hizo degollar a su propio tío y a su hermano, que la acompañaban. Con ello no logró otra cosa que afirmarla en sus convicciones y, finalmente, desesperado por el mismo horror que había despertado en su amada, la hizo también decapitar con todos los demás miembros de su comitiva y arrojó sus cuerpos a una sima cercana.

Pasó el tiempo y la poca gente que tuvo noticias de aquella matanza buscó primero inútilmente sus restos y luego olvidó el suceso. Pero un buen día, mientras conducía su rebaño, un pastorcillo de Yebra distinguió luces que salían de una covacha y, al

acercarse, sintió que de ella salía un aroma indefinible. Cuando se asomó, encontró los restos de los mártires y, entre ellos, el cuerpo decapitado e incorrupto de la princesa Orosia. La noticia corrió por toda la comarca y, muy pronto, el cabildo de la catedral de Jaca reclamó la reliquia de la princesa, que inmediatamente después de ser encontrada fue proclamada santa y comenzó a hacer prodigiosos milagros. El pueblo de Yebra, en cuyo término había tenido lugar el hallazgo, reclamó por su parte el derecho a conservar a su santa y sólo largas conversaciones con la autoridad religiosa abocaron en una solución: Yebra conservaría la cabeza de la princesa mártir, pero el cuerpo sería trasladado a la catedral jacetana, donde habría de recibir el culto apropiado para que su santidad fuera conocida de mayor número de fieles. Y así se hizo. Y, desde entonces, la reliquia de Santa Orosia siguió repartiendo milagrosos favores desde su capilla del templo catedralicio.



El cuerpo de la princesa aquitana se sigue conservando en la capilla especial que se le construyó junto al claustro de la catedral. Esa capilla tiene una disposición muy significativa, porque fue levantada justo a los pies de la gran nave central, de tal manera que su estructura conformaba como los dientes de una llave cuyo cuerpo lo constituiría la nave misma del templo. Este simbolismo de la llave se repite en numerosos templos cristianos, y la disposición del enterramiento sagrado llama la atención por el mensaje que transmite. Todo hace pensar que, tanto aquí como en otros lugares con las mismas características (algunos de los cuales forman parte de esta misma Ruta Jacobea que recorremos ahora en pos de sus recuerdos legendarios), la capilla debía transmitir la idea simbólica de que aquella llave estaba destinada a guardar y a descubrir un determinado secreto a aquellos que fueran capaces de captar debidamente su significado. El secreto en cuestión, en nuestro caso, sería probablemente la identificación del culto a la princesa mártir con los cultos ancestrales rendidos a personajes femeninos, como la Perséfone de los misterios eleusinos, a los que

se traspasaría el papel sagrado antiguamente destinado a las divinidades femeninas de las antiguas tradiciones precristianas: diosas que participaban de la maternidad telúrica y de la pureza y que, con el tiempo, serían absorbidas por la devoción popular mariana, que vino a asumir una parte fundamental de las creencias propiciadas por el cristianismo a partir del siglo XII.

Hoy, el culto a Santa Orosia ha sufrido un considerable retroceso en su vertiente popular, pero, hasta no hace todavía un siglo, la devoción por su reliquia constituyó una de las celebraciones más singulares de aquellos contornos. Porque la santa adquirió buena parte de su fama por sus especiales poderes para sacar los diablos del cuerpo de los endemoniados. Y así, en los días de su festividad, acudían a Jaca familias enteras acompañando a los pobres que habían tenido la desgracia de caer poseídos por el diablo, para invocar los favores de la reliquia.

El ritual que se llevaba entonces a cabo, y que era precedido por una procesión durante la cual se conducía a los endemoniados hasta la catedral, consistía en atarles a aquellos desgraciados cintas de colores a los dedos y dejarlos juntos durante toda la noche y en la más absoluta oscuridad en la capilla de Santa Orosia, entregados a sus terrores y a sus histerias. A la mañana siguiente salían magullados y medio muertos después de aquella experiencia colectiva. Entonces, los familiares procedían a contar las cintas que se les habían desprendido de los dedos. Y cada cinta suelta era, según fama, un diablo que había abandonado su cuerpo.



El mito griálico



CREO QUE HAY RAZONES PARA PENSAR que si el Camino Jacobeo arrancaba en la Península a través de dos accesos principales —el navarro y el aragonés—, era con el fin de dar a los peregrinos la oportunidad de elegir el mito inicial más acorde con el esquema ideológico que guiaba las razones de su marcha. El camino que se iniciaba en Valcarlos y Roncesvalles comenzaba profundamente marcado por el recuerdo de Carlomagno, el Emperador de la Barba Florida, representación puntual de una idea sinárquica basada en el gobierno mundial bajo la gloriosa égida del Cristianismo triunfante que habría de concentrar poder y creencias bajo el dominio espiritual de la Iglesia. Tal dominio estaba reflejado en el ideario de la orden de Cluny, que fue la que estableció el Camino Oficial hoy existente. Esta ruta habría de sustituir a los múltiples y anárquicos caminos que habían seguido los peregrinos jacobeos antes de la intromisión de los cluniacenses en el ordenamiento de la vida religiosa y de los ideales imperialistas y unitarios de la cristiandad.

En cambio, el Camino Aragonés, éste que seguimos ahora en pos de sus elementos legendarios, estaba marcado por la presencia casi palpable del esquema iniciático representado por el simbolismo del Mito griálico: un factor esencial de paganidad, aunque debidamente cristianizado para que aportase sus raíces heterodoxas tradicionales al ideal de Conocimiento superior latente en el espíritu de muchos de los que emprendían la Ruta

en pos de un destino trascendente representado por el sepulcro del Apóstol.

Sin duda, el mismo protagonismo de las mujeres santas en las leyendas hagiográficas que dan sentido a las primeras etapas de este trecho del Camino tienen mucho que ver con la implantación de esta idea. Pues la mujer, como representación inmediata de la Gran Madre, constituye el ideal remoto que configura el principio griálico como contenedor de Vida y de Conocimiento.

El Grial, cuyos orígenes pueden establecerse en los legendarios recipientes prodigiosos ritualizados por los pueblos paganos de Occidente, simbolizaba un principio esencial de vida y de Sabiduría, útero materno y amoroso de conocimiento esencial y meta de todo buscador lanzado en pos de los principios fundamentales de la sacralidad. Así era la caldera de Dagda de las primitivas sagas irlandesas, regalo de Lug a los Tuatha de Danán y tan capaz de resucitar a los muertos como de curar a los heridos en las batallas y proporcionar alimento hasta saciar a los hambrientos. Ir en pos del Grial significaba perseguir la esencia de los principios rectores de la vida. Hasta el mismo Jesucristo lo proclamó así en la cena eucarística y así lo asumió la doctrina desarrollada por sus sucesores.

En estos pagos prepirenaicos del Camino Aragonés se forja la leyenda y nace la historia del recipiente griálico. Lo que comenzó siendo un mito se transformó en realidad palpable y acabó convertido en objeto devocional por excelencia, meta de ideales y versión palpable de un símbolo universal. Difiere de la leyenda artúrica, pero, en el fondo, contiene sus mismos principios y, en muchos aspectos, no refleja sino variantes de aquella Demanda que persiguieron los caballeros de la Tabla Redonda. Con una ventaja: que aquí el Grial no tenía que ser buscado incansablemente como una meta inalcanzable, sino que, durante siglos, los peregrinos pudieron admirarlo y localizar el lugar donde se custodiaba, porque de la leyenda había pasado a formar parte de la Historia.

HISTORIA Y LEYENDA DEL GRIAL ARAGONÉS

ASÍ Y NO DE OTRO MODO lo cuentan en las comarcas del Alto Aragón. Así y no distinto lo escucharon los peregrinos que caminaban hacia el sepulcro de Santiago cuando, ya cruzada **Jaca**, se internaban en los montes donde se esconde el monasterio de *San Juan de la Peña*.

Fue en los primeros tiempos de las persecuciones a los cristianos, cuando era obispo casi clandestino de Roma el papa Sixto II, a quien por fin descubrieron y vinieron a prender los esbirros imperiales. Su diácono Lorenzo, que era natural de **Loreto**, un suburbio de la ciudad de Huesca, quiso ir con él a recibir el martirio, pero el Pontífice no se lo permitió, al menos hasta que hubiera distribuido entre los pobres de la ciudad imperial los escasos bienes que entonces poseía la Iglesia.

Así lo hizo Lorenzo y se dispuso a entregarse y sufrir el martirio, pero, antes de cumplir la orden que le había transmitido el Papa, separó de aquellos tesoros sagrados el que tenía por más preciado: el Cáliz con el que el mismo Jesucristo instauró la Eucaristía durante la Última Cena, el mismo Cáliz que recogió también su sangre cuando, ya en la Cruz, el centurión Longinos le atravesó el costado con su lanza. San Pedro había llevado consigo la joya simbólica al trasladarse a Roma y todos sus sucesores lo habían conservado como la más importante reliquia de la cristiandad.

San Lorenzo entregó en custodia aquella reliquia a un legionario cristiano y le encargó que lo llevase a su ciudad, donde vivían sus padres, Orencio y Paciencia, que también alcanzaron la santidad. Y así, la ciudad de Huesca, ante la sagrada responsabilidad que le había tocado en suerte, guardó secretamente el Vaso Sagrado y, cuando terminaron las persecuciones y triunfó la Iglesia, le levantó un hermoso templo que ocupaba el lugar donde hoy se levanta la iglesia románica de *San Pedro el Viejo*.

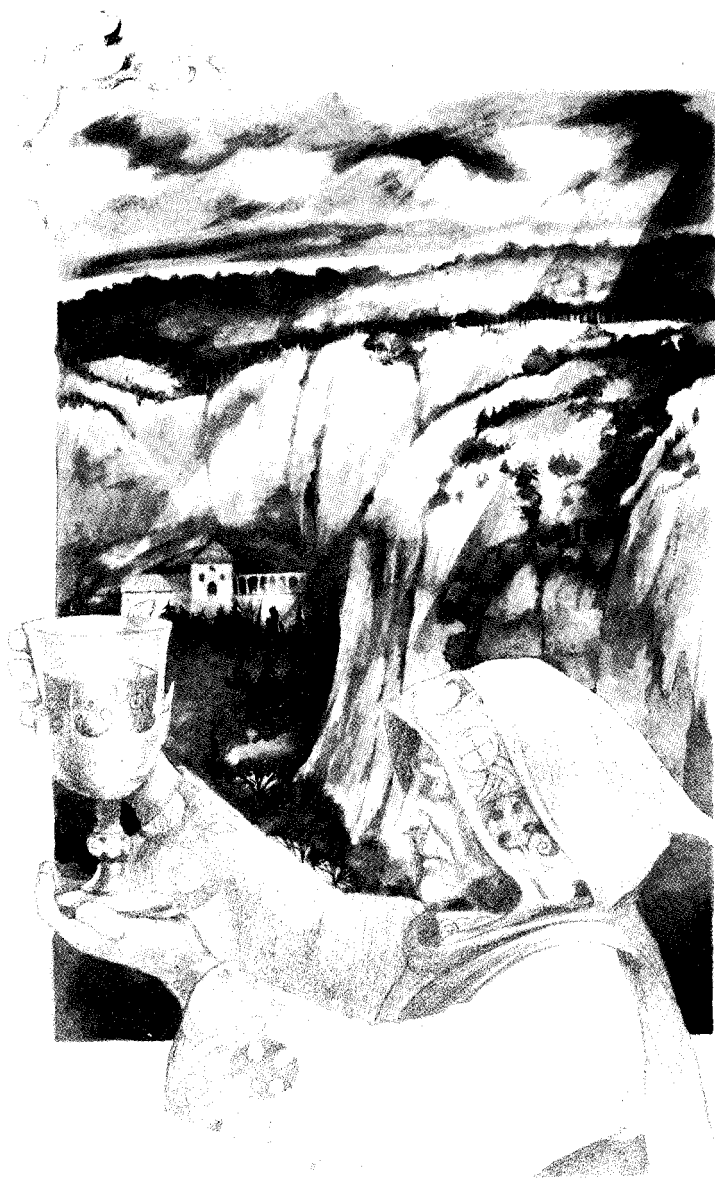
Pasó el tiempo y dio comienzo la invasión musulmana; y los oscenses, en su huida hacia las montañas, sacaron de la ciudad la

preciosa reliquia y la fueron dejando sucesivamente custodiada en los lugares que parecían más seguros para que no cayera en manos del Islam y pudiera ser profanada. Así, de Huesca pasó a **Yebra** —el lugar donde sufriría martirio Santa Orosia, cuya leyenda hemos contado anteriormente—, de allí a **Siresa**, en el valle de Echo, donde le levantaron la iglesia de *San Pedro* para guardarla a buen recaudo. Pero también de Siresa tuvo que ser sacada para esconderla en **Balboa** primero y luego en **San Adrián de Sasabe**, la iglesuela levantada en honor del matrimonio de santos, San Adrián y Santa Natalia, del que también dimos anteriormente cumplida cuenta.

Finalmente, cuando el peligro sarraceno se alejó definitivamente de aquellas comarcas —y aquí se acaba la leyenda y comienza la historia de nuestro Grial—, cuando nació, casi de la nada, el reino de Aragón, su primer monarca, Ramiro I, mandó construir en su honor y para su custodia la que había de ser la primera catedral del incipiente reino: la Seo de **Jaca**.

No lejos de esta primera capital aragonesa se encontraba ya entonces el monasterio de San Juan de la Peña, de cuya leyenda fundacional habremos de ocuparnos un poco más adelante. Sus abades ostentaban el cargo añadido de obispos de la catedral jacetana, siguiendo una costumbre que se arrastraba desde los tiempos en que aquellas tierras formaban parte del reino de Pamplona. Y sucedió que, hacia los inicios del segundo cuarto del siglo **XI**, cuando la reforma cluniacense se extendía como una mancha de aceite por toda Europa, los monjes pinatenses —así se llamaban los del monasterio de San Juan de la Peña— abrazaron la regla de San Benito y unos cincuenta años más tarde, que no más, adoptaron la reforma preconizada por Cluny, que, entre otras novedades, vendría a unificar los ritos eucarísticos en todo el ámbito cristiano.

Para dar carácter oficial a esta reforma, y celebrar la primera misa según la liturgia romana, llegó a San Juan de la Peña, en el año 1071, el cardenal Hugo Cándido. El abad obispo, que entonces era don Sancho, para dar más esplendor a aquel acto tan trascendental para la Iglesia, trasladó al monasterio el Cáliz que se



... en los montes donde se esconde el monasterio de San Juan de la Peña...

guardaba en la catedral. Y allí quedaría custodiado desde entonces el Grial, sin que reclamaciones ni amenazas de los jacetanos lograsen que los monjes lo devolvieran ya nunca. La reliquia fue depositada en el altar mayor de la iglesia monástica y sólo fue utilizado, durante siglos, en las grandes solemnidades del cenobio con motivo de las fiestas señeras de la cristiandad.

Posteriormente, el último monarca de la dinastía condal catalano-aragonesa, Martín el Humano, aún no se sabe por qué motivo y mediante presiones, logró en 1399 que los monjes le cedieran la reliquia, a cambio de otro cáliz mucho más costoso en lo material, pero carente de la tradición sagrada del que ellos guardaban. El Grial pasó a custodiarse por algún tiempo en el palacio real de la Aljafería de Zaragoza, de allí fue trasladado a la Capilla Real de Barcelona, donde se encontraba en 1410. Y el 18 de marzo de 1437 —esto es ya historia, no lo olvidemos— fue entregado para su custodia a la catedral de Valencia por el rey Alfonso V el Magnánimo. Desde entonces, y sin perder su condición de custodia, la reliquia sigue en la ciudad del Turia, en una capilla especial que, en sus orígenes, parece que fue sala capitular de la seo valenciana. Sólo salió de ella para ser escondido en algún lugar secreto durante la Guerra Civil (1936-1939) y para presidir años después un viaje eucarístico y políticamente manipulado por todos los lugares señeros donde estuvo depositado anteriormente.



Pienso que pocos que lean esta historia que acabo de contar relacionarían el Santo Cáliz aragonés con el Grial que forjó el mito caballeresco medieval, el que cantaron Boron, Eschenbach y Chrétien de Troyes. Sin embargo, bajo la apariencia de una historia eminentemente eclesiástica, sin caballeros andantes ni monjes templarios custodios de la reliquia, se esconde otra que no fue reflejada en las crónicas y que, sin embargo, pone sobre la pista de un mito forjado a golpes de misterio que, sin duda, la Iglesia oficial no habría aprobado si hubiera llegado a divulgarse.

No hay más solución que dejarse guiar por indicios. Y el primero de ellos es, sin duda, la constante alusión que en los poemas artúricos se hace a los territorios peninsulares o a determinados lugares que se corresponden con enclaves situados más acá de los Pirineos. Igualmente, hay constantes referencias a personajes que formaron parte tanto de la España cristiana como de la musulmana. El mismo Wolfram confiesa el origen toledano de la historia que narró, en una extraña simbiosis argumental en la que se hermanan tradiciones cristianas e islámicas y con Toledo, la ciudad mágica por excelencia, como telón de fondo de todo el mito.

Yendo aún más allá, nombres como el del rey del Grial de los cantares, Anfortas —el rey Pescador (o Pecador) que sobrevive gracias a las virtudes curativas de la reliquia—, es paralelo al nombre de Anfortius, empleado en numerosas ocasiones en documentos oficiales por el monarca aragonés Alfonso I el Batallador, muerto en 1344, el gran devoto del Cáliz pinatense, del que se llegó a asegurar también que, herido de muerte tras la batalla de Fraga, logró sobrevivir milagrosamente, gracias a las virtudes de la reliquia, refugiándose en el monasterio de la Peña y marchando después a Jerusalén para purgar el pecado de su derrota.

Son acontecimientos que no cabe sino asociar al gran mito griálico y a su sentido trascendente, potenciados por la presencia física de un objeto repleto de sacralidad y considerado como materialización ortodoxa del símbolo universal. Pero, a su vez, la presencia del Grial en un lugar como San Juan de la Peña debía ser también discreta, como de hecho lo fue durante los siglos en que lo albergó. Y, sobre todo, debía acumular también los signos que lo harían digno de convertirse en custodio de semejante joya espiritual. Tal vez por eso, los orígenes de San Juan de la Peña se bañaron también con el misterio sagrado de lo legendario.

EL ORIGEN DE SAN JUAN DE LA PEÑA

CUENTA LA LEYENDA que un joven noble llamado Voto se encontraba cazando a caballo y en solitario por aquellos parajes selváticos del prepirineo. De pronto, su montura se asomó a un precipicio y estuvo a punto de despeñarse, pero el jinete se encomendó a tiempo a San Juan Bautista, que impidió milagrosamente el accidente. Asombrado por la belleza del lugar, Voto desmontó y comenzó a recorrer los alrededores. Poco a poco, sin casi percibirlo en un principio, un aroma suave y celestial lo condujo hasta la boca de una cueva. Se metió por ella y, no lejos de la entrada, tropezó con el cuerpo incorrupto de un anacoreta que había muerto con la cruz abrazada contra su corazón. El joven lo reconoció inmediatamente como Juan de Atarés, porque la fama de su santidad se había extendido por toda la comarca, aunque nadie se había atrevido nunca, por respeto, a romper su soledad y prácticamente nadie conocía el lugar donde había elegido retirarse.

Tocado por la santidad de aquel hombre, Voto tomó la decisión de seguir sus pasos. Y acompañado de su hermano Félix abandonaron su casa, su familia y la vida cómoda que les aguardaba y se encerraron en el laberinto de aquellas soledades abruptas, con el propósito de entregar su vida a Dios y a la contemplación. Allí discurrió su existencia en olor a santidad y, a su fallecimiento, otros dos hermanos, Benedicto y Marcelo, vinieron a sustituirlos y formaron en torno suyo el núcleo de la primera comunidad de monjes que constituiría el primer cenobio.



No deja de ser significativo en esta historia un elemento que suele pasarse por alto cuando se narra: el hecho de la presencia, incluso repetida, de dos hermanos como promotores y fundadores de la comunidad monástica. Estamos, sin duda, ante un factor recurrente de la tradición arcana, el mismo que creó a los

Dióscuros de la mitología clásica, los hermanos Cástor y Pólux, y el mismo también que, en la tradición cabalística judía, indicaba la necesidad de que dos sabios se hermanasen para poder indagar juntos en los secretos más impenetrables de las Sagradas Escrituras y descubrir en ellas la Palabra y la Cifra transmitidas a los hombres por la Divinidad.

Habría que tener en cuenta toda una larga lista de hermanos santos de la tradición simbólica que, desde Caín y Abel a Osiris y Seth y Rómulo y Remo, marcaron una sacralidad diosúrica que tendría su correspondencia misterica en el mismo santoral cristiano, en el que santos tales como Abdón y Senén, Gervasio y Protasio o Cosme y Damián surgirían en la Leyenda Dorada para sustituir y cumplir el papel simbólico adjudicado por la Tradición a los gemelos olímpicos que prestaron su nombre y su función a toda esta larga lista de parejas simbólicas.

El símbolo representado por estas parejas de hermanos no es otro que el de la Dualidad que conforma la naturaleza humana y que, regida por los principios emanados del Conocimiento, tiende al encuentro con la Unidad representada por la idea de lo divino, tal como está ya expresado en los textos fundamentales de la Tradición y, entre ellos, resumiendo la gran idea trascendente, en la Tabla Esmeraldina atribuida a Hermes Trismegisto. El hecho mismo de que la leyenda fundacional de San Juan de la Peña insista repetidamente en este principio, a través no ya de una, sino de dos parejas sucesivas de hermanos, es señal inequívoca de la intencionalidad de sacralizar al máximo un principio universal: el de ese Grial que muy pronto entraría a formar parte de la historia y de la esencia del monasterio. Si pensamos, además, su advocación bajo el sagrado patronazgo de San Juan, representante de una Iglesia secretamente opuesta a la Iglesia oficial encabezada por la doctrina romana —la doctrina de Pedro y de sus sucesores los papas—, comprenderemos seguramente mucho mejor el significado que la figura del recipiente griálico pudo tener para los peregrinos que emprendieron el Camino Jacobeo siguiendo esta senda aragonesa que penetra por el Somport, el Sumo Puerto, el lugar Supremo, y encuentra su

sentido pleno en el cenobio encastrado en la roca, imagen telúrica del sagrado Útero de la tierra que ya tomaron como espacio esencialmente numinoso los seres humanos en su primer contacto con la idea de la trascendencia.

Una sospecha adquiere cuerpo cuando, escarbando en la vieja historia del monasterio, tan cuidadosamente reunida por el abad Briz Martínez en 1620, parecen surgir elementos que tienden a santificar a toda costa, aunque de acuerdo aparente con el ideario romano, precisamente aquellas vivencias cenobíticas arcaicas que chocaban frontalmente con la liturgia cluniacense que se impuso al monasterio después de siglos de haber seguido el ritual mozárabe.

Así sucede con la recuperación, por parte de los monjes pinatenses, de un cuerpo santo, el de san Indalecio, que no formaba parte del santoral romano, sino de la tradición mozárabe que todavía conservaban limpia los cristianos que vivían en al-Andalus. Esta recuperación, a caballo también entre la historia y la leyenda, explicaría por qué, en la fachada del monasterio que llaman Nuevo y que data de fines del siglo xvii, aparecen a ambos lados del patrono San Juan los dos santos copatronos del cenobio, precisamente San Benito —el santo de cuya regla reformada procedía la de Cluny— y el tal San Indalecio, representante del cristianismo mozárabe que el cenobio practicaba antes de que se le metiera en las anfractuosidades del rito reformado introducido por los cluniacenses.

LOS HUESOS DE SAN INDALECIO

ES FAMA QUE SAN INDALECIO fue uno de los Siete Varones Apostólicos discípulos de Santiago que se repartieron Andalucía para predicar las verdades evangélicas. De éste se sabía, por larga tradición, que fue obispo de Almería y que murió en olor a santidad, pero se ignoraba el lugar donde su cuerpo recibió sepultura.

Al parecer, durante largo tiempo, el fantasma de este santo se estuvo apareciendo a los monjes de San Juan de la Peña manifestando su deseo de que sus huesos reposasen en aquel monasterio, pero nada se hizo para cumplir aquel capricho, porque nadie sabía dónde se encontraban.

Pero hete aquí que un caballero murciano de rancio abolengo cristiano mozárabe recaló un buen día en el monasterio y transmitió a sus monjes una noticia que a todos llenó de gozo. Según les contó, en las cercanías de la antigua Urci, muy cerca de la ciudad de **Almería**, venían apareciendo desde tiempo atrás unas extrañas luces en un lugar que nadie lograba localizar con exactitud, porque las luces se apagaban apenas alguien intentaba acercarse a ellas. Los monjes, convencidos de la relación entre sus visiones y aquel fenómeno, pidieron al caballero murciano que acompañase a dos de los hermanos de la comunidad hasta aquel lugar. Y así se hizo, sorteando los peligros que suponía adentrarse en aquel remoto territorio musulmán.

Efectivamente, cuando ya se hallaban cerca, las luces comenzaron a emitir sus resplandores con toda su fuerza, pero esta vez, al contrario de lo sucedido en otras ocasiones, no se apagaron cuando los monjes se acercaron, permitiéndoles descubrir la pequeña oquedad de donde surgían los destellos de luz, en cuyo interior se encontraron unos huesos que no dudaron en establecer sin reticencias que pertenecían a aquel santo obispo que había querido reposar en su monasterio.

El viaje de regreso, primero por tierras andalusíes y luego por territorios cristianos de la Corona de Aragón, fue un auténtico rosario de prodigios. A su paso, los huesos de san Indalecio curaron enfermos, resucitaron muertos, dirimieron conflictos, calmaron tempestades e hicieron surgir agua de las peñas, dando un sinfín de pruebas de su autenticidad y, sobre todo, de su santidad. Y mucho tuvieron que bregar los buenos monjes, porque en infinidad de lugares les pidieron quedarse con aquella preciosa reliquia que todos consideraban absolutamente milagrosa.

Así llegaron por fin a San Juan de la Peña en su viaje de regreso. El mismo rey, Sancho Ramírez en aquel tiempo, acudió al

monasterio para recibirla y para depositarla, junto al abad, en el mausoleo que se le había reservado. Y, desde entonces, estuvo impartiendo sus favores celestiales a la comunidad. Y no hubo peregrino jacobeo que se acercara al cenobio sin postrarse a rezar una oración ante la tumba del santo mozárabe procedente de al-Andalus, que tanta fama de milagrero había adquirido.



II

Los itinerarios navarros



Un tranco repleto de asombrosos descubrimientos



***D**ESDE SAN JUAN DE LA PEÑA, el Camino discurre entre recuerdos griálicos en torno a los lugares donde aquel Cáliz prodigioso fue custodiado a lo largo de sus años migratorios. **San Pedro de Siresa**, a la entrada del Valle de Echo, guarda entre sus estructuras casi arruinadas el altillo donde aún se dice que estuvo guardado. Luego, el Camino cruza la raya de Navarra junto al pantano de Yesa, para emprender inmediatamente el remonte de la serranía y encontrar el monasterio de Leyre.*

Este cenobio, hito de la espiritualidad navarra, guarda incontables sopresas al peregrino, pero seguramente la más significativa de todas ellas, al menos desde la perspectiva que aquí buscamos, es la leyenda de San Virila, un santo que nadie podrá ver consignado en los santorales, aunque sí en uno de aquellos Falsos Cronicones, el llamado de Auberto y Ubalabondoso, sistemáticamente rechazado por la historiografía moderna. Según se cuenta allí, éste fue uno de los abades que, con San Babil y San Lampadio, vivieron en torno a la época de la invasión musulmana, aunque su aventura trascendente fue muy distinta a la de sus compañeros de abadiato.

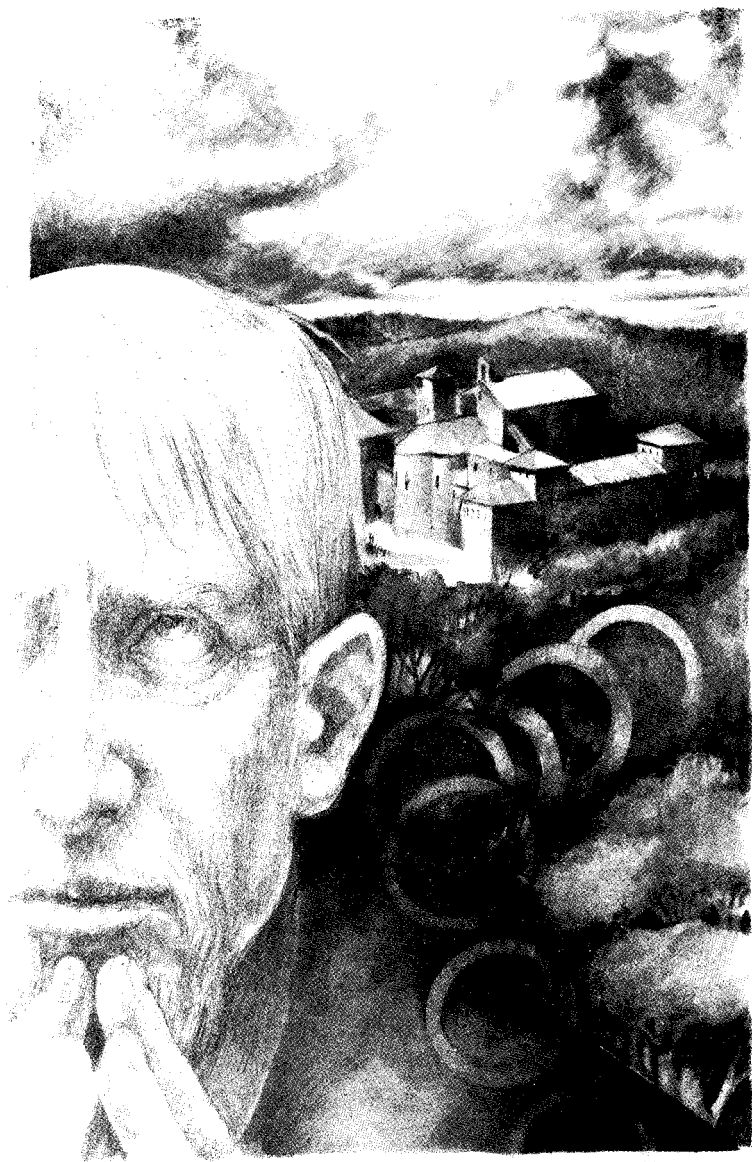
EL MONJE QUE VISITÓ LA ETERNIDAD

PUES SEÑOR, FUE EN TIEMPOS MUY ANTIGUOS, tanto que la memoria los ha olvidado. El abad Virila era un auténtico padre espiritual para sus monjes, pero sus ansias de santidad y sus dudas, muy humanas, lo llevaban a una profunda inquietud por conocer aquella Gloria en la que quería creer a toda costa, pero de la que necesitaba algo que la confirmase en su fe, más allá de especulaciones teológicas.

Todas las mañanas, el buen abad salía del monasterio antes de que apuntase el día, apenas terminados los primeros oficios. Y, siguiendo el senderillo que sus propios pies habían trazado a fuerza de seguirlo en su paseo cotidiano, subía las pendientes que, a espalda del cenobio, conducía hacia la Roca de Erandio y la Chimenaea. Por allí alcanzaba un claro del bosque junto a un manantial. Y en aquel lugar, en medio del silencio de las cercanas cumbres, se entregaba a la meditación y elevaba sus oraciones al Cielo pidiendo al Creador que le permitiera atisbar siquiera un poco de aquella Gloria prometida, que ni siquiera era capaz de concebir desde su propia naturaleza de hombre ansioso de creer en el Más Allá.

Pasaron años enteros de paciente oración y de constante retiro místico en aquel rincón privilegiado de la naturaleza donde iba a refugiarse cada día en su soledad. El abad envejecía y sentía su espíritu sembrado de dudas, de ansias de saber. Necesitaba una respuesta, porque, sin ella, su misma misión como abad de aquella comunidad carecía de sentido, si él era el primero en dudar de lo que esencialmente desconocía.

Un día sucedió algo distinto. Estaba el buen abad Virila meditando de rodillas, sumido en sus ansias de trascendencia, cuando, de pronto, muy cerca de él, sonó el bellísimo canto de un pajarillo. Era un canto distinto a todos cuantos había escuchado hasta entonces. Un trino que parecía llegar de muy lejos y estaba, a la vez, junto a él, acariciándole el oído. Cerró los ojos, dejándose transportar por la hermosura de aquel instante, y sintió que su



... los peregrinos que recalaban en Leyre...

alma se abría de par en par arrastrada por la música de las esferas. Todo en torno suyo se iluminó y supo de pronto que aquélla era la afirmación a todas las preguntas que se había formulado desde que tuvo conciencia de su ansia de trascendencia.

Le pareció que aquel instante duraba apenas unos minutos, pero fue tan intenso y tan bello que su espíritu quedó bañado en Eternidad. Súbitamente, supo que se había integrado en la infinitud a la que tanto se había encomendado. Abrió los ojos y creyó verlo todo distinto. Los árboles estaban más crecidos, como más crecida estaba la hierba. Habían desaparecido las huellas que dejó marcadas durante tantos años de seguir el mismo sendero entre las peñas y el bosque. Todo olía distinto, más puro, más cerca del Dios que siempre evocó.

Despacio, admirado por el entorno, con las fuerzas renovadas, emprendió el camino de regreso al monasterio, pensando cómo podría explicarles a sus monjes la experiencia que había vivido. La silueta del cenobio le pareció mayor, como si en su ausencia hubieran construido más dependencias. Y la explanada que tenía que atravesar para alcanzarlo le dio la impresión de más chica, como si las nuevas dependencias le hubieran arrebatado espacio.

Llamó a la puerta, impaciente por contar su aventura y comentarla con sus hermanos. Pero, extrañamente, le abrió la puerta un monje al que no conocía y que tampoco dio muestras de conocerlo a él, porque le preguntó por su nombre y le inquirió de dónde venía.

—¡Cómo, hermano! ¿No me conoces? Mala memoria diría que tienes, si no fuera porque tampoco yo te reconozco. Soy fray Virila, vuestro abad.

—Nuestro abad no se llama Virila. He oído decir que hubo un abad Virila en este monasterio hace más de trescientos años, pero desapareció un día sin que nadie volviera a saber nunca más de él.

Fue entonces cuando el viejo monje comprendió realmente lo que le había sucedido. Y se dio cuenta de que, en medio de su éxtasis, aquello que le pareció que duraba en unos segundos había sido, en realidad, un contacto con la Eternidad que había

durado tres siglos. Reunida la comunidad, el abad explicó a todos los monjes su experiencia y, comprendiendo que había cumplido con su misión y se había puesto en paz con su conciencia, entregó su alma al Creador.



Tengo que confesar mi preferencia por esta leyenda sobre muchas otras de las que se cuentan a lo largo del Camino. Y no por haber surgido aquí, pues otras casi exactamente iguales se cuentan de otros santos monjes de otros lugares, sino porque tengo la impresión de que en ella se ponen de manifiesto ciertos paralelismos inquietantes que surgen entre la experiencia mística y los conocimientos que nos va aportando una ciencia en constante expansión.

Sin que la experiencia haya llegado a demostrarlo más allá de los niveles subatómicos, hoy se sabe cómo, partiendo de las revelaciones surgidas de la Teoría de la Relatividad, un cuerpo presuntamente lanzado al espacio sideral verá comprimido su tiempo en relación directa con la velocidad a la que se desplace. De tal modo es así que se supone que, al alcanzar la velocidad de la luz —300.000 km. por segundo—, ese tiempo siempre relativo por el que nos guiamos desaparecería totalmente, del mismo modo que la materia que lo formaría se habría convertido en energía. Si este fenómeno pudiera convertirse en experiencia física, convertiría un viaje espacial a velocidad sublumínica en un periplo que al viajero podría parecerle de horas, mientras que para el espectador que lo siguiera desde la Tierra podrían pasar años e incluso siglos. Un desplazamiento de años-luz devolvería al presunto astronauta como un hombre de apenas un año o dos más de edad aparente, mientras que en la Tierra, a su regreso, podrían haber pasado generaciones enteras y tal vez centenares de años.

Si pensamos que los monjes medievales desconocían los avances a los que han llegado nuestras teorías científicas y que las ecuaciones habrían sido para ellos expresiones cabalísticas

incomprensibles, tendríamos que reconocer que determinados estados superiores de conciencia podrían ser capaces de igualar lo que nuestros más avanzados científicos dan ya como posible o, cuando menos, como matemáticamente probable. Y la divulgación de tal tipo de prodigios trascendentes, en aquellos tiempos remotos, no podría ser más que la ejemplificación de estados de conciencia en los que ese ser humano podría acceder a experiencias superiores, imposibles de concebir más allá de los poderes emanados de la intervención de una teórica Divinidad desconocida.

Lo cierto es que la leyenda del abad Virila, a la que tuvieron acceso los peregrinos que recalaban en Leyre cuando llegaban a través de la ruta aragonesa del Camino, se repite casi literalmente al otro lado de la Península, no lejos de la meta jacobea. Exacta a esta historia se cuenta otra que tuvo lugar en el monasterio gallego de Armenteira, protagonizada por otro santo benito llamado San Ero. Allí la llaman la leyenda do Monxe da Pasariña, y de allí la tomó Alfonso X el Sabio para incluirla en sus Cantigas de Santa María, la Cantiga CIII según el código del Escorial. Y la misma leyenda se contó, apenas sin variantes, referida a otros monjes santos, como la del también gallego San Amaro, con la que cerraremos este volumen, San Borondón y San Fulgencio, primer abad del monasterio de Afflighem, con lo cual nos encontramos que experiencias de este calibre formaban parte consustancial de la tradición mística benedictina, a modo de paradigma trascendente alcanzado por ciertos santos de la Orden, como parábola profundamente simbólica de la Eternidad a la que habría que dar el mismo sentido que se percibe en el salmo IV, 90, 4 del Libro: «Porque mil años, Señor, son a Tus ojos como el día de ayer, que ya pasó; como una vigilia de la noche.»

Pero los misterios que alberga Leyre en su tradición no se detienen en la aventura milagrosa del abad Virila. Otras leyendas surgidas en el seno del monasterio vienen a descubrirnos diferentes aspectos del vivir cenobítico, sobre todo en los tiempos primeros de la ocupación musulmana de la Península y, por supuesto, referidas a tiempos anteriores al momento en que la

orden de Cluny copase la vida monástica peninsular. Entre estas leyendas surgen con voz propia dos que resultan profundamente significativas si queremos comprender la situación religiosa de la Navarra de la más alta Edad Media. Trataremos aquí de resumirlas.

EL MAESTRO DE TODOS

NO SERÁ FÁCIL QUE ENCONTREMOS noticia de San Babil fuera de su tierra navarra. Sin embargo, en Leyre se conserva una imagen suya que los monjes suelen exponer en una hornacina del altar de la soberbia cripta que formó parte de la primitiva iglesia monástica. La imagen parece bendecir a los fieles con la mano derecha, mientras sostiene el báculo episcopal con la izquierda, como era preceptivo en un tiempo en el que los abades de Leyre asumían a la vez el cargo de obispos de la capital del reino, Pamplona.

La leyenda de este santo, que tal vez roza la Historia más de lo que podría parecer a primera vista, nos cuenta que fue maestro de niños. Y nos añade que sus discípulos fueron cristianos y musulmanes, sin especificar que estos últimos lo fueran después de haberse convertido, lo que nos indica que los padres musulmanes le confiaron a sus hijos por su saber y de ninguna manera por deseo de cristianizarlos. A pesar de ello, la historia de este santo se cierra con su martirio —se supone que a manos del Islam—, pero nos añade que ochenta de sus discípulos fueron martirizados voluntariamente por su insistencia en permanecer a su lado.



Si repasamos la historia del reino de Pamplona en los años siguientes a la conquista de la Península por los musulmanes, nos percataremos de una circunstancia significativa: las buenas rela-

ciones que mantuvieron los navarros con los invasores. Son tiempos en los que nos encontramos bodas de alta alcurnia entre los dos pueblos, tratados de paz y colaboración, viajes de cristianos mozarabes de al-Andalus por tierras navarras en busca de manuscritos para sus bibliotecas. Viajes que tienen su ejemplo puntual en el que llevó a cabo San Eulogio de Córdoba, recorriendo los monasterios navarros en pos de libros sagrados y profanos, pueden servirnos de ejemplo de aquella estrecha relación, que se completaba también con otras anécdotas históricas, tales como la del rey de León Sancho el Craso, que viajó a Córdoba por recomendación de la reina navarra Toda para curar de su gordura, poniéndose en manos del médico judío Moisés Ibn Shaprut, que estaba al servicio del Califato, o con los altos grados de influencia que tuvieron en Navarra y las tierras vecinas ciertas familias de renegados como la de los Banu Qasi, que practicaron abiertamente la fe musulmana en territorio cristiano y llegaron a ejercer tanto poder como los mismos reyes, manteniéndose a pesar de todo independientes de la autoridad cordobesa de su tiempo. Igualmente existe el testimonio del monarca navarro Sancho Garcés, cuya amistad con Abd al'Rahman III permitió que pasara largas temporadas como huésped del palacio de Madinat al'Zabra y cuya hija, la princesa Alba, fue entregada en matrimonio al caudillo musulmán Almanzor y fue la madre del efímero califa cordobés Abd al'Rahman Sanchuelo.

Curiosamente, esta circunstancia dejó historias tan significativas como la de San Babil, pero, en tiempos posteriores de mayor integrismo cristiano, transmitió otras a través de las cuales la Iglesia se lanzó a exaltar su habitual propaganda martirial para despertar en la feligresía el rechazo a una amistad intercultural que no podía en modo alguno ser tolerada en un tiempo en el que prosperaba el ideal de Cruzada que había insuflado en los reinos cristianos peninsulares la Orden cluniacense.

Formando parte de esa tendencia tardía, contraria a la otra que la precedió, decididamente inclinada a la convivencia pacífica entre creencias encontradas, surge una leyenda martirial que, curiosamente, tiene también al monasterio de Leyre como depositario de su testimonio.

LAS PRINCESAS MÁRTIRES

LOS CUERPOS SANTOS de las hermanas Nunilo y Alodia se conservan en el monasterio de Leyre desde que fueron traídos por el devoto Auriato desde Huesca, donde habían sido martirizadas a manos del Islam. La reina Oneca en persona le había encargado de aquella sagrada misión. El bienaventurado Auriato había visto en sueños el lugar preciso donde se encontraban los cuerpos santos y, también en sueños, había oído una voz que le dijo que lo guiaría hasta encontrarlos en una profunda fosa cercana a Huesca, donde se hallaban. Auriato, haciéndose pasar por mercader, cruzó la frontera musulmana, reunió a cristianos escondidos y, llegado al lugar, logró encontrar los cuerpos incorruptos gracias al aroma que despedían a través de la tierra que los ocultaba. Luego, llevadas las reliquias a Leyre, el santo varón dedicó su vida a cuidar de la arqueta que los contenía y de la luz que debía arder permanentemente junto a ella.

Lo significativo de la leyenda que se narra en torno a estas mártires es que ambas aparecen descritas como hermanas e hijas de un matrimonio compuesto por un musulmán y una cristiana, del que se asegura que llegó a la concordia de permitir que una de sus hijas siguiera las enseñanzas evangélicas y la otra las doctrinas de Mahoma. Pero ambas hermanas, influidas al parecer por la fe de su madre, se inclinaron por el cristianismo, y el padre, incapaz de convencerlas de sus principios, las mandó degollar a ambas por sus sicarios para no sufrir la vergüenza de haber engendrado dos hijas renegadas.



*Bajando desde las alturas de Leyre y pasada la meta peregrina, relativamente reciente, de **Javier**, donde abundan los recuerdos de uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, el peregrino se encuentra con otro gran hito del Camino: **Sangüe-***

sa. Su iglesia de Santa María la Real constituye una de las preferidas de los caminantes para expresar su devoción jacobea, junto a otros templos que fueron dedicados a distintas advocaciones propias de la Ruta, que atravesaba el centro mismo del recinto urbano. La ciudad y la iglesia de Santa María contienen una de las colecciones de reliquias más importantes del Camino. Concretamente esta iglesia guarda, al decir de la autoridad, nada menos que cabellos de la Virgen, un poco del maná del que se alimentaron los judíos en el desierto, el pellejo de San Bartolomé, óleo santo de la tumba de Santa Catalina, limo de la tierra de la que fue hecho Adán, madera del árbol donde el ángel se le apareció a Abraham, y lágrimas de Moisés transformadas en piedrecillas. Por su parte, la parroquia de Santiago guarda tierra del pesebre donde nació el Salvador, del monte Sión y del monte Calvario, así como un poco del suelo donde Jesucristo ayunó en la Cuaresma. En cuanto a la imagen de su Virgen patrona, Santa María la Real, es famosa por sus milagros, algunos de los cuales aparecen reproducidos en las vidrieras de la colegiata. Y las figuras del pórtico son, además, protagonistas de una clave importantísima del Camino que conviene desvelar, porque sólo se manifiesta a través de la leyenda que parece revelarla secretamente y que tuvo que estar dedicada a los peregrinos que pasaban por su recinto.

LAS LLAGAS DE PEDRO DE TOLOSA

EL NOBLE FRANCÉS Pedro de Tolosa emprendió el Camino Jacobeo con la esperanza de que un milagro de Santiago lo librara de las cien pústulas que le roían el cuerpo. En cada parada de su ruta impetraba los favores del santo o de la virgen de turno para que intercedieran ante el Apóstol para librarlo de su mal. Así fue conociendo, día a día, las profundas verdades que encerraba el milagroso discurrir espiritual de aquel santo sendero, de tal



... Al llegar de nuevo a Sangüesa, precisamente frente a este pórtico...

Leyendas como éstas, distribuidas a lo largo de todo el Camino y sometidas como al azar a la atención del peregrino, vienen a avisarnos de cómo, detrás de su variopinta estructura devocional, la Ruta Jacobea fue adquiriendo una curiosa y profundamente sabia unidad a lo largo de su recorrido. Y no es de extrañar que, para los peregrinos más lúcidos, todas aquellas historias aparentemente fantásticas o, en el mejor de los casos, milagreras, contuvieran un mensaje unitario que, sin duda, contribuiría a completar su iniciación espiritual, acompañándolos con sus símbolos y llenando de sentido los huecos que sus dudas y su ignorancia hubieran ido dejando en su espíritu. La Ruta, así, se convertía en una asignatura espiritual que los peregrinos debían penetrar, sin conformarse con cumplir a ciegas el ritual que los cluniacenses habían señalado como motivo inmediato de sus devociones. Las señales iban surgiendo a todo lo largo del Camino, y la misión fundamental del caminante era la de ir despejando las incógnitas que planteaban. Eran avisos unas veces, otras veces órdenes a cumplir con la conciencia abierta a la señal que transmitían, como creyó cumplirlas San Francisco cuando dicen que pasó por estos pagos.

EL BORDÓN DE SAN FRANCISCO

ROCAFORTE ES HOY UN PUEBLECITO casi desierto que se encuentra en un alto que domina la ciudad de Sangüesa. Para llegar a él hay que desviarse ligeramente del Camino establecido, pero ya nadie recuerda que allí vivieron los sangüesinos antes de que todos se trasladaran al lugar que hoy ocupa la localidad. Por allí pasó San Francisco de Asís cuando viajó a Compostela y, después de remontar la dura pendiente que conduce hasta la aldea, se sintió profundamente cansado y, dejando el bordón junto a él y sirviéndose del hatillo como cabezal, se durmió profundamente.

Al despertar de su corta siesta se dio cuenta de que el bordón que dejó a su lado se había hincado en la tierra, había echado raíces y se había convertido en un espléndido moral que expandía su espesa sombra por todo el contorno. Aquel prodigio le hizo darse cuenta del mensaje que le transmitía el Apóstol y decidió fundar allí mismo su primer convento en la Ruta Jacobea. El moral protegió con su sombra la fundación franciscana durante muchos siglos. Hoy ha desaparecido ya, muerto a fuerza de serle arrancadas sus ojas por la devoción peregrina, pero permanece su recuerdo.



*Muchas veces, la señal fue plasmada en piedra por los canteros que levantaron las iglesias de la Ruta. Aquellos constructores sagrados contribuyeron a mantener y fijar la memoria colectiva de los peregrinos, expresando en sus pórticos, en sus estructuras y en sus figuras labradas en la piedra el mensaje de una sacralidad que no emanaba solamente de las imágenes devotas y de los ritos obligados, sino del lenguaje de los pájaros con que ellos plasaban la idea sagrada. A menudo, como iremos teniendo la oportunidad de ver, la leyenda contribuía a expresar este mensaje, obligando al peregrino a interpretar lo que se le incitaba a descubrir. Así sucede cuando se llega a la capilla de **Eunate**, que fue de templarios y constituye todavía uno de los más apasionantes misterios con que nos podemos tropezar a lo largo de la Ruta Sagrada.*

LOS PÓRTICOS GEMELOS

POCOS VISITANTES DE LAS JOYAS del Camino pueden evitar sentir las más profundas emociones ante la capilla de Eunate, que se levanta hoy solitaria a un lado de la ruta peregrina, muy cerca de donde la vía aragonesa va a unirse definitivamente con la

navarra que descende de los altos de Roncesvalles, como único resto de una construcción templaria más compleja que se levantó en este lugar. Su estructura octogonal, rodeada por un claustro exento que fue románico y que de tal no le queda más que una parte, hace pensar en misteriosas danzas rituales y en reuniones iniciáticas de los freires, que probablemente tendrían lugar allí, lejos del bullicio peregrino de la cercana encomienda que tenían en **Puente la Reina**.

El pórtico que da entrada a la capilla constituye un reto de símbolos a descubrir; un conjunto de figuras extrañas y de arquerías entre las que se adivinan formas como de estrellas o planetas que marcaran un mensaje astral todavía sin resolver. Cabezas de hombres barbados que, contempladas al revés, descubren rostros diabólicos y un conjunto de imágenes en el que se alternan monstruos, anacoretas y monjes templarios llevan a pensar en la plasmación de una idea que sigue misteriosamente oculta a la interpretación de los más avisados.

Precisamente a propósito de este pórtico se cuenta una extraña leyenda, porque en una aldea muy cercana llamada **Olcoz**, que ni siquiera aparece en los mapas oficiales, el pórtico de la iglesia parroquial luce otro pórtico gemelo a éste, casi exacto y compuesto por las mismas figuras, que sólo se diferencia del de Eunate por detalles apenas perceptibles y por el hecho de que todas sus figuras fueron colocadas a modo de imagen especular de las de la capilla templaria. Una curiosa leyenda viene a aclarar —o a complicar, según se mire— el misterio de esta apuesta oculta por la gemelidad.

Dicen que la labra del pórtico de Santa María de Eunate le fue encargada a un maestro cantero miembro de la comunidad templaria, tenido por uno de los más expertos escultores de su tiempo. Llevaba ya muy adelantado su trabajo cuando, por motivos que nadie ha explicado en las distintas versiones del relato, tuvo que ausentarse y dejar inconclusa su labor. Las obras de la capilla siguieron, pero la ausencia del maestro escultor se prolongaba y los freires, ante la imposibilidad de colocar el pórtico inconcluso, encargaron su terminación a un cantero de los alrededores, que



... Dicen que la labra del pórtico de Santa María de Eunate...

lo remató en muy poco tiempo y, lo más asombroso, con una perfección digna del maestro ausente.

A su regreso, viendo su obra terminada por otro, el escultor templario montó en cólera y protestó airado ante el comendador, proclamando que le habían usurpado su trabajo. El comendador, entonces, lo emplazó a labrar otro pórtico tan rápidamente como el cantero local había concluido el suyo: tres días.

El maestro se vio perdido, pero, dispuesto a mantener su honor, recurrió a una bruja que habitaba en las fuentes del vecino río Nekeas y ésta le dio la solución a su problema. Eran vísperas de San Juan y el maestro escultor, siguiendo los consejos de la hechicera, se apostó en un remanso de la orilla del río hasta ver salir de él una enorme serpiente que acudía todas las noches sanjuaneras a bañarse en el río y que, antes de zambullirse en el agua, depositó en la orilla una piedra lunar que escondía en su boca. El maestro esperó a que la serpiente se hubiera alejado siguiendo la corriente del riachuelo y, recogiendo la piedra, corrió frente al pórtico de Eunáte, frente al cual había levantado previamente otro pórtico, pero sin labrar. Introdujo la piedra en un cáliz lleno con agua del Nekeas y, colocando aquel objeto mágico bajo las piedras sin labrar, esperó a que la luna hubiera alcanzado su cenit. En ese momento comenzó a producirse el prodigio y la piedra fue tomando forma casi sola bajo el buril del escultor y reproduciendo con toda exactitud los arcos, las figuras y las columnas del pórtico de Eunáte. Sólo los nervios del maestro ante tal prodigio hicieron que aparecieran ligeras diferencias como las que en la actualidad se pueden apreciar. Y a la mañana siguiente la obra estaba terminada. Y cuando apareció por allí el viejo cantero local, vio reproducida su portada casi igual, pero invertida. Fue entonces cuando, encolerizado por la presencia de la copia, le atizó tan soberbia patada que la portada salió volando hasta caer en la vecina aldea de Olcoz, donde ha permanecido hasta nuestros días.

La leyenda no explica el misterio, se conforma con exponerlo a la curiosidad de los peregrinos que quisieran comprobarlo volviendo sobre sus pasos y acercándose a Olcoz para admirar la réplica allí existente. Sin embargo, la narración de su levantamiento viene a explicar la razón de su espectralidad y hace pensar que, probablemente, en otros tiempos, ambas portadas pudieron estar enfrentadas, dando cuenta de una idea simbólica que justificaría aquella idea de espejo que, en la Tradición, sugiere la presencia de un mundo enantiomorfo paralelo al mundo que consideramos real y anunciador de evidencias que sobrepasan los límites de la experiencia cotidiana, como la sobrepasaron en la historia de Alicia, que alcanzó su mundo imaginario atravesando la luna del espejo, al otro lado de cuyo reflejo se enfrentó a un universo que sólo intuía mediante la puesta en marcha de su imaginación.

*Sin embargo, el misterio que transmite esta portada va más allá y obliga a plantearse unos motivos que todavía no han sido debidamente aclarados. Un buen conocedor del Camino de Santiago, el doctor Juan Ramón Corpas Mauleón, nos transmitió en su día la noticia del descubrimiento de una tercera portada con las mismas características y casi idénticas figuras y distribución de sus elementos. Curiosamente, la portada en cuestión se encuentra en el lado francés del Camino, en la Auvernia, y en una pequeña aldea llamada **Bains**, que tuvo un priorato y que se ubica junto a la ciudad de **Puy-en-Velay**. Por ahora, sin embargo, mientras no seamos capaces de hallar un motivo que aclare estos insólitos paralelismos, no tendremos más remedio que conformarnos con reconocer con toda humildad su misterio. Y, reconociéndolo, plantearnos el hecho de que todavía nos faltan muchos pasos que recorrer en la resolución de tantas incógnitas como todavía surgen cuando pisamos la Ruta Jacobea. El Camino fue concebido por el poder de la Iglesia, es cierto. Pero también lo es que fue decorado y motivado gracias a la paciente labor iniciática de tantos constructores que lo fueron transformando hasta incardinarlo en un mundo de misterios trascendentes que, todavía hoy, dan su auténtico sentido al hecho del*

peregrinaje. Un peregrinaje visto como viaje interior emprendido por el peregrino para alcanzar una meta que es, al mismo tiempo, exterior y devota, pero también íntima y profundamente conformadora de la identidad del que busca el Conocimiento.



Memoria carolingia



***L**A OTRA VÍA DE ENTRADA MASIVA de peregrinos jacobeos, probablemente la más populosa del Camino, penetraba en territorio peninsular por la localidad de **Valcarlos**, aún en la vertiente septentrional pirenaica, después de que las tres grandes vías francesas, las llamadas Podense, Lemosina y Turonense, se habían unido en una sola poco más arriba, en **Ostabat**. Este trecho, sobre todo para los peregrinos franceses, tenía resonancias gloriosas y trágicas a la vez. Al pasar por estos montes se despertaba la memoria de sucesos que resumían una parte fundamental de su pasado. Y era aquélla una historia que, en gran parte, se sostenía sobre bases en buena parte legendarias, transformadas por el lógico afán de todos los pueblos por exaltar el espíritu de la propia gloria nacional, aunque los nacionalismos apenas fueran un sueño, aunque dicha gloria estuviera todavía forjándose y aunque se viera sostenida por una terrible derrota, cuyos componentes infaustos alimentaban ese extraño concepto trágico de lo martirial, en el que muchos pueblos y muchas doctrinas basan su propia identidad.*

La derrota en cuestión había sido la de Roncesvalles, que tuvo lugar en el año 778, al regresar el emperador Carlomagno de una expedición a Zaragoza y después del derribo de las murallas de Pamplona, para sentar las bases de una marca que protegiera al imperio del peligro musulmán que amenazaba desde una Península casi totalmente conquistada. En aquella ocasión, los vascones, posiblemente ayudados por musulmanes y

apostados en las alturas del desfiladero, dejaron libre el paso de la vanguardia carolingia y, cuando le tocó cruzar a la retaguardia, alejada de la avanzada y compuesta por lo más selecto del ejército imperial, atacaron con piedras y toda clase de armas, infringiendo al emperador la primera y más grave derrota de su larga singladura de conquistas.

Naturalmente, el vago espíritu nacional no se conformó simplemente con llorar aquel desastre. El poder necesitaba transformarlo para el pueblo en un hecho glorioso y hacer de él una sublime epopeya martirial. Para ello, con el tiempo, se inventaron personajes, se buscaron traidores y malsines, se sublimaron las proezas heroicas y hasta se alteraron los fines mismos del emperador al penetrar en territorios peninsulares. De esa exaltación mítica nació la celeberrima Chanson de Roland, uno de los cantares de gesta más populares de la Europa medieval que había formado parte del imperio carolingio; y de aquel germen fabuloso fueron surgiendo componentes secundarios que conformaron todo un conjunto de historias, la mayor parte de las cuales entraron a formar parte de la mítica del Camino, donde los peregrinos procedentes de los antiguos territorios imperiales tendrían la oportunidad de pasar por los lugares donde supuestamente tuvieron lugar aquellos hechos, tanto los ciertos como los legendarios, y vivir en sus carnes el recuerdo y hasta las consecuencias de aquella que habían convertido en una gran gesta supranacional.

EL CANTAR DE ROLDÁN

NO RESULTA DIFÍCIL de resumir en pocas líneas todo el contenido dramático que desarrolló en su día la canción de gesta. En realidad, su grandeza estriba mucho más en los detalles que en una hipotética profusión de aventuras que se reducía, en este caso, a los acontecimientos sucedidos en una jornada de felona traición, de lucha desesperada y de muerte gloriosa.

Así, la leyenda sobre la que se basó el *Cantar* viene a relatar-nos que Carlomagno, teniendo cercada la ciudad de Zaragoza, recibió ofertas de paz de su rey, Marsilio. Para fijar las condiciones definitivas, el emperador mandó a la ciudad sitiada a Ganelón, padraastro de Roldán, su sobrino amado y uno de los doce pares de que se rodeó el César en recuerdo paralelo al de los Apóstoles y al de los caballeros de la Tabla Redonda. Pero Ganelón odiaba profundamente a su hijastro y, aprovechando la oportunidad que se le dio de hacer tratos con Marsilio, fraguó con él una terrible traición que lo llevaría, aún más que a engañar trágicamente a Carlomagno, a deshacerse de su sobrino preferido y mano derecha de sus glorias guerreras. Regresó, pues, dando falso testimonio de la sumisión del rey moro y asegurando que el ejército imperial podía regresar seguro a Francia. Incluso indicó que podría ser lo más conveniente que el mismo Roldán comandase la retaguardia para mayor seguridad de toda la tropa.

Así se decidió y, dividida la hueste imperial en dos grandes grupos, emprendió la marcha hacia los pasos pirenaicos que la devolverían a su tierra. Carlomagno logró pasar sin problemas y se dispuso a esperar a la retaguardia en las inmediaciones de Valcarlos, que tomaría su nombre del emperador. Mientras tanto, la retaguardia comandada por Roldán, en la que marchaban los doce pares, entre ellos el gran amigo de Roldán, Oliveros, y el obispo Turpín, se dispusieron a atravesar el desfiladero de Roncesvalles, cuyo nombre significaba Valle de Espinos. Fue entonces cuando, desde las empinadas vertientes del paso comenzó a caer una lluvia de enormes rocas que aplastaron sin misericordia a los guerreros y sembraron la confusión. En poco tiempo, la retaguardia de Carlomagno fue prácticamente destruida, la nube de atacantes no dio siquiera tiempo para organizar la defensa, pero Roldán, desoyendo los consejos del prudente Oliveros, se negaba a hacer sonar su trompa de guerra, el Olifante, para pedir ayuda al emperador. Sólo cuando vio muertos a su lado a los últimos supervivientes, su amigo y al arzobispo Turpín, tras intentar a la desesperada una defensa imposible y después de haber tratado inútilmente romper su espada Durandarte, que hendió la roca contra la que intentó partirla, Roldán, moribundo,

tañó su trompa prodigiosa para avisar a Carlomagno, rompiéndose con aquel último esfuerzo las venas de su cuello.

El emperador escuchó por fin la llamada y dio la vuelta con todo su ejército, pero ya sólo pudo contemplar los macabros resultados de la matanza que había terminado con todos sus paladines. Después de enterrar a los muertos, Carlomagno penetra de nuevo en la Península en pos del ejército enemigo, lo vence gracias a la ayuda de Dios, que detiene el sol para prolongar la jornada, vence en duelo al emir de Babilonia, mata al rey Marsilio y se lleva a su esposa de regreso a Francia, donde la bautiza con el nombre de Juliana, al tiempo que somete a Ganelón a juicio de Dios, lo declara culpable y lo hace descuartizar en la ciudad de Aquisgrán.



*El recuerdo de la leyenda que originó el Cantar estaba profundamente arraigado en la mayoría de los peregrinos que cruzaban el puerto de Cisa y los altos de Ibañeta camino de Compostela. A su paso les enseñaban la roca bendida por la espada de Roldán, cuya empuñadura guardaba un diente de San Pedro; en **Saint-Jean-Pied-de-Port** podían ver el lugar donde, mientras jugaba al ajedrez con Ganelón, el emperador de la barba florida escuchó su consejo de no hacer caso al lejano sonido del Olifante. Hasta el ajedrez en cuestión, una extraordinaria pieza de esmalte, se guardaba en la colegiata de **Roncesvalles** y podía ser admirado por los romeros. Y, junto al monasterio, podían postrarse a rezar por los héroes muertos en el lugar donde presuntamente fueron enterrados: la capilla del Espíritu Santo, que aún dicen que fue mandada edificar por el mismo emperador. Hubo también una Capella Rollandi, levantada donde fue fama que el héroe tocó el Olifante a punto de morir, y un albergue de peregrinos, también desaparecido, que tuvo por nombre la Capella Caroli Magni. Tampoco se conserva una cruz, destruida por los mismos franceses en la guerra napoleónica, que fue levantada en memoria de aquellos muertos a la salida*



... fue levantada a la memoria de aquellos muertos a la salida de Roncesvalles...

de Roncesvalles y que hoy ha sido sustituida por otra que la recuerda.

Los peregrinos, con toda su devoción imperial a cuestras, admiraban también la piedra siempre mojada por las lágrimas, sobre la que dicen que lloró el emperador al contemplar los resultados de la matanza. Justo esa piedra empañada por la humedad de sus lágrimas fue origen de otra leyenda asociada al gran mito carolingio que se expandió a lo largo de todo el Camino.

EL EJÉRCITO DE LAS DONCELLAS

SE CUENTA EN ESTOS PARAJES del puerto de Cisa que, mientras Carlomagno lloraba sobre la roca la pérdida de Roldán y de todos sus Pares, sintiéndose impotente para cumplir debida venganza por la derrota que acababa de sufrir, se le apareció un ángel que lo consoló, asegurándole que todos sus héroes estaban ya en el Cielo, y le aconsejó que, falto de guerreros como ahora estaba, convocase allí a todas las doncellas del imperio. Acudieron, según se afirma, cincuenta y seis mil sesenta y seis de ellas, que, reunidas en Valcarlos, fueron armadas con armaduras de caballeros y enviadas como un auténtico ejército hacia las alturas de Ibañeta, sembrando desde lejos el terror en los musulmanes, que huían ante su presencia asustados de aquella armada formada, según creían, por jóvenes y valientes guerreros «de largos cabellos y hermoso porte».

Regresado aquel improvisado ejército tras haber ahuyentado sin lucha a los infieles, las muchachas dieron gracias a Dios por su incruenta victoria y, clavando sus lanzas en el suelo, se tendieron a descansar, durmiendo durante toda la noche. Al despertar fueron todos testigos del milagro que se había obrado mientras reposaban: aquel bosque de lanzas se había transformado en un bosque de árboles enhiestos y floridos que, en adelante, se llamó el *Bosque de las Lanzas* y todavía puede verse a la vera de la senda peregrina.



Como ésta, otras muchas leyendas de tradición carolingia fueron tachonando la Ruta Jacobea, que llegó a ser identificada con la ruta que habría seguido el emperador en una hipotética conquista de la tumba del Apóstol de manos musulmanas, un mito que ayudaba a confirmar a Carlomagno como emperador de toda la cristiandad. La leyenda de esta fabulosa hazaña se expandió gracias a la narración que escribió un clérigo anónimo francés en el siglo xi, antes incluso de que naciera la Chanson. Buen conocedor de la Ruta, aquel clérigo atribuyó su narración al arzobispo Turpin, supuestamente muerto en Roncesvalles junto a los pares de Carlomagno, y se tituló Historia Karoli Magni et Rotholandi. Por la acogida que tuvo entre monjes y peregrinos, aquella supuesta crónica entró muy pronto a formar parte del mito de la conquista carolingia del territorio peninsular y muchos romeros jacobeos la aprendían de memoria antes de emprender el Camino, para saber reconocer los lugares que allí se describían y los sucesos que supuestamente tuvieron lugar en ellos.

LA LEYENDA JACOBEA DEL SEUDO-TURPIN

EL APÓSTOL SANTIAGO, apenado al ver que las tierras por él evangelizadas habían caído en manos musulmanas, se apareció una noche al emperador, exhortándole en nombre de Dios a que emprendiera la conquista de las tierras donde se encontraba su sepulcro, siguiendo en su marcha la ruta de estrellas que, desde el mar de Frisia, y a través de Gascuña, Navarra y España, conducía hasta las tierras donde descansaba su cuerpo. «Tú irás a Galicia al frente de un gran ejército. Y, después de ti, todos los pueblos acudirán en peregrinación a aquel lugar, hasta la consumación de los siglos. Ve y yo te ayudaré. Y, en recompensa por tus fatigas,

obtendré de Dios para ti la gloria celestial y tu nombre permanecerá en la memoria de los hombres mientras dure el mundo.»

Tras ser detenido tres meses ante las murallas de Pamplona, que se desplomaron finalmente solas para darle paso, el emperador alcanzó la tumba de Santiago y llegó hasta Padrón, donde clavó su lanza en el mar e hizo que Turpin bautizase a todos los habitantes de aquella tierra. Luego siguió conquistando territorio español y enriqueció la iglesia dedicada al Apóstol con el oro tomado a los infieles. Y con el tesoro que aún quedaba dedicó al Apóstol, a su regreso, muchas iglesias en territorio francés. Pero Carlomagno tuvo que volver a España para enfrentarse con Aigolando, que la había reconquistado con la ayuda de los almorávides, y lo venció en la gran batalla que tuvo lugar junto al río Cea.

Creyéndolo vencido, aún tuvo que enfrentarse con el caudillo musulmán en tierras francesas de Ages y Saintes, obligándolo a refugiarse en Pamplona, donde Carlomagno acudió con lo más florido de su ejército y sus doce pares, venciendo entonces no sólo a Aigolando, sino a Almanzor y al príncipe vasco Furro de Monjardin. Estableció con ello una paz duradera y, tras nombrar a Compostela como Sede Apostólica y proclamarla la segunda de todas las iglesias, detrás de Roma y por delante de Éfeso, regresó a Francia. Es entonces cuando los reyes de Zaragoza, Marsilio y Baligando, traman con Ganelón la gran traición que lleva a la terrible tragedia de Roncesvalles, que es ya objeto de la *Canción*, aunque la *Crónica* aporta detalles nuevos, tales como la muerte de Roldán en auténtico olor a santidad, con lo que el paladín queda automáticamente convertido en un mártir de la fe, y la supervivencia de Turpin, que aún pudo contar antes de su muerte aquella historia.



La supuesta crónica de Turpin fue el origen de la mayoría de las historias carolingias que, como parte de la gran leyenda, fueron surgiendo y contándose a lo largo del Camino jacobeo. No nos detendremos aquí más que en alguna de aquellas que llega-

*ron a destacar con luz propia. Incluso hay una que resulta ser casi idéntica a la de las doncellas soldados narrada anteriormente, sólo que esta vez la aventura es protagonizada por guerreros auténticos. Se cuenta muy lejos ya de la zona pirenaica navarra, nada menos que en las proximidades de **Sabagún**, en tierras leonesas, donde, camino del monasterio de San Pedro de las Dueñas, se alza junto al río Cea una hermosa chopera que, según dicen, nació de las lanzas clavadas en el suelo por los soldados de Carlomagno, que se detuvieron a descansar allí en su camino hacia la conquista de Compostela.*

Así, el siguiente recuerdo carolingio importante nos lo encontramos a las puertas mismas de Pamplona, en un lugar que el doctor Corpas Mauleón sitúa en las cercanías de la actual Clínica Universitaria de Navarra, cuando ya el Camino ha abandonado la capital y se encamina hacia Puente la Reina.

LA BATALLA CONTRA AIGOLANDO

DICEN QUE FUE AQUÍ, en los campos de Acella, casi junto a las murallas de Pamplona, donde las tropas de Carlomagno se enfrentaron a las del caudillo moro Aigolando. Las fuerzas estaban muy equiparadas y contaban, en ambos lados, con poco más de cien mil guerreros. Imbuidos ambos soberanos del espíritu caballeresco de la época, acordaron sustituir la batalla por combates singulares en los que se enfrentaron, sucesivamente veinte musulmanes a veinte cristianos, luego cuarenta a cuarenta, después cien a cien y, finalmente un millar frente a un millar. En todos los encuentros vencieron los cristianos, como estaba establecido que sucedería cuando Dios estaba de parte de los suyos. A pesar de aquellas derrotas sucesivas, y dado el caso de que tales duelos se habían convocado para obtener la conversión del jefe musulmán y éste no cedió ni aun a costa de los descalabros sufridos por sus paladines, se entabló la batalla y todos, absoluta-

mente todos los moros, más de cien mil, fueron muertos en ella, llenando aquella vega de sangre que tardó meses en ser absorbida por la tierra



*Otro episodio legendario basado en la Crónica se recuerda en las proximidades del castillo de San Esteban de Deyo, en **Villamayor de Monjardín**, ya sobrepasada la ciudad de **Estella**.*

EL TRIBUTO COBRADO

CUANDO CARLOMAGNO AVANZABA camino de Galicia, venciendo a todos los musulmanes que encontraba a su paso, se encontró junto al monte Garzini (Monjardín) con las tropas del renegado navarro Furro, dispuestas a presentar batalla. El emperador, siempre tomando a Santiago como protector de su campaña, se encomendó a él, pidiéndole que le señalase los soldados que habrían de morir en la refriega. Santiago le contestó pintando una cruz roja sobre los escudos de ciento cincuenta guerreros francos. Y Carlomagno, intentando salvarlos, les ordenó a todos que no intervinieran en el combate, sino que se escondieran a buen recaudo en la tienda real. El combate se dirimió sin una sola baja en las filas francas. Pero cuando, terminada la batalla, Carlomagno regresó a su campamento, encontró a los ciento cincuenta mártires muertos sin haber entrado siquiera en liza.



Una leyenda más, ésta específicamente rolándica más que carolingia, se cuenta en tierras riojanas que en su día formaron parte del reino de Navarra.

EL GIGANTE FERRAGUT

POCO ANTES DE ALCANZAR la ciudad de **Nájera**, a la derecha del Camino, se alza un cerrete casi pelado que llaman *el Poyo de Roldán*. Para los peregrinos era otro lugar de recuerdo, porque se dice que fue allí donde tuvo lugar una de las hazañas de este añorado paladín, cuando acompañaba con los doce pares a Carlomagno en pos de la supuesta liberación de la tumba de Santiago.

Es el caso que los moros najerinos contaban entre su fuerza de choque con un gigantón procedente de Siria y descendiente de la estirpe de Goliat. Se llamaba Ferragut, y los musulmanes, presintiendo el duro cerco del que iban a ser objeto, propusieron a Carlomagno que resolvieran la lucha mediante un combate singular en el que los moros enfrentarían a su gigante con el guerrero que los francos designaran. Carlomagno encomendó primero la tarea a uno de sus pares, Ogier, que fue fácilmente vencido por Ferragut. Luego, el forzado se enfrentó sucesivamente con Regnault de Montauban y con el resto de los pares, a todos los cuales fue venciendo sin darles casi la oportunidad de mostrar su gran valor. Sólo quedaba por enfrentarse al gigante el favorito del emperador, su sobrino Roldán, que logró vencer los temores de Carlomagno y encontrarse con su soberbio rival en la cima de ese poyo que describíamos.

La lucha, duramente igualada, se prolongó durante todo el día y parte de la noche, sin que la suerte se inclinase por uno u otro de los contendientes. Al fin, los dos, rendidos por el esfuerzo y con la lucha emparejada, sin nadie al que se pudiera considerar como triunfador, decidieron establecer una tregua para descansar. Los dos rivales se tendieron en el suelo uno al lado del otro y, antes de conciliar el sueño, el héroe cristiano y el gigante sirio llegaron a intimar, admirados cada uno ante el valor y la fuerza de su contendiente. Y Ferragut, que debía ser tan ingenuo como forzado, le confesó a su amigo y antiguo contendiente que era mágicamente invencible y que sólo un punto de su cuerpo era vulnerable: su ombligo. Roldán tomó buena nota de aquella ingenua confesión y,

dando muestras de una falta de nobleza casi increíble en un paladín tan repleto de virtudes caballerescas como él —esto podemos apreciarlo hoy, con la objetividad que transmite el tiempo—, provocó al día siguiente una dura trifulca teológica sobre las verdades de las dos religiones. Como consecuencia, se estableció la celebración de un juicio de Dios en el que ambos tendrían que enfrentarse de nuevo, pero esta vez a muerte, puesto que eran las creencias las que estaban en juego. Entonces Roldán, conocedor del punto flaco de su enemigo, dirigió la punta de su lanza al ombligo de su enemigo hasta hincarla en él y terminar trágicamente con su vida.



*Un capitel románico que se encuentra en el palacio de los Reyes de Navarra de **Estella**, frente a la iglesia de San Pedro de la Rúa —es decir, junto al paso mismo de los peregrinos—, nos retrata este episodio con una cartela que atestigua: MARTINUS ME FECIT, DE LOGRONNIO. Naturalmente, como acabamos de ver, no siempre es Carlomagno en persona el héroe de este complejo grupo de leyendas, sino Roldán, el paladín del que el cantar de gesta contaba apenas su muerte y su fama.*

Las leyendas rolandianas se expandieron por la Península y, siguiendo el mito de la conquista del Camino por Carlomagno, llegaron incluso a Galicia, donde el pueblo lo acogió con tal respeto que no sólo habló de él adjudicándole el título de don, sino que, en ocasiones, llegó a santificarlo, llamándolo San Roldán. Este título luce en una curiosa leyenda gallega que lo tiene por protagonista.

SAN ROLDÁN Y LAS DOS MORAS

CUENTAN QUE SAN ROLDÁN andaba por tierras gallegas de **Valdeorras**, combatiendo a la morisma para liberar el sepulcro de Santiago y devolverlo a la cristiandad a la que pertenecía por dere-

cho propio. Un día hubo un tremendo encuentro con los musulmanes en la sierra de Lastra, que terminó con la huida de los infieles a través de las cumbres. San Roldán los perseguía, cuando su mirada se fijó en dos hermosas muchachas musulmanas que trataban de esconderse y que, al dirigirse a ellas, a pesar de su buen ánimo de no hacerles el menor daño, se lanzaron a la carrera huyendo de él con asombrosa celeridad. A pesar de ir él cabalgando y ellas a pie, no lograba alcanzarlas por más que espoleaba a su cabalgadura. Cada vez se alejaban más y más y, al fin, cuando comprobó que no tendría modo de alcanzarlas y que ellas no se detendrían pese a sus gritos reiterando que no tenía intención de hacerles daño, se encolerizó y clamó al cielo para que las castigara.

Apenas formuló la maldición, las dos muchachas, que estaban entonces remontando un alto del camino, quedaron convertidas en piedra y se quedaron para siempre señalando el lugar donde San Roldán las maldijera. Y allí seguirán, si nadie ha derribado las piedras.



*La presencia del paladín Roldán, sin embargo, surge unas veces envuelta en su propia personalidad —quiero decir, la personalidad heroica que le atribuyó el Cantar—, mientras que, en otras muchas ocasiones, se transforma hasta asumir la figura mitológica de un auténtico personaje de la tradición popular vasco-navarra, un ser primitivo de fuerzas bercúleas, cargador de menhires que mueve y arroja con la misma o más facilidad con que los actuales vascos mueven las piedras cúbicas o esféricas en los concursos de fuerza que se celebran por toda la tierra euscauldún. Allí lo llaman Errolán, y la práctica totalidad del Camino llamado francés y de sus inmediaciones, al menos hasta alcanzar **Pamplona**, está repleto de estas llamadas puntuales y legendarias a un héroe mítico cuya personalidad —que ni siquiera parece que fue real, sino producto del autor o de los autores del Cantar— ya se confunde con la de los gentillak y los baxajaunak que conforman las primitivas creencias religiosas y míticas de los vascos.*

LAS PIEDRAS DE ERROLÁN

LA ZONA ESTÁ LLENA de recuerdos megalíticos. Y la tradición Vasca los ha convertido en objetos que atestiguan la presencia remota de los seres que conforman su más primitiva mitología. El Camino peregrino, que no la carretera que hoy suelen seguir los visitantes de aquellos lugares, al llegar al pueblo de **Linzoain**, toma la cuesta que conduce a los altos de Erro. Allí, precisamente, en las proximidades de donde el viejo camino peregrino vuelve a unirse a la moderna carretera, hay tumbadas en el suelo tres enormes piedras. La gente las llama *Los Pasos de Roldán* y, según la explicación popular, la más grande marca la longitud del paso del héroe, la mediana la de su mujer y la más pequeña la de su hijo.

Igualmente, en la cercana localidad de **Urroz** se encuentra, tumbado en mitad de la plaza, un enorme menhir de más de dos metros de envergadura. La gente cuenta de esta piedra que les fue lanzada por Errolán, pero que no alcanzó a destruir el pueblo, que era la intención primera del gigantón, y se quedó donde ahora se encuentra y nadie ha podido mover jamás.



Me gustaría recordar al lector que, en el anterior volumen de esta colección de leyendas, dedicado a las **Leyendas Mágicas**, contábamos también la de otro Roldán nacido muy lejos de estos predios vasco-navarros, nada menos que a orillas del Mediterráneo alicantino. Remito a aquella narración para que el lector tenga la oportunidad de comprobar cómo el mito de Roldán, profundamente transformado por las tradiciones locales, se instaló también muy lejos de las tierras donde se le vio nacer, convirtiéndose en paradigma del gigante forzado, esencialmente*

* Juan García Atienza, *Leyendas mágicas de España*, Editorial Edaf, Madrid, 1997.

bueno e injustamente temido por la gente, a pesar de las evidentes virtudes que albergaba en su espíritu.

Hoy, recorriendo el camino peregrino navarro, y aun adentrándonos en tierras vecinas del País Vasco, la figura de Errolán sigue constituyendo un tema recurrente, dotado para el peregrino de un atractivo especial que, a su vez, coincide con la fama de salvajes y malhechores que las guías de peregrinos, y sobre todo la de Aymeric Picaud, adjudicaron a los navarros, inconscientemente considerados como culpables de la masacre de Roncesvalles. Ésa y no otra es la causa por la que, en dicha guía y en otras posteriores que bebieron de sus fuentes, esta etapa navarra del Camino es vista tal como si el peregrino, al atravesarla, tuviera que andar con los ojos atentos a los terribles peligros que le agaurdaban. Los ríos, por aquellos pagos y según la guía, son casi todos letales; y los campesinos navarros se apuestan cerca de sus orillas a la espera de que los peregrinos dejen beber a sus caballos de aquellas aguas envenenadas, para despellejarlos después de muertos y abandonados y aprovechar sus cueros para hacerse vestidos. Las ventas y los hospicios proporcionaban comida en mal estado; y los romeros podían verse atacados por malhechores que no dudarían en matarlos para hacerse con sus bienes.

Como puede comprobarse, estos relatos legendarios, sobre los que no vamos a insistir aquí, no son autóctonos ni nacidos a la vera del Camino, sino historias de importación que servían, sobre todo, para que los peregrinos franceses conservaran en la mente el recuerdo de la presunta traición que acabó con la gloriosa vida del paladín carolingio.

Por el contrario, esa misma etapa del Camino es también rica en tradiciones legendarias locales que nada tienen que ver con la memoria rolandiana. Por aquí, en las cercanías de **Valcarlos**, es fama que buscaron refugio espiritual muchos anacoretas que, curiosamente, se concentraban en torno a esta localidad cuando aún no había tomado este nombre y se llamaba **Luzalde**, en recuerdo probable del dios Lug que presidiría aquellos parajes antes del triunfo del cristianismo y de la conversión de los naturales de aquella zona pirenaica.

También se recuerda que esta tierra fue propicia al establecimiento de herrerías, cuyos herreros, como se sabe, fueron considerados como seres inclinados a la magia y a la alquimia de la transformación de los metales. Igualmente se mantuvo durante siglos el recuerdo de reuniones brujeriles, que abundaron entre los altos de **Ibañeta** y de **Erro**, provocando, entre otras, la persecución de brujas de la cueva de Mushilda, que tuvo lugar en 1525. Los peregrinos han olvidado ya estos hechos, pero no así los pueblos del contorno, en algunos de los cuales aún tienen lugar fiestas en las que se danzan sones de aire hechiceril, bailados por personajes característicos que aún reciben el nombre de La Tupina —la Vieja bruja— y El Atxo, su compañero de aquelarre. En estas fiestas, aunque ya casi al borde del olvido, están presentes los aquelarres que se celebraban en el Prado de Zaldaín, donde se dijo que los brujos llegaban «sobre caballos blancos, con grandes músicas de rebeques». Y los entornos de esta zona están repletos de topónimos en los que se descubre ese recuerdo brujeril que sus propios habitantes han intentado olvidar, pero que sigue presente rememorando tiempos de sano paganismo abortado por la Iglesia. Por allí surge la tendencia herética de aquellos aquelarres y todavía se mantiene el nombre de términos rurales, como el llamado Sorguiñagaza, que nos lanzan de bruces sobre las sorguiñas —las brujas— que seguramente los visitaron y celebraron en ellos sus tenidas diabólicas.

Las persecuciones brujeriles afectaron de modo muy especial a la localidad de **Burguete**, donde el licenciado Balanza y su ayudante el verdugo Orlians o Urlians, enviados por la justicia, dieron cuenta de no menos de medio centenar de brujos antes de que los tribunales inquisitoriales tuvieran tiempo para intervenir. Muy cerca de este pueblo, en el Camino mismo, hay otro pueblo, **Zubiri**, que también tuvo fama de albergar brujos y que es conocido como El Pueblo del Puente. Una tradición que ni siquiera llegó a convertirse en leyenda, pero que merece ser recordada aquí, dice de este puente, que fue de peregrinos, que su nombre es el de Puente de la Rabia, porque los animales, sobre todo perros, que pasan por debajo de sus arcos, se hacen inmunes a la hidrofobia

y, si la han adquirido, se curan de ella de manera prodigiosa. Digo yo si será para contrarrestar la fama de aguas letales con las que Picaud avisaba a los peregrinos para que las evitaran.

Consecuencia de aquellas prácticas brujeriles, pero también respondiendo a la influencia cristiana, el culto a la Virgen tiene por esta zona una incidencia muy particular. Y raro es el pueblo que no la tiene por patrona en cualquiera de sus advocaciones y cualquiera de las versiones clásicas sobre el presunto hallazgo prodigioso de la imagen venerada. En este sentido, tendríamos que considerar como la primera de ellas, y también probablemente la más emblemática, a la que sigue siendo venerada en la colegiata levantada en lo alto del collado de Roncesvalles. Constituye, en cierto sentido, la muestra que resume muchos de estos cultos y la leyenda que narra los orígenes de esta imagen de Nuestra Señora es la de la Magna Mater que abre la aventura caminera en la cúspide del puerto de Ibañeta. Aunque la imagen hoy existente no es ya la primitiva, la historia que se cuenta a su propósito sigue vigente entre el pueblo y así es contada a los peregrinos:

LA LEYENDA DEL HALLAZGO DE NUESTRA SEÑORA DE RONCESVALLES

SEGÚN CUENTAN, el descubrimiento se produjo en los días remotos del siglo x y sus protagonistas, como suele ser habitual en estos encuentros, fueron en este caso dos pastores que, desde el aprisco donde guardaban las ovejas, vieron durante varias noches a un ciervo que paseaba frente a ellos y que llevaba sendas luminarias sobre las astas. Una noche, vencido el miedo que se había apoderado de ellos en un inicio, siguieron al ciervo, que parecía indicarles un camino. Y, llegados con el animal a cierto rincón del monte, se puso a escarbar con sus pezuñas, mientras volvía la cabeza para comprobar que los dos pastores le habían seguido.

Entonces se apartó de allí y los pastores, convencidos ya de que el ciervo les había indicado que completasen su labor, escarbaron donde él lo había hecho y descubrieron, a poca profundidad, la talla de la Virgen, guarecida bajo una suerte de arco de piedra que tal vez podríamos nosotros identificar con un dolmen. Sobre el lugar del hallazgo se levantaría la colegiata construida para rendir culto a la imagen.



No es que la historia tenga características específicas que la diferencien esencialmente de otras muchas que narraron ballazgos similares. Sin embargo, la presencia de toda una serie de factores mágicos tradicionales la hacen digna de ser recordada de modo muy especial.

Establecida la sospecha de que la Virgen pudo ser —siempre supuestamente— ballada en el interior de un dolmen, había que recordar también que la imagen del ciervo fue especialmente sagrada en el mundo céltico, cuyo dios Cernunnos era representado con los cuernos de dicho animal. El ciervo, además, estuvo ligado a la imagen del Árbol de la Vida y tuvo siempre fama de buen buscador de hierbas medicinales, seguramente en recuerdo chamánico de los curanderos de la Antigüedad. Y, con la característica añadida de los cuernos encendidos o luminosos, entró a formar parte de la tradición cristiana relacionándose con santos cazadores como San Conrado, San Eustaquio, San Huberto y San Mamés. En la ruta aragonesa, según hemos visto, el anacoreta Voto, presunto fundador del cenobio de San Juan de la Peña, perseguía a un ciervo que fue quien en realidad lo condujo hasta donde se encontraba la tumba de San Juan de Atarés.

Siempre he sostenido que un buen número de advocaciones cristianas, y muy fundamentalmente aquellas de Nuestra Señora que comenzaron a emerger en el fervor popular desde fines del siglo XI, respondieron a una necesidad imperiosa del pueblo por reencontrar, siquiera fuese a través de la devoción cristiana, los

factores mágicos que habían guiado las creencias anteriores al cristianismo. Sin duda, el hecho mismo de que la Iglesia dejase transcurrir nada menos que mil años de silencio casi absoluto en torno a la figura de la Madre de Dios, que no llegaba a la devoción popular, sino que permanecía escondida entre las páginas teológicas de los Padres de la Iglesia, tenía por razón fundamental el peligro de que el pueblo, todavía latente en su espíritu el recuerdo de la Gran Madre, se volcase en el culto a Nuestra Señora —como de hecho sucedió— olvidando las implicaciones solares y machistas que rodeaban la doctrina crística aprobada a raíz del concilio de Nicea. Por eso, el culto a la Virgen fue, contra el parecer de la autoridad eclesiástica, de raíz popular. Y sólo fue admitida por la Iglesia cuando logró hacerse con el control del culto, transformando la devoción intuitiva del pueblo en un conjunto de dogmas y de restricciones que, más o menos, envolvieron a la Sagrada Madre en una dependencia cultural de la doctrina reservada al Hijo salido de sus sagradas entrañas.

*Historias sobre el ballazgo de vírgenes milagrosas van a abundar en esta ruta a Compostela. Sin embargo, por el momento, vamos a recordar únicamente una que todavía se recuerda a la entrada de los peregrinos en **Pamplona**, relacionada con una imagen que se venera en el monasterio de San Pedro.*

NUESTRA SEÑORA DEL RÍO

FUE EN TIEMPOS REMOTOS cuando un día, flotando en las aguas del río Arga, apareció un bulto que pronto fue identificado por los vecinos de Pamplona como una imagen de la Virgen. Casi el pueblo entero se lanzó al intento de rescatarla de las aguas, pero cuando trataban de alcanzarla con una pértiga se desviaba como mostrando que no quería ser alcanzada, y cuando alguien se acercaba a ella nadando o en una barca, se hundía en el agua y no reaparecía hasta que el intento se desechaba.

Así llegó la noche y los vecinos, agotados por sus esfuerzos inútiles, regresaron a sus casas. Fue entonces cuando las monjas agustinas del monasterio de San Pedro salieron de su clausura y se acercaron a la orilla del río. Y cuál sería entonces su sorpresa al comprobar que la imagen del río, después de haber escamoteado todos los esfuerzos que se habían hecho por alcanzarla, llegaba mansamente hasta la orilla donde estaban las monjas y se quedaba allí inmóvil, como esperando a que vinieran a recogerla. Así hicieron las monjas y, según se dice, la madre abadesa, que se encontraba gravísimamente enferma, curó apenas la imagen atravesó el portón del cenobio. Desde entonces, la milagrosa escultura de la Virgen forma parte de las reliquias que guarda celosamente el monasterio.



Muestrario de diablos, brujos, santos, pajarillos y otros seres inocentes



A PENAS SALÍA DE **PAMPLONA**, en cuanto el peregrino abandonaba el bullicio de sus barrios y el impacto piadoso de sus monumentos religiosos, se encontraba ante sí con la soledad temerosa de un Camino que todas las guías, como hemos visto, calificaban de amenazador. Aún muy cerca de la capital navarra podía encontrar el refugio de algún albergue peregrino regido por órdenes hospitalarias, pero sobrepasado el de los sanjuanistas, la subida al Alto del Perdón constituía un primer encuentro con el aislamiento numinoso que habría de guiarlo durante gran parte de su recorrido.

LA FUENTE RENIEGA

LA AVENTURA DICEN QUE LA VIVIÓ un peregrino, pero podrían haberla vivido cientos de ellos tras la penosa subida a ese Alto del Perdón que hoy deja la carretera a su izquierda, más allá del puentecillo que la cruza. A sus espaldas, desde la cumbre del Alto, se ofrece una soberbia panorámica del Camino recorrido desde Roncesvalles, si el día está claro. Delante, muestra la feraz altiplanicie navarra que desciende suavemente hacia el aún lejano valle del Ebro, poblado de viñedos y de frutales.

Fue el caso que el peregrino en cuestión alcanzó el alto muerto de cansancio y de sed. Tras recuperar el resuello, comenzó a buscar entre las piedras y los matorros una fuente donde poder beber. Aguzó el oído para poder escuchar alguna corriente de agua, pero la brisa le impedía localizar si había alguna. Mientras buscaba entre las peñas, atisbó de pronto la presencia de alguien que, por su aspecto, parecía también un peregrino, aunque su sonrisa diabólica desmentía aquella condición. El peregrino auténtico, sin embargo, se dirigió a él preguntándole si sabía de alguna fuente en las cercanías.

—Sí, conozco una. Y te aseguro, hermano, que contiene el agua más fresca y cristalina que puedes desear. Sólo tiene un inconveniente: esa agua es cara.

—Está bien, si es de alguien que reclama su pago, llevo algo de dinero en la bolsa.

—No, no se trata de dinero, sino de tu viaje. ¿Adónde te diriges?

—A Santiago, naturalmente. Supongo que como tú mismo...

Entonces, el falso peregrino se dio a conocer. Se trataba del diablo en persona y se había apostado allí a la búsqueda de peregrinos sedientos a quienes ofrecer agua en abundancia a cambio de que olvidasen el motivo de su peregrinación y se le entregasen en cuerpo y alma. Pero se encontró con la horma de su zapato, porque nuestro peregrino, firme en sus propósitos, le espetó que prefería morir de hambre y de sed antes que caer en la tentación que le ofrecía y plegarse a las condiciones del favor concedido. El diablo, entonces, viendo que sus esfuerzos serían inútiles y que el peregrino jamás renegaría de su fe, lo abandonó a su suerte y desapareció en medio de una nube de azufre.

El peregrino —nadie nos ha dicho su nombre— se sintió morir, incapaz de dar un paso y sin ánimos para seguir buscando aquella agua que ya sabía que no encontraría jamás. Conformado con su suerte, se resguardó como pudo del sol bajo una peña y, al poco rato, sintió que la muerte se le acercaba y perdió la conciencia. Pero medio en sueños creyó ver que se le acercaba un jinete sobre caballo blanco que desmontó a su vera y, sacando de su faltriquera una concha vieira, golpeó la peña y comenzó a salir

de ella un agua cristalina cuyo sonido lo despertó. Miró a su alrededor, pero ya no vio a nadie, aunque, una vez recuperado, se dio cuenta de que su milagroso benefactor no podía ser otro que el Señor Santiago, que nada reclamaba a acambio de su favor.

Desde entonces, la fuente siguió manando para consuelo de todos los peregrinos que subían el Alto del Perdón. El diablo tuvo que buscarse otros rincones desde donde tentar a los romeros que se dirigían a Compostela. Y hasta muchos aseguran que de aquella fuente, bautizada como Fuente Reniega, debe beber todo el que pase, porque tiene la virtud de conservar los ánimos y quitar cualquier tentación de abandono de la misión que el peregrino se ha propuesto al emprender el Camino.



Dicen los entendidos que todas las leyendas tienen una doble lectura, la de la historia que cuenta y la de averiguar lo que significa. Yo también lo creo así, pero estoy convencido de que esa otra lectura, unas veces, contiene un mensaje subliminal trascendente, mientras que otras constituye apenas un sutil acto de propaganda de los promotores del Camino, en este caso los monjes benitos, que lo hicieron discurrir bajo la estrecha vigilancia de sus monasterios. Por eso, yo no me atrevería a buscar aquí explicaciones tendentes a rememorar símbolos de aguas lustrales purificadoras del alma, sino más bien un recuerdo puntual por el que los monjes advertirían al peregrino de la importancia capital que tenía el favor de los cielos para los que caminaban por la Ruta Sagrada entregados a la pía y obediente misión que les habían inculcado al emprenderla.

*Claro que esto no sucedía siempre. Y, en ocasiones, al peregrino se le ofertaba un producto sagrado, como hoy puede ofertarse un detergente eficaz y limpiatodo, y el peregrino descubre que, detrás de la oferta, hay también elementos realmente trascendentes y portadores de conocimiento que puede aprovechar. Así sucede en **Obanos**, un trecho más allá de este Camino, donde la leyenda fue aprovechada por el pueblo —y ofrecida (que no ofer-*

tada) al peregrino— para que pudiera plantearse otras metas mas acordes con la razón analógica que le guiaba en su marcha.

LA HISTORIA DE SAN GUILLÉN Y SANTA FELICIA

LA LEYENDA SE CUENTA —y se representa todos los años, desde hace ya cerca de cuarenta— en **Obanos**, un pueblo que se encuentra a tiro de piedra de *la capilla de Eunate*, por la que se ha pasado ya al recorrer el Camino desde la ruta aragonesa. El lugar coincide con el sitio exacto donde los dos caminos se encuentran y pasan a formar uno solo hasta Compostela.

Guillén y Felicia eran hermanos e hijos de reyes franceses. Y, siendo ambos piadosos y creyentes, decidieron hacer juntos el viaje a la tumba del Apóstol como dos peregrinos más, sin séquito ni boato. Cumplieron la promesa y, ya de regreso a su patria, la princesa Felicia sintió la llamada del cielo y decidió quedarse cerca del Camino, entregada a la oración y al bien de los demás, abandonando la vida que por su estirpe le correspondía. Dejó, pues, que su hermano volviera triste con los suyos y se dedicó a los más humildes trabajos como criada, ayudando a los pobres con el mísero salario que percibía y dedicada a la oración y a la meditación tanto en sus momentos libres como durante sus escasos descansos. Su vida de santidad fue muy pronto apreciada por los habitantes de aquellos parajes, pero su decisión no fue aceptada por sus padres, que reprocharon a su hermano Guillén que la hubiera dejado seguir su voluntad y le conminaron a que volviera a buscarla para hacerla regresar a la corte. Guillén regresó donde se habían separado y, mientras trataba de localizarla —pues Felicia se había cuidado de no revelar a nadie su personalidad—, fue teniendo noticias de la piadosa criada a la que muchos consideraban ya como una santa. Sospechando que se tratase de su hermana, consiguió llegar hasta ella. Su alegría no tuvo límites cuando se encontraron de nuevo. Pero Felicia estaba dispuesta a seguir la

vida que había elegido y se negó a acompañar a su hermano cuando éste la conminó a regresar a la corte.

—Éste es mi camino, hermano. Y nada ni nadie me hará abandonarlo para recuperar una vida que no deseo en absoluto. Dios me ha indicado lo que debo hacer y lo haré mientras tenga fuerza para ello.

Lo que había comenzado con la alegría del reencuentro se convirtió pronto en una agria discusión entre los dos hermanos. Guillén fue llenándose de cólera ante la firme actitud de Felicia. Y, en un momento de exaltación, casi inconscientemente, echó mano de la daga que llevaba al cinto y se la clavó a su hermana en el pecho, ocasionándole la muerte.

Inmediatamente se dio cuenta de la horrible acción que había cometido. Aterrado ante su propia culpa, huyó de allí antes de que nadie lo viera. Y los lugareños, al encontrar el cadáver de Felicia, que despedía ya aromas de santidad, lo enterraron devotamente en la vecina *ermita de Arnotegui* y comenzaron a considerar a aquella humilde criada como una santa que Dios les había enviado para facilitarles el camino hacia la Gloria. A los pocos días, un hermoso clavel nacido milagrosamente de su tumba vino a confirmarlos en su sospecha.

Pasó el tiempo, y los lugareños se dieron cuenta de que un piadoso ermitaño se había instalado haciendo vida de dura penitencia en la ermita donde reposaba el cuerpo de su santa, a la que acudían devotamente todos los años en romería. Respetaron su soledad y lo admiraron en silencio. Algunos acudían en busca de su consejo, y el pueblo entero consideró muy pronto su presencia como una bendición tan grande como la posesión del cuerpo santo enterrado en la ermita. Pasados los años, el desconocido ermitaño envejeció y enfermó gravemente. Los lugareños le cuidaron cuanto pudieron y, antes de morir, supieron de sus labios que era el príncipe Guillén, el hermano asesino que no había podido separarse del cuerpo de la santa Felicia a la que veneraban ya todos como patrona de aquellos valles.

El cuerpo de Santa Felicia se conserva hoy en la aldea de **Labiano**, al norte de Pamplona, y el de San Guillén está en la

ermita de Arnotegui, donde pasó su vida de penitencia y santidad. Los dos, desde entonces, reciben la visita casi obligada de los peregrinos que pasan por estos pueblos camino de Santiago.



Hay que hacer notar que, aparte la actual representación del misterio que recuerda la piadosa historia de los dos hermanos santos, el pueblo de Obanos celebra una fiesta en honor de San Guillén que ha despertado la devoción y la asistencia masiva de los habitantes de aquellas tierras. La romería se desplaza a la ermita de Arnotegui, en la que se venera su cuerpo santo y está puesto bajo la advocación de una hermosa talla de la Virgen María que muestra en su mano un racimo de uvas. El párroco encargado de officiar la ceremonia saca de la ermita el cráneo de San Guillén, guardado en un relicario de plata en forma de cabeza, que tiene sendos orificios a la altura del cráneo y en la parte baja. Puesto en un altar improvisado, se vierte vino por el agujero de arriba, que es recogido cuando sale por la base y ofrecido a los romeros, que lo beben devotamente antes de celebrar el ágape comunal y el baile que sigue a toda la ceremonia. Se dice que este vino, consagrado por su paso a través del cráneo del santo, tiene propiedades curativas contra multitud de enfermedades.

*Ceremonias parecidas a ésta se celebran, curiosamente, en algunos otros pueblos de Navarra, todos ellos cercanos al paso del Camino. En **Sorlada** se venera la cabeza de San Gregorio Ostiense, por cuyo cráneo, guardado en relicario también de plata, se hace pasar agua que es recogida por los campesinos para aspergilarla sobre los campos, como remedio que se considera seguro contra las plagas. No muy lejos de allí, en **Gauna**, en la ermita que se encuentra en lo alto del puerto de Azázeta, se repite prácticamente la misma ceremonia con el cráneo de San Vitor y la gente se lleva aquella agua sagrada en botellas y garrafas como remedio para sus propios males.*

Por supuesto, la ceremonia no tiene nada que ver con la leyenda que se cuenta de San Guillén, pero sí, y mucho, con las

virtudes que la tradición achaca a las cabezas santas, capaces, según el pueblo, de contener una parte de esa vida trascendente que determina la sacralidad de una creencia.

*El primer pueblo en el que ya caminan unidas las dos vías peregrinas, la Aragonesa y la Navarra, es el vecino de **Puente la Reina**, junto al río Arga. El pueblo fue antigua posesión templaria, que tuvo allí una encomienda de la que sin duda formó parte la capilla de Eunate que el peregrino ya ha dejado atrás. Poco queda de aquella posesión más allá de la Iglesia del Crucifijo, llamada así por un soberbio Cristo crucificado de origen alemán —renano— que todavía ocupa el testero de la nave izquierda del templo, mientras la derecha está puesta bajo la advocación de una imagen de Nuestra Señora. También este crucifijo, que tiene de insólito que el Cristo no pende de una cruz, sino de un tronco de árbol ahorquillado rematado por dos ramas en forma de Y griega —o de pata de oca—, tiene, sobre su extraña forma, un origen misterioso que cierto relato legendario intenta no sabemos si aclarar u ocultar.*

EL CRISTO RENANO DE PUENTE LA REINA

SE CUENTA QUE, a principios del siglo XIV, un grupo de peregrinos alemanes llegó hasta el hospital del Crucifijo, que por cierto ya parece que se llamaba así, a pesar de no poseer ninguno. Llevaban consigo, a modo de penitencia añadida en su viaje, una hermosa imagen de Cristo crucificado. Uno de sus componentes venía enfermo de gravedad y tuvo que quedarse en el albergue, mientras sus compañeros seguían viaje a Compostela. A su regreso, el enfermo los esperaba totalmente recuperado y los peregrinos decidieron donar el crucifijo al hospital, como agradecimiento por los cuidados que se habían prestado a su compañero.



Ya a primera vista, resulta indudable que esta leyenda fue encajada entre las del Camino con una intención decididamente manipuladora. O bien fue transformada con el fin de que se acallaran otras sospechas que levanta el mismo crucifijo, o bien encierra otra realidad que resulta imposible discernir entre las evidencias que proclaman un origen totalmente distinto. En primer lugar, según atestiguan documentos existentes, la nave que se destinaría a albergarlo se estaba construyendo ya mucho antes de que el crucifijo fuera instalado en ella, cuando el Temple era dueño y señor de la iglesia donde se alberga y que lleva su nombre. En segundo lugar, las pinturas murales que hoy permanecen escondidas detrás de los paños que cubren el ábside donde está adosada la imagen, y que formaban ya parte de la decoración del templo cuando los freires todavía lo poseían, nos muestran entre otras figuras un crucifijo idéntico a éste.

Todo hace pensar en una intención oculta, en la que la persona de Cristo es portadora de mensajes ajenos a la doctrina oficial cristiana. La crucifixión sobre el árbol indentifica al Salvador —sôter— con la figura de Atis, que en las celebraciones de los misterios frigios era identificado con un tronco. Por otra parte, la forma de Y griega se identifica con la letra יוד de la Cábala hebrea, correspondiente al décimo sefirá; MALKUT, la Corona, que abarca a todos los demás y tiene como principio a Yavé en persona, aquel que únicamente se manifiesta mediante sus propias proyecciones, a través de las cuales se da a conocer la Evidencia Divina. Abundando en esta interpretación cabalística, tendríamos que fijarnos en la misma estructura del templo, compuesto, contra la tradición cristiana, de sólo dos naves, una mayor que otra, como solían construirse en la Edad Media muchas sinagogas. Más allá todavía, la forma de la Pata de Oca nos acerca a la tradición francmasónica canteril, que tenía este signo como alegoría de sus enseñanzas secretas.

Todas estas circunstancias conducen a la conclusión, nunca segura pero altamente sospechosa, de que el Temple, poco antes

de su desaparición, tenía el firme propósito de instalar allí un Cristo crucificado de las características de éste, que sólo pudo llegar a su destino casi cuarenta años después de que la orden fuera disuelta y sus miembros despojados de sus propiedades, aunque cabe pensar que, desde la sombra, siguieron cuidando de su obra y completándola. Así, al menos, lo atestiguan la existencia documentada de unas cofradías que cuidaron de la iglesia y del hospital de peregrinos, hasta que, por órdenes venidas de las alturas, aquellas instalaciones pasaron a depender de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, que cuidaron de aquel cenobio durante siglos.

EL PÁJARO TXORI

ENTRE LOS MUCHOS MONUMENTOS e imágenes señeras de Puente la Reina, y aparte el célebre *Santiyako Beltza* —Santiago el Negro—, que se conserva en la iglesia del apóstol, es de recordar la imagen de la *Virgen del Puente*, que ahora está custodiada en la iglesia de San Pedro, pero que durante siglos se encontraba en una hornacina del puente sobre el río Arga que dio nombre a la ciudad. Este puente es una obra señera de los pontífices del Camino, que no sólo tiene capital importancia por su valor arquitectónico, sino por lo que significaba simbólicamente en el mundo de los constructores sagrados. Para ellos, el puente no era sólo el paso sobre un río o sobre un accidente del terreno. Significaba el paso de un mundo a otro, el tránsito desde la vida cotidiana del ser humano a la vida trascendente que ofrecía el proceso iniciático. Por eso, su construcción tenía características muy especiales que todavía hoy pueden detectarse cuando se atraviesa una de aquellas obras de los *pontífices*: el más alto grado en el saber de las logias canteriles. El monumento se concebía como una penosa subida simbólica hacia un cenit del que no podía distinguirse la otra vertiente hasta que el caminante había llegado a la mitad del trayecto.

El puente tenía, pues, un significado trascendente. Y la Virgen que lo custodiaba desde su hornacina contribuía a incrementar su sentido. En torno a ella nació una leyenda que dejó de tener vigencia cuando la imagen en cuestión dejó de ocupar el lugar que le había correspondido durante tanto tiempo.

Era el caso que, coincidiendo siempre con acontecimientos que se producirían al poco tiempo, cierto pajarillo desconocido surgía como de la nada y se afanaba en limpiar la imagen a la que la gente, por su difícil emplazamiento, no tenía acceso. El pájaro Txori, como fue conocido desde siempre, hacía su aparición y, ayudándose del pico para arrancar las suciedades y de las alas para quitar el polvo, dejaba en poco tiempo a la Virgen en perfecto estado de revista, limpia y con sus colores resaltados. Luego desaparecía tan rápida y misteriosamente como había llegado, dejando al personal admirado, pero también temeroso, a causa de las desgracias que, generalmente, seguían a su aparición. Unas veces eran batallas, otras la muerte de algún personaje importante, en ocasiones una peste y alguna vez una sequía que se abatía sobre los cercanos viñedos. Parece que, por lo que la gente recuerda, la avecilla fue vista varias veces durante la primera guerra carlista. Y su presencia sirvió para exacerbar los ánimos tradicionalistas de muchos navarros, que aprovechaban su presencia para arremeter contra el reconocido y, naturalmente, condenable ateísmo de los cristinos.



*Raro es el puente del Camino que no conserve una tradición o una leyenda que le da sentido y, sobre todo, que le confiere un determinado grado de sacralidad. Lo veremos a lo largo de esta relación de leyenda, ritos y milagros, pero bueno será que ahora, aprovechando la imagen emblemática de este puente que nada menos que da nombre a una ciudad, recordemos que, ya antes, entre Roncesvalles y Pamplona, el peregrino pasaba por **Zubiri** y que, en aquel pueblo, era costumbre que el puente que cruza el Arga estuviera reservado a los peregrinos y que los ganados de los*



... es de recordar la imagen de la *Virgen del Puente*...

habitantes atravesaran la corriente dando una vuelta en torno al pilar central. La costumbre no venía obligada por ningún tipo de respeto especial a los peregrinos, sino porque los vecinos creían que en aquel estribo del puente estaba enterrada bajo las aguas nada menos que Santa Quiteria, que ejercía la protección sobre los ganados que pisaban su tumba. Curiosamente, la gente de allí recuerda todavía una especie de cancioncilla hermética cuyo sentido se escapa a cualquier interpretación. Decía:

Santa Quiteria parió por un dedo;
podrá ser verdad, pero no me lo creo.

*Los dos pueblos por los que discurre el Camino más allá de Puente la Reina son **Mañeru** y **Cirauqui**. Entre ambos, marcando el límite de las tierras de ambos, se levanta un hermoso crucero renacentista que hoy ha quedado desplazado por la construcción del moderno trecho de autovía que sustituye parcialmente al antiguo Camino, asesinándolo alevosamente. El crucero rememora una leyenda que no afectaba directamente a los peregrinos, pero que definía el carácter atribuido a ambos pueblos, señalados por las viejas acusaciones de barbarie y primitivismo con que las antiguas guías francesas habían definido a los navarros.*

DUELO EN EL CRUCERO DE CIRAUQUI

ENTRE CIRAUQUI Y MAÑERU hubo siempre problemas de límites. Muy comprensibles, si pensamos que el último de ellos fue, durante tiempo, propiedad de la encomienda templaria de Puente la Reina. Cada pueblo se creía engañado por el otro a la hora de fijar las lindes de sus territorios municipales. Por eso, para resolver un conflicto que no parecía tener visos de solución, ambos pueblos decidieron dirimir sus diferencias mediante un duelo singular.

Las protagonistas de este duelo fueron dos viejas, una de cada pueblo, que se retaron mutuamente a beberse cada una una cántara de vino que sería llenada por la gente del otro pueblo. La que antes terminase impondría sus condiciones sobre las lindes en litigio al pueblo de la que perdiera.

El duelo tuvo lugar precisamente junto al cruceiro. Y los de Mañeru, con la intención puesta en ganar a toda costa, metieron una rata muerta en el cántaro que tenía que beberse la anciana de Cirauqui. Las dos se portaron bien. La vieja de Mañeru bebió su cántaro de un solo trago y apenas dejó los posos en el fondo. La de Cirauqui, sobre beber más de prisa, no dejó ni los posos. O sea, que se tragó sin rechistar la rata que le habían metido, con lo cual venció ampliamente la apuesta. Una vez reconocida su victoria, le preguntaron cómo había podido beber tan rápidamente, si acaso no había notado algo extraño. La vieja confesó que, cuando iba por la mitad de la cántara, le pareció que se le había atravesado una mosca en la garganta, pero que al siguiente trago todo se había pasado.



Tengo para mí que, con todo su aire de chascarrillo rural, la historia de este duelo y el protagonismo de las dos ancianas tiene más sentido del que aparece expresado en la narración. Las ancianas vienen a ser el espíritu de la aldea, la memoria de los viejos tiempos de las Matres que regían la vida rural. Hacerlas protagonistas de la historia viene a significar algo así como poner en manos de la tradición del pueblo su destino. Y su presencia es, posiblemente, lo mismo que recuperar formas arcaicas del pensamiento prelógico referidas a acontecimientos de la vida cotidiana.

En la misma localidad de Mañeru nos tropezamos con un curioso patrono que preside la iglesia parroquial, de cuyo ábside mana una fuente de aguas que fueron consideradas como milagrosas en su tiempo. Se trata de San Román.

LA DOBLE LENGUA DE SAN ROMÁN

SAN ROMÁN ES UN SANTO que podríamos calificar de verborreico, a juzgar por lo que su Leyenda Dorada cuenta de su afición a los sermones. Se dice de él que no dejó de predicar ni siquiera cuando era sometido a tormento por los sicarios del Imperio, de modo y manera que cabe sospechar que hizo sufrir tanto a sus verdugos como sus verdugos le hicieron sufrir a él.

Intentado hacerlo callar, comenzaron perforándole las mejillas, lo que no impidió que siguiera lanzando sus proclamas martiriales. Al fin se decidieron a arrancarle la lengua, sin lograr tampoco así su propósito. Finalmente, le cortaron la cabeza y, con ella bajo el brazo, siguió todavía predicando durante algún tiempo.

Lo curioso es que la propiedad de la reliquia de la lengua de San Román se la disputan no una, sino dos diócesis: la de Zaragoza y la de Toledo. La cabeza sigue en Mañeru, donde dicen que sufrió martirio. Allí fue venerada por los peregrinos.



*La ciudad de **Estella** —Lizarra en vasco, que significa estrella— fue fundación de Sancho Ramírez en 1085. El relato legendario afirma que su fundación como tal ciudad, desde el mínimo caserío que fue en sus orígenes, se debió al hallazgo milagroso de la imagen de Nuestra Señora del Puy, encontrada, cómo no, por unos pastores en 1085 y empeñada en quedarse en el lugar donde se apareció, en vez de dejarse llevar a Abárzazu, que era el pueblo más cercano a aquella loma donde hizo acto de presencia. En poco tiempo, la nueva ciudad se convirtió en etapa peregrina obligada, tanto por la profusión de albergues como por el establecimiento de muchos comerciantes francos que aprovecharon la ciudad para instalar industrias muy pronto florecientes gracias al paso masivo de los que marchaban a Compostela. Se multiplicaron los templos y surgió el culto a un núme-*

ro casi incalculable de Virgenes, muchas de las cuales, como la de Rocamador, eran trasunto de devociones importadas por los mismos romeros. Igualmente, apenas hubo orden monástica o institución religiosa que no instalase una sucursal piadosa en la floreciente urbe: convento, cenobio u hospital.

Precisamente de la Virgen de Rocamadour se cuenta una curiosa historia milagrosa digna de recordarse. Viene a ser como una razón sobrenatural que justifica la insólita postura del Niño en la imagen que se puede ver en la hornacina que se encuentra sobre la puerta de entrada al templo. El niño en cuestión, al contrario de como suele ser representado en otras imágenes de Nuestra Señora en Majestad, reposa sobre el brazo derecho de su madre en lugar del brazo izquierdo. El motivo dicen que fue el siguiente:

EL PEREGRINO FALSAMENTE ACUSADO

FUE EL CASO QUE REGALÓ en Estella un peregrino durante las fiestas dedicadas a San Felipe y Santiago. Eran fiestas bulliciosas y, en medio del jolgorio, fue asesinado un vecino de la ciudad y la gente acusó al peregrino de haberle dado muerte. Pruebas circunstanciales lo acusaban y los jueces lo declararon culpable y fue condenado a muerte, a pesar de que el peregrino porfió siempre por su inocencia. Ya en el cadalso, pidió al verdugo que esperara un momento antes de ejecutarlo y, ante todos los vecinos, volvió a proclamar que él no era el autor del crimen que se le imputaba y dijo que, como prueba de su inocencia, la Virgen de la hornacina cambiaría en ese mismo instante el niño que portaba, del brazo izquierdo al derecho. Los vecinos corrieron a comprobar lo que el condenado proclamaba y se dieron cuenta de que, efectivamente, el milagro se había producido.

Ante aquel juicio de Dios, el peregrino fue absuelto y pudo seguir su camino en pos del sepulcro de Santiago que había venido a visitar.



Uno de estos monumentos dedicados a la devoción fue el monasterio de San Pedro de la Rúa, cuyo soberbio claustro románico, que cumplió durante mucho tiempo la función de cementerio de peregrinos, quedó casi destruido cuando se destruyeron las murallas y sus piedras se despeñaron sobre él desde la colina vecina. Este claustro, lleno de capiteles repletos de simbolismo, fue escenario de una leyenda emblemática de las varias que conformaron la identidad de la ciudad.

LA RELIQUIA DEL OBISPO DE PATRÁS

FUE HACIA 1270 cuando llegó a Estella, exhausto y enfermo de muerte, un obispo de Patrás que había querido llevar a cabo la peregrinación sin escolta alguna y confundido con los peregrinos más humildes. Su enfermedad, unida al cansancio del Camino, agotó sus ya escasas fuerzas y, por más que los enfermeros intentaron salvarle la vida, aquel peregrino, desconocido de todos, falleció a los pocos días.

Como era preceptivo, su cuerpo, con todas sus pertenencias, que nadie se preocupó por registrar para conocer siquiera el nombre del muerto, fue enterrado en el claustro anejo a la iglesia de San Pedro de la Rúa, que servía de cementerio de peregrinos. Y ya nadie se acordaba de él cuando una noche, al cabo de pocas transcurridas desde su fallecimiento, el sacristán del templo observó que de aquella tumba todavía cubierta con la tierra fresca salía un resplandor, como si una luz celestial atravesara la tierra. Dio aviso a la autoridad competente y, al día siguiente, se procedió a la exhumación del enterramiento. Al inspeccionar las ropas del muerto, que exhalaban olor a santidad, vieron que guardaba los guantes bordados de su dignidad episcopal, el anillo, el báculo y, lo más importante, una arqueta con un omóplato

que, según la leyenda que lo acompañaba, había pertenecido nada menos que al apóstol San Andrés.

Desde entonces, la reliquia permaneció en la ciudad expuesta a la veneración de los ciudadanos y de los peregrinos. Y el santo fue elevado al patronazgo de Estella en 1626, concediendo un extraordinario milagro precisamente el domingo 2 de agosto de aquel año, en que apareció, precisamente sobre la torre de la misma iglesia de San Pedro, un aspa luminosa que una *Memoria* posterior describe «como una cruz de San Andrés de tamaño y grandor como de ochenta pies cada brazo y de color y visos de Arco Iris, las puntas derechas al cielo y bien abierta el aspa hacia la mano derecha de dicha iglesia, entre el medio y el poniente, y estuvo fija por espacio de dos horas, despidiendo de sí muchos resplandores, con admiración de todos los vecinos que la vieron».



La noticia con que cierro la leyenda del omóplato de San Andrés la he añadido como una muestra más de las numerosas que ya existen confirmando hechos prodigiosos en los que surgieron luces supuestamente celestiales, incluida la circunstancia de la aparición del Virgen del Puy y otras que serían largas de enumerar, pero entre las que se encuentran las que aparecieron en el lugar de encuentro de muchas de las imágenes de Nuestra Señora, que hacen de Estella una de las ciudades de la Península más proclives a la devoción mariana.

Seguramente, la Virgen del Puy es, entre todas las que acaparan la devoción de peregrinos y naturales, la más propicia a los milagros, desde el de su misma aparición envuelta en luces hasta el que mereció ser recordado en piedra a través de un monolito que lo rememora.

EL LADRONZUELO DEL PUY

POR LO QUE SE FECHA en este monolito, el milagro tuvo lugar en 1640. Fue la historia de un vulgar ladrón de templos, que una noche penetró en el santuario del Puy y se apoderó de cuantas alhajas y vestidos de la Virgen pudo encontrar. Amparado por la oscuridad, pero traicionado también por ella, anduvo caminando toda la noche creyendo que huía del lugar, cuando, al amanecer, se dio cuenta de que, en realidad, había estado dando vueltas y la luz del alba le sorprendió en la misma puerta por la que había huido, sólo que ya entonces las autoridades se habían percatado del expolio y se habían reunido para emprender una batida.

Allí mismo fue preso y, a los pocos días, juzgado y condenado a serle cortadas las manos, que fueron expuestas clavadas en un rollo de madera a la puerta misma del santuario. Con el tiempo, el rollo de madera fue sustituido por el monolito de piedra, en el que fueron esculpidas las manos del ladrón, con una leyenda latina que, traducida, nos dice: «A Dios óptimo máximo. Para perpetua memoria del estupendo prodigio de la bienaventurada Virgen del Puy.»



A muy poco trecho de Estella se encuentra el monasterio de Irache, tenido por una de las fundaciones benitas más antiguas de Navarra. Como la mayor parte de estos cenobios, en él se guardó veneración a un santo monje local.

LA HISTORIA DE SAN VEREMUNDO

SAN VEREMUNDO VIVIÓ entre los años 1020 y 1099. Era natural no se sabe exactamente si de **Arellano** o de **Villatuerta**, dos pequeños pueblos de los alrededores. Ingresó en el monasterio

muy joven, siendo sobrino del entonces abad, don Munio. Parece que su primera función fue la de portero y, cumpliéndola, tenía estrecho contacto con los peregrinos andrajosos y con los vecinos más pobres de la comarca, que acudían a menudo a las puertas del cenobio en busca de restos de comida de los monjes. El joven portero no sólo les daba las sobras, sino que, si se terciaba, echaba mano de la comida que esperaba consumir la comunidad, con lo que, en más de una ocasión, parece que provocó algún que otro ayuno involuntario de sus hermanos. Cierta día le sorprendieron con el hábito abultado y, al serle preguntado qué llevaba, adujo que llevaba flores para Nuestra Señora. Cuando le obligaron a enseñarlas, abrió las ropas y cayó al suelo un enorme puñado de rosas recién cortadas.

Más adelante llegó a ser abad y dicen que, a lo largo de su vida, el Señor obró numerosos milagros a través suyo. Y a su muerte fue proclamado santo por aclamación de todos los habitantes de la comarca. Su cuerpo se conservó en el monasterio hasta la desamortización decretada por el ministro Mendizábal en 1835. Entonces, cuando los monjes abandonaron la casa, el cuerpo de San Veremundo fue reclamado por los dos pueblos que se disputaban su cuna. Y, al no llegar a un acuerdo, llegaron ambas comunidades a la conclusión de que lo mejor sería que cada una de ellas conservase la reliquia del santo abad durante cinco años, al cabo de los cuales, en un acto festivo de solidaridad, el cuerpo del santo pasaría a la otra. La ceremonia se ha mantenido hasta nuestros días.



El primer milagro atribuido al joven san Veremundo es recurrente de muchos santos y, sobre todo, santas compasivas de la Leyenda Dorada. Exactamente así, sólo que con esclavos cristianos en manos de la morisma toledana, se cuenta de Santa Casilda, que era hija de un reyezuelo moro y que luego llegó a ser venerada en la comarca castellana de La Bureba. Casi podría decirse que se trata de un milagro, anuncio de futuras virtudes

santificantes. Incluso en la misma Navarra se cuenta en algunas versiones lo mismo en ciertas variantes de la leyenda de Santa Felicia, que hemos tenido la oportunidad de narrar páginas atrás; un detalle que allí hemos omitido para no repeler circunstancias que podrían resultar reiterativas para el lector.

Lo que sí conviene resaltar, seguramente, es el hecho de la ingente cantidad de material legendario de todo tipo que aparece en este primer trecho del Camino. Para quien lo recorre en pos de las señales que la Tradición puso en manos de los peregrinos, da la impresión de que existió una especie de intencionalidad pedagógica, de modo que dichos peregrinos recibieran las primeras enseñanzas de su futura iniciación por medio de relatos ejemplares que les resultasen fáciles de asimilar, antes de serles ofrecidas otras experiencias más profundas y más exigentes de la voluntad de transformación del mismo romero. Tal vez por esto, y como seguramente se habrá podido observar, ese material legendario es variado, abarca muy diversos temas y trata de llamar la atención sobre las más variadas características que luego habrán de mostrarse a través de otras formas de comunicación. Incluso aquí, a estas alturas de la ruta peregrina, la leyenda —o, en su caso, la presunta memoria histórica— incide sobre aspectos que más adelante surgirán bajo otras perspectivas, permitiendo que el caminante los localice echando mano de las claves que las leyendas le descubrieron anteriormente.

Entre estos ejemplos temáticos, no podía faltar tampoco la incidencia sobre las tentaciones y sobre la labor del diablo, siempre acechante para tentar al peregrino y apartarlo de la piadosa finalidad que albergaba cuando emprendía su marcha hacia Compostela. Y, siendo la antigua Vasconia tierra en la que el cristianismo entró tardía y hasta torcidamente, no extraña que surja la temática brujeril y las leyendas que, como ya hemos visto, tienen por protagonistas al Maligno y a sus presuntos servidores.

Aquí, bajando hacia el valle del Ebro, vuelve a incidir puntualmente el recuerdo hechicero alternándose con la memoria de los santos camineros. A medio camino entre Estella y el Ebro

se encuentra **Torres del Río**, que ofrece al peregrino la presencia de una misteriosa capilla llamada funeraria de muy difícil identificación. Está rematada por una especie de recinto que, según cuentan algunos expertos, servía de torre de señales donde se encendía una fogata cuando moría algún caminante; de ahí el nombre que siempre se le ha dado de linterna de los muertos. Y el rico simbolismo que presenta la iconografía interior de toda la construcción la convierte en un espacio inquietante, que parece lanzar al visitante el reto de un profundo misterio casi imposible de desvelar. Allí se mezclan supuestas escenas bíblicas extrañamente transformadas, rostros bafométicos y pasajes evangélicos caprichosamente interpretados, dando cuenta de una especie de trasfondo donde se hubiera pretendido representar el lado desconocido del relato evangélico.

Muy cerca de allí, desviándose apenas del estricto Camino oficial, se llega en pocos minutos a la localidad de **Bargota**, que se hizo célebre en su tiempo porque allí ejerció de párroco uno de los hechiceros más emblemáticos de los que se tiene noticia en los anales de la brujería española.

LA HISTORIA DEL BRUJO DE BARGOTA

IOANNES DE BARGOTA, como es generalmente conocido, nació en la localidad riojana de **Rincón de Soto**, y hay quien dice que su madre fue bruja y que asistía a los aquelarres que se celebraban en los llanos sorianos de **Barahona**. Era, dicen, de la familia de los Mellado y vivió en la primera mitad del siglo XVII. Estudió en Salamanca, donde alternó el Trivium y el Quadrivium con otras enseñanzas que se impartían en la famosa cueva de San Cipriano, donde se asegura que daba clases el mismo diablo. Si ustedes lo recuerdan, la misma donde estudió aquel sacerdote que perdió su sombra y del que hablábamos en el primer volumen de esta colección de leyendas.

Terminados sus estudios, tanto los oficiales como los prohibidos, Ioanes se estableció de clérigo en la parroquia de este pueblo navarro, un beneficio que le correspondía en tanto que era segundón. Y aquí ejerció sus oficios, el sacerdotal y el hechiceril, sirviéndose de las enseñanzas que había adquirido, pero, todo hay que decirlo, sin hacer nunca daño a nadie.

Cuentan de él que sus feligreses dejaban a menudo de verlo desde la tarde del sábado y que, cuando el domingo llegaba la hora de la misa, aparecía sudoroso y resollante, como si hubiera recorrido un largo camino. Incluso llegaba a veces con la teja cubierta de nieve, aunque fuera pleno verano, quejándose de los fríos que soplaban por *los montes de Oca*, que se encuentran a varias leguas de allí.

En cierta ocasión, la cofradía de arcabuceros de Torralba, compuesta por píos servidores de la Iglesia, lo denunció al Santo Oficio de Logroño. La cosa sucedió en 1599 y parece ser que, apenas lo prendieron, logró desaparecer de los calabozos y regresar a Bargota como si nada hubiera sucedido.

Poco antes de iniciarse el célebre proceso a los brujos de Zugarramurdi (1610) volvieron a prenderlo, esta vez en compañía de un convento hechiceril que tenía su sede en **Viana** y que celebraba sus reuniones en las lagunas que hay cerca de la ermita de la Virgen de las Cuevas de esta misma localidad. Los esbirros inquisitoriales pudieron prenderlos gracias a una colección de conjuros que encontraron en los sótanos de la casa del conde de Aguilar, que había muerto en extrañas circunstancias poco tiempo atrás. La reina de aquel aquelarre era una muchacha ciega de Viana a la que llamaban *La Ciega Endregoto*; y el cura Ioannes no se mostró reticente a la hora de confesar sus debilidades y sus relaciones con aquel conventículo. Parece ser que contó con detalle cómo discurrían sus reuniones, los caminos que seguían para acceder a *las charcas de Viana* —que así se llaman aquellas lagunas— y hasta el tipo de escobones que utilizaban en sus desplazamientos, cuando no tenían a mano murciélagos o búhos o esqueletos de animales que les transportasen. Contó incluso que, ya reunidos en el lugar previsto, a las once y media de la noche

sonaba un trueno terrible que les anunciaba la presencia inmediata de Satanás y que a las doce comenzaba la misa negra, que se prolongaba hasta el segundo canto del gallo.

Lo curioso fue que, en aquel proceso, mientras sus compañeros fueron condenados a penas severas (aunque ninguno fue quemado), el brujo Ioannes apenas fue condenado a un leve sambenito y a la obligación de cumplir una penitencia en oraciones. Se dijo entonces que había tenido un padrino muy especial que lo protegió desde el anonimato, al parecer porque se trataba de una alta personalidad de la corte a quien el brujo había puesto sobre aviso de un grave atentado del que, gracias a él, pudo salvarse.



No sabemos con exactitud qué hay de cierto y qué de falso en la historia del brujo de Bargota, aunque sí parece indiscutible que hubo reuniones de brujos en las charcas de Viana. Pero, en cualquier caso, es cierto que su historia entró a formar parte de las tradiciones locales de aquel extremo meridional de la tierra navarra y que los peregrinos —no los medievales, sino los que recorrieron el camino desde el siglo xvii— tuvieron cumplida cuenta de aquellas aventuras. Y, sin duda, pensaron en el cura de Bargota y en la ciega Endregoto cuando bordeaban las lagunas camino de los puentes del Ebro que los conducirían a tierras riojanas.



III

La ruta riojana



Los santos utilitarios



A PENAS PENETRABA EL PEREGRINO en **Logroño**, cruzado el puente de piedra sobre el Ebro, se encontraba con la capilla que se alzó en la misma casa en la que había vivido San Gregorio Ostiense. La capilla, tras siglos de deterioro, ha sido finalmente restaurada, pero resulta imposible de identificar con lo que debió ser en su tiempo; prefiero hacer la advertencia, no vaya a ser que cualquier peregrino que me lea vaya a creer que me equivoco y que facilito noticias que no coinciden con la realidad. Éstas son cuestiones en las que interviene el tiempo a propósito de hechos y evidencias que nos parecen ajenas a él y que tenemos que respetar, aunque corramos el peligro de proporcionar datos puramente puntuales, sujetos a los cambios que imponen los individuos. Yo mismo, mientras escribo, abrigo el temor de que algunas referencias puedan ser distintas, sobre todo teniendo en cuenta que las carreteras están sufriendo día a día cambios sustanciales que alteran las rutas y las hacen irreconocibles a la hora de comparar su trazo con el viejo Camino que siguieron los peregrinos en siglos pasados. Lo mismo que cambia la Historia —el modo de interpretarla, quiero decir—, se olvidan leyendas que estuvieron vigentes y entran en liza cuestiones que hace años ni siquiera se imaginaban. Pensemos, pues, en que allí, cruzado el Ebro, se encuentra la casa santuario de San Gregorio y dejemos a las circunstancias que decidan la vigencia del dato. En cualquier caso, lo que nos puede interesar es quién fue el tal San Gregorio y qué pintaba allí.

SAN GREGORIO Y LAS LANGOSTAS

PUES SEÑOR, es el caso que Gregorio era romano, abad del monasterio de San Cosme y San Damián y obispo de Ostia. Discurrían los últimos años del siglo xi y sobre la vega riojana y navarra del Ebro se había abatido una plaga de langosta que amenazaba con convertir los campos en un erial. El papa Benedicto IX, conocedor de los poderes taumatúrgicos del obispo, lo nombró legado pontificio para que acudiera a poner remedio a aquel desastre. No sabemos de las artimañas de las que se sirvió el buen obispo cuando llegó a **Calahorra** en 1039, si fueron oraciones o la fórmula secreta de algún insecticida alquímico, pero lo cierto fue que las langostas desaparecieron y los campos volvieron a dar fruto. Se sabe que comenzó su labor conminando a los campesinos a hacer penitencia por sus pecados y que, convocando una magna marcha encabezada por las santas reliquias de los mártires Emeterio y Celedonio —de quienes volveremos a hablar, dentro de un largo trecho—, recorrió con los campesinos las riberas del Ebro hasta Logroño. A su paso, exorcizadas por el santo legado, las langostas comenzaron a apiñarse en haces que remontaron el cielo hasta desaparecer para siempre.

El futuro santo decidió quedarse en aquella ciudad y dedicarse, desde ella, a hacer más llevadero el camino para los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Allí fue a verlo al poco tiempo Domingo de la Calzada, de quien luego hablaremos también, entonces un auténtico analfabeto que había sido rechazado cuando aspiró a ser monje de los monasterios de Valvanera y San Millán de la Cogolla. Dicen que —cuestión de bendiciones administradas a tiempo— el futuro arquitecto del Camino, apenas recibió las de San Gregorio, aprendió a leer y a escribir y hasta seguramente a hacer cálculos de resistencia de materiales, imprescindibles para el cumplimiento de la labor que se había propuesto. Con su ayuda, proyectó y construyó el puente sobre el Ebro, lo que lo convertía en *pontífice*, y al poco tiempo transformaba casi milagrosamente buena parte del trecho por el que

discurría el Camino entre Logroño y los montes de Oca, haciéndolo transitable para los caminantes.

Grégorio Ostiense, viejo ya y enfermo, terminaba sus días mansamente, enseñando a los campesinos, dándoles sus consejos y bendiciendo sus tierras. Poco antes de expirar, dejó ordenado que montasen su cuerpo en una mula y lo enterrasen donde el animal se detuviera. Eran tiempos en los que las querencias naturales de las caballerías mostraban una inusitada inspiración divina. Ya hemos citado más atrás milagros parecidos. Y aún tendríamos que citar otro ejemplo de esas virtudes equinas a través de otro prodigio que había tenido lugar también en la misma Rioja, cuando recaló en las laderas del *monte Laturce* el caballo que transportaba el cuerpo de San Prudencio, obispo de Tarazona, que murió en el **Burgo de Osma** y dejó dicho también que lo enterraran donde la cabalgadura se detuviera. La mula de San Gregorio no recorrió tan largas distancias. Pasó el Ebro y remontó tierras navarras hasta la ermita de San Salvador de Penaba, junto al pueblo de **Sorlada**, donde todavía hoy se celebra su fiesta con asistencia de campesinos de todo el contorno, que vienen a llevarse el agua que se hace pasar a través de la reliquia de su cráneo y que ha demostrado con creces sus virtudes a la hora de contribuir a la fecundidad de los campos.



*Ya que no lo hicimos antes, bueno será que ahora, con la perspectiva de varios sucesos milagrosos semejantes, nos planteemos los motivos por los que la tradición suele recurrir a esta voluntad equina a la hora de establecer el sitio donde debe reposar un cuerpo santo. Tendríamos que añadir que milagros semejantes se dan por toda la geografía cristiana y que en la misma Navarra aún contamos al menos con otro semejante que se celebra en **Bujanda**, donde fue a parar el cuerpo de su patrón San Fausto, traído por un caballo nada menos que desde el pueblo de **Alguaire**, en tierras leridanas. También en el antiguo reino de Aragón, una mula cargó con los milagrosos corporales, des-*

*pués del milagro eucarístico —griálico— del que fueron protagonistas en la localidad valenciana de **Llutxent**, y los llevó hasta **Daroca**, donde se conservan desde entonces entre la devoción de toda la feligresía.*

¿Por qué esa confianza de los fieles en los caballos, las mulas o los asnos, a la hora de dejarles decidir sobre la elección de un lugar santo?

Tengo para mí que el motivo no anda lejos de la tradición precristiana, que atribuía simbólicamente al caballo la función de conductor de su jinete hasta la meta trascendente que se había propuesto. Así aparece todavía a menudo en el cuento popular en muchos países del mundo. El caballo venía a ser como el acompañante que facilitaba a su poseedor el camino hacia lo numinoso, el compañero que conducía al buscador hacia su meta. De ahí que muchos caballos de la historia —y más aún de la leyenda— hayan pasado al recuerdo con tanta importancia como los personajes emblemáticos que los poseyeron. Y ahí está Babieca para recordarlo, pues está en la memoria de todos que fue el caballo del Cid Campeador y que, según cuenta el Cantar, su dueño ganó una batalla después de muerto gracias a que lo ataron a su caballo y, al frente de sus tropas, se lanzó sobre los almorávides venciénolos y obligándolos a abandonar el sitio de Valencia.

Aparte del traslado de cuerpos santos y reliquias, el caballo se convierte muy pronto en conductor de santos, casi en un atributo imprescindible en su iconografía, aunque la historia misma del santo en cuestión nada hubiera tenido que ver nunca con la singladura sagrada de su presunto jinete. Y así, Santiago mismo, como posteriormente sucedería con San Millán de la Cogolla, comenzaron a ser representados como jinetes, sobre todo cuando se les atribuyeron intervenciones decisivas en la lucha de los reinos cristianos contra el Islam. Posiblemente, Santiago, convertido en Matamoros, fue el primero en ser representado con este atributo, apareciendo a lo largo del Camino montado en su blanco caballo y salvando situaciones difíciles de aquella aventura guerrera que se dio en llamar Reconquista. La

primera intervención que se recuerda sucedió también, dicen, muy cerca de Logroño, y fue tan sonada que muchos peregrinos se desviaban de su ruta para visitar el lugar donde aquel milagro tuvo lugar.

LA BATALLA DE CLAVIJO

LOS CRONISTAS han tenido, en todos los tiempos, una irrefrenable tendencia a reconstruir la historia con arreglo a sus propias convicciones o de acuerdo con el mensaje subliminal que pretendían transmitir. Muchas veces ni siquiera se molestaron en mantener un mínimo de rigor en la narración de los hechos, sino que obedecieron a ciegas las consignas que les transmitían determinadas conveniencias. Así nació la tradición legendaria del Tributo de las Cien Doncellas y así fue creada una falsedad histórica largamente admitida, como fue la de la batalla de Clavijo.

La patraña, bellísima desde una perspectiva literaria y muy útil a la hora de enriquecer hasta la saciedad las arcas de la sede compostelana, comenzó aprovechándose de la fama negativa que tuvieron tres reyes de la primitiva corona asturiana a los que no hubo manera de atribuir hazañas guerreras porque fueron amantes de la paz y evitaron enfrentarse a los musulmanes que habían conquistado buena parte de la Península. Fueron estos monarcas Aurelio, Silo y Mauregato. Los llamaron los Reyes Holgazanes, y al último de ellos le atribuyeron un pacto con los musulmanes, según el cual, a cambio de respetar éstos sus tierras y no emprender campañas de saqueo por sus campos, se comprometían y comprometían a sus descendientes a la entrega anual de cien muchachas púberes de su reino que pasarían a incrementar los harenes del Islam andalusí. Fue llamado este supuesto pacto vergonzante el Tributo de las Cien Doncellas y, según la tradición, acabó con la primera gran derrota sufrida por los moros después de la gesta de Covadonga.

La gloria de este desenlace glorioso se atribuyó a medias al rey Ramiro I y al señor Santiago, que colaboraría eficaz y directamente en aquella jornada. El encuentro tuvo lugar, según se cuenta, en las laderas del monte sobre el que se alzó el castillo de Clavijo. Y se planteó en condiciones adversas a las tropas cristianas, que, sin embargo, se lanzaron al combate convencidas previamente de su victoria, gracias a que Santiago —*Mulamoros* a partir de esa fecha— se le apareció al rey prometiéndole que estaría presente en el combate y dispuesto a ayudar a sus feligreses. Efectivamente, en medio de la batalla, y cuando parecía que todas las circunstancias se volvían adversas para los cristianos, surgió de pronto un jinete desconocido sobre un caballo blanco, despidiendo resplandores y blandiendo una tizona de plata que, en un abrir y cerrar de ojos y en medio del entusiasmo de sus seguidores, comenzó a atacar a la morisma y causarle, él solo, más bajas que todos los demás combatientes, hasta el punto de obligar a los musulmanes a emprender una huida alocada que dejó el campo libre a las tropas del rey asturiano.



Que hubo una batalla que se libró por aquellos pagos, aunque mucho después —la llamada batalla de Albelda—, parece absolutamente cierto. Pero aquella otra, la mítica, la que se dice que terminó con el Tributo de las Cien Doncellas y convenció a la cristiandad de que el Islam no era tan invencible como se había supuesto (siempre que se aceptase el patronazgo sobrenatural del Apóstol), fue una patraña hábilmente urdida por la Iglesia para lograr, como efectivamente logró, un patronazgo universal de Santiago sobre los pequeños reinos cristianos peninsulares, que se comprometieron a entregar a la sede compostelana unos tributos vitalicios que la enriquecieron incesantemente durante siglos. Concretamente, hasta los inicios del siglo XIX, cuando las cortes de Cádiz, en plena guerra napoleónica, terminaron con la secular sangría de los campos peninsulares por parte del cabildo de la catedral de Santiago, como pecha glorio-

...el santo que Dios había designado en tanto que patrono indiscutible de la cristiandad hispánica.

Fuero, ciertamente, momentos de tímida protesta. Y, concretamente, en la época en la que Castilla comenzó a desgajarse políticamente de León, en tiempos del conde Fernán González, los mismos castellanos hicieron nacer la leyenda paralela según la cual el santo que comenzó a intervenir en sus particulares batallas descabezando infieles no fue Santiago, sino San Millán, el anacoreta de los montes Distercios, que, si lo hubiera siquiera imaginado, habría sido el primero en negarse a seguir el juego de la guerra y el poder que le proponía su feigresía. Así puede verse, incluso absurdamente vestido de peregrino, montado en blanco corcel y espada en ristre, sobre la portada de su monasterio de Suso, confundido para muchos con el Apóstol de Composteia.

En cualquier caso, fuera Santiago el de Clavijo o fuera San Millán quienes despertasen los furores peregrinos en el trecho que media entre Logroño y Burgos, una tierra que fue alternativamente dominada por Navarra y por Castilla, lo cierto es que sus caminos se vieron favorecidos por la eficaz labor desarrollada por dos constructores que alcanzaron también la santidad a fuerza de su dedicación al trabajo. Estos dos santos fueron Domingo de la Calzada y Juan de Ortega. Y ambos siguen recibiendo la devoción peregrina en la ciudad y el santuario que llevan sus respectivos nombres. Y ambos también llenaron su vida de prodigios que se prolongaron hasta mucho después de su muerte, convirtiendo su visita en obligada para todos los peregrinos que transitan por el Camino desde que la historia de sus milagros comenzó a expandirse por la región. Curiosamente, estos milagros que se les atribuyen, sobre todo a Domingo de la Calzada, tienen como beneficiarios a los albañiles y constructores que trabajaron en la obra del Camino y se dice que sucedieron cuando el santo todavía estaba vivo. Ejemplo de estos prodigios es uno que se reproduce en los capiteles de su santuario de la Calzada y puede servir de ejemplo a otros muchos del mismo corte que sería prolijo contar en su totalidad.

EL ALBAÑIL DESCALABRADO

LO CUENTA UNO DE LOS HAGIÓGRAFOS del santo. Estaban levantando los canteros las piedras que conformarían los muros del santuario, cuando volcó una de las carretas de bueyes, aplastando a uno de los yunteros. «Súpolo Domingo, y sólo con orar sobre el difunto, que tenía hecha una tortilla su cabeza y había gran rato que se hallaba sin vida, se levantó el difunto sano y totalmente bueno, dando a Dios y al santo las gracias.»



Lo curioso es que, si Domingo de la Calzada realizó en vida muchos milagros entre los canteros que le ayudaban en su obra, después de muerto, cuando decidió ser enterrado fuera de su propia iglesia para que su tumba fuera pisada por los peregrinos, los milagros comenzaron a producirse teniendo como beneficiarios a los que llegaban a su tumba llenos de devoción por su fama. Entre estos milagros hay uno que se convirtió en emblemático dentro de las leyendas piadosas de la Ruta y que casi podríamos decir que, ya más que a Domingo de la Calzada, pertenece al dominio universal, hasta el punto de que, según quien lo cuente, se atribuye al santo o al mismísimo Apóstol, cuya tumba era la meta del viaje.

... DONDE CANTÓ LA GALLINA DESPUÉS DE ASADA

UNA FAMILIA DE PEREGRINOS llegó al albergue de Santo Domingo de la Calzada. La componían un matrimonio y su hijo, adolescente de singular porte que, apenas llegado, despertó los ape-



... Una familia de peregrinos llegó al albergue de Santo Domingo de la Calzada...

tivos de las criadas encargadas de servir a los que —dicho sea con refugio. Una de ellas, más decidida seguramente que las demás, penetró por la noche en el dormitorio del muchacho y, como suele decir la gente, trató de «llevárselo al huerto». Sólo que el chico era consciente de su obligación de mantenerse impoluto mientras durase la peregrinación y se negó a satisfacer las ansias de la criada. Ésta, indignada por lo que creyó desprecio manifiesto del joven, escondió una copa de plata entre su equipaje y al siguiente día, cuando la familia iba a reemprender la marcha, denunció su desaparición. La copa fue encontrada inmediatamente entre la ropa del hijo y las autoridades lo prendieron, haciéndole un juicio sumarísimo y condenándolo a muerte, según establecían las leyes de un Camino que se había ya convertido habitualmente en campo de acción de los amigos de lo ajeno. No valieron súplicas ni protestas de inocencia. El muchacho fue ahorcado y sus padres, con el alma rota, pero sin renunciar al motivo de su viaje, siguieron camino y rogaron al Apóstol por la salvación de su alma.

Cuál no sería su sorpresa cuando, de regreso por la ciudad, vieron al joven todavía ahorcado, pero vivo y hablando a sus padres para llamar su atención. Éstos, al darse cuenta de que su hijo vivía milagrosamente, acudieron de inmediato al alcalde de la ciudad para pedirle que lo hiciera descolgar. Pillaron al edil en la hora de comer, cuando se disponía a dar cuenta de una succulenta pareja de gallináceas que humeaban doraditas en una fuente.

—¿Vivo decís? —rió el alcalde—. Ese chico está tan vivo como esta gallina que voy a comerme en cuanto me dejéis en paz.

Antes lo hubiera dicho. En ese mismo instante, el gallo y la gallina se cubrieron milagrosamente de plumas y salieron cacareando hacia el corral. El inocente hijo fue descolgado del cadalso y, después de dar gracias —a Santiago o a Santo Domingo, que eso está todavía por ver— volvió con sus padres a la tumba del Apóstol para darle las gracias por su milagrosa salvación.

Lo que sí es cierto es que los ciudadanos de **Santo Domingo de la Calzada**, cuando se amplió la iglesia y la tumba de su fundador quedó dentro del recinto del templo, instalaron a sus pies una especie de altar en forma de jaula donde, desde tiempo inmemorial, y por riguroso orden entre las familias de la población, todos los años es colocada una pareja de gallo y gallina que amenizan con sus cacareos los momentos más solemnes de las funciones religiosas. Y fue casi preceptivo, durante mucho tiempo, que los peregrinos, al pasar por allí y orar ante la tumba del santo arquitecto, procuraran hacerse con una de sus plumas para llevarla durante el resto del viaje prendida al sombrero como sagrado trofeo de su caminata por tierras ocultas de la ruta y como homenaje a aquel curioso santo que —según dicen— les abrió camino cortando árboles enteros con la única ayuda de una pequeña boz. El instrumento puede verse todavía formando parte del túmulo funerario, como queriendo recordar a los que lo visitan el paralelismo que tuvo Santo Domingo con los primitivos druidas, que utilizaban hoces de oro para cortar el muérdago que les servía para confeccionar sus bebidas prodigiosas, capaces de curar cualquier enfermedad.

De San Juan de Ortega, discípulo de Santo Domingo y el otro arquitecto señero del Camino, no se tiene constancia pública de que llegara a realizar milagros en vida. Se limitó, con la misma pulcritud de su maestro, a allanar el camino por los **montes de Oca**, a construir puentes —gran Pontífice sí fue— y a levantar el hospital y santuario que se encuentra ya en tierras burgalesas, más allá del puerto de la Pedraja. Buen arquitecto tuvo que ser, sin duda. Y buena muestra de ello y de su gran sabiduría sigue siendo el casi milagro que aún puede contemplarse en la iglesia de su fundación los días que anteceden y siguen a los equinoccios, en los que un capitel que retrata prodigiosamente las escenas de la Anunciación y la de la Visitación se ilumina gracias a un soberbio rayo de luz que le da de lleno en el atardecer.

EL MILAGRO DE LAS ABEJAS

FUE DESPUÉS DE SU MUERTE cuando San Juan de Ortega comenzó a hacerse célebre también por sus milagros. En poco tiempo se convirtió en auténtico patrono de mujeres que deseaban tener hijos o que le pedían un buen parto. Y corrió la voz por todo el territorio castellano de que era infalible en estos menesteres.

Hasta tal punto se dio a conocer el éxito de sus intercesiones que la misma reina Isabel la Católica acudió al santuario cuando, estando embarazada del príncipe don Juan, su primer hijo varón, sintió temores por el buen final de aquella preñez y decidió que lo mejor sería ponerla en manos de tan eficaz patrono. Acudió, pues, a su tumba, una hermosa arqueta de piedra labrada que aún se encuentra a la vista de los peregrinos en la cripta de la iglesia, y oró devotamente ante ella, pidiéndole el favor que le solicitaba. Pero cuando hubo terminado insistió en contemplar el cuerpo del santo, que no había sido objeto de mirada alguna desde que lo enterraron más de dos siglos antes. Los sacerdotes y monjes que acompañaban a la soberana de Castilla se mostraron reticentes ante la insistencia de doña Isabel, pero ella insistió. Así pues, levantaron la tapa de la tumba e inmediatamente salió de ella un numeroso enjambre de abejas blancas que comenzaron a revolotear por el techo de la cripta, hasta que, comprobada la presencia incorrupta del cuerpo santo, se cerró de nuevo la tapa y volvieron a meterse en su interior por un casi imperceptible agujero.

Para todos los presentes y, por supuesto, de entonces en adelante, aquellas abejas fueron respetadas, porque se consideró que eran las almas de los no nacidos, que esperaban a que el santo les concediera un destino para convertirse en mortales.



Por supuesto, los santos arquitectos no son los únicos que pueblan este trecho de la Ruta Jacobea. Es cierto que no todos

han tenido la suerte de atraer tanto a los peregrinos como ellos, que para eso resultaron útiles y eficaces para la peregrinación. Pero podemos encontrarnos con otros que también despertaron devociones y, a su manera, protegieron a los que se encomendaron a ellos. Por ejemplo, San Indalecio, que fue uno de los Varones Apostólicos y de cuya búsqueda encontramos la correspondiente leyenda en San Juan de la Peña, ocupa con carácter sustitutorio la cabecera de la ermita de Nuestra Señora de Montes de Oca, porque la imagen prefieren tenerla en la parroquia de **Villafranca**, ante el peligro de que la soledad del lugar donde se encuentra incite a los ladrones a robarla. Me refiero, naturalmente, a estos tiempos nuestros en los que ya la gente ha perdido en buena parte sus temores ante la venganza celestial. También nos encontramos a San Millán de la Cogolla, cuya vida fue para los peregrinos que se desviaban a visitar su tumba una continua leyenda desde que nos la narró Berceo en román paladino, aunque seguramente tan cierta que nos impide encajarla en los límites de lo legendario. Sí se convirtió en leyenda, en cambio, el frustrado intento del rey don García el de Nájera, que trató de llevarse su cuerpo para incrementar las reliquias de Santa María la Real, de cuyo mito hablaremos en el próximo apartado.

EL PESO ESPECÍFICO DE LA TUMBA DE SAN MILLÁN

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA —ya hemos hablado de él a propósito de su proclamación como absurdo Matamoros por parte de los condes de Castilla— fue discípulo de San Félix de Bilibio, que lo introdujo en los secretos de la Iniciación. Cuando estuvo preparado, se retiró a los montes Distercios y, tras comprobar que no podía evitar que otros quisieran aprender de él, instituyó un cenobio en el que discípulos como Aselo, Geroncio, Sofronio y Citonato y discípulas como Santa Potamia y Santa Oria hicieron

junto a él vida de oración y de contemplación. Murió en olor de santidad todavía en tiempos visigóticos, hacia 574 y, enterrado en la misma cueva que le sirvió de celda en las alturas de **Suso** —«de arriba», una primitiva joya arquitectónica que el peregrino no debe saltarse, aunque le obligue a una desviación del Camino—, reposó en paz, incluso en los primeros tiempos en los que sus monjes, buscando mejor acomodo, abandonaron las alturas y bajaron al valle, donde fundaron el monasterio que hoy se llama de **Yuso**: «de abajo».

Fue mucho después, en tiempos de don García el de Nájera, cuando, recién fundado el monasterio de Santa María la Real de Nájera, el monarca navarro quiso dotarlo de toda la santidad que pudiera acumular. Y así lo llenó de reliquias que pudo reunir procedentes de todos los santos cercanos, entre ellas las del mismo San Félix, el que iniciara a Millán en las alturas de Bilibio.

También pretendió don García llevarse a Nájera el cuerpo de San Millán, pero ahí se encontró con la horma de su zapato. Pues, si bien con gran esfuerzo, consiguió que sacaran al exterior la tumba del santo anacoreta, en cuanto la cargaron sobre una carreta y trataron de llevársela, no valieron todas las yuntas que lograron reunir para mover aquel mausoleo que, literalmente, se negó a moverse del lugar codiciado donde había elegido reposar su cuerpo para el resto de la eternidad. Así, don García tuvo que renunciar a sus deseos y, apenas la decisión tomada, el sepulcro de Millán se dejó trasladar de nuevo a su emplazamiento primitivo.



*De mucha menos envergadura que San Millán, difícilmente superable en santidad, fueron otros santos que cabalgan entre la realidad aceptada de su martirio y la leyenda que los magnificó. Uno de ellos fue San Formerio, que planteó un grave problema a su feligresía, pues en la localidad de **Bañares**, junto a Santo Domingo de la Calzada, se conservaba la reliquia de su cuerpo martirizado, pero en otro pueblo, este del condado Treviño y llamado **Panguas**, dicen que lo conservan también. El conflicto lo*

resolvió por las bravas aunque ya en el siglo XVIII, fray Mateo de Anguiano, que escribió un Compendio Historial de la Rioja (1704). Allí afirmó que el problema era fácil de resolver, pues en realidad se trataba de dos hermanos, gemelos y del mismo nombre, que hicieron juntos vida de santidad y fueron martirizados el mismo día y sólo después de muertos enterrados en distinto lugar. Otro mártir de renombre fue San Vitores, al que veneran como patrono en **Tosantos**. Dicen de él que fue un auténtico guerrillero de la palabra, que cuando lo llevaban al martirio, lo mismo que aquel San Román de quien hablábamos al pasar por **Mañeru**, sus veraugos quisieron hacerlo callar arrancándole la lengua, a pesar de lo cual siguió predicando. Entonces le cortaron la cabeza. Y el santo, sin inmutarse, la recogió del suelo, la puso bajo su brazo y la cabeza separada del cuerpo siguió predicando e indicando el lugar exacto donde quería ser sepultado. Sólo entonces, cuando lo echaron al hoyo y lo cubrieron, dicen todos no que se callara, sino que su voz se perdió bajo la tierra.



Vírgenes milagrosas



LOS PEREGRINOS QUE SALÍAN de Logroño, una vez sobrepasado el pueblo de **Navarrete** y poco antes de alcanzar **Nájera**, podían desviarse de su camino un trecho, adentrarse en la Sierra de la Demanda, cuyo pico sagrado, el San Lorenzo, surgía detrás de la cadena de montes, y acercarse al santuario donde se veneraba a la imagen de Nuestra Señora patrona de todo aquel territorio. Tuvo siempre fama de Gran Madre, y el lugar de su santuario, **Valvanera**, recuerda todavía sus orígenes sagrados: un Valle de Venus que heredó la Virgen para ejercer su maternal protección sobre sus fieles y sobre todos los que se acercaran a impetrar sus favores.

La leyenda de su hallazgo es, posiblemente, una de las más hermosas y significativas entre las que surgieron en torno a los finales del siglo XI narrando cómo se recuperó por parte del pueblo el culto a la Gran Madre convertida en Madre de Dios.

LA LEYENDA DE VALVANERA

PROTAGONISTA HUMANO de esta aventura piadosa fue un ladrón arrepentido llamado Nuño Oñez. Su arrepentimiento surgió un día en que, dispuesto a lanzarse sobre un pastor para robarle, lo vio santiguarse devotamente en una muda conversación con

las alturas celestiales. Hizo el ladronzuelo acto de contricción y, convencido de que aquel arrepentimiento no podía bastar para serle perdonados todos los pecados que había cometido, se retiró a hacer vida solitaria en una cárcava de enorme bocana que aún puede verse en el valle del Najerilla, cerca del río, a la que llaman la *cueva de Trónvalos*: de los tres valles.

Su vida ejemplar atrajo pronto a un compañero que decidió seguir sus pasos. Se llamaba Domingo y, antes de su retiro, había sido párroco de la localidad de **Brieva**. Los dos juntos comenzaron a expandir su ejemplo por todo el territorio y muchos los consideraban ya como santos y acudían a ellos en busca de consuelo y remedio para los males del alma. Pero ellos no se confirmaban con aquellas muestras de devoción y de cariño de la gente. Querían una señal del cielo que les confirmase que andaban en el camino apropiado.

Un buen día, Nuño se despertó feliz. Había tenido un sueño en el cual se le apareció Nuestra Señora pidiéndole que acudiera al valle de Valvanera y que allí buscara un roble, el más grande de aquellos parajes, que tendría el tronco hueco y estaría habitado por un enjambre de abejas que habría construido la colmena en su interior. Tendría que escarbar en el tronco, donde descubriría una imagen de la Virgen con el Niño en brazos y un cofre de reliquias a sus pies. La visión le pedía que, después del hallazgo, cortara el tronco; que con una parte de él construyera un altar para la imagen y con el resto labrase una cruz.

Seguido de Domingo, alcanzó Valvanera y, a poco que buscaron ambos, encontraron el roble con la imagen y todo vino a suceder como la visión había anunciado. Los dos eremitas levantaron un pequeño santuario donde proteger y venerar a la imagen y se quedaron a su vera para continuar su vida de solitarios. Pero sus ansias de soledad se vieron pronto perturbadas por la invasión de quienes querían unirse a su piadoso proyecto. Fueron pronto numerosos, dicen que nada menos que ciento seis, que, a las órdenes de Nuño y Domingo, se lanzaron a vivir en las covachas de los contornos y acudían al santuario improvisado en las horas en que decidieron celebrar los actos comunitarios. Al

poco tiempo construyeron un cenobio y abrazaron la regla de San Benito.

Poco debió gustarle a Nuño aquella multitud que invadía el valle y, apartándose lo que pudo de sus compañeros para seguir practicando su vida de soledad, vivió aún tres años en una cueva que llamaban *del Alumbre*, que había sido mina en tiempos pasados. Un día su compañero Domingo, que había aceptado la dirección de la comunidad, se extrañó de una ausencia de Nuño más larga que de costumbre y, sospechoso de que le hubiera sucedido algún percance, subió a su refugio y lo encontró muerto de cuatro días. Lo bajó al santuario y, mientras se acercaba con el cadáver en brazos, las campanas del monasterio comenzaron a tañer solas.



El relato legendario contiene toda una serie de elementos simbólicos tradicionales que lo convierten en un auténtico mensaje de espiritualidad. Desde el nombre del valle, que clama por la presencia de antiguos cultos que probablemente se desarrollarían en torno a la exaltación amorosa, hasta la presencia de las abejas, que siempre fueron señal simbólica de colectivos estrechamente unidos por una idea común y conformaron, a través de la Abeja Reina, la imagen sagrada de la Gran Madre de los cultos matriarcales más primitivos practicados por la Humanidad, todo incide en señalar Valvanera como lugar ancestralmente propicio a la recuperación cultural de Gaia. El hecho mismo que los antiguos habitantes de aquellos valles de la Demanda fueran los celtas berones, cuya religión se identificó por la sacralización de los fenómenos naturales: piedras, ríos, cavernas y montes, es ya una señal casi inequívoca de la pervivencia soterránea de unas creencias que tenían a Lug como divinidad superior ignorada y a Lusina como Madre Tierra fecunda y cuidadora de la salud y de la espiritualidad de sus fieles. El hecho mismo de la alusión a Venus a través del nombre del valle y a Lug a través del nombre de la montaña sagrada en cuya

ladera se levantó el monasterio: el monte San Lorenzo, que invoca con esa denominación al santo que en muchos casos vino a sustituirlo, acusa la devoción a aquel Dios Desconocido que conformó la cúpula sagrada del panteón ligur.

La imagen misma de Nuestra Señora de Valvanera, una auténtica joya de la imaginería románica, con el Niño sentado en el regazo en alusión a su condición de Mater Paritura, es sospechosamente alusiva a la herencia de la antigua religión matriarcal. Sin embargo, como muestra evidente de un cambio radical en el contexto religioso vigente, el entorno de Valvanera comenzó a rodearse de una serie de factores legendarios que complementaban el mundo mítico de los orígenes del monasterio y lo llenaron de señales en las que la mujer, seguramente protagonista arcaica de los cultos que allí se celebrarían, quedaba no ya relegada a segundo plano, sino constreñida a toda una serie de restricciones que venían a anular el papel de sacerdotisa oficiante —abeja Reina— que pudo tener en tiempos anteriores al cristianismo. Así, las claves reveladas por elementos altamente simbólicos, como el de las abejas, se vieron en cierto modo sustituidas por costumbres, hábitos y narraciones legendarias que complementaban el contexto de Valvanera y que tendieron a apartar a la mujer de su remota intervención activa en los rituales religiosos en honor a la Mujer Esencial, Nuestra Señora, entregada desde entonces a la autoridad cultural ejercida por los monjes. Varios recuerdos de tipo legendario vienen a corroborar esta tendencia.

EL CASTIGO DE SANTA COLUMBA

CUENTA UN RELATO adherido al de la fundación del cenobio que Nuño tenía una hermana llamada Columba, que en una ocasión quiso ir a visitar al anacoreta en su lejano retiro, llevada por las más puras y santas intenciones. Se adentró en el valle un trecho, pero, al llegar a la vista del santuario, un resplandor intensí-

simo la cegó repentinamente y llenó sus ojos de pústulas. Sus gritos de dolor llegaron a oídos de Nuño y Domingo, que acudieron a auxiliar a quien así se quejaba y la llevaron a un lugar resguardado, donde Nuño intentó inútilmente curar a su hermana.

Así pasaron varios días de ceguera de Columba, que transcurrieron entre terribles dolores en sus párpados llagados. Pero la muchacha comprendió que aquel daño era un castigo que se le había infligido por haber traspuesto los límites del lugar sagrado siendo mujer y, cuando se lo confesó a su hermano, ambos y Domingo se entregaron a la oración, pidiendo perdón a Nuestra Señora por haber infringido un deseo divino que ellos ignoraban. Poco a poco, las llagas se fueron secando y cayendo de los ojos de Columba, hasta quedar totalmente curada. Entonces, su hermano la acompañó por el camino de salida del valle y, al llegar al lugar donde había sucedido el incidente, se despidió de ella para siempre, pidiéndole que nunca volviera y que avisara a las mujeres para advertirles que no se atrevieran a traspasar los límites permitidos.

En recuerdo de aquel suceso milagroso, en el lugar donde Columba se volvió ciega se hincó una cruz metálica que llamaron la Cruz Blanca. Y quedó establecido que cualquier mujer que quisiera visitar aquel paraje sagrado no pasase de allí, desde donde se podía observar el monasterio en la lejanía, pero sin pisar su recinto. La costumbre se mantuvo durante siglos. E incluso cuando los monjes benitos que lo ocupaban establecieron una hostería para fieles y peregrinos, sólo podían aprovecharla los varones, porque las mujeres, hasta pasado mucho tiempo, tuvieron aquel lugar absolutamente vedado. No es muy seguro, pero parece ser que la prohibición se levantó poco antes de que visitara el monasterio Isabel la Católica. Y aun entonces estaba establecido que un terrible castigo divino se abatiría contra la que osara quedarse en el ámbito monástico más de tres días. Dicen que la reina de Castilla respetó los tres días establecidos, pero que, intrigada por la posible veracidad de la maldición, quiso que se quedara algunos días más una de las damas que componían su séquito. Y se asegura que esa dama murió presa de terribles espasmos cuando pasó

el tiempo que habían establecido los monjes, al parecer por deseo expreso de Nuestra Señora.



El relato nos sume de lleno en una de las disposiciones seculares de la Iglesia: la consideración de la mujer como ser de segunda clase, a quien le está vedado el acceso al sacerdocio y a la administración de los sacramentos. En este caso, incluso, al contrario de lo que sucedía en los monasterios dúplices, de los que la fundación de San Millán de la Cogolla fue ejemplar, los primitivos benitos de Valvanera dieron muestras de una también ejemplar misoginia, impidiendo que las mujeres accedieran siquiera al recinto monástico. El problema viene de lejos. De hecho, de los primeros tiempos del cristianismo. Y ese problema, unido a la necesidad que tuvo la Iglesia de apartarse de todo cuanto pudiera significar un retorno a los cultos a las deidades femeninas, hizo que la figura de la Madre de Dios no llegara a la feligresía como objeto de veneración hasta ya avanzado el segundo milenio. Sólo entonces, en torno a fines del siglo XI, comienza el pueblo —que no el clero— a reclamar su derecho al culto mariano, y es entonces también cuando las imágenes de Nuestra Señora comienzan a proliferar en las tallas románicas más primitivas. De esos primeros tiempos proceden las imágenes más veneradas y milagrosas del Camino de Santiago y, muy concretamente, la mayor parte de las que levantaron la devoción popular en esta Rioja caminera que ya recorrían los peregrinos. En torno al Camino, o incluso a su vera, surgieron numerosas imágenes que acapararon el culto y hasta, en ocasiones, vinieron a sustituir aquel culto a los mártires que el cristianismo del primer milenio antepuso al de la Madre de Dios. Vírgenes como Nuestra Señora de Lomos de Orio, Santa María la Real de Nájera, Nuestra Señora de Nieva o la Virgen de Montes de Oca son hitos puntuales de ese culto mariano con el que los peregrinos hubieron de tropezarse al atravesar las tierras riojanas, planteando incluso ocasionalmente enigmas que las leyendas tuvieron que explicar.

Con todo, siguió vigente, como ahora mismo, el repudio al amor, convertido en el pecado supuestamente condenado en el Sexto Mandamiento de la Ley de Dios, transformado y manipulado por un clero misógino que incluso creó leyendas alusivas al infringimiento amoroso.

CUANDO EL NIÑO JESÚS APARTÓ LA MIRADA

EN GENERAL, EN LAS TALLAS ROMÁNICAS de Nuestra Señora, la figura del Hijo es un elemento secundario que se limita a proclamar a todas luces la importancia predominante de la Madre. A menudo no es más que un pequeño bulto descuidadamente tallado. El Niño que la Virgen de Valvanera lleva en sus brazos, por el contrario, es tremendamente bello, tiene auténtica vida incluso en su postura, forzadamente torcida, de tal manera que no mira al devoto, sino que parece apartar su mirada de él.

Una leyenda que sin duda conocieron los peregrinos cuenta que ese Niño miraba anteriormente al frente, pero que, cierto día, una pareja de pecadores aprovechó la soledad del templo para cometer en pleno lugar sagrado el «pecado nefando». El Niño, *horrorizado* ante aquella contemplación, apartó la mirada de la pareja y nunca más volvió a recuperar su postura primitiva.



Creo que la vieja misoginia eclesiástica, obsesa por todo cuanto atentase contra el Sexto Mandamiento, está más presente en esta breve leyenda que la fantasía popular.

*Mucho más acorde con la tradición está la leyenda que nos cuenta el inicio del culto a Santa María la Real en **Nájera**, instituido por el rey don García III Sánchez, apodado precisamente don García el de Nájera por haber instalado su corte en la ciudad riojana.*

LA LEYENDA DE LA PALOMA Y EL AZOR

DON GARCÍA SE ENCONTRABA a gusto en la ciudad a orillas del río Najerilla. Ni siquiera se acordaba de su corte oficial en Pamplona, sino que pasaba sus días entregado a los placeres de la caza a los pies de los montes Distercios, mucho más ricos en sorpresas cinegéticas que sus dominios navarros.

Un buen día, alejado de sus monteros, se internó por el bosque y, en el silencio sonoro de las orillas del Najerilla, atisbó una paloma confiada. Descaperuzó a su azor y lo soltó para que la persiguiera. El azor, persiguiendo a su presa, desapareció entre la espesura y el rey esperó inútilmente a que reapareciera, hasta que se decidió a seguirlo. De pronto se encontró ante la boca de una cueva, de la que salía un extraño resplandor. Pensando que estaría habitada, dio unos pasos en su interior en pos de la luz y, apenas traspuesto un codo entre la roca, atisbó una especie de altar primitivo, sobre el cual estaba colocada una hermosa talla de la Virgen María alumbrada por una luz inextinguible. A los pies de la imagen había una jarra —*terrazza* la llamaban entonces— llena de azucenas frescas y, a ambos lados, sin muestras de la menor agresividad, se habían posado la paloma y el azor del rey.

Don García dio gracias al Cielo por aquel prodigio y, convencido del mensaje trascendente que contenía, expresando los deseos de Nuestra Señora, mandó levantar allí mismo una soberbia iglesia donde rendir culto a la imagen y un monasterio que la custodiara. Y en el año 1044 instituyó, en honor a la jarra sagrada, una orden caballeresca que llamó de la Terraza y que fue la primera de estas instituciones que se fundó en Europa. La iglesia fue consagrada en honor a Nuestra Señora la Real, la imagen fue colocada en el altar mayor y la entrada de la cueva, que conformaba y sigue conformando los pies del templo, se convertiría en panteón destinado a enterramiento de los cuerpos de los soberanos de Navarra. Para incrementar la sacralidad originaria del



... el inicio del culto a Santa María la Real en Nájera...

lugar, hizo traer las reliquias de San Vicente Mártir y las del obispo de Tarazona, San Prudencio, que estaban depositadas en el monasterio del monte Laturce; logró que el Papa le enviase las de los mártires Vital y Agrícola y un trozo del cuerpo de Santa Eugenia y, al no poder añadir a aquella colección de reliquias el cuerpo de San Millán —que, recordémoslo, se negó en redondo a ser trasladado desde el monasterio de Yuso—, completó el piadoso relicario con una cruz de oro macizo en cuyo interior se guardaban los dientes del protomártir Esteban.



La leyenda fundacional de Santa María la Real y las circunstancias que rodearon y siguieron al supuesto milagro que la sostiene constituyen todo un tratado de esoterismo cristiano digno de comentarse brevemente. En primer lugar, el hecho mismo del encuentro, que tiene lugar en una caverna —el útero mismo de la Gran Madre Gaia—, nos introduce en la tradición arcana que nos identifica a Nuestra Señora con la Magna Mater planetaria de los tiempos más remotos, rodeada además, en este caso, de las señales propias de sus cultos originarios. La luz eterna que la ilumina forma parte del recuerdo de las luces inextinguibles que aparecen en numerosos lugares ancestralmente sagrados. Tenemos en España muchos ejemplos que lo corroboran, entre ellos el del hallazgo fabuloso del Cristo de la Luz de Toledo, que fue localizado, según se afirma, por el caballo que montaba Alfonso VI, que se postró ante el lugar donde se encontraba la cueva en la que se guardaba la imagen, alumbrada por un resplandor misterioso.

En segundo lugar, nos encontramos con la presencia de la jarra llena de azucenas frescas, trasunto del Grial origen y mantenedor de la vida y origen de la Orden instituida por el monarca. Pues el Grial es la representación última y multiforme de toda una serie de elementos sagrados que no sólo se instituye como fuente de conocimiento superior, sino como meta a alcanzar por todo humano que busca la respuesta definitiva a los

secretos arcanos que guarda la Naturaleza. No en vano es el Grial, en este sentido, un elemento de conocimiento y de vida cuyo origen hay que buscarlo en la naturaleza femenina —no olvidemos la representación de vulvas en las paredes de los templos cavernarios de los cultos prehistóricos— y en esos úteros sagrados de la tierra que constituyen las cárcavas convertidas en santuarios, desde la ancestral Altamira hasta las numerosas cuevas santas que tachonan la geografía cristiana.

En este sentido, la leyenda fundacional de Santa María la Real de Nájera viene a ser como un compendio y un resumen de la sacralidad representada por la Virgen María como heredera de los cultos más primitivos y seguramente más sinceros practicados por la Humanidad, desde mucho antes de que el cristianismo apareciera con sus ideas en apariencia renovadoras, aunque, en muchos aspectos, recurriera subrepticamente a las más antiguas tradiciones para conformar aspectos fundamentales de la nueva doctrina, enraizados en la tradición arcana para captar el sentimiento más íntimo y más elemental de su feligresía.



IV

La ancha Castilla



Vivir del y para el peregrino



LA CASTILLA PEREGRINA, la tomada estrictamente por tal por los caminantes de la Ruta Jacobea, da comienzo en **Burgos**. Es posible que, de todas las ciudades que se recorrían hasta llegar allí, fuera la primera concebida como lugar de servicios, antesala de una región inhóspita, esencialmente carente de alicientes, áspera y seca, cuya tierra había sustituido sus encantos naturales e inmediatos por páramos que hacían aún más difícil un camino que comenzaba a perder su variedad y sus sorpresas para ofrecer al desnudo el sacrificio de la dura marcha hacia la meta sagrada. Por un largo trecho, al peregrino se le acabarían los bosques, las dulces montañas bordeando el Camino, los arroyos y esa —siempre relativa— proximidad del gran río Ibero que transmitía su corriente vital a los valles vecinos.

De la ciudad, lo primero que distinguía al peregrino en la distancia eran las torres de su catedral, comenzada a edificar en 1221 por el obispo don Mauricio, que vio en París las obras en plena construcción de la de Notre Dame y pensó en emularlas en plena ruta peregrina. Por eso, aquel templo era visita obligada de todo viajero y, como tal, comenzó a poblarse de historias y de leyendas de las que todo visitante buscaba la prueba palpable de su simbólica realidad.

EL CRISTO DE BURGOS

EL CRISTO DE LA CATEDRAL es, posiblemente la imagen más venerada de la ciudad y se encuentra allí desde su ya lejano traslado desde el convento de agustinos, que la poseyó anteriormente. La imagen representa un Cristo crucificado y fue elaborada de tal manera por el artífice que todo en ella parece supeditado a la más perfecta imitación de la piel, la carne y la sangre, de tal modo que se ha llegado a decir de ella que laten sus venas, que crecen sus cabellos y sus uñas y que incluso es capaz de llorar en determinadas circunstancias. Hasta se dice —y esto sí parece cierto— que puede moverse la cabeza y que, si se le desprenden las manos de los clavos que las sujetan a la cruz, los brazos caen a lo largo del cuerpo como caerían los del mismísimo Crucificado cuando lo desprendieron después de muerto. Sus milagros son incontables y, aunque algo tardíamente, gozó de la devoción de los peregrinos que se detenían a admirar las maravillas de la catedral. Los burgaleses afirman que el cuerpo fue confeccionado con piel de búfalo y que, labrado por Nicodemo en persona, procede del Líbano, con lo cual resultaría que el Cristo en cuestión llegó de su propia tierra y que hizo por mar el mismo recorrido que se afirma que hizo la barca portadora de los restos del Apóstol.

Su leyenda, como la de otros muchos Cristos del mismo tipo, sitúa la mar como lugar donde habría sido encontrada la imagen. Cuenta que un rico comerciante de la ciudad, muy allegado a los canónigos de San Agustín, tuvo que emprender un largo viaje y prometió a los religiosos traerles un obsequio a cambio de sus oraciones para que la suerte lo acompañase. Realizó su periplo con toda felicidad pero, ya de vuelta, en mitad del océano, recordó de pronto que se había olvidado por completo del regalo prometido, cuando ya era tarde para volver velas. Hete aquí, sin embargo, que en aquel mismo momento, el vigía anunció la presencia de un cuerpo flotando sobre las olas. Acercaron el navío y



... Pero la catedral de Burgos cuenta con más atractivos...

recogieron al náufrago, que resultó ser un Cristo crucificado tan real que podría habersele tomado por un ser viviente.

El mercader vio el cielo abierto y su compromiso con los monjes se vio cumplido. Lo llevó consigo cuando volvió a Burgos, y dicen que, al hacer su entrada en la ciudad, las campanas de la catedral y de todos los templos de la diócesis comenzaron a tañer solas. Años después era objeto de visitas y de devoción de todos, burgaleses y peregrinos. Y no había personaje importante que visitara la capital castellana que no tuviera que rendirle una obligada visita. Dicen que Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, acercó temerosamente su mano para acariciar su piel y que la retiró inmediatamente diciendo que no quería tentar a Dios. Y se cuenta también que Isabel la Católica, que se había empeñado en llevarse un clavo de aquella cruz, se desplomó desmayada al suelo cuando vio cómo el brazo del Cristo caía sobre su costado como si de un brazo real se tratara. Por supuesto, desistió de su capricho y dejó el clavo donde correspondía.



Hay una extraña relación de este Cristo con otros de las mismas características que se encuentran preferentemente en Galicia y que, como éste, fueron objeto de devoción ya no sólo por parte el pueblo, sino de los peregrinos que acudían a visitar el sepulcro de Santiago. Todos ellos gozan de leyendas originarias semejantes, todos fueron hallados en el mar, al decir de la gente, y a todos se les atribuyen características milagrosas parecidas, tales como el supuesto crecimiento de cabellos y de uñas, sudores de la piel, lágrimas o sangre licuada.

Se ha perdido ya, en todos ellos, la historia más o menos auténtica de sus orígenes, pero no cabe duda de que todos ellos forman parte de una especie de consigna puntual que partió del Concilio de Trento, donde, entre tantas otras novedades —es un decir— y recomendaciones de tipo litúrgico, se acordó conceder una importancia primordial al culto a ciertas imágenes que pudieran conectar casi físicamente con el pueblo, de tal modo

que los feligreses tuvieran la oportunidad de manejarlas y verlas —incluso desde una perspectiva milagrera— como algo muy cercano a ellos, susceptible de ser movido, zarandeado y, en resúmenes cuentas, tratado como un ser vivo e inmediato. A la misma clase de culto pertenecen otros muchos Crucificados que, en Extremadura o en Andalucía, se construyeron articulados, para que en las fiestas —y, sobre todo, en la Semana Santa— los fieles pudieran «descenderlo» físicamente del Calvario e introducirlo en el ataúd o en el correspondiente sepulcro, pasando así a hacer el papel de piadosos verdugos que reproducían de una manera realista e inmediata el drama de la Pasión, en un alarde de realismo sin precedentes en la liturgia anterior al Concilio. Incluso se constituyeron talleres especializados en la construcción de este tipo de imágenes, a las que sólo restó la fabricación de una leyenda que sería aceptada al cabo de un par de generaciones después de que el clero la hubiera encargado a sus artífices.

Pero la catedral de Burgos cuenta con más atractivos, muchos de los cuales nada o muy poco tienen que ver directamente con la devoción peregrina. Antes al contrario, llaman la atención sobre aspectos que casi podrían considerarse heterodoxos, como es el caso del magnífico rosetón de la fachada meridional, que luce un mágico sello de Salomón que llama más a la memoria de la Cábala que a devociones eclesiales, lo mismo que el alquimista que asoma convertido en gárgola, o el que llaman el Cofre del Cid o el mismo Papamoscas.

EL COFRE DEL CID CAMPEADOR

LA HISTORIA, REAL O LEGENDARIA, está narrada en el primer monumento literario castellano, el *Cantar de Mio Cid*, y ha pasado sin variaciones al acervo mítico popular, tomando como ingeniosa una narración que sólo vendría a demostrarnos las malas artes empleadas por los cristianos con los judíos de sus aljamas, al

parecer sólo merecedores de ser tratados con los mismos engaños que ellos utilizarían presuntamente con sus víctimas.

En este caso, se cuenta que Rodrigo Díaz de Vivar, al ser desterrado por Alfonso VI, se encontró ante la urgente necesidad de obtener fondos con los que pagar a la mesnada que lo acompañaría en su exilio. Y, no contando con bienes para afrontar tales gastos, se dirigió a la casa de dos judíos burgaleses, a los que convenció para que le adelantasen aquellas cantidades, dejándoles a cambio un cofre que, según les aseguró, contenía todas las joyas de su familia, mucho más valiosas que la cantidad que les había solicitado. Los judíos aceptaron el trato y, creyendo que obtenían mucho más dinero que el que el Cid les solicitaba, se apresuraron a adelantárselo. Rodrigo salió inmediatamente de la ciudad con sus hombres. Y los ingenuos judíos, al abrir el cofre para comprobar los tesoros que habían adquirido, se encontraron con que en el interior no había más que guijarros sin valor, cuando ya habían perdido la oportunidad de deshacer el trato.

He oído versiones de la leyenda que, intentando salvar al Cid del sucio engaño que sin duda planeó, afirman que, efectivamente, el paladín cristiano entregó a los judíos auténticas joyas familiares del más alto valor, pero que el Señor, queriendo castigar la avaricia de los dos hebreos, se encargó en persona de convertirlas en pedruscos, sin que interviniera para nada la voluntad o la intención del héroe castellano. Y añade esa versión que, cuando el Cid regresó por fin a Burgos, acudió a rescatar las alhajas entregadas con el producto del botín obtenido de los moros. Y que entonces las piedras se volvieron a transformar milagrosamente en el auténtico tesoro que en su día había depositado en sus manos.

EL PAPAMOSCAS DE LA CATEDRAL

EL RELOJ QUE LO CONTENÍA y que sigue sobre una de las puertas de la catedral dejó de cumplir su papel hace mucho tiempo, pero la figura del Papamoscas abriendo desmesuradamente la boca cuando suenan las horas sigue presente en el recinto del templo, pero sin que se escuche el grito estridente que lanzaba al mismo tiempo, provocando la burla, dicen que irreverente, de quienes acudían a contemplarlo. Nadie sabe cómo vino a parar allí aquella figura chusca, seguramente procedente de algún taller de relojeros venecianos, pero los burgaleses se las ingeniarón para crearle una historia que forma parte desde hace mucho de la imaginación popular castellana.

Se dice que fue obra encargada por el rey Enrique III el Doliente, que tenía por costumbre acudir a rezar devotamente todos los días a la seo burgalesa. Un día, sin embargo, sus devociones se vieron distraídas por la presencia de una hermosa muchacha que entró silenciosamente en el templo y se puso a rezar ante la tumba de Fernán González. El rey la siguió al salir hasta verla entrar en su casa y, a lo largo de muchos días, la misma escena se repitió sin variaciones, porque el monarca se sentía demasiado tímido para intentar siquiera entrar en conversación con la joven.

Hasta que un día, sin que hubiera mediado palabra durante meses enteros, la desconocida beldad dejó caer un pañuelo al paso del rey. Éste lo recogió devotamente y, acercándose a ella, le entregó el suyo en silencio, sin que mediaran tampoco palabras en este encuentro, sino una dulce sonrisa apenas esbozada. Sólo, después de desaparecer más allá de la puerta, oyó el rey un doloroso lamento que se le clavó en la memoria sin poder ya desterrarlo. Lo cierto fue que, a partir de entonces, la muchacha nunca volvió a aparecer por la catedral, a pesar de que el monarca pasó horas y días enteros esperándola y buscándola por todos los rincones del templo. Y cuando trató de saber algo de ella, le confirmaron que en la casa donde la había visto entrar todos los

días hacía muchos años que no vivía nadie, porque todos sus habitantes fallecieron víctimas de la peste negra.

Deseando retener de aquella visión algo en su memoria, encargó al artífice que fabricaba un reloj para la catedral que reprodujera sus rasgos en una figura que, además, lanzase al sonar las horas un gemido como el que él había escuchado y no podía arrancar de su recuerdo. Desgraciadamente, el artífice, morisco por más señas, no logró siquiera aproximarse a la belleza que le había descrito el monarca. Y, a la hora de reproducir su lamento, sólo logró que el muñeco lanzase un graznido que fue el que muchos años después obligó a aquel obispo a hacerlo enmudecer.



*Las dos leyendas aquí referidas vienen a mostrarnos que, aunque se encontraba en pleno Camino, la catedral burgalesa no era un objetivo esencial para los peregrinos. Pues si es cierto que la leyenda del Cristo llamaba a un determinado tipo de devoción y hasta preparaba en cierto sentido la razón última de otros milagros legendarios que los caminantes tendrían la oportunidad de ver repetidos y hasta justificados más allá de la meta compostelana, en **Muros** y en **Fisterra** por ejemplo, las del cofre cidiano y la del reloj catedralicio tienen su referencia más directa en la vida misma de los burgaleses. Los peregrinos tenían sus puntos de referencia particulares y esos puntos se apoyaban en historias específicas. Si nos hemos detenido aquí en éstas ha sido por trazar un panorama legendario más completo del Camino, incluso haciendo referencia a tradiciones locales que apenas nada tienen que ver con él.*

Otra cosa era la búsqueda de la memoria caminera. Y ésta, sobre todo para los peregrinos franceses, tenía su referencia más directa en dos santos que, a caballo entre la historia y el mito, eligieron la Ruta Sagrada como escenario apropiado para su vida de entrega a los demás

LOS SANTOS HOSPITALEROS: SAN LESMES Y SAN AMARO

COMO COMPLEMENTO a la devoción despertada por la Vía Peregrina, y a caballo entre la historia y la leyenda, persiste en Burgos la memoria de dos santos varones, franceses ambos por más señas, que dedicaron su vida al cuidado de los peregrinos, sirviendo de ejemplo a todos cuantos, desinteresadamente, contribuyeron con sus esfuerzos a hacer más soportable aquel duro caminar en pos de la tumba del Apóstol. Ambos también constituyeron seguramente en la memoria de los peregrinos galos una especie de santo y piadoso contraste que les compensaría de la cantidad de compatriotas —francos los llamaban— que aprovecharon aquella vía para medrar a costa de los caminantes y de sus necesidades.

Lo legendario, en ellos, no estriba tanto en los eventuales sucesos milagrosos de los que pudieron ser protagonistas, sino, seguramente, en la misma realidad inmediata que suponía su presencia entre los compatriotas que pasaban por la ciudad, muchos de ellos propicios a encomendarse a personajes santos que formarían parte de su propia tradición nacional.

San Lesmes, cuyo verdadero nombre era Adelelmo y fueron los burgaleses los encargados de modificarlo para pronunciarlo mejor, era monje de Cluny adscrito a la abadía de Cheus Dieu. Llegó a Castilla con el séquito que acompañaba a Constanza de Borgoña, que venía a casarse con Alfonso VI, introduciendo de paso en la Península la presencia de los monjes cluniacenses, con su profunda reforma de la liturgia romana, así como con su belicoso espíritu de cruzada, impulsor inmediato de la que se suele llamar Gran Época de la Reconquista. Nuestro monje asistió a la conquista de Toledo, pero prefirió dedicarse a labores más humanitarias y se le concedió la regencia del templo burgalés de San Juan Evangelista y del albergue de peregrinos que le era anejo. Allí desplegó su vocación hospitalaria hasta el año de su muerte (1097). No sólo se le elevó inmediatamente a los altares, sino que

se construyó un templo bajo su advocación, en medio del cual se instaló su sarcófago para que los peregrinos le siguieran invocando. Este templo fue de inmediato meta obligada de todos los caminantes, apenas entraban en la ciudad.

Por su parte, San Amaro —atención: no confundirle con el santo gallego que es protagonista de una de nuestras últimas leyendas— fue peregrino que, a su regreso de Compostela, conociendo las penalidades que tenían que sufrir quienes caminaban en pos de la tumba del Apóstol, prefirió quedarse como humilde sirviente en el Hospital del Rey, propiedad de las monjas bernardas de Las Huelgas, para ayudar a los peregrinos enfermos a seguir su camino y para enterrar a los que tuvieran la desgracia de morir sin poder seguir adelante. Pasó su vida lavando pies llagados, curando fístulas purulentas, masajeando con bálsamos llagas de sol y de nieves y cargando sobre sus espaldas a los que ya no tenían fuerza ni para alcanzar el humilde catre que tenían reservado.



La tumba de san Lesmes se encuentra en el centro de la iglesia que se levantó en su honor, no lejos de la entrada a la ciudad. La de San Amaro, en una capilla del siglo xvii situada en el viejo cementerio de peregrinos del Hospital del Rey; su efigie tiene los pies bruñidos por los besos de innumerables peregrinos que se encomendaron a él y creyeron firmemente que se habían salvado gracias a su intervención y a su indudable influencia en los cielos.

De este Hospital del Rey queda ya poco, pero entre los elementos que llamaron siempre la atención de los peregrinos se encuentra la Puerta de los Romeros, colocada ya en tiempos de Carlos V y hecha de nogal primorosamente tallado. Precisamente la talla de la batiente derecha representa a una familia de peregrinos que marcha hacia Santiago, con otros tres peregrinos al fondo. Lo que está representado en esta escena forma parte de uno de los milagros del Apóstol que figuran en la Guía Peregrina de Picaud y que voy a resumir a partir del texto original.

EL ÁNGEL QUE EL APÓSTOL PRESTÓ A UN PEREGRINO DE POITIERS BAJO LA FORMA DE UN ASNO

EN EL AÑO DE LA ENCARNACIÓN de 1100, una terrible peste se abatió sobre Poitiers. Hubo infinidad de muertos y, a menudo, el padre de familia era llevado a la tumba en compañía de todos los suyos. Un ciudadano, aterrado por aquella calamidad, decidió huir de la ciudad y emprender la peregrinación a Compostela con todos los suyos. Llevaba consigo una mula, sobre la que viajaban los dos niños y la mujer, mientras el hombre caminaba a pie.

En Pamplona, la mujer falleció y un hostelero despiadado los despojó de los escasos bienes que poseían, obligando al peregrino a seguir su camino andando, con sus dos hijos cogidos de la mano. Falto de comida y de dinero para comprarla, se decidió a pedir limosna. Y pronto encontró en su camino a un elegante caballero que cabalgaba un hermoso asno. El caballero escuchó los lamentos del peregrino y le ofreció su borrico, diciéndole:

—Me lo devolverás cuando llegues a Santiago, porque yo vivo allí y saldré a recogerlo.

El peregrino aceptó reconocido el asno y el dinero que le dio el caballero para que terminasen el viaje sin problemas. Y apenado por la muerte de su esposa, pero esperanzado por los favores que recibiría al final de su viaje, llegó a Compostela y, en la misma basílica del Apóstol, mientras rezaba agradecido por haber alcanzado su meta, se le apareció el mismo caballero, resplandeciente en su hábito.

—¿Me reconoces? —le preguntó al peregrino.

—En absoluto, señor...

—Soy el Apóstol del Señor, el que en Pamplona te prestó el asno para que terminaras tu camino en paz. Ahora te lo vuelvo a dejar hasta que estés de regreso en tu tierra. Te comunico que el hostelero que te esquilmó se descalabrará al caer del tejado de su casa, como les ocurrirá a todos cuantos cometan con los peregrinos los actos reprobables que ese hombre cometió contigo.

Así regresó el peregrino a su tierra, después de comprobar la veracidad de las palabras del Apóstol al pasar nuevamente por Pamplona. Y, de regreso a su casa, mientras contaba a todos sus vecinos cuanto le había sucedido, cuando sus hijos bajaron del buen asno, vieron todos maravillados cómo el rucio se esfumaba ante su mirada entre resplandores celestiales.

—No era un borrico —reconoció el peregrino—, sino un ángel que el Señor envía allá donde alguien necesita de su ayuda.



El Hospital del Rey, como indica su nombre, fue fundación de los soberanos castellanos, que lo pusieron bajo el cuidado del vecino monasterio de Las Huelgas Reales que aún se alza en las cercanías. Este cenobio de monjas bernardas fue fundación de Alfonso VIII y tuvo anejo un palacio donde los reyes acudían a descansar; de ahí su nombre, pues huelga, antaño, significaba holganza, y ése era el destino que tenía reservado, cerca del Camino, pero lejos del ajetreo de la Peregrinación y de las miserias y sacrificios que comportaba. Los caminantes que acudían al Hospital tenían noticia puntual de la riqueza de aquella institución monjil y, a pesar de que sus muros no les permitían el acceso, sabían que en su interior se guardaba una prodigiosa imagen del señor Santiago cuya función rozaba los límites del prodigio y se convertía casi en elemento legendario.

SANTIAGO DEL ESPALDARAZO

LOS QUE SE ENCAMINABAN a Compostela, aun respetando por decreto el retiro de las monjas bernardas que habitaban el monasterio de Las Huelgas Reales y de los monarcas que holgaban en el palacio que tenían reservado en su interior, solían saber, por noticias que les llegaban, que allí dentro había una imagen del Apóstol tan milagrosa y tan respetaba por la Corona que era la que

poseía el alto privilegio de armar caballeros a los soberanos de Castilla. Los peregrinos, en buena parte, tomarían aquella noticia como una historia de carácter legendario. Sin embargo, nada tenía de tal; al contrario, era muy cierta. Y aun hoy, pasados los tiempos en los que reinaba el secretismo y sustituidos los móviles devocionales inmediatos por los imperativos del consumo, donde todo puede ser visto y hasta tocado si a mano viene y si previamente se abona el correspondiente óbolo, el moderno peregrino puede ver ya aquel prodigio y comprobar que el espaldarazo, el que decían que la imagen daba al soberano para armarle caballero, era muy cierto y que se debía a un mecanismo que permitía que el bulto de madera de aquel Santiago pudiera levantar el brazo enarbolando la espada y descargarlo suavemente sobre el hombro del rey, que así quedaba oficialmente reconocido como caballero sin que un inferior a él hubiera tenido que llevar a cabo el ritual correspondiente.



Casi más sorprendente que la imagen en sí misma, resulta la circunstancia que nos descubre su visita. Porque, dentro del recinto del monasterio de Las Huelgas Reales, Santiago del Espaldarazo ocupa una especie de ábside de carácter moruno, en una sala de forma rectangular totalmente decorada con motivos islámicos, de tal forma que el espacio ocupado por la figura del Apóstol viene a ser el correspondiente al mibrab de una mezquita: el lugar esencialmente sagrado del recinto.

Sería digno de recordar que, en el seno de la monarquía castellana, la querencia hacia lo musulmán se dio frecuentemente y ha sido tratada con amplitud por los historiadores. Desde el modo de vida casi islámico que practicó el propio Cid en la Valencia conquistada por él, hasta la estructura del Alcázar de Sevilla diseñada para Pedro I, siguiendo módulos estrictamente mudéjares, la influencia musulmana fue una realidad cultural que marcaría muchas claves de la vida española medieval, incluso en los tiempos en los que, por influencia directa de la Orden de Cluny y de los monjes del Cister, la conquista de al-

Andalus se convirtió en una suerte de Guerra Santa: un término que, por cierto, era más propio del Islam que de la cultura expansionista cristiana, aunque habría que reconocer que los mismos monjes benitos echaron mano de la cultura morisca en sus primeras construcciones en León, y que sus primeros monasterios, levantados en lugares como Sabagún, acusaron la influencia de los artifices mudéjares, sustituyendo la piedra por el ladrillo y la argamasa y la labra románica por la yesería.



Los páramos prodigiosos



***D**EJADO ATRÁS BURGOS, el peregrino se encontraba ante un trecho de pobres aldeas, entre las que destacaba alguna que otra curiosidad apenas perceptible, tal como un curioso gallo de bojalata siempre presente en lo alto del poyo de la fuente que llevaba su nombre —fuente del Gallo— en **Rabé de las Calzadas**, o la extraña losa de piedra sillar de **Isar**, donde algún desconocido labró la imagen de un Hermes pesando almas, o la curiosa fiesta de **Castrillo de Matajudíos**, donde un personaje diabólico llamado el Colacho sigue saltando sobre los recién nacidos para protegerlos de males de ojo y otras enfermedades mágicas. Todo por allí constituye un cúmulo de pequeñas leyendas sin importancia y sin argumento, casi más dichos que leyendas, dejadas como al azar a la conciencia del peregrino.*

*Esto sucede antes de pasar por las ruinas del convento de San Antón de **Castrojeriz**, que perteneció a la Orden Hospitalaria de los Antonianos y perdió hace ya siglos su piadosa función. Ahora, el lugar se encuentra convertido en dependencia totalmente depredada de una granja, pero en tiempos del gran auge de las peregrinaciones muchos emprendían el Camino con la esperanza inmediata puesta en aquel enclave, porque aquel increíble resto arruinado del gótico más bello que cabe imaginar fue uno de los grandes hitos de la Ruta. En su hospital, los peregrinos sanos no solían ser recibidos; aún quedan, como memoria, los huecos de los tornos donde se les dejaba comida para que no se molestaran en pedir alojamiento. Sin embargo, allí se*

dedicaba especialísima atención a los numerosos enfermos del Fuego de San Antón, que emprendían la peregrinación con la esperanza de verse aliviados de un mal que asoló a la Europa medieval. Ahora se sabe que aquella enfermedad era producida por un hongo llamado cornezuelo de centeno, cuya ingestión causa un terrible ergotismo gangrenoso, acompañado muy a menudo por convulsiones. Esa era la causa de que la gente lo emparentase, durante mucho tiempo, con la epilepsia, por un lado, y con la lepra, por otro. Por ello, muchos de estos enfermos eran marginados lo mismo que los leprosos. Y también, lo mismo que los leprosos trataban de alojarse en los lazaretos que los acogían bajo la advocación de San Lázaro, los contaminados por el Fuego de San Antón, en gran parte gentes del norte de Europa comedores de pan de centeno, buscaban los hospitales de los Antonianos para encontrar allí el cuidado y los remedios que estos freires aplicaban a los afectados por la enfermedad.

La Orden de los Antonianos nació en 1065 en curiosas circunstancias. Aquel año partió para Oriente el barón Jocelyn de Châteauneuf d'Albenc, natural del Delfinado, cumpliendo una promesa hecha a su padre, que había sido milagrosamente curado de aquel mal, al parecer por intercesión directa del santo anacoreta a quien se había encomendado. El joven caballero iba a Bizancio con la intención de conseguir un fragmento de aquel cuerpo santo, que, desde que fuera descubierto en medio del desierto, allá por el año 503, permanecía en Constantinopla bajo la custodia de los emperadores de Oriente. Para obtenerlo tuvo que prestar su apoyo a Diógenes Romano frente a los primeros ataques de los musulmanes selyúcidas, los que terminarían provocando la convocatoria a la Primera Cruzada veinte años después. Finalmente, en el 1070, los bizantinos, agradecidos por la colaboración de aquel grupo de caballeros franceses, les entregaron la reliquia entera del santo eremita del desierto y el barón pudo regresar triunfante a su tierra con aquel despojo santo, que fue depositado devotamente en el santuario de La Motte Saint-Didier. Y en memoria de aquella hazaña piadosa creó una orden hospitalaria que, en sus orígenes, estuvo compuesta por el núcleo formado por los nueve caballeros

que acompañaron al noble en su viaje. Los caballeros monjes se pusieron bajo el patronazgo del santo y se impusieron como finalidad la ayuda y la entrega a los enfermos, sobre todo aquellos afectados por la peste del Fuego de San Antón. Se dice que trocearon su sagrado cuerpo y que lo repartieron por todos sus conventos. Y la fama que adquirieron aquellas reliquias como protectoras y sanadoras milagrosas del mal que llevaba su nombre decidió su propia expansión: los Antonianos comenzaron a extenderse por Europa, obtuvieron los favores reales de los soberanos de la Península y llegaron a poseer al menos tres conventos hospitales en el Camino de Santiago, otro en la ciudad de Cuenca, recién conquistada al Islam, y varios en distintos lugares de la Corona de Aragón.

La historia de aquel San Antón eremita del desierto contiene elementos que, habiendo sido narrados por Santiago de la Vorágine más de cien años después de la fundación de la Orden, pueden despertar sospechas de infringimiento a causa de la introducción de elementos esotéricos tradicionales por parte de los antonianos, que condicionarían los rasgos fundamentales del santo eremita y que lo elevarían a la categoría de protagonista de una historia legendaria altamente simbólica. En sus rasgos fundamentales, el hagiógrafo medieval la cuenta así y así la conocerían también los peregrinos:

LA LEYENDA DE SAN ANTÓN DEL DESIERTO

SAN ANTÓN SE RETIRO AL DESIERTO para hacer vida eremítica y solitaria, tras haber vencido las más espantosas tentaciones imaginables: esas que tantos artistas han tratado de plasmar a lo largo de toda la historia de la pintura, incidiendo sobre un tema que ha resultado significativamente recurrente a la hora de despertar en el arte la fantasía y los fantasmas de lo numinoso. Estaba convencido de ser el primer cristiano que abrazaba aquel tipo de vida de meditación y mortificación. Pero hete aquí que, pasado cierto tiempo de soledad, una visión celestial le reveló que

por aquellas mismas parameras se encontraba otro anacoreta, Pablo Ermitaño, que lo aventajaba en antigüedad y en vocación eremítica. San Antón, entonces, decidió ir en su búsqueda para aprender de él lo que la propia experiencia aún no le había enseñado. Pero ignoraba dónde podría encontrarlo.

Echó a andar fiado en la brújula de los cielos y en su suerte. Y, sucesivamente, tres seres extraños le fueron dando razón de hacia dónde tenía que dirigirse. El primero era una bestia con el medio cuerpo superior de hombre y el inferior de caballo: un auténtico centauro como los que en los mitos griegos se dedicaron a iniciar a héroes del Panteón Olímpico como Hércules, que fue discípulo de Neso. El segundo, tan extraño como el anterior, tenía los rasgos de un sátiro, pues *«de cintura para abajo parecía una cabra, mas de cintura para arriba semejaba ser viviente humano»*. El tercero era un lobo que se le ofreció como guía y lo llevó hasta donde se encontraba Pablo.

Antonio tardó algún tiempo en ganarse la confianza del maestro, que no lo dejaba acercarse a su refugio, manifestándole siempre su deseo de permanecer solo. Pero, por fin, lo acogió a su lado y, durante algunos años, convivieron en su ansia común de soledad y de aprendizaje. Durante todo aquel periodo de tiempo, un cuervo, que antes traía diariamente medio pan a Pablo, siguió viniendo puntualmente, pero llevando un pan entero en el pico, para que ambos lo compartieran como comida complementaria a las hierbas y raíces del desierto. Pasado el tiempo, cuando Antonio decidió regresar a su propia soledad, vio de lejos cómo los ángeles se llevaban al cielo el alma del maestro, lo que le hizo comprender que había muerto y que debía volver junto a él para enterrar su cuerpo. Trató de horadar la roca para labrarle una tumba, pero, por más esfuerzos que hizo no logró abrir una fosa. Entonces hicieron su aparición una pareja de leones que, con sus garras, abrieron la piedra como si fuera manteca y la horadaron hasta conformar una tumba en la que Antonio enterró a Pablo.

San Antonio terminó sus días rodeado de discípulos y, cuando a su vez le llegó la hora de unirse al Creador, les mandó que le enterrasen en secreto, para que su cuerpo no fuera objeto de

historicas veneraciones. Sólo una visión que tuvo lugar cerca de trescientos años después permitió descubrir la tumba y trasladar sus reliquias a Constantinopla.



Desde las célebres tentaciones a la colaboración estrecha de dos santos varones en pos de la iniciación, mucho de lo que se cuenta de la vida de San Antonio Abad conduce a la sospecha de que en la narración se esconden importantes factores de trazo ocultista, muchos de ellos procedentes de mitologías precristianas y todos ellos tendentes a asociar al santo con tradiciones arcanas. Así sucede con la inclusión de los animales míticos que le sirvieron de guías y con el personaje del cuervo, que fue en su día considerado como mensajero de los dioses y portador de su alimento sagrado para los mortales. Así ocurre igualmente con la constante relación que la leyenda dorada establece con las llamas del infierno de las que parece huir, aunque más bien parecen a veces referencia a la llama de amor viva de los místicos. Esta circunstancia ha hecho que el pueblo asociara al santo con el fuego, como puede verse aún en muchas de las festividades invernales de las que San Antón Abad se convirtió en patrono. Todo inclina a pensar en el aprovechamiento de elementos de la tradición universal que dieron sentido a la vida y a la propia satidad del eremita de la Tebaida.

Pero hay otro factor que no forma parte de la vida del santo eremita y que conviene tener en cuenta, porque está asociado al Fuego de San Antón que los Antonianos se dedicaron cuidar y curar. Investigaciones relativamente recientes, llevadas a cabo por estudiosos de la micología sagrada, como Albert Hofmann y Gordon Wasson, han venido a descubrir que ese cornezuelo de centeno que produce el ergotismo, que es el nombre por el que hoy se conoce la vieja enfermedad, contiene alcaloides que, si son administrados convenientemente, también son capaces de producir profundos estados alterados de conciencia, acompañados de visiones, muy semejantes a los producidos por ingestión de sustancias psicotrópicas como el LSD o el cacto peyotl del que

bacen uso varios pueblos indígenas de las altiplanicies mexicanas, como los tarahumara y los huicholes. Incluso Hofmann ha afirmado que, con toda probabilidad, eran éstas las sustancias alucinógenas que ingerían los mystes en los misterios eleusinos para alcanzar determinados estados superiores de conciencia, que los llevarían a sus visiones de lo trascendente y a la comprensión de los misterios y que estarían preparadas a base de tortas hechas de harinas contaminadas con el cornezuelo.

Esta sospecha, que es algo más que tal, podría explicar las espantosas visiones antonianas que tantos artistas interpretaron como «tentaciones» del santo, así como los trances místicos producidos presuntamente por los largos ayunos, los calores del desierto tebano y la exposición al sol de aquellos anacoretas que querían alcanzar por la vía rápida el conocimiento y la vivencia inmediata de los sagrados secretos que la fe no llegaba a aclararles. Y todo conduce a sospechar que los antonianos pudieron también llegar a ciertos grados de penetración en el misterio que se escondía tras la personalidad esotérica de San Antón el Ermitaño. Y que ese conocimiento fuera el que les hizo dedicar su vida al tratamiento de este mal, a evitar el contacto con otras órdenes e incluso con otros peregrinos ajenos a la preocupación inmediata que suponía la búsqueda de las razones trascendentes que convertirían aquel Fuego de San Antón en una enfermedad profundamente sagrada.

*Apenas a un tiro de piedra de las ruinas del convento antoniano se encuentra **Castrojeriz** y, antes de penetrar en el pueblo, el peregrino se tropezaba en su camino con el santuario de Nuestra Señora del Manzano.*

NUESTRA SEÑORA DE LOS CANTEROS

DICE LA LEYENDA que Santiago en persona, montado en su caballo blanco y no se sabe bien a cuenta de qué, dio tan tremendo salto desde las alturas del castillo de Castrojeriz que

alcanzó un manzano que se encontraba al borde del Camino de peregrinos. Y añade que en el interior de este manzano fue hallada, gracias a la portentosa hazaña del Apóstol, la imagen de la Virgen que hoy conoce todo el mundo como Nuestra Señora del Manzano, por el árbol donde la encontraron.

Tan venerada fue por sus numerosos y piadosos milagros que cuatro de ellos merecieron ser incluidos por Alfonso X el Sabio en sus *Cantigas de Santa María* y todos los peregrinos, a su paso por Castrojeriz, pudieron gozarse con el relato de aquellas narraciones.

Algo a tomar en consideración es que, al menos a través de lo que se deduce por lo que cuentan los versos gallegos del rey castellano, los beneficiarios de los milagros llevados a cabo por esta imagen fueron en su totalidad canteros y albañiles que trabajaban en la construcción del templo, todos ellos salvados *in extremis* gracias a la intervención de Nuestra Señora. A dos, en distintas ocasiones, los salvó de caerse de los andamios y estrellarse contra el suelo. A otros dos los sacó incólumes de un despredimiento de tierras y rocas que los habían enterrado. A un quinto lo salvó de ser destrozado por una viga que le cayó encima.



Una vez más, la tradición caminera se traduce en leyendas milagrosas cuyos protagonistas, santos o vírgenes aparte, son los canteros que levantaron los monumentos que constituyen los grandes hitos de la Ruta Sagrada. Y no deja de ser curioso este protagonismo, pues al cabo viene a corroborar que las logias canteriles se instituyeron en conservadoras de la gran tradición, recuperando los lugares sagrados ancestrales y llamando la atención a los peregrinos respecto a la tremenda importancia que tuvieron en la formación y la consagración definitiva del Camino jacobeo. Lo conté en su día en un libro mío que titulé precisamente En busca de Gaia y en el que traté de profundizar en las razones que tuvieron aquellos constructores para levantar sus mejores monumentos en lugares claves en los que persistía la

tradición de la Gran Madre o donde se manifestaban más claramente las energías emitidas por la Tierra.

*A cierto trecho de Castrojeriz, el Camino llega a la ciudad de **Frómista**, cuyo templo de San Martín constituye una de las joyas del románico jacobeo. Peregrino que pasa por Frómista tiene que visitar indefectiblemente esta iglesia. Sin embargo, ese peregrino suele ahora, como solía entonces, olvidar otros elementos significativos de la ciudad que, si cabe, le dan mejor su sentido peregrino que quella joya de piedra que, aun siendo tan hermosa, ha perdido su contexto y una parte considerable de su significado primitivo, desde que la restauración llevada a cabo a fines del siglo XIX le arrebató muchos de sus elementos originales por órdenes expresas de un obispo recalcitrante empeñado en hacer desaparecer los pecados que figuraban en algunos de sus canecillos y capiteles.*

En el momento de su construcción, este templo formaba parte de un monasterio benito y no se encontraba aislado como lo está ahora, sino formando parte de todo el complejo monástico que, a su vez, se situaba en medio de la importante judería que casi dominaba la ciudad, proclamada puebla desde la repoblación a raíz de su conquista definitiva, lo que en estos casos solía significar que, probablemente, la mayor parte de sus habitantes eran judíos. Tal vez esta circunstancia diera pie a la famosa leyenda que se cuenta aquí a propósito de las hostias que se conservan en la iglesia de San Pedro.

EL PRÉSTAMO DE LOS JUDÍOS

ALLÍ SE ENCUENTRA UNA CUSTODIA de plata que se construyó en memoria de un milagro legendario relacionado precisamente con los judíos de Frómista. Fue el caso que el hospital anejo a la iglesia de San Martín sufrió en el siglo XV un incendio que lo destruyó totalmente. Y el mayordomo encargado de su restauración, ante la falta de dineros para emprender la obra, pidió un



... un milagro legendario relacionado precisamente con los judíos de Frómista...

préstamo a uno de aquellos judíos, Matutiel Salomon. El buen hombre realizó la operación de buena fe y guiado por la necesidad, pero olvidando que, ya en aquel tiempo, el recibir dinero prestado de los hebreos constituía un delito grave, por el que fue excomulgado por la autoridad competente.

Deseoso de ver levantado su castigo, el mayordomo pidió en secreto otro préstamo para devolver el anterior y, al restaurar el dinero debido, le fue levantado el castigo. Pasó algún tiempo y el buen hombre enfermó gravemente y pidió la comunión. Pero, cuando le iba a ser administrada, la hostia se pegó a la patena y no hubo manera de despegarla. El moribundo se dio cuenta de la razón divina de aquel prodigio y confesó su segunda falta, que le fue perdonada y pudo morir en paz y limpio de pecados. Pero la sagrada forma quedó pegada para siempre a la patena y así, como milagro divino, es expuesta en la iglesia de San Pedro, recordando el suceso y a los judíos de la ciudad, cuya judería no se reconoce ya más que por un montón de tapias.



Desde la fundación de la Orden de los Dominicos, surgida como defensora a ultranza de la fe y como azote de infieles y judíos —no olvidemos que los dominicanos fueron los instauradores de los tribunales de la Inquisición—, su actuación se hizo notar con características muy precisas, del mismo modo que sus santos se distinguieron por su hiperactividad doctrinal. Fray Vicente Ferrer, por ejemplo, tenido incomprensiblemente por la Iglesia como uno de sus bastiones teológicos, fue un dominico atrabiliario, obseso por las conversiones, para llegar a las cuales recurría incluso a los milagros más absurdos y, si se me permite, perversos y hasta sádicos. No estamos en estas páginas para contar sus intervenciones con la ayuda del cielo, pero recomiendo a cualquier lector que recurra a ellas para comprobar lo que fue y lo que significó realmente el que es proclamado como uno de los paladines de la Orden.

También en Frómista se recuerda a otro dominico, pero en este caso el recuerdo se debe a que el santo procedía de aquel

pueblo, aunque su actividad tuvo lugar lejos de allí. Tampoco su vida cuenta con los tremendos ejemplos que tuvo la de fray Ferrer, pero lo que se cuenta de él tiene la marca indeleble de la Orden, a pesar de lo cual sus conciudadanos lo recuerdan con cariño y aprovechan el paso de los peregrinos para cantar sus hazañas podigiosas.

SAN TELMO Y SUS FUEGOS

LA ORDEN DOMINICANA fabricó a menudo a sus santos a golpes de milagro histriónico, atribuyéndoles hechos que, más que prodigiosos, entran casi de rondón en lo esperpéntico y en una exageración que se acerca más a la intención de sorprender al ingenuo feligrés que al propósito de ver en el prodigio una prueba del poder de ese Dios que los frailes se empeñaban en promocionar. Sus milagros suelen recurrir con preferencia a lo espectacular, al santo que salva al niño que le sirvieron como comida (fray Vicente Ferrer), al mártir que se pasea con un hacha hendiéndole la cabeza (San Pedro Mártir) o al fuego purificador de la llama que tanto emplearon los que se llamaron a sí mismos martillo de herejes.

El ejemplo que para la feligresía constituyó el milagro viviente de tantos santos dominicanos vino a repetirse, aunque más discretamente, en este fray Pedro González Telmo, San Telmo para los amigos, que era natural de Frómista. Nació en 1135, hijo de una noble familia de la que heredó no sólo sus bienes, sino, según dicen, el orgullo del señor feudal. Entregado a los placeres de la juventud, organizaba fiestas y gustaba de pasear a caballo cruzando apuestas sobre su pericia para ganar en todas las carreras. Se afirma que, en una de ellas, el caballo se encabritó y lo lanzó a un lodazal, lo que le hizo revolcarse en el barro sufriendo las risas de todos los presentes. Herido su orgullo, reaccionó asumiendo el ridículo, abandonó la vida muelle, ingresó en la orden dominicana y se pasó la vida predicando, preferentemente en Galicia y Portu-

gal. Mientras predicaba iba pergeñando milagros, algunos tan sonados como aquel que tuvo por coprotagonista a una prostituta que quiso seducirlo y que el santo resolvió arrojándose a las llamas, de las que salió incólume y con la libido calmada.

En Tuy, donde discurrió buena parte de su vida y donde lo tienen por patrón, conservan su tumba, de la que dicen que manaba hasta hace apenas cuatro días un aceite capaz de curar todo tipo de enfermedades. Allí guardan bien catalogados nada menos que 208 milagros de este santo, varios de los cuales tienen por beneficiarios a hombres de la mar. De ahí viene que pusieran el nombre de *Fuegos de San Telmo* a ciertos fenómenos luminosos atmosféricos que aparecían en los aparejos de los barcos después de las tormentas, indicando que había terminado la furia de los elementos. Los marinos decían que la aparición de estos fuegos anunciaban la próxima bonanza y los atribuyeron al santo dominico, de quien en su tierra conservan una cuenta del rosario que utilizaba para conjurar las tempestades.



Para los peregrinos, es de suponer que la memoria de San Telmo vendría a recordarles que, en medio de aquellas tierras broncas de la meseta, caminaban hacia un mar prodigioso, donde se decía que terminaba el mundo. Era una llamada más a la meta hacia la que se dirigían y, con otras leyendas como la del Cristo de Burgos, ya narrada anteriormente, una llamada de atención a la unidad doctrinal de la Ruta, esta vez de la mano de los frailes más atentos al cumplimiento de los fines más ortodoxos de la aventura caminera.

Pero esta senda de espiritualidad, para cumplir con su función trascendente, tenía que ir planteando y ofreciendo todos los factores posibles de Conocimiento. Y uno de los fines de aquel viaje iniciático era precisamente el de ir mostrando al que lo emprendía las más diversas facetas del paradigma místico planteado por la peregrinación desde su misma totalidad. El contraste ideológico se presentaba apenas un poco más adelante, en

Villalcázar de Sirga, cuando se alcanzaba la iglesia de Santa María la Blanca, que en su día formó parte de una de las más importantes encomiendas de la Orden del Temple en esta Tierra de Campos que se está atravesando; curiosamente, la misma Orden del Temple que, al ser suspendida por decisión política de Francia y de la Santa Sede, vio a sus caballeros sometidos a cruel proceso y a merced de unos tribunales que estaban mayoritariamente compuestos por dominicos inquisitoriales.

La iglesia en cuestión, levantada sobre un auténtico lugar de poder, tiene una capilla dedicada, naturalmente, a Santiago, donde, junto al sospechosamente simbólico sepulcro de un caballero templario con un ave de cetrería entre las manos y a los no menos extraordinarios túmulos del infante don Felipe y de su esposa doña Leonor Ruiz de Castro, labrados por Antón Pérez de Carrión, se encuentra la imagen de piedra del siglo XIII de Santa María la Blanca, sosteniendo sobre su rodilla izquierda el cuerpo decapitado y nunca restaurado de un Niño Jesús.

Se sabe que esta imagen fue una de las más veneradas por los peregrinos de toda Europa, que se encomendaban a ella para que les diera fuerzas en el cumplimiento de la promesa que habían formulado al emprender la Ruta.

LA VIRGEN BLANCA DE VILLALCÁZAR DE SIRGA

LA LLAMAN LA VIRGEN DE LAS CANTIGAS porque en las que recopiló el rey Alfonso X el Sabio figuran varias que relatan milagros asombrosos atribuidos a esta imagen, a menudo referidos a peregrinos que pasaban por el vecino Camino y que aprovechaban la peregrinación a Santiago para impetrar sus favores. Los prodigios que se le atribuyen son de lo más diverso y pueden resumirse porque no conllevan en su mayor parte el menor recitado dramático.

Una cantiga, la 31, cuenta que la Virgen le arrebató a un campesino cierto buey que le había prometido y que luego no quería

entregarle, mostrándose remolón a la hora de cumplir con el voto que había llevado a cabo.

Otra, la 217, cuenta de un pecador conde francés al que la Virgen impidió milagrosamente que pudiera entrar en la iglesia cuando quiso visitarla, hasta que no hubo confesado todos sus pecados y obtenido el perdón.

En la que lleva el número 218 socorrió a un hombre bueno llegado de Alemania y en la 268 cura a una muchacha paralítica, hija de un hidalgo francés. Y en la 243 salva del peligro inminente de morir a unos halconeros que se perdieron en tierra salvaje.

Sin embargo, resulta curioso que, entre los muchos milagros que se le atribuyen a esta imagen, destaquen de manera especial varios que tienen como denominador común la devolución de la vista a multitud de ciegos. Hay uno que narra la historia de un peregrino que acudió a la imagen precisamente estimulado por el recuerdo de un compañero suyo que ya había recuperado la vista anteriormente. Otro fue un alemán, no sólo ciego, sino tullido e inválido, que llegó al santuario mariano acompañado por varios compañeros. Y un tercero que, sin tratar específicamente de la curación de un invidente, alude al bordón que era propio de ciegos y de peregrinos pecadores, que la Virgen partió limpiamente en dos mitades para que supiera quien lo llevaba que había quedado absolutamente libre de todas sus culpas.



En general, los milagros referidos a curaciones de cegueras, vistos desde una perspectiva simbólica, tienen un significado que los relaciona precisamente con lo que, con visión mucho más universal, tendríamos que asociar a la apertura del Tercer Ojo a la que tanto aluden las enseñanzas esotéricas orientales. El ser humano es considerado unas veces como ciego. Otras, al menos en apariencia, es cegado. Las dos versiones tienen un significado paralelo, pues el que es ciego y recupera la visión es, en realidad, aquel que abre su horizonte sobre realidades y evidencias que anteriormente se le mantuvieron ocultas. Y aquel que pierde la



... en Villalcázar de Sirga, cuando se alcanzaba la iglesia de Santa María la Blanca...

visión, convirtiéndose en un ciego sagrado, ha dejado de mirar la realidad inmediata que le ofrece el mundo cotidiano para abrir la visión a otro mundo superior que le habrá de mostrar la Realidad trascendente ante la que permanecemos ciegos. De esa circunstancia surgen los grandes ciegos de la mitología universal, los Tiresias, los Odines y hasta los Edipos, cegados por la divinidad para que puedan alcanzar la visión del mundo superior que les ofrecen los dioses.

En el caso de la Virgen de Villalcázar de Birga, los milagros que nos hacen referencia a la recuperación de la vista son una llamada continuada a esa misma circunstancia. Y, al mismo tiempo, un aviso a la posibilidad de que, quien se encomiende a la imagen milagrosa, pueda recuperar el poder visionario y entender la realidad del prodigioso lugar donde se encuentra. Es, por lo tanto, una invitación al peregrino para que sea capaz de mirar lo que sobrepasa su entendimiento y le pone en contacto con el motivo de la iniciación que ha emprendido al decidirse a seguir el Camino. Pero si atendemos al esquema de los otros milagros que figuran en las Cantigas, comprobaremos que todos son advertencias para que el que los escucha cambie de actitud y se sienta capaz de contemplar el mundo desde perspectivas diferentes a las que le han servido hasta entonces para enfrentar la realidad de la existencia.

No deja de ser significativo que la leyenda milagrosa que se cuenta un poco más adelante, en **Carrión de los Condes**, incida en esta misma circunstancia y que, dentro de su extrema sencillez esquemática, nos repita el tema recurrente de la ceguera, como para avisarnos, según veremos, sobre la etapa del Camino con la que el peregrino va a enfrentarse inmediatamente. Me atrevería, por lo tanto, a insistir ante el lector sobre el hecho de que, en cierto sentido, el paso por Carrión indicaba al caminante que se preparase para una nueva etapa de su recorrido iniciático, que tendría que dar comienzo apenas hubiera pasado el monasterio de San Zoilo, que se encuentra precisamente a la salida de esta localidad.

EL CIEGO DE SAN ZOILO

UN CIEGO DE NACIMIENTO emprendió el Camino con la esperanza de que el Apóstol pudiera hacerle nacer la vista de la que nunca había gozado. Se dejó acompañar por otro peregrino penitente que le servía de lazarillo y nunca lo abandonaba, sabiendo que con aquella acción ejercía una caridad que sería del agrado de Santiago.

Así llegaron, a la salida de Carrión, al monasterio de San Zoilo, un santo conocido de los peregrinos desde que pasaban por la localidad navarra de **Sansol**. Los monjes que cuidaban del cenobio le ofrecieron al ciego la posibilidad de pasar la noche en una cama del hospital que regentaban, pero él les rogó encarecidamente que le permitieran pasar la noche ante el altar del santo. Así se lo permitieron y, a la mañana siguiente, cuando acudieron a abrir el templo después de una noche poblada de luces y armoniosas músicas celestiales, encontraron al peregrino postrado ante la imagen y mirando fijamente al santo con la luz que el cielo se había dignado devolver a sus ojos.

V

Las sendas leonesas



Del mito al rito



LA ENTRADA EN LA CIUDAD de **León** y el seguimiento del Camino hasta alcanzar este enclave emblemático de la Ruta Jacobea exigían del peregrino un cambio radical en su actitud ante la prueba a la que se sometía. Es muy probable que este cambio no se aprecie con claridad si sólo nos aproximamos a este proceso iniciático en actitud convencional a la hora de analizar los significados más profundos de la Ruta. Sin embargo, si seguimos de cerca la esencia de este acto de recorrer el Camino, convirtiéndolo en una auténtica búsqueda de la propia identidad, y si escarbamos en los recovecos de sus motivos, deteniéndonos en determinadas claves que forman parte sustancial de la empresa peregrina y le confieren su auténtico sentido —tal como estamos llevando a cabo aquí con las leyendas que tachonan la marcha peregrina a Compostela—, este factor de auténtica naturaleza iniciática hace su aparición de manera evidente. Y nos conduce a la convicción de que hay algo a lo largo del Camino que va incrementando paulatinamente los motivos del peregrino para que, a medida que avanza en su marcha, transforme su actitud y su manera de participar en este juego trascendental.

Como hemos ido observando, toda la Ruta Sagrada Jacobea, hasta aquí mismo, ha venido arrastrando consigo un riquísimo caudal de leyendas, milagros, historias de santos y aventuras camineras de profundo contenido dramático y, a menudo, dotado también de fuerte significado simbólico. Ha sido como ir des-

cubriendo, a través del mito, un propósito manifiesto de atrapar el ánimo del peregrino, introduciéndolo poco a poco en las bonitas razones analógicas contenidas en la marcha que ha emprendido. Y tal propósito se ha podido lograr en tanto que el mito viene a ser la exposición modélica de la idea superior que se pretende inculcar. En cierto modo, en el mito legendario se trata de explicar, a través de relatos cargados con unos determinados mensajes, lo que se espera del que lo lee o lo escucha, a través de la opción iniciática que el peregrino ha elegido ya al emprender su marcha para alcanzar el lugar sagrado.

*Casi sin que llegue a percatarse, a partir de **Carrión de los Condes** van surgiendo ante el peregrino una serie de circunstancias que comienzan a transformar sustancialmente su panorama caminero. La tierra se hace más áspera, los pueblos se distancian. Muchos monumentos que seguramente fueron señeros en otros tiempos aparecen más y más entregados al deterioro, como si hubieran sido sometidos aposta a un sistemático proceso de aniquilación hondamente meditado e imparable. Todo parece ir llamando, poco a poco, a un mayor grado de aproximación a lo autodestructivo, así como a una vuelta al seno de la tierra y a los orígenes, tal como se concibe el paso por el estado de muerte iniciática. Cuesta incluso reconocer que, en lugares como el que ocupó la abadía de Benevivere, por ejemplo, no haya más resto de aquel monumento que piedras que ni siquiera se pueden ya identificar con los viejos muros del desaparecido cenobio. Y hasta es de sospechar que, cuando esta abadía estuvo en su auge, se encontraban junto a ella otras claves aún más remotas que el mismo monasterio se encargó de hacer desaparecer.*

*Llega el peregrino por fin a **Sabagún** y, a pesar de la enorme importancia que la ciudad llegó a tener en su tiempo, le asalta todavía la sensación de encontrarse en un lugar semejante —por recurrir a moldes inmediatos— a los viejos y decrépitos escenarios del Oeste americano, donde todo sonaba a provisional y a caduco, a algo que se podía abandonar sin mayor esfuerzo: como aquel viejo poblado minero o aquella ciudad de paso, fundada por los obreros de la Union Pacific mientras avanzaban en el*

tendido de las vías que unirían los dos extremos del continente americano. Aquí, en Sahagún, gracias a los albañiles moriscos —que no ya a los canteros labradores de las piedras sagradas—, los edificios religiosos adoptaron el ladrillo como base de su construcción y abandonaron de sopetón la roca tallada que les habría conferido su grado preciso de perennidad.

Por si fuera poco, el mundo de las leyendas, esas leyendas que venimos persiguiendo desde las alturas pirenaicas, casi deja de existir por un largo trecho. El recuerdo de aventuras prodigiosas o milagreras se diluye y, a decir verdad, ni siquiera se le ofrece al caminante el estímulo de rendir homenaje al presunto fundador de la ciudad, San Facundo (Sancti Facundi). Se dice de él que fue un mártir —uno más entre decenas de miles— y su primitivo patronazgo fue rápidamente sustituido por el de otro santo con mucha menor entidad simbólica, San Juan de Sahagún. Mientras, la leyenda profundamente significativa de este santo fue y sigue siendo ignorada de la mayoría de los peregrinos, mientras su valor simbólico y su motivación trascendente permanecía relativamente lejos de la Ruta, fuera del alcance inmediato de los peregrinos, muy pocos de los cuales llegaron a conocerla.

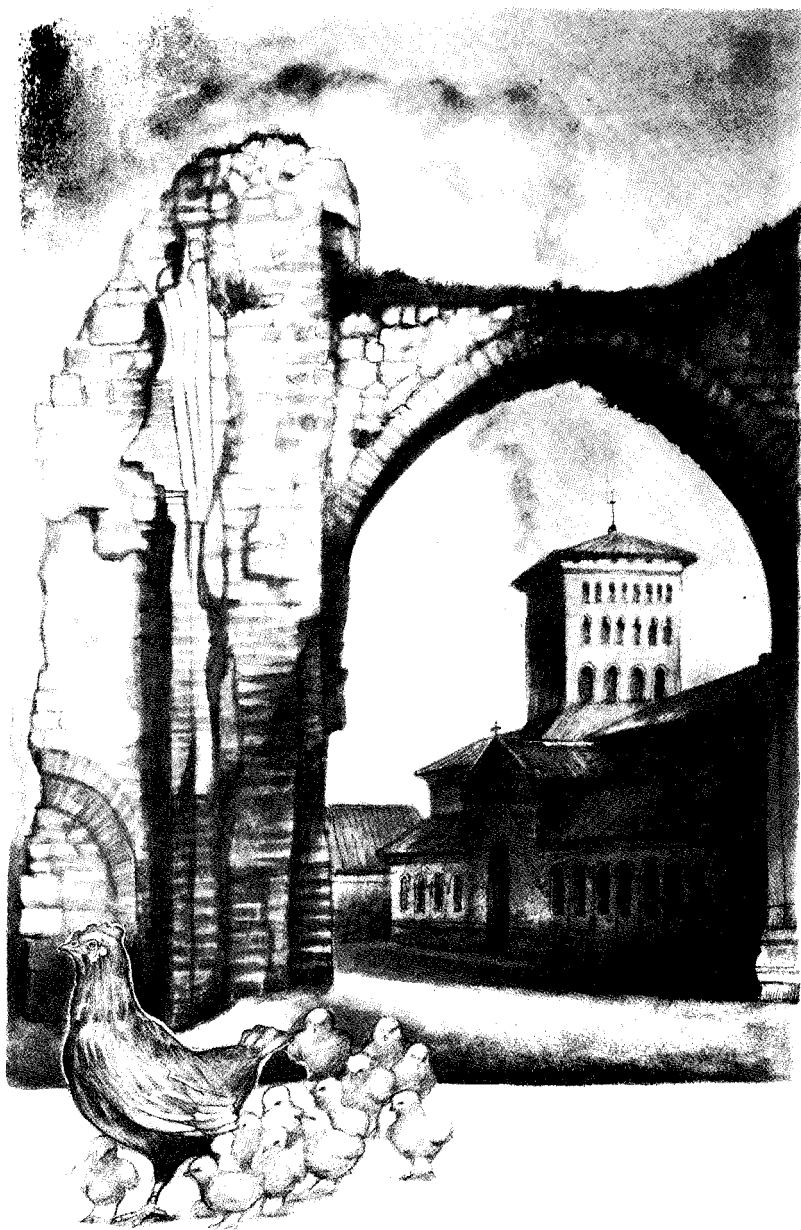
DOCE SANTOS POLLUELOS DE ORO

ANTES DE QUE SAN JUAN DE SAHAGÚN fuera erigido de manera oficial como patrono de esta ciudad, la devoción popular, que legó hasta dar su nombre a la plaza, se había volcado sobre los santos Facundo y Primitivo, que eran hermanos y que habrían sido martirizados en tiempo de las persecuciones precisamente en aquellos parajes. Pero suele escamotearse que ambos formaban parte, al parecer y según cuentan las actas de los mártires, de una larga familia de doce hermanos, todos ellos hijos del centurión romano San Marcelo, que fue el protomártir de la familia y que, sin duda, enseñó la doctrina cristiana y el valor del martirio

a todos sus vástagos ayudado por su esposa, también santa, cuyo nombre era Nuna.

De estos doce hijos de San Marcelo se acepta que, en su mayor parte, fueron militares de las legiones romanas, lo mismo que su padre. Y, no se sabe bien si por ahorrar historia, aunque todo lleva a pensar que por recurrir a algún tipo de simbolismo, las actas martiriales los dividen en dos grupos de tres hermanos y tres grupos de dos a la hora de narrar su proceso y su martirio. Así pues, las *Actas* nos narran que tres de ellos, Claudio, Lupercio y Victorico, fueron martirizados en compañía de su padre. Y añaden que Santa Nuna, al contemplar su suplicio, pidió a Dios que la llevara con ellos y murió fulminada por el cielo allí mismo. Otros tres de aquellos hijos, Fausto, Januario y Marcial, sufrieron martirio en **Córdoba**. Dos, Servando y Germán, fueron martirizados y salieron incólumes momentáneamente del suplicio, dedicándose a la cura de enfermos hasta que fueron prendidos por segunda vez y definitivamente sacrificados; hoy son patronos de la ciudad gaditana de **San Fernando**. Emeterio y Celedonio sufrieron martirio en **Calahorra** y se convirtieron en patronos de aquella ciudad, aunque también se los venera en **Santander**, donde al parecer se conservan sus cabezas, que bajaron solas por el río Queiles hasta alcanzar el mar. Finalmente, Facundo y Primitivo sufrieron martirio donde posteriormente se llamó Sahagún y su fiesta se celebraba el 27 de noviembre, hasta que el monje San Juan de Sahagún los arrebató oficialmente a la devoción oficial.

Toda la historia de San Marcelo y sus doce hijos fue tomada durante mucho tiempo como una leyenda amañada en la que privó un simbolismo que, con toda probabilidad, se encontraba muy lejos de la realidad proclamada por los padres bolandistas. Sin embargo, su más profundo sentido fue posiblemente descubierto cuando se investigó entre las ruinas de la iglesia paleocristiana de la pequeña localidad de **Marialba**, un pueblo situado no lejos de **Mansilla de las Mulas**. Las catas arqueológicas descubrieron la presencia de trece sepulcros anónimos que hasta entonces habían permanecido enterrados y que, al parecer, denotaban dos posibilidades: una, que en aquel lugar habían



... Antes de que de San Juan de Sahagún fuera erigido de manera oficial como patrono de esta ciudad...

sido enterrados otros tantos personajes importantes; otra, que ponían en evidencia la importancia de un culto a través de trece túmulos simbólicos —doce más uno—, en los que se rendía culto a una veneración profundamente arraigada. Pero lo más significativo era que, en aquella misma localidad de Marialba, se contaba desde tiempo inmemorial una leyenda popular que narraba cómo, entre las ruinas de aquella iglesuela, vivía una misteriosa gallina que, de tiempo en tiempo, salía de su escondrijo seguida de doce polluelos de oro que nunca se dejaron atrapar por los curiosos que quisieron apoderarse de ellos.



*Si nos detenemos a recordar, veremos que tanto el gallo como la gallina son ya viejos conocidos del peregrino. No sólo acapararon el protagonismo en el recuerdo del milagro de santo Domingo de la Calzada, donde, al pasar, los peregrinos procuraban arrebatar una pluma para colocársela en la cinta de su sombrero el resto del Camino, sino que vuelve a hacer acto de presencia en **Rabé de las Calzadas**, donde preside la fuente de agua lustral que lleva su nombre. El ave gallinácea, por su parte, conforma todo un esquema simbólico solar que, en el caso de la leyenda de San Marcelo y sus doce hijos, se refuerza con el simbolismo inmediato que rige la presencia del número doce, acompañado, como es de rigor, por la figura maestra o rectora solar que determina la autoridad de la deidad soberana y maestra, como Jesús con sus doce apóstoles, Artús y sus doce caballeros, Carlomagno y sus doce pares o el Sol y los doce signos zodiacales que lo acompañan y lo confirman. Y está, además, el factor aurífero, máximo exponente de la sacralidad solar, y hasta la extraña y significativa unión en cinco grupos de dos y de tres mártires hermanos, que determina en el mundo del simbolismo trascendente la presencia de los cuatro elementos constitutivos de la realidad vital de la Creación, más el éter que los une y les da su pleno sentido.*

Pero he aquí que esta leyenda, escamoteada al peregrino, dejaba de tener en aquel lugar y en aquellas circunstancias la

importancia que le correspondía. Sin duda, hay un motivo que rige este escamoteo del mito, y el motivo no puede ser otro que la necesidad de que el peregrino entre en otros parámetros de su enseñanza caminera.

Y es que otro tipo de vivencia sagrada comienza a olfatearse como inmediata, atolondradamente edificada, lo mismo que parecen haberse levantado las ermitas, las iglesias y los monasterios de Sabagún. No se insiste ya en un determinado recuerdo tradicional firmemente implantado, que induce a la visita obligada y a la contemplación. Por el contrario, comienza a hacerse olvidar del peregrino la memoria de «lo que hay que ver», para introducirlo en las indicaciones de «lo que hay que hacer» y de cómo llevarlo a cabo.

Casi sin percatarse, poco a poco, el seguidor de la Ruta va siendo introducido en otros niveles de conciencia. Se acabó la actitud —siempre relativamente pasiva— de escuchar y revivir memorias ajenas que podrían contribuir a un mejor entendimiento del motivo de su marcha. Ahora se le ofrece al caminante una forma distinta de recorrer el Camino: integrándose plenamente en él, sustituyendo la narración dramatizada por la experiencia directa, y la memoria por el desafío de la prueba casi martirial a la que habrá de exponerse, poniéndolo al borde de una serie de situaciones límite.

Se anuncia, pues, el sometimiento del peregrino al rito y el consecuente abandono progresivo del mito por el que tan a menudo el caminante se vino guiando hasta aquí.

Y el primer rito cuyo cumplimiento se le plantea es el equivalente al proceso iniciático de la Muerte y Resurrección. El largo y terrible trecho que media entre **Calzada del Coto** (a poco trecho de Sabagún) y **Mansilla de las Mulas** es, ya en los viejos itinerarios y en las memorias camineras que nos legaron los antiguos peregrinos, una auténtica introducción en la muerte iniciática. De este tranco —un tranco que incluso ahora mismo no cabe sino recorrer a pie, pues es prácticamente imposible de seguir en nuestros días de motorización masiva— se nos habla como de un recorrido extremadamente peligroso, repleto de alimaras, escaso de agua, lleno de obstáculos difícilmente supera-

bles. Aun hoy, o hasta hace cuatro días como quien dice, ha sido exactamente así. Las pocas aldeas por las que se pasa son pobres y ni siquiera conservan el consuelo de una memoria digna de ser rememorada. Hay charcas pantanosas y malolientes repletas de ranas, que amenazan con transmitir sus miasmas al caminante, sendas que se entrecruzan atentando al sentido de la orientación del peregrino y, por lo tanto, a su propia supervivencia. Domenico Laffi, por ejemplo, nos relata el encuentro por estos parajes del cadáver putrefacto de un peregrino medio devorado por los lobos. Por no haber, ni siquiera hay un camino concreto, pues el caminante puede elegir al menos entre dos, cada uno más peligroso y accidentado que el otro. Cuando se habla de la Ruta Jacobea como camino penitencial, éste es precisamente el trecho que con mayor motivo puede merecer ese nombre sobre todos los demás que se han recorrido hasta entonces.

¿Leyendas por estos parajes? Ni una. El peregrino caminaba con las orejeras puestas, con la dura senda por delante y con la muerte acechando desde todos los rincones.

El fin de este trecho del Camino se encuentra en Mansilla. **Mansilla de las Mulas** la llaman. Es un lugar donde difícilmente se podría encontrar algo que admirar. No queda nada. De las iglesias que tuvo, unas se derruyeron, otras están convertidas en almacenes, otras ni siquiera tienen acceso al visitante, embutidas como están entre casas que las encierran celosamente entre sus muros. Sólo una pequeña leyenda peregrina parece haberse conservado por allí. Y ésta, más que tal leyenda, tiene todos los aires de un mensaje cifrado.

EL RECONOCIMIENTO DE DON PONCE

UN CABALLERO LLAMADO DON PONCE era oriundo de estas tierras. Las guerras lo llevaron lejos, a combatir contra los moros, en cuyas manos cayó prisionero durante muchos años. Su esposa,

creyendo que habría muerto en el cautiverio, entró en un convento y dedicó su vida a cuidar de los peregrinos que pasaban por la ciudad. Finalmente liberado, don Ponce inició su regreso con el propósito de completar el Camino hasta Compostela y agradecer al Apóstol el favor de su liberación. Así, penando y sufriendo, fue siguiendo la Ruta desde su inicio pirenaico, profundamente transformado por los años transcurridos y las penalidades sufridas en el cautiverio. Para cualquiera que le hubiera conocido anteriormente, aquel hombre habría sido ahora un ser irreconocible.

Así llegó a Mansilla, su propia tierra Y así, siguiendo el ejemplo de todos los peregrinos, acudió al convento del Carrizo, instituido en hospital de caminantes. Las monjas lavaban allí piadosamente los pies llagados de los que llegaban rendidos por el caminar. Una de ellas lavó los pies de don Ponce, los tocó y vio sus manos y, de pronto, se estremeció: acababa de reconocer en él a su propio marido.

Tras la alegría del encuentro, don Ponce completó su peregrinación. Luego, los dos esposos confirmaron sus votos y fueron los fundadores del monasterio de Sandoval.



Este reconocimiento en medio del cumplimiento del rito es significativo. Y, casi sin proponérselo, aunque el propósito de la narración es evidente, nos introduce en esa etapa de señales rituales que se abre decididamente cuando el Camino penetra en León. Allí, para el caminante, todo son llamadas de atención al cumplimiento de los más diversos actos rituales, desde que entra en la catedral, la Pulchra Leonina, y se baña en las luces que refractan sus vidrieras mientras se medita ante el rosetón mandálico que se abre sobre la puerta de Occidente. Allí hay que cumplir con los ritos establecidos. Hay que acariciar la columna que en la gran portada sostiene la imagen de Santiago. Hay que rezar devotamente ante la Virgen Blanca, que antes se encontraba en el parteluz y que fue sustituida por una bella

copia. Y antaño había que danzar en el laberinto que se dibujaba en el suelo de la catedral y que ya desapareció hace muchos siglos.

Precisamente en el portal norte de esta catedral, referido a la imagen de la Virgen que figura en su bastial, dando al claustro catedralicio, se localiza una breve leyenda de las escasísimas que nos vamos a encontrar en este trecho del Camino. Y aún ésta, si nos la encontramos, viene condicionada por el rito que representa.

LA VIRGEN DEL DADO

EN LOS TIEMPOS DE LAS GRANDES PEREGRINACIONES, muchos peregrinos poco devotos y más aventureros que penitentes sinceros emprendían el Camino con la esperanza de medrar a costa de los más ingenuos. El juego era una de estas posibilidades de medro, y precisamente León era la ciudad idónea para tentar a la suerte, pues su misma condición de cabeza de reino le daba cancha para toda suerte de negocios. Curiosamente, el negocio del juego de dados estaba en la Edad Media en manos de judíos y, en el tiempo de esta leyenda, dicen que lo regentaba el judío Çag ben Benin.

Y sucedió un día que un incauto peregrino cayó en la trampa de una partida que tenía lugar en medio del claustro de la catedral leonesa, tomada sacrílegamente por los tahúres como centro de sus partidas. Como era de esperar, los jugadores profesionales pronto dieron cuenta de la bolsa del peregrino. Y éste, progresivamente irritado por sus pérdidas y por las trampas que le tendían y que no podía demostrar, se enfureció en un momento determinado y lanzó su dado en dirección a la imagen de la virgen del parteluz norte, situado precisamente en dicho claustro. El dado fue a dar de lleno en el rostro de piedra del niño y éste comenzó a sangrar. Desde entonces, la Virgen luce un dado en la peanilla que sostiene en su mano derecha.



No debe pasársenos desapercibido el significado simbólico del dado, que representa, en el contexto lúdico de la iniciación, la imagen de la Tierra, en contraste con la imagen esférica que representa al Sol y a todo lo celeste. En las enseñanzas lulianas, seguidas por numerosos filósofos humanistas y magos del Renacimiento, esta imagen de la Piedra Cúbica conforma los principios que conducen al conocimiento de la esencia terrestre, de su sacralidad y de la Diosa arcana que la representaba, transformada en Virgen Negra de las devociones esotéricas medievales. En la catedral de León, esta Virgen del Dado, con su ubicación en el portal norte, es la representación de la Madre Negra, complementada por la Virgen Blanca que presidía el acceso occidental del templo. El juego de dados sería entonces equivalente al rito de homenaje a la Tierra, que los peregrinos llevarían a cabo delante de esta imagen, pues el juego —representado por éste de los dados, o por el Juego de la Oca que conformaba la marcha a lo largo del Camino— fue, en sus inicios, un acto ritual como tantos otros ritos que habremos de encontrarnos, a partir de aquí, a todo lo largo de la Ruta.

Siguiendo, pues, con los ritos, en San Isidoro, el peregrino tenía que entrar por el portal sur, tras haber contemplado el Zodiaco de su fachada y haberlo identificado en su auténtica dimensión, porque está colocado al revés, de derecha a izquierda. Luego tenía que salir por la Puerta del Perdón. Y, a ser posible —costumbre ya perdida—, tenía que detenerse a orar ante la arqueta que contiene las reliquias de San Isidoro de Sevilla y obtener permiso para pasar la noche en penitente vela en el interior del templo.

El rito continúa todavía presente en determinadas celebraciones señeras de la ciudad, seguramente conocidas de muchos peregrinos. Una de ellas, llamada la fiesta de Las Cabezadas, tiene como motivación la entrega a San Isidoro de un cirio monumental, acompañada de profundas reverencias —cabezadas— que se intercambian los canónigos del templo con los

representantes del municipio. La otra, llamada de Las Cantaderas, acompañada del rito de hacer sonar los tambores que se supone intervinieron en la batalla de Clavijo, se celebra y se ritualiza en recuerdo del fin del Tributo de las Cien Doncellas.

Salía el peregrino de la ciudad de León empapado de fervor y, al poco trecho, se encontraba con un santuario que ha sufrido numerosas transformaciones desde su instauración.

LA VIRGEN DEL CAMINO

LA TRADICIÓN MARIANA parece exigir que todo culto dedicado a Nuestra Señora esté justificado por su correspondiente leyenda, aunque ésta sea tan reciente como pueda exigir la circunstancia que la haya propiciado. En el caso de Nuestra Señora del Camino, venerada a poco trecho de salir de León en un santuario hoy casi vanguardista, no sólo no escapa a este condicionamiento, sino que acusa la depauperación sufrida por tales cultos en cuanto dejaron de originarse en el alma del pueblo y fueron introducidos o promocionados por órdenes religiosas como la de los dominicos, radicalmente volcada a la defensa a ultranza de los dogmas y ajena a las manifestaciones de la religiosidad popular.

La Virgen del Camino fue un culto instaurado en el siglo xvi y, desde entonces, como prueba de una tradición metida a tornillo, que necesita a toda costa encontrar sus raíces y no termina de encajarlas, su santuario ha sufrido numerosas transformaciones, siempre en busca de un fervor popular artificiosamente asentado. Es seguro que fueron los padres dominicanos quienes crearon la leyenda que acompaña a la imagen, según la cual Nuestra Señora se le apareció al pastor Alvar Simón pidiéndole la instauración de su culto en aquellos parajes. Como testimonio de su presencia, la Virgen arrojó una piedra y le dijo al pastor que, cuando regresara con la autoridad religiosa correspondiente, buscara en el sitio donde había caído y testificase el aumento de tamaño que había

sufrido el guijarro. Cuando quienes volvieron con él comprobaron este fenómeno, creyeron en la visión del pastor y organizaron inmediatamente la construcción del primer santuario.



Sin duda, surgen en esta leyenda —evidentemente amañada— toda una serie de factores que no coinciden con la tradición imperante de la implantación del culto mariano. En primer lugar, hay una diferencia notable entre el supuesto encuentro de la imagen y la presunta aparición de Nuestra Señora en persona. El primer caso suele haber nacido de la entraña del pueblo. Para que surja la segunda circunstancia, mucho más tardía, tienen que unirse otros elementos, entre ellos la fe y la consiguiente implicación eclesiástica, que confieran carta de autenticidad a una visión que no se traduce en prueba material o que contiene un testimonio fabricado a la medida de quienes tienen intereses en la implantación del culto.

Por si fuera poco, hay en León dos Vírgenes del Camino. La primera se la tropieza el peregrino al penetrar en la ciudad por la plaza del Mercado. Aquella tiene, como es de rigor en los cultos a la Gran Madre, al Niño en el regazo. Esta tiene en la misma postura, pero muerto, al Cristo descendido de la Cruz. Entra, pues, a formar parte de las múltiples vírgenes dolorosas cuyo culto introdujo de tapadillo la Iglesia para presentar una Madre sufridora y decadente, sin la gloria que representaba la Virgen en Majestad nacida de la entraña popular y heredera de las matres de la Gran Tradición. Queda la figura del pastor en la leyenda, pero falta el empujón que da el pueblo a aquellos cultos que nacen de su misma raíz, sin que concilios ni bulas ni encíclicas hayan venido a imponerlos.

El siguiente elemento legendario, aunque sostenido por la evidencia histórica, se encuentra algo más adelante, cuando el Camino atraviesa el sinuoso puente medieval que cruza el río Órbigo. Allí tuvo lugar, en los inicios del siglo xv, una aventura que no por ser auténtica y estar atestiguada por las crónicas

pierde su carácter legendario recordado desde entonces por todos los peregrinos que pasan por aquel lugar.

EL PASO HONROSO DE DON SUERO DE QUIÑONES

FUE EN EL REINADO DE DON JUAN II. El día primero de enero de 1434, año que en Compostela se celebrara el Jubileo, se presentó en el Castillo de la Mota, ante el soberano y ante su valido don Álvaro de Luna, el caballero don Suero de Quiñones, primogénito de una ilustre familia leonesa. Este noble joven, empapado su espíritu en las hazañas de los caballeros andantes y en las incipientes novelas de caballería, venía a pedir un extraño permiso al monarca. Acompañado por sus mejores amigos, quería convocar un torneo sonado que tendría lugar, durante un mes, quince días antes y quince después del 25 de julio, festividad de Santiago, en la explanada vecina al puente de Órbigo, en plena Ruta Jacobea. A esta justa invitaría a participar, rompiendo tres lanzas, a todos los caballeros castellanos o extranjeros que quisieran medir sus armas con él o con cualquiera de sus amigos, así como obligaría a intervenir a todos los caballeros que, acompañados de dama, pasaran por el Camino en aquel periodo de tiempo. Quien rehusara a participar tendría que dejar su guante en prenda, como signo de reconocida cobardía. Pasado el tiempo establecido, todos cuantos intervinieran en aquel magno torneo se trasladarían a Compostela en peregrinación y depositarían a los pies del Apóstol los trofeos que hubieran conseguido y las armas que habrían utilizado.

El motivo que alegó para esta convocatoria eran tan banal como la convocatoria en sí misma. Con aquella muestra gratuita de valor, don Suero se liberaría de la argolla de hierro que se había comprometido a portar al cuello todos los jueves, como muestra de amor hacia una dama de la que su honor le impedía incluso decir el nombre.



... en la explanada vecina al puente de Órbigo, en plena Ruta Jacobea...

Don Juan II no sólo no castigó aquella locura que se le solicitaba, sino que ni siquiera se rió de ella ni mandó al caballero a que se dedicase a algo más útil, sino que dio su permiso para que aquella locura tuviera lugar en las mejores condiciones posibles. Así, se levantó una impresionante liza en los alrededores del río y, desde el día fijado y durante el mes establecido, cientos de caballeros estuvieron dándose lanzadas y derribándose de los caballos, mordiendo el polvo y machacándose los huesos. Cada jornada se abría con una misa solemne y se cerraba con una comida pantagruélica a la que asistían todos aquellos que podían todavía mantenerse en pie. Por fortuna, en medio de tanta violencia varonil y gratuita, sólo hubo un muerto: un pobre caballero catalán al que una lanza mal dirigida le atravesó la celada y le reventó la masa encefálica. Y no deja de ser significativo que los mismos representantes de la Iglesia, los que se encargaban de confesar a los contendientes antes de cada encuentro y celebraban cada mañana la Eucaristía para todos ellos, se negaron en redondo a enterrar en sagrado al desgraciado caballero, porque la Iglesia tenía oficialmente prohibidos los duelos. El muerto tuvo que ser metido en un hoyo, casi de tapadillo, a la vera de una humilde ermita que se levantaba en las cercanías del lugar donde se celebraba el festejo.



Si nos percatamos de la naturaleza de esta historia, remedo de las que las leyendas narraban de los caballeros andantes y éstas, a su vez, parodia desacralizada de la demanda del Santo Grial, que ocupó la mejor poesía trovadoresca del siglo XIII, nos daremos cuenta de que este caballerete cortesano, que ya ni siquiera feudal, urdió realmente el cumplimiento de un rito para convertirlo en un espectáculo sólo motivado por su afán de protagonismo. Sin embargo, se da el hecho de que sucesos como aquél se produjeron con relativa frecuencia en el contexto de la decadencia medieval; el mismo don Suero moriría veinticuatro años más tarde, alanceado por otro caballero en un torneo tam-

bien competitivo. Eran tiempos en los que sólo permanecía el rito, cuando los ideales de trascendencia defendidos por los paladines griálicos habían sido sustituidos por torneos que, dentro de las costumbres de la época, podríamos llamar meramente deportivos.

La mentalidad caballeresca, efectivamente, había degenerado en su puro aspecto ritual, lo cual es un índice que, sin embargo, nos aproxima al significado originario de aquellos combates. En tiempos anteriores, el paladín griálico era producto de unos contextos casi místicos, esencialmente espirituales, y se enfrentaba a sus rivales utilizando sus conocimientos en artes marciales para resolver un conflicto interior que no tenía otro fin que el de vencerse a sí mismo a través de la persona del contrincante. Hoy aplicamos generalmente este término de artes marciales a las formas de combate iniciático que se practican en el Lejano Oriente. Pero si meditamos sobre sus razones y sus fines, incluso sobre sus técnicas, nos daremos cuenta de que estas actividades casi religiosas, cuyo conocimiento nos llega ahora desde el otro lado del mundo, son, en realidad, paralelas a la aventura caballeresca de aquellos guerreros andantes que recorrían Europa iniciados en unas técnicas de combate que adquirirían su propia validez a partir del fin al que se destinaban: el triunfo de lo que ellos entendían por justicia y la batalla iniciática contra las propias pasiones.

Recordemos que don Suero de Quiñones, al solicitar del rey el permiso para aquel gran festejo guerrero, lo justificó diciendo que quería celebrarlo para «liberarse» de un amor que le obligaba a otro rito: el de portar todos los jueves la argolla de hierro que le proclamaba esclavo de la mujer amada. Para él, pues, el combate pretendía ser una señal de liberación y para todos los compañeros que entraron en liza con él. Se trataba de un signo de amistad y de solidaridad con el compañero al que quisieron ayudar en ese rito de violencia que debía lograr el efecto de verlo libre de unas ataduras que, perdidas las motivaciones trascendentes de antaño, eran ya meramente amorosas y terrenales. Un rito insensato, en fin, que el peregrino debería contrastar con

aquellos otros que realmente lo habrían de conducir a la experiencia trascendente que perseguía en su caminar hacia el sepulcro del Apóstol. Lo que le aguardaba, a partir de aquí, comenzaba a formar parte de su propia transformación y, aunque nunca habría ya de perder el sentido de lo ritual sagrado, comenzaría a alternarse con la noticia de los resultados palpables de aquella suerte de iniciación por la que había apostado.



La antesala de la Gloria



ASTORGA FUE IMPORTANTE desde mucho antes de que se institucionalizara el Camino y, una vez establecido, fue lugar de encuentro de dos itinerarios compostelanos: el Camino Francés, que ahora recorremos, y la Ruta de la Plata, que llegaba desde Andalucía atravesando Extremadura. Su mismo nombre, transformación del de Asturica Augusta con que se la conoció en tiempos del Imperio, nos recuerda que allí se entrecruzaban también las vías romanas más importantes de la Península y que desde allí se encauzaban hacia la capital imperial los envíos del oro que se extraía de los yacimientos de Las Médulas y de la Maragatería.

En tiempos de las grandes peregrinaciones, ésta era la última ciudad importante en la que los peregrinos podían descansar y portrecharse antes de emprender el duro camino que les esperaba al atravesar la Maragatería y los Montes de León. Pero además, para algunos viajeros de dudosa ortodoxia —que también los había, y muchos, lo advierto por si el lector no ha captado todavía su presencia—, Astorga pudo ser uno de los lugares secretos donde, durante mucho tiempo, se habló de la posibilidad de que en su recinto o muy cerca de él pudiera hallarse la tumba del bereje Prisciliano.

EL SEPULCRO DE PRISCILIANO

LA DE PRISCILIANO NO ES TAMPOCO precisamente una leyenda, sino una historia grandiosa y trágica a la vez, que sucedió a fines del siglo III de nuestra era. Por eso, salvo recordar ahora que aquel maestro de la espiritualidad fue uno de los primeros heterodoxos condenados a relajación por la Iglesia, que lo entregó al brazo secular de los soldados imperiales para que se le ejecutara —tal y como luego establecería el Santo Oficio como práctica habitual—, nada tendría su historia ni de legendario ni piadoso que nos obligase a incluirlo en estas páginas.

Sin embargo, su mito estalla después de su muerte, cuando, pasados algunos años del martirio, seguidores adeptos de sus doctrinas recuperaron su cuerpo y el de los compañeros que fueron ejecutados con él y, en solemne peregrinación fúnebre, trasladaron aquellos santos despojos de regreso a su tierra de la *Gallaecia* y, según afirman muchos, pasando por los mismos lugares por donde luego se trazaría la Ruta Jacobea. Dicen igualmente que, a lo largo de todo el Camino, el cuerpo del mártir realizó innumerables prodigios curando enfermos y hasta resucitando muertos, y que esa retahíla de milagros nunca reconocidos por la Iglesia —¡faltaría más!— provocó que su memoria y la devoción de sus fieles se prolongase durante siglos, teniéndosele por un auténtico santo en los lugares donde aquellos prodigios tuvieron lugar y provocando que muchos adeptos, siguiendo la misma ruta que siguió su comitiva fúnebre, recorrieran el que se llamaría después el Camino de Santiago para orar ante aquel sepulcro que sus seguidores habían elegido en un lugar secreto, para que la ortodoxia no llegase a profanarlo nunca.

La tradición —ésta sí legendaria— estableció tres posibles lugares donde podría encontrarse el sepulcro del santo maestro. El principal de ellos coincidía precisamente con el enclave donde la ortodoxia situaría después el sepulcro del Apóstol. Y ya hay teorías, y hasta firmes sospechas que van más allá de la simple

elucubración, que confirman esta posibilidad. Un segundo lugar sería la cripta de la iglesuela de Santa Eulalia, en **Bóveda**, en la actual provincia de Lugo y no lejos de su capital. La cripta en cuestión fue, en tiempos paganos, un ninfeo. El tercer posible lugar sería el recinto o las inmediaciones de Astorga, donde, durante mucho tiempo, gobernaron a la feligresía numerosos obispos abiertamente adeptos de las doctrinas priscilianistas.

Todo son leyendas, suposiciones, sospechas; pero no cabe duda de que esta búsqueda del sepulcro secreto constituyó la razón de muchos peregrinos que recorrieron la Ruta Sagrada en pos del recuerdo del maestro que allí se encontraba enterrado. Y aún cabe menos duda de que esta búsqueda constituyó para ellos el motivo iniciático que los llevó a emprender el que para los demás era el Camino que conducía a la otra tumba sagrada: la del Apóstol hermano de Cristo.



En Astorga y desde Astorga, pues, se abría un trecho caminero que podríamos calificar, a la vez, de herético y místico. Y, al mismo tiempo, se entraba en una zona habitada por gente diferente: los maragatos. Nadie sabía entonces —y, en cierto modo, se sigue ignorando aún— quiénes eran aquellas gentes. Se hablaba de ellos como de «moros cautivos» (Mauros Captos), y hasta algunos sospechan que pudieran ser descendientes de fenicios, que se internaron por aquellas parameras en tiempo remotos en pos de fuentes de comercio; o tal vez astures esclavos de Roma después de las Guerras Cántabras, sacados de sus tierras y destinados a servir de mano de obra en las minas. Lo cierto es que los maragatos eran gentes de esquemas de conducta diferentes, de hábitos de vida distintos, practicantes de costumbres festivas y de ritos que chocaban con los que los peregrinos estaban acostumbrados a vivir y a compartir en sus tierras. Sus bodas constituían un cúmulo de actos rituales extraños e insólitos; sus ritos de nacimiento, como el de la Covada —en el que el padre era agasajado y cuidado en vez de la madre por los parientes y

vecinos— constituían un choque por su aparente absurdo; sus fiestas, con personajes extraídos del simbolismo de la Naturaleza, tenían —tienen aún— que ser interpretadas desde parámetros propios. Las calles de algunos de sus pueblos, tachonadas de cruces de madera, eran un reto más a la hora de conocer sus motivaciones. Se decía que habían sido colocadas allí con el fin de conjurar los castigos con que el clero amenazaba a los maragatos por sus continuos infringimientos de los preceptos de la Iglesia. Pero para el peregrino que se tropezaba con aquellas expresiones populares, lo mismo que para el estudioso de hoy en día, se trata de manifestaciones cargadas de remotos simbolismos, que necesitan ser interpretadas para poder extraer de ellas sus motivos ancestrales y el sentido que podrían tener en el contexto de esa búsqueda integral que se aceptaba como condición indispensable al emprender el Camino.

Al peregrino, con su entrada en el mundo maragato, se le planteaba el contacto con unos hábitos cuyo sentido podía ser rastreado en busca de la significación que entrañaba para aquel que trataba de escarbar en las raíces de la espiritualidad. En cierto sentido, el mundo ritual que conformaba la vida de aquellas gentes, y que se apreciaba incluso en sus quehaceres cotidianos, era la muestra de unos hábitos vitales perdidos en la noche del tiempo, posiblemente más puros que los de otros pueblos a la hora de encontrarles el significado. Formaban parte, pues, de la misma iniciación que suponía el Camino y cuyas bases se encontraban en la búsqueda de la identidad en todos sus aspectos.

Todo se llenaba de un cúmulo de porqués que el peregrino tenía que despejar si quería extraerle a la Ruta su esencia, ya desde la misma Astorga donde se iniciaba aquel tramo. Algunos de esos porqués todavía pueden detectarse, aunque sus motivos se nos escapan en una primera aproximación al misterio que entrañan, fruto de antiguas paganías no totalmente borradas. Éste es el caso de las devociones marianas practicadas en la Maragatería.

LAS VÍRGENES HERMANAS

LA VIRGEN DE CASTROTERRA goza de una tradición legendaria que se extiende por toda la comarca, donde se considera ancestralmente que dicha imagen es *hermana* de nada menos que otras siete advocaciones marianas del contorno: Nuestra Señora del Castro, la Virgen del Camino, la de los Remedios, la de las Ermitas, la del Caño, la de la O y la llamada *La Porterina*. Cuando amenazan desastres como sequías y pedriscos, o en fechas determinadas por las festividades locales, todas las imágenes «emparentadas» se reúnen en visitas multitudinarias en las que participan todos los pueblos donde se veneran. Y se dice que el obispo San Toribio, que rigió aquella diócesis en el siglo v, estaba tan disgustado ya con aquellas prácticas de corte decididamente pagano de los naturales que abandonó su cargo diciéndole a la gente que, si alguna vez necesitaban agua, «que fueran a pedírsela a su hermana, la Virgen de Castro», lo que recuerda que, ya en tiempos considerados como remotos, las imágenes eran consideradas como parte integrante de la Naturaleza y, por lo tanto, susceptibles de influir activamente en los acontecimientos meteorológicos que afectaban a la población.



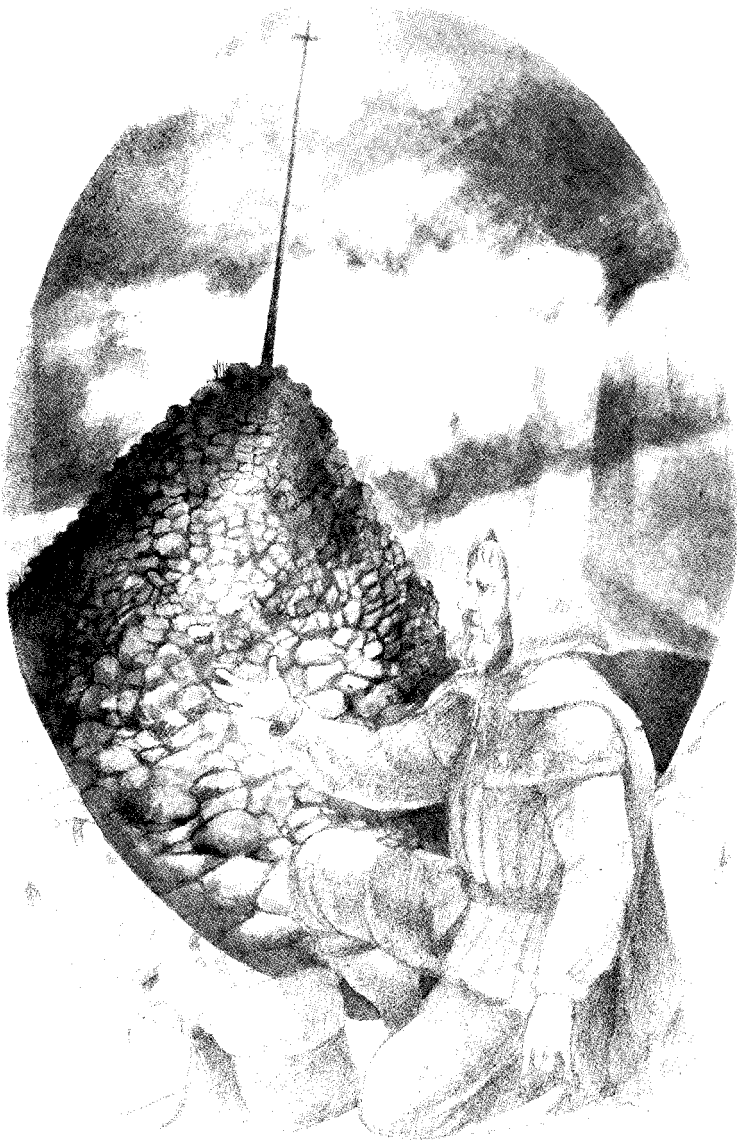
Si seguimos con las incógnitas, ¿por qué aquella prisión para betairas precisamente junto a la vía peregrina, a las que el caminante debía arrojar un poco de comida a través de la llamada ventana de las Emparedadas? ¿Por qué aquella estructura catedralicia llena de signos de reconocimiento puestos allí por generaciones enteras de constructores y de imagineros venidos de la Trasmiera cántabra, que lo mismo esculpían una partida de cartas en las misericordias del coro que colocaban la figura emblemática de un campesino maragato en lo más alto del ábside? Aparentes caprichos que ni siquiera han conservado una

*leyenda en la que apoyarse. Eran una muestra del signo puro, del rito al desnudo, dejado a la interpretación de quien fuera capaz de vislumbrarlo o apenas explicado como una clave obligada para invocar la buena suerte. Y, cuando dicha leyenda existía, como es el caso de la capilla del bendito patriarca San José, en **Rabanal del Camino**, su punto de contacto con la realidad nunca pudo llegar a establecerse.*

LA ERMITA DE SAN JOSÉ

DE LOS MARAGATOS SE SABE que tuvieron fama de arrieros y que, con sus caballerías, recorrieron hasta hace apenas cien años la Península entera transportando por encargo todo cuanto se les encomendaba, desde partidas de carne o de pescado hasta objetos personales, misivas y paquetes que se les confiaban por el prestigio que adquirieron gracias a su honradez. En realidad, fueron algo parecido al primer servicio organizado de mercaderías.

Uno de estos arrieros dedicados a la mensajería, en época incierta, aunque no demasiado lejana, recibió una vez el encargo de transportar un paquete que alguien tendría que venir a recoger a su propia casa cuando hubiera regresado de su viaje. Pero no le advirtieron de la persona que lo recogería ni del modo de localizarla y pasó el tiempo sin que nadie llegase para llevarse el envío. Por fin, pasados muchos años, José Castro, que así se llamaba el maragato arriero, decidió abrir el bulto, más que nada por si acaso dentro del paquete se encontraba algún dato que le permitiera localizar a su destinatario. Y lo que encontró fue una arqueta repleta de dineros y objetos de oro de gran valor, pero nada que le aclarase el misterio de aquella ausencia. Pasados aún más años, y no queriendo aprovecharse en beneficio propio de aquel tesoro sin dueño, el arriero destinó el tesoro a la construcción de una ermita dedicada al patriarca San José, que todavía se puede ver en el pueblo. Si es leyenda, merece ser verdad. Si es historia cierta,



... Cruz de Ferro, puesta allí para que el caminante le pagase el tributo de... una piedra.

nos pone de manifiesto la bonhomía y la honradez de los arrieros maragatos, que siempre han merecido tal calificativo.



Así seguían sucediéndose las sorpresas para el peregrino cuando se atravesaba la Maragatería. En el mismo lugar de Rabanal del Camino podía visitar al Cristo de la Vera Cruz, tan rico en recuerdos milagrosos que los vecinos le organizan aún una fiesta anual el 14 de septiembre en la que le ofrendan el Ramo, que no es más que una monumental cruz adornada con veinticuatro velas, de las que se enciende una por cada milagro que el Cristo ha realizado durante el año. Raro es el año que no están las veinticuatro encendidas.

Ya al extremo de la tierra maragata, pasado el roble sagrado del Peregrino, recuerdo de ritos ancestrales apoyados en la Naturaleza, cuando el Camino comenzaba a empinarse hacia los montes sagrados —primero el Teleno, luego la Aquiana— el peregrino se tropezaba con la desgarrada, soberbia, dura, fállica y penetrante Cruz de Ferro, puesta allí para que el caminante le pagase el tributo de... una piedra. Una sola piedra que había que dejar en el inmenso montón que se acumula a los pies del poste que sostiene la cruz, como una oración para pedir al cielo la buena suerte para el resto de la Ruta. Nadie recordaba que aquella cruz había sido puesta en sustitución de la antigua ara en honor a Hermes-Mercurio, para que interviniera con sus favores, ayudando a que el viajero encontrase el Buen Camino.

A partir de aquí, todo son llamadas a la espiritualidad desnuda del anacoretismo que todavía se siente como presente gracias a la fuerte personalidad de San Fructuoso, el fundador, allá por el siglo vii, de la más compacta concentración de anacoretas que recuerda la historia eclesiástica de Occidente. A caballo entre la realidad y la leyenda, la aventura espiritual de aquel santo sigue viva en los montes de León y sus fundaciones llegaron a formar parte de los hitos de la peregrinación jacobea, como

ejemplo palpable para quienes marchaban en pos de aquel Apóstol transmisor de las más altas cimas de la santidad.

SAN FRUCTUOSO, O LA SOLEDAD COMPARTIDA

EL PADRE DE AQUELLA EXPLOSIÓN de espiritualidad era el vástago de una noble familia goda. Cuenta su biógrafo, San Valerio, que aún debió conocerlo, que todavía muy joven abandonó las ventajas de la vida cortesana y que, después de haber recibido la enseñanza de otros eremitas que se refugiaban, muy lejos de allí, en la antigua **Compludo** —la que hoy conocemos como Alcalá de Henares—, se retiró a estos pagos, donde al parecer su familia poseía algunas tierras que él había heredado, y se propuso vivir el resto de sus días en soledad y en contacto inmediato con el Creador. Llamó aquel lugar con el mismo nombre del enclave donde recibió su iniciación: Compludo, y lo dedicó a los mismos santos niños Cosme y Damián, que eran ya patronos de la espiritualidad que había aprendido de sus maestros, convertidos en Dióscuros cristianos, protectores de la experiencia anacorética.

No pasó mucho tiempo sin que la fama del santo eremita se expandiera por toda la Península. Y así, su buscada soledad duró el cantar de un vizcaíno. Muy pronto, atraídos por aquella vida entregada a la experiencia espiritual, comenzaron a arribar a aquellos montes gentes que querían ponerse bajo la amorosa enseñanza de Fructuoso. Y alcanzaron a ser tantos, venidos de todas partes, que incluso los monarcas godos temieron por las levadas de sus ejércitos, porque ya empezaban a faltarles hombres para cubrir las necesidades de la defensa.

Allí llegaban solitarios, pero también familias enteras, obsesionadas por entrar en contacto con aquel Dios que, sin duda, andaba muy cerca de donde se había retirado el maestro eremita. Los montes de León, entre las dos cimas ancestralmente sagradas del Teleno y la Aquiana, se convirtieron en un gran monasterio

natural, donde cada cual buscaba su rincón o su cueva para dedicar sus oraciones y sus esperanzas al Creador. Se pobló de calladas multitudes el *Valle del Silencio*, comenzaron a nacer pequeñas industrias de forja asistidas por aquellos monjes espontáneos, y el buen Fructuoso, superados sus afanes de soledad, se decidió a conducir a toda aquella grey redactando una regla de corte monástico que pusiera un cierto grado de disciplina espiritual en aquella multitud que se agolpaba a su alrededor, buscando su palabra y su enseñanza. Surgieron centros de espiritualidad en **Peñalba**, en **Compludo**, en lo que luego sería monasterio benito de **San Pedro de Montes**. Y toda aquella comarca montañosa del Bierzo se convirtió en un inmenso nido de espiritualidad y casi en un auténtico estado independiente compuesto de hombres y mujeres entregados a una política de oración constante y al servicio de Dios, que no terminó hasta que el avance musulmán de los años que siguieron al 711 obligó a todos aquellos cenobitas a huir hacia las vecinas montañas astures.

No se sabe si temiendo su tremenda influencia o como reconocimiento de su probada santidad, la autoridad eclesiástica nombró a Fructuoso obispo de Braga, lo que le obligó a desplazarse lejos de su fundación primitiva. Allá, en tierras portuguesas y gallegas, su fama se expandió aún y comenzaron a producirse sus primeros milagros, que lo convirtieron en uno de los santos tradicionalmente más milagreros de la costa atlántica. Se contaba de él que las puertas de los templos se abrían solas a su paso; que era capaz de caminar sobre las olas sin mojarse para salvar a los pescadores que se encontraban en apuros en días de tempestad; que resucitaba a los muertos y que no había enfermo que resistiera a sus oraciones. Incluso, cosa harto nueva, los libros que siempre llevaba consigo captaron mucho del protagonismo de sus milagros. Se habló de códices que gracias a él se salvaron de tempestades y de incendios, y de manuscritos que regresaban a sus manos después de que cayeran por precipicios las mulas que los llevaban a cuevas, porque el buen obispo jamás consintió en separarse de su biblioteca. Murió por allí, muy lejos de su Valle del Silencio, de sus cuevas, de sus bosques y de las alturas sagradas donde huía a refugiarse cuan-

do ya no podía atender a la multitud que reclamaba su presencia. Lo enterraron en el pueblo hoy portugués de **Montelios**, y es fama que, en 1102, el obispo Gelmírez arrebató sus restos de la tumba que los albergaba para que fueran a enriquecer con su presencia los relicarios de la sede compostelana que estaba ampliando.



*El peregrino descende los montes de León empapado de los místicos recuerdos de San Fructuoso y del buen hacer de aquellos remotos arquitectos sagrados que, como dice la placa conservada en **San Pedro de Montes**, erigieron aquellos templos y cenobios «no mediante opresión del pueblo, sino con gran coste y sudor de los frades de este monasterio». La memoria de aquella sacralidad hace mella en él. Pero aún siguen los ritos a cumplir a lo largo del Camino.*

LAS HOCES VOTIVAS DE LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

AL LLEGAR A **MOLINASECA**, el peregrino tenía que pasar ante el santuario de la Virgen de las Angustias. Y aún se puede ver cómo su puerta sigue cubierta por placas metálicas que ocultan la madera originaria, para salvar sus restos de otro rito de origen extraño en cuya razón inmediata merece que profundicemos. El motivo de aquellas placas fue, al parecer, el de impedir que los peregrinos mantuvieran la costumbre de cortar o arrancar un trocito de madera de la puerta para guardarlo como si fuera una reliquia, lo mismo que muy lejos de allí, en Santo Domingo de la Calzada, habían tenido que apoderarse de una pluma del gallo o de la gallina que tienen su altar enjaulado frente a la tumba del santo.

Se cuenta que la costumbre ritual practicada por los caminantes jacobeos procedía de los segadores gallegos que, cuando se

desplazaban a tierras castellanas para el tiempo de la cosecha del trigo, probaban el filo de sus hoces en aquella puerta, que suponían que las mantendría milagrosamente fuertes y afiladas durante toda la temporada. Luego, al regresar, con sus instrumentos gastados e inservibles, los arrojaban por la rejilla del portón como homenaje a Nuestra Señora que les había ayudado. Recuerdos, costumbres y ritos se prolongan a lo largo del Camino y en este trecho se han hecho fundamentales.



Habría que meditar sobre esta costumbre misteriosa que, sin duda, sobrepasa la pura devoción milagrera compartida por segadores y peregrinos. Y habría que recordar que la hoz fue ya instrumento sagrado de los pueblos celtas. Se recuerda que los druidas hacían uso ritual de ella —una hoz provista de hoja de oro, por cierto— para cortar el muérdago que crecía en las ramas de los robles y de los tilos y que era considerado como planta sagrada de cuyo zumo de cocción bebían los iniciados para mantener su fuerza y su salud. Recordemos de aquel santo Domingo de la Calzada, ante cuya tumba en La Rioja oraba el peregrino y del que ya hemos tenido ocasión de hablar más atrás, que conserva en un rincón del sepulcro la hoz que dicen que utilizó para talar los trechos de bosque por los que tendría que pasar la calzada peregrina que construía para los caminantes jacobeos. Recordemos igualmente que aquella zona riojana formaba parte de la tierra de los berones, pueblo celta que se instaló en los valles del Oja y del Najerilla y que dejó sutiles muestras de sus antiguos cultos, que todavía hoy se manifiestan a través de costumbres y recuerdos que se mantienen vivos entre el pueblo.

Así, al pie de los montes sagrados, el peregrino recalaba en un feudo que, durante doscientos años, fue de caballeros templarios, que tenían sus hospitales dispuestos para cuidar de los caminantes maltrechos.

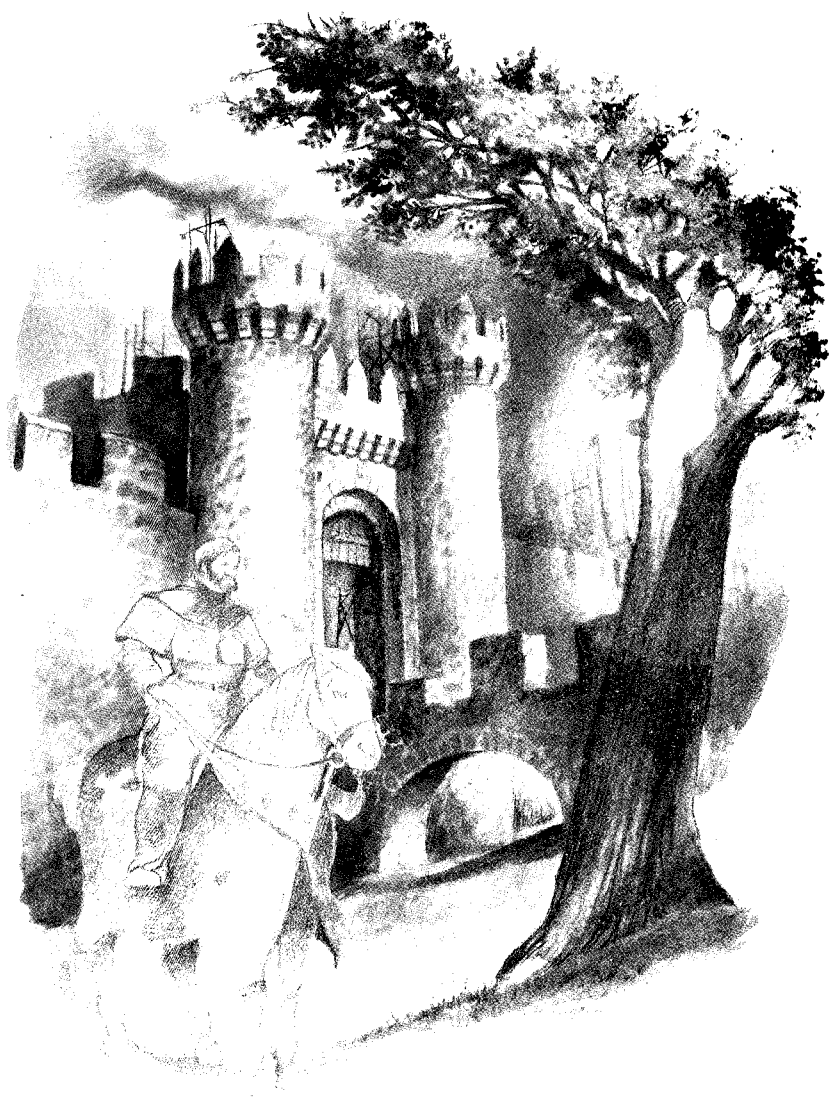
*La llegada a **Ponferrada** encaminaba al peregrino, una vez cruzado el río Boeza por el puente del Paso de la Barca o por el por-*

tal del Mascarón, y pasado el castillo templario en ruinas, al encuentro del santuario de Nuestra Señora de la Encina, para encontrarse allí con la imagen venerada y con su leyenda, cuyo origen le ponía en íntimo contacto con la vivencia templaria del lugar.

LA VIRGEN DE LA ENCINA

FUE, DICEN, HACIA 1178, en la época en la que los caballeros del Temple estaban construyendo su castillo, que habría de dominar el vasto territorio que les había sido donado por el rey Fernando II de León, en agradecimiento por la valerosa ayuda que prestaron los freires al monarca durante la conquista de Extremadura. Mientras los canteros tallaban los bloques de piedra en las canteras cercanas, los taladores cortaban árboles en los bosques que subían hacia las cumbres de la Aquiana, para afianzar las estructuras.

Un día, al caballero templario que dirigía la tala de árboles destinados a convertirse en el vigamen del castillo, le sorprendió la aparición de unas luces sobrenaturales que parecían querer guiarlo hacia un determinado lugar del bosque. Tal vez pensando en arcanos trasgos, el caballero siguió la dirección que le marcaban las extrañas luminarias y, súbitamente, se encontró ante una vigorosa encina que resplandecía poderosamente entre los demás troncos de la arboleda. Al aproximarse, descubrió que tenía la corteza horadada y que en el hueco que formaba se escondía una pequeña imagen de Nuestra Señora. Llamados el maestre, el comendador del castillo y los demás caballeros, decidieron conservar allí la imagen en secreto, hasta que le hubieran construido un santuario en las inmediaciones del castillo. Por lo que les fue revelado, aquella figura había sido labrada por San Lucas en persona y traída de Jerusalén nada menos que por Santo Toribio de Liébana, que fue el primero y gran importador de reliquias de Tierra Santa, entre las que destaca precisamente la arqueta de las reliquias que se conserva en la catedral de Oviedo.



... La llegada a Ponferrada encaminaba al peregrino...

La Virgen de la Encina, desde su santuario, se convirtió muy pronto, gracias a sus numerosos milagros, en la patrona reconocida de toda la comarca del Bierzo.



*He hablado ya en otro libro dedicado al Camino de Santiago (La Ruta Sagrada, 1992) de la enorme importancia que tuvo esta comarca berciana para la Orden del Temple. Mi sospecha inmediata gira en torno a la posible explotación por parte de los templarios de los antiguos yacimientos de oro de **Las Médulas**, situados en las cercanías de Ponferrada, que los caballeros se cuidaron de mantener secretamente protegidos mediante la construcción de varios castillos: Pieros, Corullón, Cornatel, que rodeaban aquellas antiguas minas romanas y cuyas ruinas todavía pueden verse en las alturas en torno al lago Carucedo y a los montes de donde se extraía el oro. Curiosamente, en esta zona, donde no abundan precisamente las leyendas, se cuenta una que ni siquiera tengo noticia de que fuera conocida por los peregrinos, pero que, sin duda, nació de la entraña del pueblo y contiene signos de reconocimiento que podrían confirmarnos, debidamente interpretados, la hipótesis de la tardía explotación templaria.*

LOS NUEVE HERMANOS MINEROS

SE CUENTA POR AQUÍ que, en tiempos de la efímera dominación musulmana de la comarca, gobernaba en el Bierzo un sultán que era dueño absoluto de aquellas minas y que tenía a su servicio, trabajando para extraerle oro de ellas, a siete hermanos esclavos, aunque la narración, tal como me ha llegado, no especifica si se trataba de prisioneros cristianos o de siervos musulmanes. Un día, tras haber pensado en el modo de sacar más rendimiento a

aquel pesado y terrible trabajo, hizo una propuesta a sus obreros: entregaría en matrimonio a su hija al que antes terminase de construir el canal que estaban horadando para traer el agua que habría de servir para arrancar el metal de las entrañas de los montes.

Los siete hermanos se afanaron por lograr el objetivo, con la esperanza de cada uno de ser merecedor de la promesa hecha por el sultán. Pero el más joven de ellos —como suele ser corriente en todas las leyendas que se precien—, ideó una estratagema: en lugar de comenzar la excavación desde las alturas de los montes, donde se iniciaban los canales que conducirían el agua hasta los cañones por los que se estrellaría sobre las colinas, comenzó a excavar desde abajo y en dirección hacia donde otro de sus hermanos cavaba a partir de las alturas. Así, al cabo de poco tiempo, se encontró con el canal descendente, derribó la pared de tierra y piedras que separaba las dos obras y consiguió que el agua se precipitara deshaciendo los montículos y poniendo al descubierto el oro que encerraban.

Así ganó, con la ansiada libertad, el premio ofrecido, casó con la hija del sultán, fue feliz y noble con sus hermanos perdedores, porque compartió con ellos la enorme riqueza que le había tocado en suerte, convirtiéndose todos ellos en los señores más poderosos de la comarca.



El número de hermanos y precisamente la condición de tales se nos aparece como una señal de identidad que asocia a los protagonistas de esta leyenda con los freires —hermanos— del Temple, que muy posiblemente, como vengo afirmando, pudieron poner de nuevo en explotación la zona minera de Las Médulas, largamente abandonada desde que, hacia el siglo II, fueron desmantelados los yacimientos por Roma, porque el rendimiento ya no se correspondía con los enormes trabajos que suponía aquella explotación. La historia legendaria, además, da cuenta, aunque de modo esquemático, del método que los romanos utilizaban para la explotación y que consistía —como toda-

vía hoy puede comprobarse, recorriendo aquel enorme recinto minero— en dejar despeñarse violentamente el agua almacenada en las cumbres de los montes vecinos, que, a través de profundos canales primero y de enormes galerías cubiertas hacia el final de su precipitado trayecto, encauzaban el agua para hacerla llegar a enorme velocidad y terrible fuerza, estrellándola contra las colinas auríferas y provocando lo que entonces se llamó la ruina montium —la destrucción material de los montes— que, una vez asolados, permitían una mejor recogida del oro que encerraban.

También el vecino lago de Carucedo es portador de una leyenda que ya tuve la oportunidad de insertar en el primer volumen de esta colección, el titulado Leyendas Mágicas de España; y a ese libro remito al lector, porque aquí me limitaré a resumirla, ya que no tiene demasiado que ver con el tema de la peregrinación, que es el que ahora más nos interesa.

EL LAGO DE CARUCEDO

EL LUGAR QUE HOY OCUPA el lago en cuestión fue, en tiempos remotos, un próspero pueblo adscrito a un rico monasterio. Los monjes de este cenobio acogieron en una ocasión a un huérfano al que criaron como si fuera hijo de todos los miembros de la comunidad y, cuando el muchacho creció, y visto que no tenía vocación monástica, se sintieron felices cuando vino a fijarse en una muchacha de la aldea y proyectó casarse con ella. Sin embargo, también el señor del vecino castillo de Cornatel se sentía atraído por la joven, aunque por motivos mucho más pecaminosos.

Un buen día —o malo, según se mire— el señor de Cornatel apareció muerto en un paraje solitario de Las Médulas. Y siendo el joven ahijado de los monjes el principal sospechoso de aquel crimen, todas las miradas se fijaron en él, obligándole a huir del lugar como un fugitivo.

Pasaron muchos años y el joven, ya hombre maduro, decidió regresar al pueblo y buscar a la muchacha a la que seguía amando. Pero supo que se había marchado del lugar al poco tiempo de la muerte del señor del castillo y que nadie había sabido desde entonces su paradero. Así, aquel hombre, rotas sus últimas ilusiones mundanas, pidió ingresar como monje en el monasterio y, en poco tiempo, avanzó tanto en sabiduría y santidad que fue nombrado su abad. Su autoridad benefició tanto a monjes como a los vecinos del pueblo, que acudían a él para consultarle sus más íntimos problemas.

Un día llegaron hasta él noticias de que un fantasma andaba por los alrededores asustando a todo el mundo con quien se tropezaba. Acudió el abad y, apenas vislumbró aquella figura que todos tomaban por un alma en pena, se dio cuenta de que se trataba de la muchacha por la que había sentido tan profunda pasión en su juventud. El encuentro de los dos antiguos amantes fue inmediato, los dos olvidaron el tiempo pasado y el abad olvidó también su condición para entregarse a aquel amor al que ya había renunciado por sus votos.

Entonces fue Dios mismo quien, desde sus alturas, no pudo consentir aquel infringimiento de las reglas, aunque la causa fuera la más hermosa explosión del amor humano imaginable. Así, hizo que se abriera la montaña y que se precipitara sobre el pueblo una catarata de aguas que lo anegó todo y dejó convertido el valle en la gran laguna que todavía hoy cubre todo el paraje. Dice la tradición que, en la noche de San Juan, las campanas del monasterio anegado vuelven a sonar desde el fondo de las aguas.



***Ponferrada** es la capital fáctica de todo el territorio berciano que el peregrino jacobeo tenía que atravesar. Y, cumpliendo con su misión caminera, ese peregrino tenía la obligación de beber en las realidades de aquella comarca distinta, de una feracidad claramente contrastada con el páramo que el Camino había constituido a lo largo de las duras jornadas anteriores.*

Esas realidades siguen proporcionando al caminante, si sabe detectarlas, señales inequívocas de ese rito que se ha convertido en leitmotiv del trecho que venimos atravesando desde León. Sigue la escasez de leyendas camineras significativas, y éstas, cuando aparecen, están repletas de un sentido ritual que llama mucho menos al mito que pretenden narrar que a los signos de reconocimiento que revelan. Todo se convierte en un cúmulo de señales que necesitan ser desentrañadas. En **Cacabelos**, por ejemplo, el peregrino —con permiso del párroco, que hace todo lo posible por que así no sea— debe buscar, sobre la puertecilla de la sacristía de la ermita de la Quinta Angustia, un relieve barroco chiquito en el que, insospechadamente, aparece la imagen del Niño Jesús jugando a los naipes con un fraile. El fraile entrega al niño un cuatro de bastos; el Niño, a cambio, le tiende un cinco de oros. Lo mundano —los bastos— se revela como algo de lo que hay que deshacerse para obtener a cambio los favores espirituales que representan los oros. Curioso: un buen amigo, conocedor de los entresijos del Camino, me cuenta que Cacabelos es un lugar donde los vecinos son auténticos obsesos de los juegos de cartas. Y me pregunto: ¿Qué fue antes, el gallo o la gallina? Cabe pensar si acaso que aquella aldea pudo ser, en tiempos remotos, un lugar donde se practicaría el juego de cartas desde su vertiente iniciática, tarótica, de la que tal vez no ha quedado más que la vertiente lúdica del rito remoto.

Al llegar a **Villafranca del Bierzo** nos tropezamos a la entrada, junto al viejo camino, con la iglesia de San Francisco. Aquí, en el pasado, los peregrinos que llegaban enfermos, agotados e imposibilitados de seguir un paso más, tenían la oportunidad de conseguir el jubileo por el que habían emprendido el camino a Compostela. Cabe pensar que este rito sagrado fuera señal de que, al llegar a este enclave, el caminante había adquirido ya el grado de iniciación imprescindible para considerar que había vencido las pruebas principales que planteaba la Ruta; que el tramo probático había sido vencido y que, si no podía alcanzar la meta, habría alcanzado al menos una parte fundamental de lo que inicialmente vino a buscar.

*Antes de alcanzar la raya gallega y, por lo tanto, el tramo definitivo de la ruta, a pocos pasos de Villafranca del Bierzo, se alcanza el lugar de **Ruitelán**. Y aquí, aunque tímidamente, vuelve a hacer su aparición la leyenda. Cerca del pueblo hay una capilla levantada en el lugar donde estaba la cueva en la que hizo vida eremítica San Froilán.*

LOS CONEJOS DE SAN FROILÁN

C UENTAN AQUÍ QUE SAN FROILÁN era un santo anacoreta que, venido de tierras lejanas, escogió una cárcava de las cercanías de este lugar para hacer vida penitencial y entregarse al estudio de los textos sagrados. Y llevaba cierto tiempo ocupado en estos menesteres espirituales, cuando se dio cuenta de que sus códices aparecían parcialmente roídos. Se apostó disimuladamente, teniéndolos a la vista y procurando no ser descubierto, cuando comprobó que, cuando todo parecía calmado y nada se movía, surgían unos conejos que se entregaban fruciosamente a devorar el pergamino de las preciosas páginas.

San Froilán montó en cólera y lanzó una maldición contra los conejos. Desde entonces, estos animalillos, que todavía son corrientes en cualquier parte de la Península, desaparecieron como por encanto y nunca ha vuelto a verse uno solo en los contornos de aquella pequeña población.



El conejo y la liebre han sido considerados en la cultura popular de muchos lugares como emblema de fecundidad elemental, inmundo en culturas esencialmente machistas, como la de los hebreos, y altamente sagrado en otras en las que lo vital suponía el motor activo de todo cuanto late sobre la tierra. Tal vez por eso, su simbolismo, según Rabano Mauro —y tal como lo

recuerda Cirlot en su *Diccionario de Símbolos* (Siruela, 1997)—, tiene algo de ambivalente y de dualista y, por eso mismo, de inquietante, por cuanto resulta difícil de encajar en los parámetros morales de muchas doctrinas. Siguiendo a Cirlot, nos encontramos con que la diosa Harek germánica, émula de la griega Deméter, iba acompañada de liebres en su cortejo sagrado. Y en la tradición azteca, según revela Gutierre Tibón en *Historia del Nombre y de la fundación de México* (1975), formó parte del paradigma sagrado de los antiguos mexicanos. Sin duda, ese mismo sentimiento a caballo entre la admiración y la repulsión fue propio de muchos pueblos de la tierra. La razón inmediata de ese sentimiento encontrado la tenemos en el hecho mismo de que el conejo ha sido animal comestible de los seres humanos, pero, al mismo tiempo, una amenaza de plaga por su misma fecundidad imparable, que ha llegado a convertir comarcas enteras en lugares inhabitables en tiempos pasados por la proliferación incontrolada de la especie. Y el hecho mismo de encontrarlo aquí devorando los códices de un santo hasta provocar su ira y su condenación entra a formar parte de su misma ambigüedad, pues tanto podría señalar al conejo como destructor de las fuentes de sabiduría que como devorador de esa misma sabiduría en beneficio de su propio carácter sagrado.



VI

La carrera a Compostela



De griales y transmutaciones



ATENCIÓN, PEREGRINO, prepara tus pies para la carrera final, que entramos en Galicia. Y en Galicia te espera el milagro de tu propia transmutación, si sabes aprovecharla. Te espera la leyenda hecha carne, la evidencia convertida en gloria, el mar hecho misterio y la muerte transmutada en vida. Prepárate para tocar con tus manos la Piedra Filosofal, dispón-te a cumplir con el rito definitivo que te enfrentará a tu propia identidad ante el Mar Tenebroso que trajo la vida a la Humanidad. Dispón-te a afirmar el prodigio, a asentir ante lo numinoso, porque tú habrás de participar en el Milagro.

EL MILAGRO GRÍALICO DEL CEBREIRO

LA IGLESILLA DEL CEBREIRO, resto de un antiguo monasterio, apenas destaca su silueta de entre las pallozas que conforman sus alrededores. Al peregrino le costaba llegar hasta allí, en lo más alto del puerto de Piedrafita. Sobre todo cuando llega el invierno, la nieve hace desaparecer el Camino y el manto blanco confunde el pueblo con las colinas blancas que lo rodean. Es menester sentirse henchido de ansias trascendentes y de devoción jacobea para atreverse a emprender ese ascenso que parece imposible. Y hasta cabe pensar: todo ese esfuerzo, ¿para que? ¿Para alcanzar

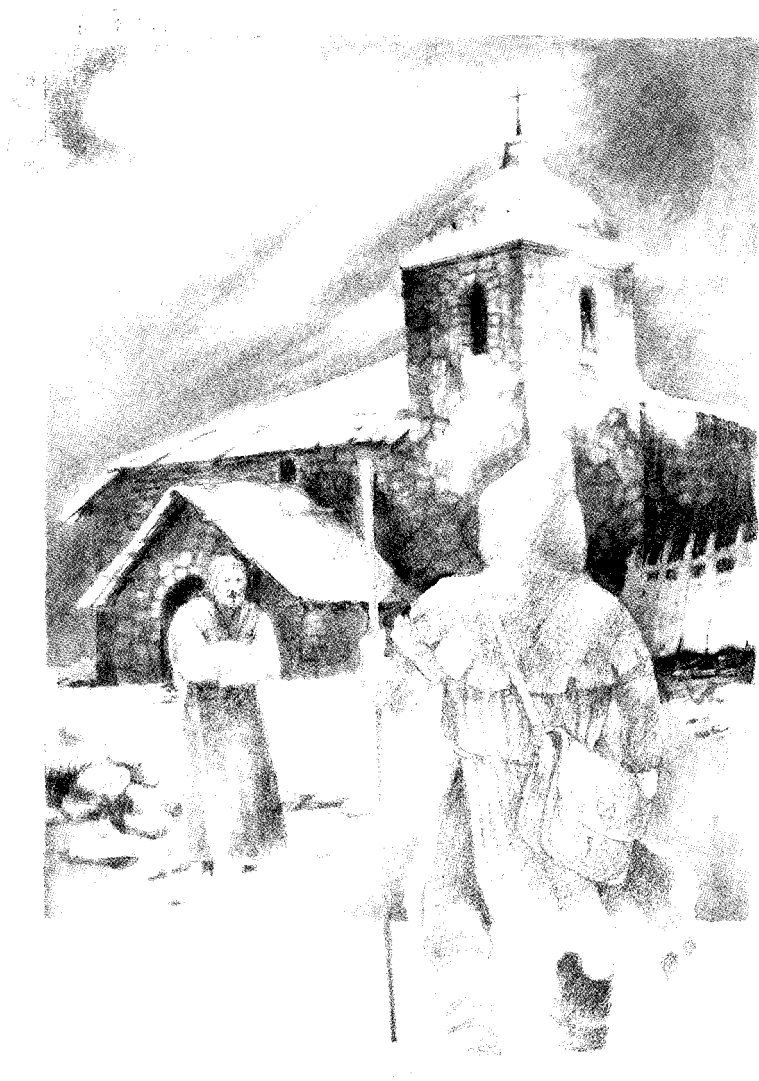
la iglesia de Santa María la Real, que apenas nada digno tiene que mostrar, salvo su vetustez, y ese rincón oscuro donde se muestran, permanentemente iluminados en medio de la oscuridad general del templo, los corporales del milagro que todo peregrino acudía a admirar y a orar ante ellos?

La leyenda que envuelve ese milagro, uno de los más conocidos de todo el Camino, tiene mucho que ver con la reflexión anterior. Cuenta de una mañana fría de invierno, cuando la nieve silenciaba cualquier otro rumor por aquellas alturas, cuando ningún vecino transitaba entre las pallozas de la aldea. Cuenta también del monje que acudía cada mañana desde el monasterio para celebrar la misa, molesto tal vez por haberle tocado a él aquella responsabilidad hacia el pueblo, que ni siquiera solía responder a la llamada eucarística y que, salvo los domingos y fiestas de guardar, lo dejaba solo ante el altar, sin sentirse motivado por el toque aterciopelado de las campanas que convocaban a la celebración.

Al entrar en el templo aquel día, que llegaba precedido de una copiosa nevada nocturna, el monje atishó que, entre las sombras, un peregrino empapado de agua y aterido de frío aguardaba en solitario el comienzo de la ceremonia. Y, mientras se revestía e iniciaba como cada día los ritos preliminares a la consagración, su mente se distraía, casi ajena a lo que estaba llevando a cabo y fastidiado, en lo más hondo de su conciencia, por lo que sentía íntimamente como una rutina cotidiana que, en su misma cotidianidad, perdía toda la esencia de su sentido.

«¿Qué esperará de mí este pobre hombre? ¿Por qué habrá arriesgado su vida enfretándose a la tormenta? ¿Acaso cree que porque yo consagre un pedazo de pan y unos sorbos de vino va a tener lugar la soñada transmutación de la materia en la carne y la sangre del Hijo de Dios? ¿Que acaso porque yo pronuncie unas palabras aprendidas de memoria y repetidas cada mañana se va a producir ese milagro en el que todos fingimos creer pero que nadie ha visto nunca?»

Mientras rumiaba aquellos pensamientos y apenas pronunciadas las palabras rituales sin mirar siquiera el objeto de su consagra-



... la leyenda que envuelve el milagro del Cabreiro...

ción, sintió que algo tomaba calor entre sus manos. Y al abrir los ojos para mirarlo —siempre realizaba la ceremonia con los ojos cerrados, como le habían enseñado que debía hacerse— se percató súbitamente de su error. Pues, ante su mirada atónita, el pan se estaba convirtiendo en carne y el vino se transformaba en sangre.

Desde entonces, el testimonio de aquel prodigio pudo ser visto por todo el que se acercara a la iglesilla del Cebreiro. Los monjes guardaron celosamente la prueba material del asombroso milagro. Y, para resguardar debidamente aquella reliquia, los Reyes Católicos, cuando visitaron aquel lugar, regalaron sendos pomos de plata y cristal de roca para que aquellas piezas sagradas se conservasen debidamente. Incluso se dice que la reina de Castilla, que siempre se distinguió por su afán de apoderarse de pruebas milagrosas, quiso llevarse consigo la preciada reliquia, pero que la mula que la transportaba, apenas llegada a la aldea de **La Faba**, donde comienza la cuesta del puerto, se negó a seguir adelante y no hubo fuerza humana que lograra que diera un solo paso más. Y allí en el Cebreiro sigue presente, expuesto a todas las miradas, el aquel prodigio sagrado, junto a la patena y el cáliz donde se produjo la milagrosa transmutación.



Fuentes de origen monástico, dicen que libres de toda sospecha, vienen asegurando desde hace mucho tiempo que aquel milagro fue el origen de todo el mito griático que despertó la espiritualidad creativa de poetas como Chrétien de Troyes, Robert de Boron o Wolfram von Eschenbach, que tuvieron presente aquella historia nacida en los confines de la Galicia jacobea a la hora de crear la leyenda trascendente del prodigioso Cáliz que fue consagrado por Jesucristo en persona y recogió su sagrada sangre derramada en la Cruz. No me atrevería a tanto, pero no cabe duda de que aquella historia legendaria influyó poderosamente en los tiempos del auge de las peregrinaciones y que los cluniacenses procedentes de la abadía de San Gerardo de Aurillac, primeros ocupantes de aquel cenobio del Cebreiro (1072),

emocionaron el milagro en su propio beneficio, como fomentaron en el mismo sentido todo el universo de las peregrinaciones, cuyo Camino oficial establecieron con vistas a la consecución de sus vastos fines políticos.

A pesar de ello, la auténtica realidad trascendente del Camino superó con creces sus mismas intenciones y bastó con que los peregrinos más lúcidos y los constructores sagrados abstraieran una parte sustancial de todo cuanto se había instaurado con fines integristas y meramente devocionales para que la marcha a Compostela, que se trató de convertir en acto penitencial —ya se sabe: sacrificio, penalidades y ofrenda del sufrimiento en aras del perdón de los pecados—, recuperase su remoto sentido iniciático, transformando a niveles de Conocimiento lo que oficialmente se planteaba como una entrega doctrinal a la inmensa voluntad de poder de la Iglesia.

Desde esa perspectiva espiritual, tendríamos que considerar que el milagro del Cebreiro aparece localizado tras un largo recorrido, durante el cual el peregrino había sido sometido a pruebas equivalentes al mismo proceso de iniciación que tenía lugar en las sociedades prelógicas anteriores al cristianismo. Y, si aceptamos ese paralelismo, que viene cargado de indicios que lo confirman, tendríamos que reconocer que la presencia de esta leyenda milagrosa se ubica en un instante concreto de la peregrinación en el que el caminante, como venimos diciendo, tenía que haber superado las pruebas más duras de la iniciación y, teóricamente al menos, se encontraba ya en condiciones de enfrentarse a su auténtica transformación interior. Y que esa transformación, paralela a la búsqueda iniciática del misterio hermético, lo había de conducir a la realización íntima de la Gran Obra, transformando su propia naturaleza del mismo modo que el alquimista transforma —transmuta— la materia sobre la que trabaja.

Por eso, no es cosa vana que el proceso alquímico sea nombrado tan a menudo por los filósofos como Camino de Santiago. Ni es superfluo que Nicolás Flamel y tantos otros maestros de la Alquimia recorrieran el Camino en pos de las claves que habrían de servirles para alcanzar la meta de la Gran Obra.

En ese profundo cambio espiritual es donde tendríamos que situar la leyenda de los corporales del Cebrero: como aviso al peregrino de que se encuentra ya en pleno proceso de purificación transformadora de su propio ser y en vías de alcanzar la transmutación interior. Y los avisos —no los evidentes, sino los ocultos, los que el peregrino tenía que buscar con todo su afán a flor de piel para afirmarse en su propia búsqueda— no iban a faltar a partir de aquí.

*A poco trecho del Cebrero, en **Biduedo**, el peregrino se tropezaría, en la ermita de San Pedro, con dos espléndidos signos solares, llamando a la dualidad que la obra presenta poco antes de su espléndida transformación. Un poco más allá, una iglesilla dedicada a la Magdalena le habría de recordar el carácter alquímico de este personaje evangélico, no sólo acompañante del Grial en la leyenda artúrica, sino vencedora de la Tarasca, el monstruo de materia impura que tratará todavía de que fracase el proceso que debe conducir hasta el hallazgo de la Piedra Filosofal.*

*Apenas un poco más adelante, había otro rito a cumplir por parte del peregrino, pero esta vez a modo de prueba de su correcto caminar. El **Filloval**, el caminante debía recoger una piedra de una cantera cercana y llevarla consigo hasta Compostela como ofrenda al Apóstol. ¿Ofrenda, tal vez, testimonial de que se era poseedor de la Otra Piedra?*

*En el monasterio de **Samos**, cuyos monjes se dedicaron también largamente a la alquimia del vino —sus licores llegaron a ser célebres entre los peregrinos—, vuelve a surgir la huella de la entrega a la Gran Obra. Y la prueba de esta dedicación monástica dicen que la tenemos en los numerosos incendios que sufrió el cenobio a lo largo de su historia. Para algunos, aquellos incendios, que obligaron a múltiples reconstrucciones del recinto monástico, se debieron en su mayor parte a combustiones alcohólicas y fueron como castigos divinos con que desde el cielo se sancionó a los monjes por su trabajo poco piadoso, a pesar de que sus licores se destinaban a curar los males de los peregrinos y de los campesinos de la comarca.*

Otra señal alquímica que nos plantea el monasterio es su primitiva advocación a los santos Julián y Basilisa. Y la llamo señal alquímica porque fue propio de la obra el que colaborasen en ella estrechamente unidos, como en la vida de esta pareja de santos, el maestro y su compañera, tal como nos lo muestran las imágenes del Mutus Liber y como nos lo recuerda la historia —posiblemente simbólica, al menos en parte— de Nicolás Flamel, que alcanzó la Piedra, según su propia declaración, gracias a la inestimable ayuda de su esposa, Perrenelle. Incluso la historia reconocida de este cenobio de Samos insiste en esta circunstancia, puesto que se sabe que su fundación se debe al abad Agerio y a su hermana, la abadesa Sarra, que instituyeron aquel lugar como enclave de santidad y como monasterio dúplice, es decir, de monjes y monjas. Y hasta se conoce a través de un privilegio otorgado por Ramiro II de León, a mediados del siglo x (931), que el monasterio fue transformado y entregado a una nueva comunidad para que fuera nuevamente santificado, pues, al parecer, se habían cometido en él «grandes maldades» no especificadas, por parte de gentes impúdicas y carentes de espíritu religioso.

Por si fuera poco, corre por estos parajes la convicción de que los monjes fueron en tiempo convencidos practicantes del oficio de herreros. Y muchos recordarán cómo el gran investigador de las religiones, Mircea Eliade, asoció también este remoto oficio a la práctica de la alquimia (Herreros y alquimistas, Alianza Editorial, 1977).

A propósito de estas actividades monjiles hay en Samos una leyenda clarificadora.

EL SUEÑO DE FRAY ANSELMO

DICEN QUE LA HISTORIA SUCEDIÓ en tiempos del abad fray Martín de la Vega, que tampoco yo sé en qué época ejerció su autoridad sobre el monasterio. Pero es cierto que el abad, fuera quien fuera, tiene menos importancia en esta historia que uno de

sus monjes, llamado fray Anselmo, que fue protagonista del hecho cuando ya era muy anciano.

Durante varias noches seguidas, el buen monje tuvo un sueño que se repetía siempre exactamente igual. Veía en él un soberbio pájaro de alas de oro que siempre aparecía por el mismo sitio y siempre volaba hasta posarse sobre cierto macizo de rocas cercano al cenobio y bien conocido de todos los monjes. Cuando el pájaro llegaba, las peñas se abrían y el pájaro desaparecía en su interior.

Fray Anselmo confesó por fin al abad las circunstancias de su sueño. Y el abad, al frente de todos los monjes de la comunidad, acudió al lugar. Todos juntos, bajo las indicaciones del anciano monje, separaron las peñas que se le abrían al pájaro en el sueño y descubrieron un pasadizo que se internaba en la tierra. Lo siguieron con la ayuda de teas y, al cabo de un largo caminar —largo les pareció, al menos—, alcanzaron un ensanche a modo de sala subterránea, en medio de la cual, sobre un túmulo y alumbrado por luces misteriosas que habían permanecido encendidas nadie sabe cuánto tiempo, descubrieron el cuerpo incorrupto de un anciano anacoreta rodeado de lingotes de oro.



La leyenda no tiene desenlace en este caso. Nadie ha sido capaz de decir quién pudo ser aquel eremita encontrado muerto en el interior de la caverna, ni qué fue del inmenso tesoro que custodiaba. Cabe pensar que los monjes guardarían celosamente aquel secreto, fuera cual fuera su significado. Y hasta cabe también pensar que se beneficiarían de él para su mejora interior.

De muy distinto talante, aunque siempre recurrente con el tema de lo femenino convertido en factor de transcendencia, es la presencia de la llamada La Fuente de las Nereidas, instalada en el centro del que se conoce como Claustro Viejo del Monasterio.

LA FUENTE DE LAS NEREIDAS

A CUALQUIERA QUE CONTEMPLÉ esta fuente habrá de chocarle la presencia en aquel lugar de aquellos auténticos monstruos femeninos de enormes pechos y aspecto casi serpentario. Cuando menos, llama a todos la atención que aquellas figuras tan poco piadosas, con tubos de agua asomándoles por sus extrañas bocas, se encuentren en aquel lugar dedicado a la oración.

Tampoco parece que aquella visión fuera del agrado de cierto padre provincial que, según se cuenta, a la vista del monumento, optó por ordenar que se quitase de allí y que, de ser deseo de los monjes conservarlo, se colocase en otro lugar que fuera menos significativo. La fuente fue desmontada y luego, pieza a pieza, intentaron llevársela al nuevo emplazamiento. Pero cuál no sería la sorpresa de la comunidad cuando, lo mismo que si se hubiera tratado de una de aquellas vírgenes remotamente encontradas, las piedras de la fuente comenzaron a aumentar de peso hasta el punto de impedir absolutamente su traslado, porque nadie, ni con la ayuda de las grúas más poderosas que se conocían, fue capaz de moverlas.

Al fin, convencidos de que las paganas nereidas querían seguir ocupando aquel lugar en el centro del claustro, decidieron reconstruir la fuente allí mismo. Prodigiosamente, las piedras volvieron a su peso normal y la operación se llevó a cabo sin mayores dificultades.



No viene al caso en su relación con la ruta peregrina que seguimos, pero sería cuando menos curioso consignar que en Samos pasó buena parte de su vida el padre Benito Jerónimo de Feijoo, una de las más poderosas personalidades de nuestra Ilustración del siglo XVIII. Y resulta aún más curioso consignar que fray Benito, que en tantos otros aspectos se mostró escéptico ante supersticiones populares y mitos obsoletos, mostró siempre en sus escritos una firme creencia en seres tales como nereidas, sirenas, tritones y otros monstruos

marinos. Su biógrafo, el doctor Gregorio Marañón, llegó a plantear si acaso el padre Feijoo tuvo «fe» en aquellas nereidas de Samos lo mismo que otros feligreses la tienen en otras imágenes más ortodoxas que tan a menudo se han mostrado capaces de realizar esos milagros que el pueblo espera siempre de sus santos y divinidades.

Buena parte del Camino que se extiende más allá de Samos carece de narraciones legendarias que justifiquen monumentos o que indiquen la presencia de antiguos mitos adoptados por la devoción cristiana. Sí nos encontramos, en cambio, ante una enorme riqueza en imágenes simbólicas en algunos lugares como **Portomarín**, cuya iglesia de San Juan, que fue propiedad de los Caballeros Hospitalarios sanjuanistas, nos muestra una colección de piedras talladas tal y como suelen dibujarse los juegos del alquerque, que nos llaman a la memoria de otros juegos iniciáticos que fueron en su día propios de peregrinos y, sobre todo, de las logias de constructores, de los que sabemos que utilizaron símbolos tradicionales para decorar sus edificaciones sagradas, haciéndolas portadoras de mensajes dejados como al azar para quien se sintiera con ánimos para descifrarlos.

Más allá de la sede santiaguista de **Vilar de Donas**, en cuyos frescos se nos plantean los secretos del amor cortés y el recuerdo de los trovadores influidos de catarismo, el tema amoroso estalla súbitamente, con toda su carga de simbolismo, en una breve leyenda conservada junto al lugar de **Palas do Rei** y que tiene como escenario el soberbio castillo de Pambre, que parece proteger el lugar y vigilar el paso de los peregrinos.

LAS DOS HERMANAS DEL CASTILLO DE PAMBRE

EL CASTILLO, HACE MUCHOS SIGLOS, estaba habitado por un poderoso y devoto señor, padre de dos bellísimas doncellas. El castellano había tomado por costumbre alojar en el castillo a los



... Las dos hijas del señor del castillo de Pambre...

nobles que pasaban por allí siguiendo el Camino peregrino, a los que agasajaba para hacerles más llevadero lo que les quedaba de ruta hasta alcanzar Compostela. Y, en una ocasión, recogió, casi moribundo, a un aristocrático caballero francés que había enfermado en las últimas etapas y se encontraba muy grave.

Las dos hijas del señor del castillo se entregaron a los cuidados del enfermo, que era joven y apuesto, y las dos se sintieron muy pronto prendadas de su porte y de su nobleza, aunque ninguna de ellas, conocedora cada una de los sentimientos de su hermana, quiso insinuarse al enfermo.

Cuando el caballero entró en la fase de convalecencia de su enfermedad, se fijó especialmente en una de las muchachas, mientras la otra se retiraba prudente para dejar el campo libre a su hermana. Así surgió el amor entre ambos y, antes de dejar el castillo, el caballero pidió su mano al padre, que se la concedió gustoso. Las bodas se celebraron en la catedral de Compostela y, ya marido y mujer, ambos regresaron a Francia para instalarse en las posesiones del noble señor.

La otra hermana quedó sola, pero nunca perdió la esperanza de que su amor apareciera algún día siguiendo la senda de los peregrinos. Pasaba el tiempo sin moverse de la torre que había tomado como vigía de su esperanza y, transcurrido el tiempo, un día la encontraron muerta y fría, con la mirada clavada en el horizonte caminero.



Resulta curioso encontrar, en medio de un camino especialmente dedicado a las devociones, una leyenda como ésta que, lejos de llamar la atención del caminante sobre temas religiosos, se vuelca en la exaltación de la más pura pasión humana. Sin embargo, tendríamos que recordar que hubo una época muy concreta, el siglo XIII, en el que el Amor se convirtió en un tema casi religioso, a través de la exaltación de la mujer como representación humana de la Diosa primigenia, a la que el varón debía amar con la misma fuerza espiritual que se debía prodigar a las viejas deidades paganas.

*Recordemos de nuevo al peregrino que no se hallaba lejos de esta concepción del mundo el ambiente caballeresco y casi herético que reflejaban las figuras del no tan distante lugar de **Vilar de Donas**.*

*No es extraño, pues, que apareciera esta historia muy cerca de donde, también con un hondo arraigo en el mundo de la peregrinación, había surgido otra leyenda de curiosas concordancias con la sacralidad femenina. La narración la encontramos en el lugar de **Leboreiro**, un lugar llamado precisamente así, Campus Leporarius, por la fama que tenía a causa de la gran cantidad de liebres que dicen que se criaban en sus contornos.*

LA APARICIÓN DE SANTA MARÍA DE LEBOREIRO

SE CUENTA ESTA HISTORIA como sucedida muy cerca de la actual iglesia consagrada a la Virgen, que por aquel entonces no había sido todavía construida. Con gran sorpresa de los vecinos, en aquel lugar comenzó a manar de pronto una fuente que durante el día emitía aromas incomparables y por la noche se iluminaba con luces que nadie sabía de dónde procedían. Seguros de que aquel misterio contenía un hecho milagroso en ciernes, todos los hombres del pueblo se decidieron a escarbar el suelo en torno a la prodigiosa fuente. Y, en efecto, a poco de estar sumidos en aquella tarea, apareció enterrada una hermosísima imagen de Nuestra Señora. Los vecinos, felices por el hallazgo, trasladaron inmediatamente la imagen a la parroquia, después de limpiarla cuidadosamente. Pero apenas volvieron a sus casas, la imagen abandonó el lugar y regresó adonde había sido hallada, junto a la fuente. Tantas veces como intentaron el traslado, tantas otras volvió la imagen a su lugar de origen.

Pensaron en levantarle una capilla allí mismo, pero un cantero que vivía en el pueblo tuvo una idea mejor. Tras dejar a la Virgen resguardada bajo un tenderete provisional, los vecinos se afanaron por levantar a toda prisa una parroquia nueva, mientras el hábil cantero labraba una imagen que era el vivo retrato de la que habían

encontrado y la colocaron en el tímpano del santuario. Solo entonces consintió la imagen en quedarse en su nueva sede. Pero todavía dicen los vecinos que, cuando nadie la ve, por las noches, la Virgen sale de su capilla y se dirige a la fuente para bañarse en ella.



Nunca antes de esta narración creo haber oído de una imagen de Nuestra Señora que escape de su altar y acuda a bañarse a la fuente milagrosa de donde procede. Y hasta tengo el convencimiento de que no nos encontramos ante una narración nacida de raíces ortodoxas originales, sino ante el recuerdo latente de un culto a las criaturas femeninas de las aguas, que fue adaptado a las devociones impuestas por el cristianismo triunfante.

Merecería igualmente detenerse en las liebres que dieron nombre al pueblo donde nació esta leyenda, pues este animal es uno de los que con mayor incidencia surge en el mundo simbólico tradicional en muchos países del planeta, como ya apuntamos poco más atrás con la leyenda de San Froilán. Por su parte, en China, la liebre tiene su vivienda situada en la luna, del mismo modo que los aztecas, bajo el nombre de Coyolxauhqui. Entre los mayas, la diosa lunar aparece salvada por un héroe-liebre. Y en el Tao aparece como preparadora —alquímica— de la droga que confiere la inmortalidad. Como vemos, la liebre es un símbolo universal asociado a menudo a las figuras femeninas y a los ritos más primitivos de fecundidad.



La ciudad sagrada



DESDE HACE MUCHOS AÑOS, un libro extrañamente lúcido de Louis Charpentier (Les Jacques et le Mystère de Compostelle, 1971) me convenció de que el Juego de la Oca era un manual lúdico concebido para la enseñanza iniciática de los peregrinos del Camino de Santiago. Desde entonces, he trabajado sobre la Ruta teniendo a menudo en cuenta dicha circunstancia. Y algunos otros estudiosos del fenómeno jacobeo han hecho lo mismo que yo, con la diferencia de que se les olvidó mencionar las fuentes de donde habían extraído la primera información.

No voy a volver aquí sobre este asunto ya largamente tratado, salvo para confirmar que dicho juego, entre otras muchas advertencias, señala una parte al menos de algunas circunstancias camineras, como ese paso del mito al rito que aquí he venido resaltando y cuyas razones más profundas habrían sido demasiado prolijas de explicar, porque nuestro fin, al recorrer una vez más el Camino, era otro.

Sin embargo, sí hay un factor, creo que también perfectamente señalado en las reglas de ese Juego de la Oca, aunque suele pasar deliberadamente desapercibido, que merece la pena poner de manifiesto. Se trata del lugar de este mapa simbólico donde habría que ubicar a Compostela. Todos los que han establecido el paralelismo entre el Juego y el Camino, Charpentier incluido, se han inclinado por identificar la meta del tablero —esa que suelen llamar la Gloria— con Compostela, obedecien-

do al pie de la letra el concepto de la peregrinación oficialmente establecido. Para todos ellos, Santiago de Compostela es el fin de la peregrinación. Por mi parte, no comparto esta idea y así lo he manifestado muchas veces. Antes bien, tengo el convencimiento de que los que idearon el juego a modo de una cartografía iniciática —que eso es lo que viene a ser, al fin y al cabo— dejaron bien establecida su intención en este sentido.

Hay una casilla, la de la Muerte, señalada generalmente en los tableros por la presencia de un cráneo con las tibias cruzadas, para la cual las reglas del juego establecen que, quien caiga en ella, tendrá que abandonar el juego o emprenderlo de nuevo desde sus inicios. Es decir: que si los dados le hacen caer en ella, habrá hecho una partida totalmente inútil. O, dicho de otro modo: que de nada le habrá servido seguir con fortuna todo el recorrido hasta allí, ni habrá podido aprovechar ninguna de las enseñanzas adquiridas, si cae en la trampa que le reserva esta casilla y se conforma con el mensaje que le transmite este lugar: un mensaje marcado por la figura y el signo de la Muerte, tal y como indica el tablero.

Si esto es cierto, y muchos factores parecen abonarlo, Compostela no sólo no sería la meta final del peregrinaje, sino que aquellos peregrinos que se conformasen con llegar a ella y cumplir con los ritos establecidos en este sentido por la Iglesia habrían llevado a cabo un viaje inútil. Volver desde Santiago a casa significaría lo mismo que abandonar el juego. Y la única opción sería regresar al inicio y reemprender de nuevo el Camino, pero esta vez captando su mensaje como es debido: la única manera posible de sacarle provecho a la peregrinación, estar en condiciones de sobrepasar la casilla fatídica y alcanzar esa victoria definitiva que se identifica con la Gloria.

¿Qué significado oculto puede tener esta circunstancia, celosamente fomentada con la más estricta discreción por quienes planificaron el factor esotérico del caminar jacobino? Vamos a tratar de indagarlo rebuscando en lo que sucede en Santiago, en lo que allí se indicaba en secreto a los peregrinos, en lo que se les sugería sutilmente que tenían que hacer, rezar y ritualizar.



... habían prometido visitar la casa del Bienaventurado Santiago...

Curiosamente, en este recorrido por las leyendas y los ritos que van surgiendo desde que se entra en la Ciudad Santa, descubrimos que en ella manda la Muerte. Es decir, que, seguramente con mayor incidencia que en todo el resto de la Ruta, la Muerte es dueña y señora de dicha meta. Y que la tal meta, por serlo, rebosa de pruebas y señales para la mayoría, indicándoles que aquél es el reino de la Muerte, aunque no se trate de la muerte tal y como la concebimos exotéricamente —es decir, como final de todo—, sino como paso obligado a otra Realidad.

Uno de los milagros atribuidos a Santiago, incluido en el antiguo manuscrito del Codex Calixtinus de Aymeric Picaud —concretamente el que lleva el número IV— y posteriormente reproducido tanto por Vincent de Beauvais como por Jacobo de la Vorágine, parece contener las claves de este aserto. Merece la pena de ser recordado, aunque su mensaje aparece como elemento secundario en la historia, o tal vez como un factor tenido por el narrador como tan obvio que ni siquiera considera fundamental el hecho de ser destacado. Trataré de contarle casi con las mismas palabras que emplea Picaud.

DE LOS 30 LORENESES Y DEL DIFUNTO QUE EL APÓSTOL TRANSPORTÓ EN UNA SOLA NOCHE DESDE LOS PUERTOS DE CIZA A SU IGLESIA

POR ESTE MILAGRO DEL BIENAVENTURADO SANTIAGO, hijo de Zebedeo y Apóstol de Galicia, se demuestra que las Sagradas Escrituras dicen la verdad cuando afirman que más vale no prometer nada antes que incumplir la palabra dada.

Se nos contó que treinta prohombres del país de la Lorena habían prometido visitar la casa del Bienaventurado Santiago en cumplimiento de un piadoso voto. Esto sucedía en el año de la Encarnación de 1080. Pero, sabiendo que el espíritu humano cambia por mil razones, establecieron un pacto entre ellos que

los obligaba a guardarse mutua fidelidad. Sólo uno del grupo se negó a comprometerse mediante juramento. Y así emprendieron el camino hasta alcanzar una ciudad de Gascuña conocida como Portam Clausam (*por cierto, un nombre que ni los padres bolandistas han logrado localizar*). Allí cayó enfermo uno de ellos, viéndose imposibilitado para continuar el viaje por su propio esfuerzo. Sus compañeros le ayudaron todo cuanto pudieron hasta alcanzar el Puerto de Ciza, recorriendo en quince días el trecho que, en condiciones normales, les habría costado apenas cinco. Pero una vez allí, rendidos por el esfuerzo y viendo que el mal de su compañero no remitía, sino que se agravaba, abandonaron al enfermo y siguieron su camino. Sólo el que se había negado a jurar el compromiso se quedó junto a él.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, el peregrino ayudó a su amigo enfermo a seguir un poco más, pero, llegados a la cumbre del puerto de Ciza a la caída del día, el moribundo entregó su alma a Dios y abandonó este mundo en pos de la paz del Paraíso, conducido por el Bienaventurado Santiago. Su amigo, viendo caer la noche sobre él y sin posibilidad de enterrar al muerto, sintió verdadero terror ante la soledad que le rodeaba. Entonces se encomendó a Santiago, pidiéndole ayuda con el corazón suplicante.

Al poco tiempo, el solitario peregrino escuchó las pisadas de un caballo a sus espaldas y, al volverse, vio acercársele un caballero de buen porte, jinete en un soberbio caballo blanco, que se detuvo junto a él, preguntándole:

—¿Qué haces aquí, buen hombre?

—Señor, traté de enterrar a mi compañero muerto, pero no encuentro con qué hacerlo en estas soledades.

—Sube al muerto sobre mi caballo, siéntate conmigo en la grupa y buscaremos un lugar digno para enterrarlo.

Así lo hicieron. Y, ¡oh admirable clemencia divina!, en una noche el caballo recorrió todo el camino que quedaba hasta alcanzar Compostela y, con la primera luz del alba, se detuvo en el Monte del Gozo, apenas a media legua de la basílica del Apóstol.

—Deja aquí al muerto y ve a pedir ayuda a los canónigos de la basílica, para que te ayuden a enterrarlo —le dijo el caballero—.

Cuando veas que los funerales de tu compañero se han cumplido honorablemente, quédate una noche en oración ante mi imagen y regresa a casa. Te encontrarás a tus compañeros por el Camino, cerca de León. Diles que, como han obrado con deslealtad a su propia promesa, abandonando al enfermo, su viaje y sus oraciones no me satisfarán hasta que hayan cumplido una digna penitencia que les perdone su gravísimo pecado.

El peregrino comprendió que se trataba de Santiago en persona y quiso arrojarle a sus pies, pero el supuesto caballero desapareció de su vista antes de que llegase a dar las gracias a quien le había acompañado.

Esto lo llevó a cabo Nuestro Señor y, a nuestros ojos, es algo admirable. He aquí lo que Nuestro Señor es capaz de hacer: regocijémonos.



Creo que la clave oculta de la narración de Picaud se encuentra, fundamentalmente, en el hecho de que el muerto es conducido hasta su meta en una sola noche, sin tener que afrontar un aprendizaje al que su propia muerte se ha adelantado, lo mismo que a su compañero, que adquiere la iluminación con sólo cumplir fielmente con los dictados de su conciencia, sin que le llegue a hacer falta aprender las enseñanzas que le habrían de llegar tras el recorrido del resto del Camino. Al mismo tiempo, se pone de manifiesto que la meta jacobea es meta de muerte y que el Monte del Gozo, donde habrá de ser enterrado el enfermo que no pudo cumplir con el rito iniciático de la peregrinación, supone el final de la etapa, pero no el fin de la iniciación interrumpida por la muerte.

Con todo, este milagro no supone toda la clave que encierra Compostela. La exaltación de la muerte es planteada como una realidad más allá de la cual se esconde otra que es desconocida hasta que se alcanza dicho trance, bien real, bien simbólicamente, como está sutilmente indicado en otro de los milagros jacobeos incluidos en el Códice de Picaud: el que lleva el núme-

ro II y es contado del siguiente modo, que también voy a reproducir casi textualmente, porque lo que se dice en el texto supera la fantasía que yo pudiera añadirle:

DEL NIÑO QUE EL APÓSTOL RESUCITÓ EN EL BOSQUE DE LOS MONTES DE OCA

EN EL AÑO DE LA ENCARNACIÓN de Nuestro Señor de 1108, un hombre de la tierra de Francia, con la esperanza puesta en lograr descendencia, según es costumbre, tomó mujer legítima. Largo tiempo vivió con ella, pero, a causa de sus pecados, se vio siempre frustrado en su esperanza. Como consecuencia de aquello, profundamente afligido porque se veía privado de un heredero, decidió visitar a Santiago y pedirle un hijo de viva voz. Así, sin esperar a más, caminó a la casa del Apóstol y, una vez allí, se arrodilló ante él llorando y rezando desde lo más profundo de su corazón, lo cual le valió obtener lo que había venido a pedir al Apóstol de Dios.

Según la costumbre, pues, una vez terminada su oración y habiendo pedido permiso al bienaventurado Santiago, volvió a su tierra sano y salvo. Y allí, después de tres días de ayuno y oración, tuvo acceso a su esposa y de esa unión quedó encinta la mujer.

Transcurrido el tiempo, ella dio a luz un hijo, al que dieron, a causa de su alegría, el nombre del apóstol. El hijo creció y, a la edad de 15 años, en compañía de sus padres y de su madre y de algunos parientes, tomó el camino de Santiago.

Gozando de buena salud llegaron a los montes llamados de Oca pero allí el niño, presa súbitamente de una grave enfermedad, rindió su alma. Y a causa de su muerte, sus parientes, librándose a terribles transportes de furia, como los posesos, llenaron con sus lamentos y sus gritos el bosque y el monte entero. La madre, haciendo estallar su dolor aún más fuerte que todos los demás, dirigió las siguientes palabras al Bienaventurado Santiago:

—Bienaventurado Santiago, a quien Dios otorgó tanta fuerza, hasta el punto de concederme un hijo, hazle volver a la vida. Devuélvemelo, puesto que tú puedes hacerlo, decía. Si no lo haces, me mataré aquí mismo o me haré enterrar viva a su lado.

Mientras decía esto, los demás habían concluido los funerales del niño y lo conducían a la tumba que le habían preparado, pero por la misericordia de Dios y por los ruegos del Bienaventurado Santiago a Nuestro Señor, el niño se despertó como si volviera de un profundo sueño. Todos cuantos estaban presentes, hondamente felices por tal milagro, glorificaron al Señor.

El niño, vuelto a la vida, contó a todos los presentes cómo el Bienaventurado Santiago acogió su alma en su seno, es decir, en el reposo eterno, y de qué manera la había devuelto a su envoltura corporal con el permiso divino: lo había tomado por el brazo derecho y lo había sacado de la muerte, aconsejándole que corriera junto a sus padres por el mismo camino seguido por los peregrinos jacobeos. Y el adolescente explicó que le había sido más dulce la estancia en la Patria Celestial que ahora en la vida terrena que había recuperado. A continuación se puso en marcha, seguido de sus padres, camino de la Casa del Bienaventurado Santiago. Había nacido gracias a la intercesión del santo Apóstol y ahora era presentado ante su venerado altar.

Este hecho fue realizado por el Señor y es admirable a nuestros ojos.



Picaud concluye la leyenda asombrado por el hecho de que un muerto —Santiago— hubiera sido capaz de resucitar milagrosamente a un vivo, cuando la tradición cristiana había insistido siempre en que estos milagros de resurrección fueron siempre realizados por vivos, como sucedió con los que se reconocen de Jesucristo y de San Martín. Y de este prodigio saca la conclusión de que Santiago, a pesar de estar muerto y de ser su tumba el objeto de la visita de los peregrinos, era en realidad un ser vivo que gozaba de la vida a la vera de Dios en persona. Y ter-

mina la narración proclamando: «Todo es posible para aquel que cree.»

Sin duda, el mensaje que podía extraer un peregrino realmente lúcido era el de arañar la naturaleza de la Muerte Iniciática que había emprendido al ponerse en marcha hacia Compostela, proclamada a través de las supuestas palabras del resucitado, que había llegado a experimentar la auténtica naturaleza del tránsito. Al mismo tiempo, el relato era también una preparación a la experiencia transcendente que el peregrino tenía que vivir en la ciudad santa.

Éste, apenas penetraba en su recinto por la puerta Francígena, tras la carrera que había emprendido desde el Monte del Gozo, pasaba junto al convento de Santo Domingo de Bonaval y bordeaba el llamado Crucero Bonito, un monumento cargado de figuras dramáticamente expresivas que parecen pegarse materialmente al Crucifijo, como si quisieran entrar a formar parte de él. A propósito de este Crucero se cuenta la siguiente leyenda:

EL RUEGO DE JUAN TOURÓN

FUE A PRINCIPIOS del siglo XIV, cuando la rebelión de los Irmandiños terminó con la derrota definitiva de aquellos luchadores por las libertades del pueblo gallego frente a los abusos de la nobleza. Los principales cabecillas de la revuelta fueron presos, precipitadamente juzgados y, en su mayoría, condenados a muerte.

Entre aquellos derrotados se encontraba Juan Tourón, a quien el pueblo llamaba *O Home Santo*. Si alguno de aquellos rebeldes se ganó la simpatía de la gente fue él, pero la justicia de los vencedores quiso cebarse en el amplio impacto que tenía sobre sus conciudadanos y le condenó a la horca, el suplicio reservado a los malhechores de baja estofa, porque los condenados de alta alcurnia eran decapitados. La comitiva, camino del cadalso, entró en la ciudad y pasó ante el Crucero Bonito. Ante él, el condenado

se hincó de rodillas y todo pudieron oír que clamaba a la Virgen: «¡Ven e valme!» —ven y ayúdame.

Apenas pronunció estas palabras, Juan Tourón cayó muerto sin que nadie le hubiera tocado, librándose así del infamante suplicio que le esperaba.



El milagro de la Virgen con el condenado se resuelve en una piadosa muerte que le evita el suplicio que la justicia le reservaba. Es el primer encuentro inmediato del peregrino con el mosaico de muerte que le aguarda en Compostela. Una Compostela que, ya de por sí, es una inmensa tumba, precisamente la del Apóstol al que se ha venido a visitar.

El peregrino sigue caminando por el trazado señalado por la tradición. En la misma calle de las Casas Reales se encuentra la llamada Capilla de las Ánimas, sobre cuyo portalón destaca un descomunal relieve que a nadie puede pasar desapercibido. Representa a las almas del Purgatorio —nueve almas con el rostro y los cuerpos pintarrajeados de vivos colores— quemándose en las rojas llamas de la purificación. Y, poco antes de desembocar ante la catedral, que es la meta material de su visita, todavía se encuentra, sobre el portón de San Payo de Antealtares, con la imagen trágica del santo titular, con la cabeza bendida por un alfanje. Son tres claves que colocan al peregrino frente al fenómeno de la Muerte desnuda, antes de que penetre en la que siempre fue reconocida como la Casa del Apóstol, la catedral.

La sede compostelana significaba, para el peregrino, el encuentro definitivo con la vida trascendente que se alcanzaba, según su concepto del Camino, al llegar a la Ciudad Santa. Allí debía tener lugar la purificación definitiva, el abandono de toda la vida anterior y la asunción de la nueva realidad. Lo que el peregrino fue antes de llegar allí tenía que borrarse de su vida, para abrirse a la experiencia del Conocimiento revelado a través de la simbología plasmada por el maestro Mateo y por todas las claves que contiene el templo. Claves que ya no eran anuncio,

sino expresión inmediata de la Nueva Realidad. Y que tampoco venían mostradas por un solo factor —el símbolo hecho piedra—, sino por la memoria de otros prodigios que, para el peregrino, no eran sino plasmación de la potente energía espiritual en cuyo ámbito se había penetrado. Así se expresa claramente en otro de los milagros de Santiago narrados por Picaud, que, en su relación, aporta las claves inmediatas de esa realidad.

LA CONFESIÓN BORRADA

SUCEDIÓ, SEGÚN EL *Codex*, en tiempos del primer obispo Teodomiro, al que se atribuye haber encontrado la tumba de Santiago. Y el protagonista fue un peregrino italiano que, habiendo cometido un terrible pecado, lo confesó a su propio obispo, que le impuso como penitencia solicitar el perdón directo del Apóstol, peregrinando a su sepulcro y confesándole en persona su falta.

Llegado a Compostela, se postró ante la imagen de Santiago y, tras una conmovida oración pidiendo fervientemente el perdón de sus terribles faltas, depositó a los pies del altar un escrito de su puño y letra en el que las detallaba de cabo a rabo.

Cuando, al día siguiente, el obispo Teodomiro acudió a celebrar la eucaristía ante aquel altar, encontró el papel sobre la alfombra, a los pies de la imagen. Quiso saber quién lo había dejado allí, y el penitente se presentó ante él, proclamando de nuevo y en voz alta su pecado. Entonces el obispo abrió los pliegues de la cédula dejada allí por el peregrino y vio que en ellas no había ya nada escrito. Y convencido de que los pecados de aquel peregrino habían sido perdonados directamente por el Apóstol, se negó a imponerle penitencia alguna, diciendo:

—Esto ha sido realizado por el Señor y, a nuestros ojos, es una cosa admirable.

Borrón y cuenta nueva; en ese factor de trascendencia estaba basada toda la peregrinación, tanto la que se realizaba cumpliendo con las normas y los ritos exigidos por la ortodoxia como la que se llevaba a cabo como una búsqueda de la identidad por parte del peregrino más lúcido. La esperanza de los sencillos creyentes se basaba en el perdón de sus pecados. La otra esperanza, la de los que podríamos considerar como buscadores, en el encuentro con los signos de reconocimiento que les abrirían las vías a una visión distinta y nueva de la Realidad superior. La meta jacobea suponía para unos y otros el inicio de otra vida o, si queremos ser exactos, el inicio de la Vida, tras el paso por experiencias simbólicamente más o menos cercanas a la muerte, con su correspondiente cambio radical de las actitudes vitales.

Ritos y signos de reconocimiento se manifiestan a través de las leyendas que fueron creándose a lo largo del Camino. Y Compostela era el lugar donde se aclaraban definitivamente sus razones y sus motivos, tomando el verdadero sentido que les correspondía en el concierto mágico de aquella iniciación. Así se atisba claramente en otra más de las leyendas del Codex Calixtinus, la que lleva el número XVI y cuya autoría se atribuye al abad Hugo de Cluny.

DEL CABALLERO QUE FUE LIBERADO POR EL APÓSTOL EN LA HORA DE SU MUERTE

UN CABALLERO DE LA DIÓCESIS de Lyon cabalgaba con otros compañeros a la tumba del Apóstol cuando se encontró por el Camino a una pobre mujer que lo hacía a pie y que cargaba con una pesada alforja que contenía todo el pobre patrimonio que necesitaba para subsistir a lo largo de la ruta. La mujer, al ver al caballero, le pidió el favor de llevarle la alforja a la grupa durante la marcha, para poder caminar mejor. Así lo hizo éste y así siguieron el Camino: durante el día, el caballero lionés llevaba la alforja a lomos de su caballo y, durante la noche, la mujer la recuperaba

para poderse cubrir del frío con las mantas que contenía y para poder comer de los humildes alimentos que guardaba en ella.

Un trecho más adelante, cuando aún quedaban casi dos semanas para alcanzar Compostela, se tropezaron con un mendigo que casi agonizaba de cansancio al borde del Camino. El mendigo, dirigiéndose al caballero, le pidió insistentemente que le cediera su caballo, pues, de lo contrario, moriría de cansancio antes de poder alcanzar la Ciudad Santa. También a esta petición accedió el caballero y, desde entonces, y hasta alcanzar la tumba del Apóstol, caminó a pie, cargado con la alforja de la peregrina y apoyándose en el bordón del mendigo.

Cuando llegó a Santiago, estaba tan cansado y enfermo que dio con sus huesos en un hospital y sus compañeros se dieron cuenta de que la muerte le andaba cercana. Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos a la hora de convencerlo para que recibiera la extremaunción y la eucaristía, porque el caballero se mantenía inmóvil en su cama, mudo y con la mirada perdida. Así transcurrieron al menos tres días, al cabo de los cuales el caballero pareció volver en sí y, mirando por primera vez a sus compañeros, les confesó:

—He pasado unas horas espantosas, rodeado de monstruosos pecados que querían apoderarse de mí y arrastrarme a los infiernos, sin darme la menor opción a defenderme. Pero, de pronto, ha aparecido el bienaventurado señor Santiago, armado con el bordón del mendigo a modo de lanza y las alforjas de la peregrina sirviéndole de escudo y los ha hecho retroceder hasta que me han dejado en paz, precipitándose en el Infierno de donde vinieron. Ahora puedo ya morir tranquilo.

Después de haber confesado aquella espantosa aventura con voz clara y firme, el caballero recibió devotamente los consuelos que preceden a la muerte y entregó su alma al Creador, dando gracias al Apóstol que lo había salvado.



Posiblemente, el reconocimiento consciente de los signos, bien cuando se manifiestan a través de los relatos legendarios o cuando

surgen asociados a los ritos, configuran la clave de la iniciación jacobea. Por eso, conviene buscarlos, localizarlos y situarlos en su contexto preciso siempre que se trata de entender el significado de la Ruta y las razones de su sacralidad. Pero, después de haber recorrido el Camino con los ojos abiertos y de haber penetrado en los motivos encerrados en los mitos y en el cúmulo de rituales que proliferan en él, muchos de ellos oscuros y recónditos, el auténtico sentido de la peregrinación se evidencia y el peregrino, una vez llegado a Compostela, tiene que ser capaz de penetrar en su significado y saber establecer el diccionario de la trascendencia que comportan y hasta las relaciones que los unen. Factores del Camino tan aparentemente materiales como el oro, el agua de los ríos, sus puentes, el fuego que proviene del Sol o la misma tierra que se pisa durante la andadura, adquieren su sentido y convierten la marcha en un cúmulo de significados, que las narraciones milagrosas y sus correspondientes ritos se encargan de transformar en factores analógicos repletos de sentido numinoso, al margen de la devoción simple e ingenua que suscitan en aquellos a los que únicamente guía su propia credulidad, su fe de carbonero. Precisamente esa expresión dicen que viene de la historia de Cotolay, que constituye un ejemplo deliciosamente ingenuo de lo que la autoridad religiosa habría querido que fuera la figura ideal del feligrés.

COTOLAY

EL VIAJE PEREGRINO de San Francisco de Asís a Compostela pudo ser cierto, pero no lo es menos que, en torno suyo —como habremos tenido la oportunidad de comprobar en otras historias que han permanecido vivas a lo largo de la Ruta—, se tejieron muchos relatos legendarios que, en realidad, nos van dando cuenta de factores iniciáticos vividos en el Camino por el santo de Asís. En este caso se cuenta que San Francisco, al llegar a Compostela, se instaló en una ermita dedicada a San Payo, que se

encontraba a la vera del monte Pedroso y que, muy cerca de allí, tenía su cabaña un pobre carbonero llamado Cotalay, que, desde la llegada del santo, se convirtió en su más devoto seguidor.

Cierto día, San Francisco, mientras contemplaba al carbonero hacer el foso para enterrar los troncos que se habrían de convertir en carbones, le comentó que había tenido una visión en la que Santiago en persona le había sugerido la conveniencia de fundar un convento en Compostela y la posibilidad de que el mismo Cotalay se encargase de levantarlo. El carbonero se encogió de hombros:

—Padre Francisco, si ni siquiera saco para vivir, ¿de dónde habría de sacar para levantar una casa, por humilde que fuera?

El santo hizo como que no lo escuchaba. Le pidió que lo acompañara a la ciudad y, una vez allí, comenzó a buscar un lugar apropiado y lo halló en un terreno que la gente llamaba *O Val do Inferno*, que era propiedad de los monjes del monasterio de San Martín Pinario. Sin pensarlo dos veces, acudió al abad, le expuso sus intenciones y obtuvo la cesión de aquel espacio a cambio de un cesto de peces al año.

—Ya tenemos el sitio. Ahora no falta más que levantarlo. Y de eso te vas a encargar tú.

—De veras, padre, que no sé cómo.

—Yo tampoco. Pero ve a esa fuente que nos nutre de agua y cava a su lado.

Así lo hizo el bueno de Cotalay, confiado en todo cuanto le sugiriera el maestro. Los primeros intentos resultaron vanos, pero, cuando llevaba cavando varios metros sin rechistar y sin dudar un solo instante de lo que el santo le había dicho que hiciera, notó algo duro, lo sacó y se encontró con un cofre que, al abrirlo, resultó estar lleno de oro y piedras preciosas.

—Ea, ya tenemos los fondos. Adminístralos convenientemente y tendremos convento para nuestros hermanos.

San Francisco se marchó de Compostela, pero Cotalay cumplió con creces su deseo y no sólo levantó el convento, sino que pudo seguir viviendo de lo que sobró y hasta llegó a ser regidor de la ciudad. Se asegura que murió en 1288 y fue enterrado en la iglesia de los franciscanos, como cuenta una lápida allí existente.



La leyenda contiene todos los tópicos y todas las claves de la historia exclusivamente devota y poco tiene que ver con los factores que contribuyen a la salvación del peregrino consciente, siempre que demos a esta palabra su auténtico sentido. Pero el cumplimiento estricto de las reglas del juego trascendente llevan a que el acto mismo de la peregrinación adquiriera su sentido y permita que el caminante, en ese viaje a la vez exterior e interior, encuentre los motivos que le han de llevar al hallazgo de su verdadera identidad. El ejemplo viene de la mano de otra leyenda milagrosa del Camino, presente en el Calixtino (milagro XVII) y reelaborada posteriormente por Gonzalo de Berceo, que la incluyó entre los Milagros de Nuestra Señora, donde aparece en octavo lugar de la relación y lleva por título.

EL PEREGRINO TENTADO POR EL DIABLO

ÉSTA ES LA HISTORIA de Gerardo, un sencillo talabartero lionés que, lleno de devoción por el Apóstol, acudía casi todos los años a visitarlo haciendo el Camino a pie, pero sin que, hasta entonces al menos, hubiera llegado a tener conciencia plena de lo que aquel viaje significaba.

Sucedió que un año, precisamente el día anterior a emprender el Camino, Gerardo cayó en un desliz y, olvidando la costumbre que exigía mantenerse puro de hembras durante la peregrinación, tuvo una precipitada relación con una muchacha. Ni siquiera llegó a tener conciencia de la ruptura que había hecho de las reglas y, tal como tenía previsto, emprendió al día siguiente el Camino. Y llevaba muchos días de marcha cuando, cierta noche, tras una jornada especialmente dura, se le presentó en sueños el diablo, que se había vestido con ropas iguales a las de Santiago y que se atrevió incluso a hacerse pasar por el Apóstol al dirigirse al humilde peregrino pecador.

—Siempre me alegré de tus visitas —le dijo—, pero esta vez has emprendido el Camino hundido en el pecado y eso no te lo puedo perdonar. Has fornicado cuando yo exijo la pureza de mis fieles y, por lo tanto, no vas a encontrar consuelo en esta visita.

El pobre talabartero se sintió culpable y ya estaba dispuesto a regresar a su pueblo para cumplir con su obligación antes de reemprender el Camino, pero el diablo adivinó sus pensamientos.

—No hay tiempo, hermano. Tu arrepentimiento y tu castigo deben tener lugar aquí mismo. De manera que deberás (empleando las mismas palabras que usa Berceo) cortarte «los miembros que façen el forniçio» y purgar con tu dolor la gravísima falta que has cometido.

—¡Pero eso puede suponer mi muerte, señor! —exclamó el pecador espantado de miedo y creyendo que Santiago era su interlocutor.

—Si mueres, vendrás a mí sin problemas, porque habrás muerto por castigar tu propio crimen y serás como un mártir: santo por tu propio sacrificio.

Engañado por las malas artes del diablo, el peregrino se emasculó y, a continuación, se clavó en el vientre el mismo cuchillo que acababa de emplear, muriendo en pocos instantes. Entonces, toda una legión de diablos acudió a llevarse su alma al infierno, alegres por su éxito en la persona de un peregrino tan fiel como el talabartero Gerardo lo había sido. Pero aún no habían recorrido la mitad del camino hasta la boca del infierno cuando les alcanzó el auténtico Santiago, que les arrebató su presa y devolvió la vida al pobre hombre, que despertó rodeado de vecinos y peregrinos que habían acudido a enterrar su cuerpo, encontrado en medio de un espantoso charco de sangre. Las heridas que se había infligido a sí mismo curaron lentamente y le quedó una terrible cicatriz, mientras que de su miembro cortado, según cuenta textualmente el *Calixtino*, «creció la carne formando una suerte de verruga por la cual podía orinar». Su cuerpo fue examinado después por el abad Hugo de Cluny, que certificó el milagro de que había sido objeto.

*Es de notar, a propósito de estos milagros que abrieron el Camino a las grandes peregrinaciones medievales, que muchos de sus elementos habían sido ya detectados por los viajeros a lo largo de toda la ruta que les había ido conduciendo hasta Compostela. Así, del mismo modo que éste que acabamos de narrar inspiró a Berceo uno de sus mejores fragmentos en los Milagros de Nuestra Señora, a la que hizo intervenir a la vera del Apóstol, éste mismo, tal como es descrito en el texto del Calixtino, nos permite incluso comprender algunas de las advocaciones de Santiago que han surgido a lo largo del Camino. Así, cuando el peregrino lo describe en el momento en que aparece realmente (y no suplantado por el diablo), lo hace dándole un aspecto juvenil y macilentus, medii coloris, qui vulgo brunus dicitur: macilento, de un color de cara intermedio, como el que el vulgo llama moreno (o negro). Curiosamente, una de las imágenes más emblemáticas del Apóstol es la que el peregrino visitaba en **Puente la Reina**, a la que, por el tinte de su rostro, el pueblo llama en vasco Santiago Beltza: Santiago el Negro. La misma tonalidad que tuvieron muchas de las Vírgenes más primitivas, cuyo color, también negro, las asociaba a cultos profundamente esotéricos, paralelos al que se rendía a las matres herederas de la gran Diosa de la Tierra, Gaia, de la que nació el culto popular a la Madre del Dios en Majestad a partir del siglo xi.*

He aquí cómo, llegados a Compostela, toda la enseñanza proporcionada por el Camino se resume y se concentra, recordando al peregrino que aquél es el punto de partida exacto para iniciar la experiencia definitiva. Al peregrino le corresponde conocer en qué consiste esa experiencia. O, desde la perspectiva de la petición de favores al Apóstol, que el peregrino conozca con exactitud los términos de esa petición, es decir, cómo ha de enfrentarse a la iniciación que se supone que ha recibido. Naturalmente, las leyendas revelan esta circunstancia, pero no la desvelan; de modo que se limitan a señalar cómo el peregrino ha de ser consciente de sus propios deseos, tal y como se narra en el milagro XXII del Codex de Picaud.

EL PEREGRINO CATALÁN LIBERADO POR EL APÓSTOL

UN CIUDADANO CATALÁN marchó en peregrinación a Compostela y pidió al señor Santiago ser liberado de sus cadenas si llegaba a caer en manos de sus enemigos. Vuelto a su tierra, y siendo mercader, siguió viaje hacia Sicilia para cuidar de sus negocios y fue preso de los sarracenos en alta mar. Y, durante años, fue comprado y vendido por sus sucesivos captores, porque todos cuantos iban comprándolo veían con estupor cómo se rompían sus cadenas milagrosamente, aunque nunca lograba escapar. Así pasó de mano en mano hasta trece veces y fue vendido sucesivamente en Croacia, en Jazarán de Eslavonia, en Blavia, en Turquía, en Persia, en la India, en Etiopía, en Alejandría, en África, en el país de los beréberes y en el desierto. Sus últimas prisiones tuvieron lugar en Bugía y en Almería.

En esta última ciudad fue atado por su nuevo dueño con dobles cadenas que le agarraban las piernas y hasta le impedían moverse. El comerciante comenzó a invocar una vez más a Santiago, como lo había hecho cada vez que había cambiado de dueño. Esta vez, sin embargo, el Apóstol se presentó ante él y le dijo:

—Cuando viniste a mi basílica me pediste la liberación de tu cuerpo, pero no la salvación de tu persona. Pero Dios misericordioso te perdona el olvido y me manda ahora para liberarte de tu prisión.

Inmediatamente, sus cadenas se rompieron, mientras el bienaventurado Apóstol desaparecía ante su vista. Esta vez, sin embargo, el hombre logró huir a través de pueblos y castillos, llevando entre sus manos parte de las cadenas que le habían tenido prisionero, en testimonio del gran milagro de que había sido objeto. Cada vez que un sarraceno se le acercaba con ánimo de prenderle, el huído le enseñaba las cadenas y el musulmán huía despavorido, tal como huían igualmente cuantas alimañas trataban de atacarlo.

Así regresó a Compostela, con los pies deshechos y las cadenas entre sus manos, que se apresuró a depositar ante el altar de

Santiago. En este ejemplo son criticados —dice Picaud— los que piden al Apóstol y a los santos aquellas cosas que atanen a la salud del cuerpo, pero no a la del alma. Pues si hay que pedir lo necesario para el cuerpo, no menos conveniente es conceder al alma sus derechos, tales como la caridad, la paciencia, la temperancia, la hospitalidad, la liberalidad, la obediencia, la paz y toda suerte de virtudes parecidas. Sólo así el alma, adornada con estas virtudes, tendrá su lugar en la mansión celestial.



Traslademos este milagro a un plano iniciático. Olvidemos por un momento que la Iglesia pretende hacer al fiel dependiente absoluto de la Providencia, arrebatarle —por más que asegure lo contrario— el libre albedrío que debe hacerlo capaz de elegir y de saber qué es lo que elige. Observemos Compostela y su circunstancia desde una perspectiva distinta, como meta en la que la muerte —simbólica— abre las puertas de la libertad de conciencia y se presenta ante el peregrino lúcido como un salto hacia lo ignorado que cada cual debe ser capaz de captar, puesto que la Ciudad Santa se limitará a ponerle las evidencias ante los ojos.

Dichas evidencias, para el peregrino que se limita a ser devoto, seguirán siendo incomprensibles, pero la fe le hará aceptarlas sin preguntarse el porqué; el mismo porqué que el otro peregrino, el consciente, seguramente se planteará y, seguramente también, será capaz de responderse, si ha aprovechado las enseñanzas recibidas a lo largo del viaje interior que ha emprendido, paralelo al viaje físico.

Las claves están allí, esperando ser desveladas. A veces, el mismo rito a cumplir por el peregrino las desvela.

El Árbol de Jessé, que constituye el parteluz del Pórtico de la Gloria, contiene unas marcas: unos huecos como cazoletas diminutas, en las que cabe introducir los cinco dedos de la mano derecha. Desde tiempo inmemorial, los peregrinos realizan devotamente este ademán. La mayor parte de ellos, sin embargo, no se dan cuenta de que, con él, se integran en la energía transmitida por la piedra y participan idealmente de la

numinosidad de aquel tronco familiar de la estirpe sagrada de los elegidos.

A espaldas del mismo Pórtico de la Gloria se encuentra una figura de piedra arrodillada, que fija sus grandes ojos en el lejano altar del ábside catedralicio. La tradición dice que es la imagen de Mateo, el autor del Pórtico. La gente lo llama O Santo dos Croques; y muchos, siguiendo la costumbre, siguen cumpliendo el rito de llevar a sus hijos junto a la estatua y darles suaves coscorrones sobre la cabeza de piedra, para que se les meta la sabiduría del maestro en la sesera.

EL OBISPO BRUJO

JUSTO FRENTE A LA IMAGEN DE PIEDRA que dicen que representa a Mateo, hay en el suelo una lápida de bronce dorado que señala la sepultura del arzobispo don Pedro Muñiz, que ejerció su cargo entre 1205 y 1224. Don Pedro tuvo fama de polemista activo, capaz de discutir con el lucero del alba. Pero, sobre todo, se ganó a pulso el título de nigromante porque era devoto de las artes mágicas tanto como de Santiago. Se dijo de él que andaba buscando la Piedra Filosofal entre los muros y los símbolos que pueblan la catedral y es fama que, encontrándose en Roma platicando con el papa Inocencio III, de quien era muy amigo, sintió morriña de su Compostela llegada la época de la Navidad. Entonces, sin pensarse dos veces las consecuencias de su acto, echó a volar y entró por los aires en la basílica cuando ya se encontraban en ella todos los deanes y canónigos dispuestos a cantar los maitines, aterrizando en su sillón en medio del asombro de todo el clero, incapaz de reaccionar ante el prodigioso acto de su arzobispo.

Por su fama de brujo, el papa Honorio II, que también tuvo querencias de mago, lo obligó a recluirse en el convento de San Lorenzo. Pero no impidió que el cabildo le reservase aquel puesto de honor a la hora de su muerte, de manera que su tumba de bronce

fuera la primera que saltase ante la mirada del peregrino que penetraba en la catedral por el Pórtico de la Gloria. Y es que su magia fue lo bastante piadosa como para compaginar la devoción con los saberes que la misma Iglesia consideraba como condenables y, con toda seguridad, aquel vuelo nostálgico que emprendió a Compostela, cruzando el mar y recorriendo el Camino en una noche para llegar a tiempo a cumplir con los rituales navideños, le ganó el respeto y la simpatía de la misma Iglesia que condenaba sus prácticas.



Este respeto compostelano por el Conocimiento, por más marginales que fueran los caminos utilizados para alcanzarlo, es fundamental a la hora de establecer el paradigma compostelano. No es extraño, sino coherente, que los grandes alquimistas del pasado considerasen la peregrinación como parte esencial de su acercamiento al Arte, ni que muchos de los pasos de la Obra se cargasen de alusiones veladas o evidentes a la peregrinación. Pues la Alquimia, como ciencia analógica de búsqueda del Conocimiento, participaba activamente de la querencia del ser humano por penetrar en los secretos fundamentales de la vida, al margen de dogmas y de imposiciones devocionales. Y el equilibrio esencial entre magia, religión y ciencia se encontraba en el eje del mundo representado por Compostela, donde tenía lugar el tránsito iniciático entre la muerte del mundo de las apariencias y la resurrección al universo de la sabiduría sagrada.



VII

Más allá de Compostela



Buceo en los orígenes



AL SALIR POR LA PUERTA de las Platerías, después de haber visitado la tumba del Apóstol y de haber orado devotamente ante ella, los caballos marinos de la fuente le indicaban secretamente al peregrino consciente que su viaje aún no había terminado, que su meta verdadera, producto de la iniciación adquirida, se encontraba más allá, camino del mar.

Incluso para el peregrino devoto, completar el Camino recorriendo los lugares que constituían las raíces inmediatas de la leyenda jacobea suponía un complemento casi obligado de su viaje: la visita a los orígenes de aquella arribada a la vez milagrosa y misteriosa. Pero para el peregrino lúcido era algo más. La llegada a aquella costa repleta de señales oscuras mantenidas por la Gran Tradición venía a ser el encuentro directo, tal vez definitivo, con los motivos que le habían conducido a la experiencia iniciática vivida a lo largo de toda la Ruta. En realidad, alcanzar las orillas del Mar Tenebroso representaba gozar definitivamente de los conocimientos que el Camino le habían permitido aprender, palpar los orígenes de su renovada visión de la Realidad y ponerse en contacto con los cimientos mismos de su nueva experiencia vital, de la cual la visita a la Tumba Sagrada y su encuentro con la muerte iniciática habían constituido únicamente el paso obligado al contacto con lo numinoso.

Aquella costa rebosaba de testimonios ocultos. Guardaba celosamente el mensaje en piedra de los petroglifos grabados por hombres sabios que vivieron milenios atrás y que posteriormente

recogerían los constructores sagrados en sus marcas de cantería. Conservaba los laberintos inscritos en las rocas más allá de la noche de los tiempos, que adquirirían su sentido al ser reproducidos en los suelos de los templos para guiar la danza sagrada presidida por los obispos. Almacenaba la memoria de los maestros que vinieron del mar y que luego serían identificados con los Noés que se salvaron del Diluvio y expandieron su saber entre los humanos. Finalmente, si el peregrino conocía el significado profundo de aquel Juego de la Oca que le enseñaron a jugar al emprender el camino, tenía también conciencia de que la Gloria reservada al vencedor se encontraba detrás de la tumba del Apóstol, pasada la última y definitiva oca, en algún sitio de aquella costa más allá de la cual decían que se encontraba el fin del mundo —de este mundo— y el inicio del otro: aquel que todo buscador del Conocimiento ansiaba alcanzar y hacer suyo. Los signos le habían venido guiando a lo largo del Camino. La iniciación adquirida le permitía identificarlos ahora en su más inmediata evidencia. Y le obligaban, al mismo tiempo, a indagar sobre el terreno las realidades sagradas que podían haber quedado camufladas detrás del tinglado doctrinal que dio origen al gran movimiento peregrino, oficializado definitivamente por los monjes cluniacenses que invadieron y controlaron la vida cenobítica peninsular a partir de los inicios del siglo xi.

Antes de entonces, efectivamente, aquella querencia peregrina había existido ya, incluso estaba profundamente arraigada en el mundo cristiano. Miles de caminantes, desde la noche de los tiempos, venían desplazándose devotamente hacia el lejano occidente peninsular en pos de unas nebulosas reliquias jacobitas que se encontraban cerca del Finis Terrae. Pero pocos conocían algo más que esa existencia y la fama de lugar profundamente mágico que tenía aquel territorio; una fama que, por otra parte, provenía de tiempos anteriores a la implantación del cristianismo y que los primeros brotes de infringingimiento cristiano asociaron con la doctrina asombrosamente sincrética expandida por el Priscilianismo. Añadamos a esta circunstancia la

necesidad, que pronto captaron los monjes cluniacenses, de crear una figura doctrinal emblemática que moviera el espíritu de cruzada necesario para equilibrar las raíces religiosas que movían al Islam a su guerra santa y pudiera enfrentarse con éxito a la fe depositada por los musulmanes en el Profeta que, desde el Paraíso, guiaba sus conquistas.

Así, tardíamente e incluso sin un estricto orden cronológico, se fueron creando las leyendas que configuraron el gran mito jacobeo. Los motivos, más que motivos excusas, partieron de unas hipotéticas reliquias del Apóstol que, al parecer, habían llegado a Galicia procedentes de la diócesis de Mérida, de donde las sacaron fieles devotos que huían de la invasión sarracena. Es más que probable también que el primer empujón milagrero lo constituyera la piadosa invención de la más que dudosa batalla de Clavijo, en la que el Apóstol se habría aparecido descabezando moros por ayudar a las buestas cristianas y darles la victoria. A partir de aquella bazaña inventada surgiría, en primer lugar, la historia legendaria del milagroso descubrimiento de la reliquia del cuerpo de Santiago.

UNA CELESTE LLUVIA DE ESTRELLAS

GALICIA HABÍA SIDO LIBERADA de musulmanes y la vida cristiana se había recuperado a principios del siglo IX. Eran los tiempos de Alfonso II el Casto, sucesor de una estirpe abominada de soberanos asturianos compuesta por los llamados «reyes holgazanes», Aurelio, Silo y Mauregato, denominados tardíamente así sólo por su pecado de haber preferido vivir en paz con el vecino Islam, al que se dijo que se habían rendido, comprometiéndose con el vergonzoso (y legendario) Tributo de las Cien Doncellas, al que la no menos legendaria batalla de Clavijo se encargaría de poner fin.

La tierra gallega, pronto abandonada por los musulmanes, era regida espiritualmente en aquel momento por el obispo Teodo-

miro, que lo era de la diócesis de Iria Flavia, mientras otros santos varones reconstruían la vida cristiana en otros puntos del territorio finisterrano. Por los pagos, entonces casi solitarios y apenas habitados por una pequeña colonia cristiana que se había reunido en torno a la iglesia de San Félix de Solovio, en el Burgo de los Tamáricos, hacía vida de penitente un santo anacoreta llamado Pelayo o Pelagio. Un día del año 813 se presentó este santo varón ante el obispo Teodomiro para relatarle entre místicos asombros que, durante varias noches, venía viendo salir auténticas cataratas de estrellas que partían del monte que hoy es conocido como el **Pico Sacro** e iban a hundirse en la tierra en un lugar muy preciso y determinado cercano al bosque de Libredón.

El obispo y toda la diócesis quisieron conocer aquel prodigio y el lugar donde se producía. Pelagio los acompañó hasta el punto exacto donde caían las estrellas y, una vez allí, convencidos todos del mensaje celestial que transmitían, talaron el bosque, escarbaron la tierra y no tardaron en encontrar unas ruinas que todavía conservaban un altar y, debajo de él, una tumba mayor, que se llamó desde entonces el *Arca Marmórea*, y otras dos menores que la flanqueaban. La tumba más importante decía algo así como: «Aquí yace Jacobo, hijo de Zebedeo y Salomé y hermano de Juan.» Nadie dudó entonces respecto a la identidad del cuerpo santo allí enterrado; todos estuvieron de acuerdo en aceptar que se trataba del de Santiago Apóstol, y que las otras tumbas guardaban los cuerpos de sus discípulos Teodoro y Atanasio. Y, apenas reconocido el hecho milagroso, llegó apresuradamente el rey Alfonso II y, de acuerdo con el obispo, mandó construir una capilla para proteger aquellos restos sagrados, que comenzaron inmediatamente a realizar portentosos milagros. Pusieron el hecho en conocimiento del papa León III y quedó instituido el culto del que muchos conocían ya como hermano espiritual del Salvador, casi como su gemelo.

La noticia se expandió como la pólvora por todo el mundo cristiano y muy pronto comenzaron a llegar los primeros peregrinos, ansiosos de visitar, en el límite occidental de la tierra conocida, un lugar que en pocos siglos llegaría casi a superar en devo-

ción a los otros dos enclaves tradicionales de la peregrinación cristiana: Roma y Jerusalén.



Naturalmente, incluso los sucesos más insospechados y milagrosos necesitan de una razón que los justifique. Y al supuesto hallazgo de los restos del apóstol Santiago en un lugar tan lejano a los territorios que constituyeron el núcleo originario del cristianismo le hacía falta una explicación que respondiera a la pregunta que se harían, sin duda, todos los fieles: ¿Cómo era posible que se encontrase al borde del Fin del Mundo la tumba milagrosa de nada menos que uno de los más emblemáticos discípulos de Jesucristo? ¿Cómo podía explicarse aquello, que ni siquiera los relatos evangélicos avalaban?

Fue entonces, ante esa pregunta que podría haber puesto en entredicho la autenticidad del hallazgo —puesto que ninguna noticia válida o verosímil lo justificaba—, como se impuso la necesidad de estructurar legendariamente el motivo que aclararía la presencia de la reliquia de Santiago en aquel extremo del mundo conocido. Así surgió, más tarde, un mito cronológicamente anterior:

LA LLEGADA A GALICIA DEL CUERPO SANTO

LA LEYENDA DORADA DE SANTIAGO nos cuenta que fue decapitado en Palestina hacia el año 47, tras haber mantenido allí duras polémicas teológicas con diabólicos magos, algunos de los cuales logró que se convirtieran a la nueva fe. Seguidores y discípulos del hijo de Zebedeo, ante el temor de que los romanos pretendieran apoderarse del cuerpo y enterrarlo en algún lugar secreto para evitar su culto, no vieron otra salida que embarcarlo precipitadamente en Jaffa en una barquichuela en mal estado, que ni siquiera conservaba el timón. Así la botaron al mar y, acompaña-

do de Teodoro y Atanasio, dos discípulos que quisieron seguir a toda costa junto al cuerpo del maestro, se alejaron en ella de las playas de la Tierra Santa y dejaron que las olas y la Providencia la llevasen hasta alta mar. La navecilla, guiada desde la Gloria, atravesó el Mediterráneo, cruzó las Columnas de Hércules y, bordeando tierras lusitanas, arribó a las costas gallegas a la altura de la ciudad celtorromana de Iria Flavia, junto a la actual **Padrón**.

Gobernaba en aquel territorio una reina pagana llamada Lupa, seguramente por delegación de los conquistadores romanos. Y ante ella fueron llevados los discípulos del Apóstol cuando desembarcaron y apenas habían dejado el cuerpo santo descansando sobre una roca. A las preguntas de la soberana respondieron con el relato milagroso de su viaje y manifestaron que sólo querían que se les concediera un lugar donde poder enterrar a su maestro y quedarse a velarlo y a rezar junto a su tumba lo que les quedara de vida.

La reina, sin volver de su asombro ante lo que le habían contado, acudió al lugar donde habían depositado el cuerpo santo y comprobó, llena de asombro, no sólo que el cadáver despedía aromas embriagadores a santidad, sino que la roca misma sobre la que lo dejaron se había hundido como cera reblandecida a su contacto con el cuerpo, que había dejado en ella su marca indeleble. Entonces, seguramente queriendo comprobar y poner a prueba la sobrenaturalidad de aquella aventura que le habían contado y la evidencia de lo que acababa de contemplar, les proporcionó una carreta y, llevándolos hasta los límites de una dehesa de toros bravos de su propiedad, famosos por su fiereza, los conminó a que eligieran dos para tirar de ella. Los discípulos, sin dudar, se adentraron entre los toros, escogieron a dos, que se dejaron colocar el roncal como si se tratara de bueyes mansos, y los uncieron a la carreta. Como para corroborar y completar el prodigio, los dos toros echaron a andar sin que nadie les indicara el camino y no se detuvieron hasta llegar a una vieja fortaleza llamada el Castro Lupario, donde cayeron rendidos.

La reina cumplió su promesa, permitió que el Apóstol fuera enterrado en aquel mismo lugar y que los discípulos se quedasen

en el para cuidar de la tumba. Así lo hicieron hasta que la muerte llegó a buscarlos. Pero, después de muertos, bien fuera por voluntad de los paganos, bien por la memoria olvidadiza del pueblo, lo cierto fue que, en poco tiempo, aunque muchos recordaban la noticia de la arribada del cuerpo de Santiago, todos habían olvidado el lugar del emplazamiento de la tumba santa. Hizo falta la lluvia de estrellas atisbada por Pelagio muchos siglos después para que la historia tuviera su desenlace prodigioso.



Las claves de esta leyenda, nacida por cierto bastante después de que los primeros peregrinos llegasen a Compostela siguiendo la ruta del Fin del Mundo, nunca fueron puestas de manifiesto por la autoridad. La Iglesia, en realidad, se limitó a dar apariencia ortodoxa a aquella auténtica querencia visceral, casi instintiva, que venía siendo seguida desde tiempos paganos por pueblos enteros que llegaban al extremo occidental de Europa en pos de unos orígenes sagrados totalmente ajenos a la doctrina cristiana que se había apoderado de las fuentes tradicionales y las había transformado a su imagen y semejanza. Estas fuentes asoman, sin embargo, en medio del relato devoto y se encuentran plasmadas en otros mitos locales que cuentan de la llegada a aquellas costas de una personalidad sagrada procedente del mar, con independencia de un origen que pudiera ser admitido y asumido por los cristianos, así como enlazado con las Sagradas Escrituras que se encontraban en la base ortodoxa de los antecedentes del cristianismo.

*Precisamente por eso, no fue la tradición del arribo del cuerpo de Santiago la única que narraba una llegada prodigiosa procedente del mar. En un estado evolutivo que podríamos considerar como más puro e inmediato, esta fabulosa llegada de un ser superior desde las profundidades del Mar Tenebroso se mantenía y se mantiene viva en la ciudad de **Noya**.*

LOS DESEMBARCOS DEL PATRIARCA NOÉ

UNA TRADICIÓN QUE SIGUE EN VIGOR en la ciudad de Noya, presente incluso en el emblema de su escudo municipal, que nos muestra la imagen de un arca y una paloma en vuelo, nos pone al corriente de que el origen de dicho emblema está en la memoria viva de que, finalizado el diluvio universal, el Arca de Noé se posó en la cumbre del monte Barbanza, que protege a la población de los vientos marinos, y que el patriarca hebreo desembarcó muy cerca de donde hoy se levanta el poblado, que allí plantó la primera viña y que allí también se emborrachó con los primeros jugos de sus cepas. Pasado un tiempo, en el que vivió con toda su familia por aquellos pagos, casó a su nieta Noela con un caudillo de los contornos y ambos fueron los fundadores de la ciudad, que recibió su nombre no en recuerdo de Noé, sino en memoria de su nieta la fundadora.



Habría que recordar que los dólmenes reciben en buena parte de Galicia y Portugal el nombre de arcas y que el monte Barbanza guarda en sus laderas numerosos monumentos megalíticos, cualquiera de los cuales podría ser identificado popularmente como un resto del arca noética perdida.

*Habría que añadir que Noya no es la única localidad que conserva en el norte peninsular una tradición de esta traza. **Noicela**, en la misma Coruña; **Nois**, en Lugo; **Noja**, en Cantabria, y una **Noega** ya desaparecida en la costa portuguesa y citada por el viajero musulmán El Idrisi, tuvieron tradiciones paralelas que narran la llegada a sus respectivas costas de personajes míticos que en todos estos casos se identifican con el patriarca Noé. Y aún habría que complementar la idea recordando que numerosas historias de ballazgos santos nacidas en aquellos contornos, como las que explican los orígenes de los*

*Cristos más venerados de aquella zona, como los de **Muros** y **Fisterra**, insisten en que aquellas imágenes, todas ellas altamente prodigiosas y ricas en milagros, llegaron a su destino desde las profundidades del océano.*

En realidad, el protagonista de toda aquella constante llamada numinosa a lo que llegaba a aquellas costas del Fin de Mundo no era este Cristo o ese personaje o aquella leyenda aislada, sino el Mar Tenebroso mismo, del que procedía ocultamente todo cuanto de trascendente sucedía en aquella tierra empapada de memoria oceánica; era el mar el que se cargaba de simbolismo cuando se observaba su horizonte y, como los legionarios romanos, se captaba el misterio insondable que representaba: una nada repleta de secretos que, de tiempo en tiempo, dejaba sobre las playas el mensaje transmisor del prodigio que revelaba los orígenes mismos la identidad humana.

Sin embargo, la Iglesia tenía necesidad de justificar de alguna manera más ortodoxa aquella milagrosa arribada del cuerpo de Santiago a las costas gallegas, más que sospechosamente confundido por muchos con el del hereje Prisciliano. Así surgió la historia complementaria que explicaba, al paio de las afirmaciones vertidas en el Nuevo Testamento, cómo Santiago Apóstol recibió de Jesucristo en persona el encargo de evangelizar Galicia y, a través de ella, la Península entera.

UNA BARCA DE PIEDRA Y UN PILAR DE MÁRMOL

NUNCA SE NOS DIJO CUÁNTO, pero se insiste en que fue mucho tiempo el que pasó el buen Apóstol Santiago tratando inútilmente de convertir a los gallegos. Tanto tiempo que, en un momento determinado, se sintió desfallecer, de tan desanimado como se encontraba por sus fracasos. En ese estado de ánimo se encontraba un día, sentado en las rocas de la playa de **Muxía**, y allí se planteaba seriamente regresar a Palestina y emprender un

camino más fácil o que, al menos, le permitiera expandir la palabra de Dios con mejor suerte.

De pronto, con la mirada fija en el horizonte, vio acercarse una barca que parecía llegar de más allá del Fin del Mundo. A medida que se aproximaba comenzó a sentir una extraña alegría. Y, cuando estuvo lo bastante cerca, se dio cuenta de que la navecilla era de piedra y que en ella venía Nuestra Señora en persona en su búsqueda.

La barca varó en la orilla de la playa y la Virgen, dirigiéndose a Santiago, le dio ánimos para seguir con la tarea que se había impuesto, asegurándole que tanto ella como su hijo estarían siempre a su lado para reconfortarlo en los momentos en que se sintiera desfallecer. Dicho lo cual, se esfumó en el aire, no sin antes dejar, como prueba de su visita, una imagen suya y los restos de la barca de piedra que la había traído hasta allí, que quedaron esparcidos por la playa por los siglos de los siglos.

El fragmento que constituía la quilla fue la que hoy es conocida como *A Pedra dos Cadrires*. Tiene una bien ganada fama de ser remedio seguro para los males de espalda, que mejoran indefectiblemente si el enfermo se arrastra por el hueco que la piedra deja sobre la arena. La otra piedra es considerada como el resto de la vela, la llaman *A Pedra d'Abalar* y es una roca plana y oscilante que, según se asegura, se mueve cuando quien la pisa está libre de pecado, pero que permanece firmemente agarrada a las otras rocas si se suben a ella quienes son pecadores empedernidos.

La visita de Nuestra Señora devolvió los ánimos a Santiago y le empujó a poner un entusiasmo renovado en su tarea evangelizadora. Logró algunas conversiones —no muchas, suele insistirse— y, al cabo de un tiempo, emprendió el camino de regreso a Oriente. En ese camino, que atravesaba la Península aproximadamente por donde luego se abriría paso la Ruta Jacobea, pasó por la importante ciudad de **Zaragoza**, la Cesaraugusta romana. Y allí, de nuevo, volvió a presentarse ante él la Virgen María, esta vez portadora de un pilar que le pidió que hincara en la ciudad en recuerdo suyo, acompañado de otra imagen que debería quedar expuesta en lo alto del mismo. Al poco tiempo de este mila-

grosso suceso, Santiago logró convertir a la fe cristiana a siete santos varones de la ciudad, que, cuando el Apóstol se marchó definitivamente a Tierra Santa, continuaron su labor y convirtieron al cristianismo a casi toda la Península y son conocidos como los Siete Varones Apostólicos. Algunos de ellos quedaron como santos patronos en Andalucía, otros siguen recibiendo culto a lo largo de la Ruta Jacobea.



Ni que decir tiene que muchos en la comarca conocen el «truco» de A Pedra d'Abalar y el lugar exacto donde basta que sea pisada incluso por un niño de pocos años para que el enorme pedrusco comience a oscilar. Pero sigue siendo una mayoría aplastante la que prefiere pensar en motivos milagrosos, o cuando menos analógicos, para justificar la presencia de tantos visitantes como llegan al cabo del año para someterse a la terapia renal de A Pedra dos Cadrisés o al juicio moral de ésta que distingue supuestamente a los justos de los pecadores. Ni que decir tiene, en este sentido, que los vecinos de Muxía y de sus alrededores son tenidos, precisamente por eso, por gentes tan virtuosas que han logrado que el milagro llegue a realizarse en ellos una y otra vez.

Con todo, no cabe duda de que, en éste como en muchos otros casos —y los milagros relatados por Picaud son un ejemplo que arrastra fuertes dosis de simbolismo ocultista—, la asociación de Nuestra Señora a la figura del Apóstol no fue una razón gratuita introducida por el clero para reforzar la devoción peregrina. Esa devoción por la figura de la Virgen, fuertemente asumida por el pueblo a partir del siglo xi, llegó a constituir un serio problema para la Iglesia, entre cuyos teólogos siempre se había temido que la figura de la Madre de Dios llegase a sustituir en la fe popular a la imagen del Dios esencialmente macho y solar que se había adoptado como fundamento de toda la doctrina cristiana. El pueblo no comprendía que Nuestra Señora pudiera tener un culto distinto y de menor categoría que el que se tributaba a su Hijo, y sólo a fuerza de serle escamoteada su imagen logró

que permaneciera prácticamente olvidada de los cristianos durante más de un milenio.

Pero de pronto, sin que apenas existan indicios que puedan justificar racionalmente el fenómeno, la Virgen pasó a convertirse en elemento sustancial e insustituible de la fe y de la devoción del pueblo. Por todas partes surgieron imágenes supuestamente escondidas para ser salvadas de la morisma y milagrosamente recuperadas. Iglesias, ermitas, monasterios y catedrales comenzaron a estar dedicadas a Nuestra Señora, con el consiguiente olvido de los problemáticos mártires que la Iglesia había venido imponiendo como patrones de la cristiandad.

La razón de aquellos súbitos entusiasmos no tiene una explicación histórica concreta. Los santos que se manifestaron como defensores a ultranza del culto a la Madre de Dios, como Bernardo de Claraval, no fueron en realidad creadores del renovado culto. No fueron sino seguidores —más o menos conscientes— de un impulso que surgía del pueblo y que significaba, fundamentalmente, la recuperación de un profundo sentimiento religioso natural, libre en el fondo de toda imposición doctrinal. Estaba basado en el sentimiento ancestral que, en los albores del sentir numinoso del ser humano, hizo que la Madre Tierra fuera el primer objetivo devocional del espíritu humano, muy anterior a la aparición de cualquier tipo de aquel modelo de divinidad solar y machista que, con el tiempo, impusieran las distintas clases sacerdotales de todos los cultos como entidades sagradas todopoderosas, tonantes y justicieras, ante las que los creyentes deberían sentir antes temor que cualquier tipo de sentimiento amoroso, que era el que despertaba en realidad la Mater primigenia.

En estas circunstancias, colocar a Santiago bajo la amorosa protección de la Virgen era arrancarlo tácitamente del destino belicoso del cruzado montado sobre caballo blanco en que le habían convertido los monjes embebidos por el espíritu de cruzada. Y todas las señales que iban apareciendo en aquel territorio llamaban antes al Santiago sabio y amoroso que al caudillo celestial —¡Santiago y cierra España!— bajo cuyo patronazgo se

descalabraban las mesnadas en aquella pelea de siglos que se llamó la Reconquista. La figura del Apóstol adquiría un valor más justo, más universal. Y los símbolos que la acompañaban, empleados sin una justa conciencia por los peregrinos penitentes, tomaban su valor estricto cuando el que había entendido los términos de la Iniciación se enfrentaba desde aquí a la nueva visión existencial que había adquirido.



El estricto valor del símbolo



SÓLO AHORA, DEJADA ATRÁS la tumba santa, la leyenda recupera su sabor simbólico primigenio y el peregrino que se interna lúcidamente en el Más Allá de Compostela se encuentra en condiciones plenas de captar su sentido. Ya sabe, por ejemplo, que, cuando escucha historias como la que cuenta el origen de la sacralidad de la venera jacobea, se va a tropezar con una señal mucho más profundo que sólo los que acceden a la iniciación están en condiciones de entender.

EL ORIGEN DE LA VENERA JACOBEA

SUCEDIÓ, SEGÚN DICEN, en **Padrón**, precisamente en las inmediaciones del lugar por donde es fama que recaló en Galicia la barca sin timón que transportaba el cuerpo del Apóstol acompañado de sus dos discípulos.

Había boda en el pueblo. Boda pagana, se supone. Y, según era ya costumbre, la comitiva nupcial recorría a pie el trecho que mediaba entre el templo que ocupa hoy la iglesia de Santiago y la casa de la novia, un camino que en aquella ocasión discurría por la playa, a la orilla del mar. Los recién casados querían hacer el recorrido por aquel lugar, a pesar de que los marineros habían advertido que no estaba la playa para caminar por ella, porque se

avicinaba una tormenta que comenzaba a manifestarse por la altura y la furia de un oleaje cada vez más amenazador.

Los novios y la comitiva caminaban felices y ni siquiera parecían darse cuenta del empeoramiento del estado de la mar. Montados en sus caballos nupciales, según la costumbre, reían y cantaban camino de la casa, donde les esperaba el banquete de bodas. Fue entonces cuando distinguieron en medio del oleaje una barca a la deriva. Los de la comitiva lo ignoraban, naturalmente, pero se trataba de la barca que transportaba el cuerpo santo del Apóstol llegado desde Tierra Santa. El joven novio, viendo de lejos el peligro que corrían los que iban en ella, no lo pensó dos veces. Sin tomar en cuenta el estado de la mar, entró con su caballo dispuesto a ayudar a los ocupantes de la barquichuela, pero una ola mayor que las demás lo alcanzó y, con caballo y todo, se lo llevó mar adentro. Todos los esfuerzos de los invitados por alcanzarlo resultaron vanos y el novio sintió que no iba a salir vivo de aquel trance, por lo que, en su desesperación, se encomendó a los cielos para que lo sacasen del apuro.

Apenas formuló aquel ruego, la mar se calmó, la barca se acercó sola a la playa y el muchacho sintió cómo una enorme fuerza que tiraba de él hacia tierra. Espoleó al caballo, ya medio ahogado, y el animal logró nadar hasta la playa y salvar a su jinete de la muerte, con gran alegría de todos. Pero nadie pensó que aquel salvamento había sucedido por azar, porque allí estaba la barca con la reliquia de Santiago para probarlo. El Apóstol había cuidado de que ambos llegasen a la playa, pero aparecieron cubiertos ambos de veneras de la cabeza a los pies, de manera que todos supieran que aquel salvamento se había debido a un milagro propiciado por el cuerpo santo que yacía en el fondo de la barquichuela.

Desde entonces, la venera fue la señal que distinguió a los que acudían a visitar la tumba de Santiago. Los peregrinos solían adquirirla apenas pasaban la frontera y emprendían el Camino, porque ya se cuidaron los comerciantes de hacerlas llegar al más apartado rincón de la Ruta para que los caminantes pudieran lucirla desde sus primeros pasos hacia Compostela.



... pero aparecieron cubiertos ambos de veneras de la cabeza a los pies...



La venera, que comenzó siendo un signo de reconocimiento de los constructores, que la utilizaban en sus marcas de cantería y en las estructuras de los templos que levantaban como testimonio de un conocimiento llegado del mar, llegó a convertirse en uno de los símbolos fundamentales de los peregrinos, aunque la llevasen en su sombrero o sobre su pecho como simple señal de su destino compostelano. Su forma, que para unos era la imagen del sol poniente hacia el que se dirigían y para otros el esquema de la Pata de la Oca que marcaba la Ruta con sus puntos esenciales de sacralidad, se hizo popular hasta el punto de perder su significado o, diríamos mejor, de conservarlo únicamente para aquellos que eran realmente conscientes del motivo que encaminaba su andadura peregrina.

Y, lo mismo que la venera, una vez superada la prueba de la muerte compostelana, otros elementos tradicionales del Camino venían a adquirir sentido cuando, ya cumplida la visita a la tumba del Apóstol y obtenido el jubileo que marcaba su resurrección iniciática, el peregrino lúcido se adentraba en la tierra sagrada que se extendía entre Compostela y el Mar Tenebroso, dispuesto a revivir en su espíritu el auténtico sentido de las señales que le habían sido sugeridas como elementos indispensables marcados por la tradición.

Ya sabía entonces el peregrino que, cuando el pueblo transmitía su convencimiento de que la cueva del Pico Sacro contenía un tesoro que nadie había podido alcanzar nunca, se refería, aun sin saberlo, al oro del Conocimiento transmitido por los mismos sabios maestros que labraron los laberintos de Mogor y los mensajes secretos de los petroglifos que invadían media comarca de Pontevedra. Sabía también que, aún más allá de la tradición que contaba que de aquel promontorio salieron las luces que señalaban el emplazamiento preciso de la tumba del Apóstol, aquel promontorio era un eje sagrado, un Centro del Mundo que proclamaba su esencial poder a través de otras narraciones oculistas que el peregrino debía a toda costa desvelar.

LA LEYENDA DEL PICO SACRO

UNA TRADICIÓN YA HOY SUPERADA, pero antaño muy extendida por la comarca, contaba que aquélla era una cumbre prohibida y que el tesoro que todos sabían que estaba escondido en sus entrañas lo guardaban dos gigantes de hierro y dos fieros leones que devorarían irremisiblemente al osado que se atreviera a penetrar su fabuloso secreto, guardado en el palacio subterráneo al que se accedía desde la cueva que hay en la cumbre, hoy totalmente cegada e inaccesible.

Decía la leyenda que aquel palacio era la morada de un poderoso gentil que dominaba la comarca y al que nadie había visto nunca, pero al que los campesinos de los alrededores llevaban todos los años el diezmo de sus cosechas para que se alimentase, dejando devotamente al pie de la montaña el tributo, como si se tratara del ara de un altar. Y añadía que si una soltera se atrevía pasar de noche por las cercanías, podía ser arrastrada por remolinos de viento hasta las estancias secretas del palacio subterráneo, donde la esperaba el poderoso señor de los gentiles para hacerla suya.

La memoria popular se basaba en el recuerdo de una muchacha que desapareció misteriosamente de su casa y que, tras muchos años de ausencia, reapareció avejentada, encanecida y ciega, sin que nadie hubiera podido llegar a reconocerla a no ser porque, cuando apareció por el pueblo de San Lorenzo de Granxa, gemía preguntando por los padres de aquella joven que había desaparecido tantos años atrás. Acogida piadosamente por los vecinos, la anciana contó su triste historia. Siendo moza se había tropezado en su camino con un señor muy apuesto que le pidió que le acompañara, prometiendo que la haría reina de su casa y tendría los mejores vestidos que pudiera soñar. Dijo también que, ante su negativa, le dio a beber un delicioso vino que la adormeció y fue a despertar en un maravilloso lugar donde, durante años, a cambio de convertirse en la amada del señor de aquel

fabuloso subterráneo, tuvo cuanto una mujer pobre y sencilla podría haber deseado como meta de su vida: lujos de toda índole, comidas nunca soñadas, comodidades sin cuento y placeres impensables.

Pasó el tiempo, la muchacha quedó encinta y parió un niño *mouro*: un rapaz de *moura ralea*. El señor montó en cólera, la acusó de haberlo engañado con un criado moro a su servicio y la condenó en adelante a convertirse en esclava suya y de todos cuantos habitaban el palacio. Así pasó el resto de los años que vivió en aquel lugar que se había convertido en su prisión, hasta que un día se encontró libre sin saber cómo, ciega y vieja, sin que sus ojos le permitieran apenas llegar a la aldea de donde la habían arrebatado tantos años antes.



Con todas sus variantes, esta leyenda tiene las mismas raíces simbólicas que se le han atribuido al mito universal de la Bella y la Bestia, cuyo recuerdo, al conocerla, habrá venido sin duda a la memoria del lector. Su significado sobrepasa los principios que rigen la tradición local para adentrarse en un mundo de significados ocultos, en los que el mensaje sobrepasa los valores establecidos por el pueblo para sumergirse en un paradigma de motivos trascendentes, dignos de ser desentrañados para extraer de ellos la enseñanza iniciática que contienen, a través de los personajes fabulosos que intervienen en su proceso dramático y, sobre todo, a través de la integración visceral del ser humano en los secretos de la narración ocultista.

Paralela a esta leyenda, aunque configurada sobre principios muy distintos, surge en Galicia esta otra que se nos aparece, si no concebida, sí al menos estructurada sobre los principios secretos que regían el arte de los constructores sagrados. Está referida a uno de los puentes más espectaculares de Galicia, que atraviesa la ría de Muros y Noya evitando una larga marcha para quien quisiera hacer este recorrido en pos del Finisterre. Paradigma del simbolismo munumental sagrado, cuenta la historia de un pontí-

fice desconocido, al que el pueblo santificó sin que hiciera falta la presencia de un clero que confirmase su devoción.

LA LEYENDA DEL PONTE NAFONSO

EL NOMBRE LE VIENE AL PUENTE del arquitecto iniciado que dicen que lo construyó, el maestro Alfonso, cuya tumba, además, se encuentra en una sencilla capilla situada en la orilla oriental de su portentosa obra. Nada se sabe, sin embargo, de él, más allá de la breve leyenda que cuenta su hazaña constructora.

Curiosamente, dicha leyenda nos pone en contacto con el maestro, contándonos que tuvo un hermano, también arquitecto como él, aunque no nos ha llegado su nombre, y asegurándonos que ambos estaban entregados en cuerpo y alma a la labor de levantar dos obras al mismo tiempo. Mientras el maestro Alfonso comenzaba a construir el puente que llevaría su nombre, su hermano estaba inmerso en el trabajo de levantar el monasterio de *Touxos-Outos*, desaparecido hace ya mucho tiempo. Y dicen que los dos hermanos se hicieron la promesa mutua de no encontrarse hasta que cualquiera de ellos hubiera rematado totalmente la obra que le había sido encomendada.

Sigue contando esta extraña historia que el hermano que construía el monasterio terminó primero y que sólo entonces acudió en ayuda del maestro Alfonso, que llevaba treinta años entregado a la construcción de su puente. Cuando llegó junto a él, lo encontró al borde de la muerte y con su obra casi terminada, aunque no logró verla con sus remates definitivos. Murió antes y su hermano fue el encargado de terminarlo. Luego, con sus propias manos, le construiría la capilla funeraria que habría de acoger su cuerpo a la entrada del puente al que había dedicado su vida. Y el pueblo acudió a ella a encomendarse al maestro y pedirle el don de su sabiduría, como si de un santo reconocido se tratara. Y hasta le dedicó sentidas letrillas que vencieron al tiempo:

*Adios tí, ponte Nafonso,
non sey quén t'acabará...
Trenta años me levaches,
flor da miña mocedad.*



Fijémonos, además, en que esta leyenda, como la anterior en la que hemos recalado, coinciden en algo sumamente significativo: la figura de Santiago, que parece haber ocupado casi todo el protagonismo del entorno legendario hasta ahora, desaparece aquí, a pesar de que los lugares elegidos como centro de la narración son también lugares sagrados que fueron asiduamente recorridos por los peregrinos. Recordemos que del Pico Sacro partían las luces que descubrieron el emplazamiento de la tumba del Apóstol. Por su parte, el Ponte Nafonso daba paso a los peregrinos que, venidos desde Compostela, se dirigían a visitar el cabo de Finisterre. Sin embargo, de pronto, otros personajes sagrados recogen el protagonismo ostentado hasta ahora por el Apóstol y el paisaje gallego se convierte en una proyección totalizadora de la Tierra Santa para recoger el mensaje trascendente y misterioso que transmite la leyenda de turno, independizada del estricto marco jacobeo. Incluso el mismo Jesucristo aparece en escena por estos pagos. Viene a visitarlos y a transmitirles la misma sacralidad que dio con su presencia a la lejana Palestina donde discurrió su santo quehacer.

EL ORO Y EL PEDERNAL

RECORRÍA JESUCRISTO GALICIA en pleno verano, acompañado de sus discípulos; venía a difundir su Palabra y un día, al caer el sol más allá de la mar, tras una jornada de sofocantes calores, recalaron en un circo de rocas donde el Maestro decidió que

pasarían la noche. Pedro, sediento, buscó inútilmente por los alrededores una fuente o un riachuelo donde saciar su sed, y el Señor, adivinando su necesidad, tocó con su báculo uno de los peñascos, que se abrió para dejar salir a borbotones el agua de un manantial. Al mismo tiempo, de la piedra hendida cayeron dos fragmentos: un trozo de pedernal y un pedazo de oro. Pedro advirtió la presencia del pedernal y ni siquiera le hizo caso. Pero Judas, al acercarse a beber, vio el oro y se apresuró a apoderarse de él y a esconderlo, creyendo que nadie lo había advertido.

La noche se presentaba fresca y Jesucristo le dijo a Judas:

—¿Por qué no tratas de encender un fuego con ese oro que guardas?

Y Judas, sintiéndose descubierto, no supo qué responder. Fue Pedro quien, recordando el pedazo de pedernal que había visto desprenderse de la roca, fue a recogerlo y encendió una fogata con las chispas que despedía. Luego, todos los discípulos se durmieron, excepto Judas, que pasó la noche en vela pensando en el oro que había encontrado y en qué haría con aquel tesoro que no pensaba compartir con nadie.

Al día siguiente pasaron cerca del lugar de El Burgo. Y allí encontraron a un pobre molinero que les dijo que debía abandonar aquella tierra y que necesitaba vender el molino que le había dado de comer durante toda su vida. Dicen que Judas vio la oportunidad de adquirirlo por muy poco y, dándoselas de dádivo, ofreció al pobre hombre por él un pedacito del oro que había encontrado. Tras una corta porfía, el buen molinero accedió al trueque y Judas trató de desprender un poco de aquel oro de la pepita encontrada. Pero, no logrando partirla, le pidió a Pedro su pedernal para intentarlo. Pedro se lo cedió y Judas logró separar un fragmento cortándolo con la piedra. Pero, al hacerlo, se hirió en la mano, cayendo unas gotas de sangre en el suelo. Jesucristo recordó entonces a sus discípulos que el oro siempre se ensucia con la sangre de los inocentes. Y bautizó aquel lugar con el nombre de Haceldama.

Poco después llegaron a **Faro** y el Maestro se dispuso a predicar a la gente desde lo alto de un monte donde se levantaba un

altar con un ídolo. Jesucristo le pidió a Pedro que lo derribase y que diera a aquella imagen el primer golpe con su pedernal. Y, apenas la hubo tocado, la estatua pagana se desmoronó. Y así, en el mismo lugar, que desde entonces se llamó el Monte de San Pedro, el Señor predicó a la multitud e hizo que se edificara una ermita en lo alto, en cuyos cimientos enterraron el pedernal del apóstol.



La leyenda transmite su mensaje al margen de los factores determinantes del tiempo y del espacio, porque se trata de un mensaje universal para el que no cuentan los convencionalismos físicos por los que nos guiamos. Por eso, la presencia de Jesucristo por estos pagos surge en la narración mítica gallega sin tener nada que ver con épocas determinadas ni con los lugares en los que se ha establecido su discurrir terrenal.

Otra leyenda, ésta determinante de las más puras devociones gallegas y esencialmente cargada de motivaciones sagradas que todavía se mantienen vivas en el espíritu finisterrano, vuelve a plantearnos la presencia en estas tierras del sôter cristiano, personificando su poder sobre las creencias viscerales del pueblo.

LA LEYENDA DE SAN ANDRÉS DE TEIXIDO

DICEN QUE JESUCRISTO RECORRÍA las tierras de Galicia cuando llegó hasta él San Andrés, disgustado por las circunstancias en las que se encontraba su santuario, relegado al olvido por el pueblo.

—Todo el mundo me ha olvidado, Señor. Desde que se descubrió el sepulcro de Santiago, todos se marchan allí a rezar ante el Apóstol y ya no recuerdan que yo fui tan discípulo tuyo como pudo serlo él.

Jesucristo comprendió las razones del santo y le prometió que nunca más sería olvidado. Y que quien no visitase su santuario en vida, tendría que hacerlo después de que hubiera muerto. Desde entonces, la devoción por San Andrés se multiplicó entre los gallegos y se ha mantenido viva hasta nuestros mismos días. Y aún hay devotos que acuden llevándose consigo las almas de sus muertos, a quienes incluso reservan una ración de la comida que llevan consigo en la visita y que dan como limosna a los pobres que se agolpan cerca del santuario, para que la coman en representación del difunto que ya no necesita comer.

La promesa de cumplir la visita a San Andrés está tan arraigada que los muertos, según se afirma, aprovechan cualquier circunstancia para acudir al santuario, si no llegaron a tener la oportunidad de visitarlo cuando estaban vivos. Y así, según se afirma, las almas de los difuntos se sirven de la posibilidad de meterse en el cuerpo de cualquier animal para realizar la peregrinación. Por eso, los peregrinos que acuden a San Andrés de Teixido procuran respetar la presencia de cualquier ser vivo —perro, gato, hormiga o lagartija— que encuentren en su camino, porque cualquiera de ellos puede ser el vehículo aprovechado por un difunto para cumplir con su obligada peregrinación.



Si nos aproximamos al sentido de estas leyendas con el ánimo dispuesto no ya a desentrañarlas de modo obligatorio, hasta sus últimas consecuencias, sino siquiera a admitirlas como expresión pura de unos mensajes tradicionales que están ahí para introducirnos en otra dimensión doctrinal, creo que el significado profundo del gran paradigma jacobeo se nos hará patente como la enciclopedia transmisora de un sentir universal que sobrepasa con creces los estrictos límites doctrinales impuestos desde el Cristianismo.

Desde que el peregrino jacobeo atravesaba las alturas de los puertos pirenaicos, su memoria y su espíritu eran constantemente bombardeados a través de narraciones que los enfrentaban a

una realidad distinta, en apariencia fantástica, aunque cargada siempre con un cúmulo de significados que, más o menos conscientemente, los introducían en un esquema de espiritualidad que les iba mostrando paulatinamente un mundo entre soñado y trascendente que nada o muy poco tenía que ver con las evidencias cotidianas a las que estaba acostumbrado y que la peregrinación misma le obligaba a romper.

No hay pueblo ni región que no cuente con su propio acervo de leyendas. Son leyendas que abordan la otra realidad del colectivo en cuyo seno han nacido, que nos muestran el sentir de sus gentes y el núcleo más puro de sus creencias, de sus afanes y de sus esperanzas, de sus temores y de sus convencimientos analógicos, esos que no hay razón que pueda apartarlos de las evidencias numinosas que hemos ido creando en nuestro entorno a través de nuestras vidas. Con mayor o menor insistencia, esas leyendas nos transmiten el espíritu de donde nacieron y la esencia de la personalidad colectiva que las creó. Reflejan nuestras esperanzas de inmortalidad, las raíces de nuestras dependencias y nuestro rechazo a la desaparición.

Sin embargo, en su mayor parte, y aunque muchas de ellas no se apartan de las estructuras espirituales entre las que nacieron, nos encontramos con que el cúmulo de leyendas nacidas al socaire de la Ruta Jacobea ni han surgido en el seno de las comarcas o de los lugares donde se cuentan, ni forman parte del sentir particular de un concreto colectivo territorial, sino que van dirigidas a la masa de peregrinos que, procedente de todo el mundo cristiano, acuden devotamente a rendir homenaje al Apóstol y a beber de las enseñanzas que transmite el Camino iniciático que se decidieron a emprender.

Esta circunstancia les confiere un valor específico, mucho más universal que el que puede tener la leyenda nacida en un contexto nacional o local determinado. En este caso, la leyenda va dirigida a un oyente heterogéneo, al que se intenta transmitir un mensaje que el individuo tiene que entender primero e interpretar después, para finalmente asumirlo. Así pues, en alguna ocasión, y coincidiendo con la profundidad de dicho mensaje,

la leyenda, eventualmente, se repite con ciertas variantes en distintos lugares del Camino, como tratando de insistir una y otra vez en la realidad profunda que expone a través del relato. Es una forma más de repetir la lección aprendida: volviendo sobre ella cuando se supone que el oyente está en condiciones de captar más clara y más ampliamente lo que se le transmitía.

Por eso, para cerrar esta serie —de la que quedan todavía algunas leyendas que encerraban una importancia mucho menor— vamos a incidir en el tema del viaje a la Eternidad, que constituyó una de las leyendas señeras de este Camino que hemos estado siguiendo a través de sus mitos. Me estoy refiriendo a la leyenda que encontramos en el monasterio de Leyre a propósito de San Virila, el santo que conoció la Eternidad y perdió el sentido humano del tiempo. Como ya decíamos en su momento, aquella leyenda tuvo una repetición puntual en la que se contó a propósito de San Ero en el monasterio pontevedrés de Armenteira. La razón irracional de la inclusión ahora de una tercera versión sobre la que vamos a incidir, es que, a mi modo de ver, surgió como una insistencia en la profunda realidad que transmitía aquélla, pero contando presuntamente con que el oyente de ésta ya ha vivido en el Camino una experiencia espiritual lo bastante intensa como para estar en condiciones de captar mejor la esencia del mensaje transmitido. Por esta razón, mezcla en la narración la historia de otros dos santos extravagantes, San Virila de Leyre y San Borondón, cuyas historias son, más que relatos piadosos, la expresión simbólica de un gran proyecto vital de encuentro y contacto con la numinosidad.

LA HISTORIA DE SAN AMARO

DE SAN AMARO no habla *Leyenda Dorada* alguna. Ni siquiera le menciona ninguno de los grandes compiladores de vidas de santos ni se acuerdan de él los padres bolandistas, que pasa-

ron su vida buceando en los entresijos menos conocidos de la Tradición. Sólo se le recuerda en la Galicia jacobea, donde tampoco se especifica cuándo vivió ni su exacto lugar de nacimiento. Apenas se cuenta de él que era hijo de nobles poderosos y afortunados y que, a la muerte de sus padres, se vio señor de una herencia que dedicó íntegra a la construcción de hospitales y asilos donde acoger a indigentes y peregrinos que necesitasen de su ayuda.

Una vez cumplido este deseo, invirtió el resto de su fortuna en la construcción de una nave con la que quería alcanzar los rincones más remotos de la Tierra, buscando infieles a los que transmitir las verdades evangélicas. También pensaba que, con la ayuda de aquel navío, podría llegar al lugar donde un día estuvo enclavado el Paraíso Terrenal.

Una vez terminada su construcción, se hizo a la mar acompañado de fieles compañeros que compartían sus mismas esperanzas. Y, desafiando tormentas, calimas, mares tenebrosos y peligros venidos del fondo de las aguas, se lanzó a su aventura trascendente, fiado en la Providencia. Así navegó durante años y así llegó al borde de su resistencia y de la de los que le acompañaban. Dios se apiadó de todos ellos y puso frente a su nave una playa desierta y desconocida a la que arribó la navecilla de San Amaro como siguiendo la invitación del Creador para que repusieran sus fuerzas.

Desembarcaron en un lugar edénico, que hizo pensar al santo que estaban cerca de la meta que se había propuesto al partir. Y, recomendando a su gente que le esperara en la playa, descansando y comiendo de los alimentos que les prestaba gratuitamente aquel paraje, emprendió el camino hacia la cumbre de la gran montaña que parecía ser el centro de aquel territorio.

El camino fue duro y, aunque siempre tenía ante su mirada la cumbre que pretendía alcanzar, siempre había un monte que se interponía y que tenía que cruzar para ver una vez más en la lejanía la gran cima que había tomado como meta. Llegó por fin a ella y comenzó a ascenderla. A medida que subía, la pendiente se hacía cada vez más dura, más enhiesta, más pesada. Pero a San

Amaro no le flaquearon en ningún momento las fuerzas, a pesar de que a cada instante sentía más apremiantes la sed, el hambre y la fatiga. Para eso le sostenían su fe y su esperanza. Por fin se encontró en lo más alto, en una suerte de meseta desde la que se distinguía frente a sí todo un mundo ubérrimo, casi celestial en su profunda belleza. Un mundo rodeado por una interminable muralla como de plata bruñida que lo separaba de todo contacto con el resto del territorio, con el que no tenía otra fuente de contacto que una enorme y reluciente puerta labrada en oro puro y cerrada a todo el entorno.

Amaro, convencido de haber alcanzado el Jardín del Edén, cayó de rodillas dando gracias a Dios por haberle permitido contemplar aquella maravilla. Luego, repuestas casi milagrosamente las fuerza, emprendió el descenso por el otro lado del monte y llegó por fin ante la puerta dorada, a la que llamó insistentemente. Al otro lado, por una mirilla minúscula, apareció el rostro de un noble anciano que le preguntaba quién era.

—Soy Amaro el peregrino. Dejé mi tierra para buscar este lugar y Dios en persona me ha permitido encontrarlo. Ahora necesito que me dejes entrar para cumplir mi sueño y adorar al Creador.

—Nadie vivo ha entrado aquí jamás. Este lugar está destinado a albergar las almas de los justos merecedores de esta vida.

San Amaro insistió. Ni siquiera pedía entrar. Sólo quería mirar a través del hueco por el que había asomado la cabeza del anciano. Y lo que vio fue apenas un relámpago de luz esplendorosa que casi le cegó. La mirilla se cerró instantáneamente.

Pensando que al menos Dios le había dado la oportunidad de acercarse al lugar ansiado, regresó despacio al lugar adonde había dejado a sus compañeros, meditando sobre el instante de Eternidad que se le había concedido presenciar. Pero cuando llegó al lugar de la playa donde atracaron la nave, ni siquiera la distinguió. Ahora vio sorprendido que aquella enorme playa estaba ocupada por una gran ciudad y un puerto, por donde circulaban gentes que nada tenían que ver con la marinería que había desembarcado con él. Numerosos navíos sustituían a su pobre

navecilla solitaria. Además, se dio cuenta de que aquella gente parecía estar celebrando algún acontecimiento.

Se acercó a quien vio más cerca y le preguntó tímidamente por el lugar donde se encontraban y por la razón de aquel ambiente festivo.

—Eres forastero, se ve porque no conoces los motivos de nuestra alegría. En tal fecha como hoy celebramos los trescientos años de la arribada de nuestros antepasados a estas costas, conducidos por un santo varón llamado Amaro, que se internó por estas tierras y nunca regresó. Quienes venían con él levantaron casas, crearon familias y dedicaron la ciudad y su iglesia a la memoria del santo que los condujo hasta aquí.

Amaro se dio a conocer, pidió que lo llevaran a la iglesia y allí, ante el altar, dio las gracias al Altísimo antes de morir, por el favor que le había concedido de atisbar unos segundos en la Eternidad que constituía la Gloria que siempre persiguió. Inmediatamente, su cuerpo se convirtió en polvo. Las gentes, que lo habían reconocido, recogieron aquellas cenizas y, metiéndolas en una arqueta de plata, las veneraron como la reliquia más preciosa que jamás habrían podido poseer. Y todos, por la fe que les transmitió su santo patrono, fueron fieles a aquella Gloria que el buen santo tuvo la suerte de atisbar por la rendija de una Puerta de Oro.

